



SEGUNDA EDICIÓN
NUEVO CAPÍTULO
CON EL TESTIMONIO INÉDITO DE DOS MIEMBROS DE LA 2ª COMISIÓN

**PRIMERA TESIS DOCTORAL DE TEOLOGÍA HISTÓRICA
A LA LUZ DEL PROCESO DE LAS APARICIONES**

Garabandal 24-12-62

San José JOSÉ LUIS SAAVEDRA *Madrid*

GARABANDAL

A LA LUZ DE LA HISTORIA



*... como la perfección de su amor; la pureza de
su corazón; su vida que nos enseña a ser
más como él se puede
para otros. Las cosas de aquí siguen igual, este*

GARABANDAL

A LA LUZ DE LA HISTORIA

PRIMERA TESIS DOCTORAL SOBRE LAS APARICIONES

© José Luis Saavedra

© De la presente edición de España:
Asociación Elisabeth Van Keerbergen
www.evk.es
contacto@evk.es

Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito que marca la Ley.

Depósito legal: DL SA-17-2018
ISBN (Paperback): 978-84-948197-0-4

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático y la transmisión por cualquier forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

“Es la Santa Madre Iglesia Jerárquica la única que puede darnos certeza completa de lo que puede significar religiosamente San Sebastián de Garabandal; nosotros con bien intencionados esfuerzos podemos ayudar y facilitar el camino a la decisión de la Jerarquía”. José María Alba Cereceda, *Informe sobre Garabandal*, Barcelona 1962.

Este estudio de Teología histórica se remite plenamente al juicio de la autoridad de la Iglesia sobre las apariciones de Garabandal.

Tabla de contenido

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

I ESTADO DE LA CUESTIÓN

LAS APARICIONES MARIANAS EN LA VIDA DE LA IGLESIA
ACTUALIDAD SOBRE EL CASO DE GARABANDAL

II LA ALDEA DE LAS APARICIONES

USOS Y COSTUMBRES DE LA ALDEA

III COMIENZO DE LAS APARICIONES

EL PRIMER FENÓMENO: 18 DE JUNIO DE 1961
UN TRUENO EN UN DÍA SOLEADO
LA PRIMERA VISIÓN DE GARABANDAL: «¡EL ÁNGEL!»

IV CONTRADICCIONES EN LA ALDEA

PRIMERA REACCIÓN EXTERNA: LA MAESTRA
ACOGIDA EN CASA
EXAMEN DEL PÁRROCO
CONTRADICCIONES EN LA ALDEA

V MULTIPLICACIÓN DE LOS FENÓMENOS

«UNA LUZ RESPLANDECIENTE»
LOS PRIMEROS TESTIGOS OCULARES: 21 DE JUNIO DE 1961
PRIMEROS TEST MÉDICOS. LA COMISIÓN DE SANTANDER
FENÓMENOS CADA VEZ MÁS EXTRAORDINARIOS
EL PÁRROCO: «HASTA AHORA TODO PARECE DE DIOS»
«CADA DÍA DE 500 A 3.000 PERSONAS»
PRIMEROS ESTUDIOS MÉDICOS

VI PRIMERA APARICIÓN DE LA VIRGEN

2 DE JULIO DE 1961
DESCRIPCIÓN DE LA FIGURA DE LA VIRGEN
EL TRATO DE LA SEÑORA

VII LOS ÉXTASIS DE GARABANDAL

TESTIMONIOS DE LOS ÉXTASIS: NIÑAS *TRANSFIGURADAS*
REPENTINO CAMBIO DE PESO
«LAS LLAMADAS»: PRESENTIMIENTO DEL ÉXTASIS

VIII CONCHITA ANTE EL SR. OBISPO

27 DE JULIO DE 1961. CONCHITA EN SANTANDER
3 DE AGOSTO DE 1961. «SI NO DESISTES TE LLEVAREMOS AL MANICOMIO»

IX LOS FENÓMENOS SE MULTIPLICAN AGOSTO DE 1961

LAS «CAÍDAS»

MARCHAS EXTÁTICAS

LOS LUGARES DE LAS APARICIONES

LEVITACIONES

OTRAS LEVITACIONES

AUSENCIA DE DOLOR DURANTE LAS MARCHAS

MARCHAS FINGIDAS

X EL PÚBLICO TOMA PARTE EN LOS FENÓMENOS

ESPECIAL SOLICITUD POR LOS SACERDOTES

EL PÚBLICO PARTICIPA DE LAS APARICIONES

TESTIMONIOS SOBRE EL DON DE CLARIVIDENCIA

EL VALOR DE CADA OBJETO RELIGIOSO

XI OBJETOS BESADOS POR LA SEÑORA

EXTRAORDINARIA DEVOLUCIÓN DE LOS OBJETOS

ALIANZAS MATRIMONIALES

EL CASO DE LA POLVERA

LA SEÑORA EXPLICA EL VALOR DE LOS OBJETOS

REACCIONES ENTRE LOS PEREGRINOS

XII REACCIONES ANTE LOS SUCESOS

PRIMERA NOTA OFICIAL: 26 DE AGOSTO DE 1961

UN MENSAJE DE LA VIRGEN: 18 DE OCTUBRE DE 1961

MONS. FERNÁNDEZ SE DISTANCIA DE LOS SUCESOS

XIII EL MILAGRO DE LA COMUNIÓN 18 DE JULIO DE 1962

ANUNCIO DEL SUCESO

MILAGRO EUCARÍSTICO EN GARABANDAL: 18 DE JULIO DE 1962

XIV UN ANUNCIO DESCONCERTANTE

OTOÑO DE 1962: «HABRÁ UN MILAGRO»

«EL AVISO»

«EL CASTIGO»

XV LA PRIMERA CRISIS

«EL CONCILIO SERÁ UN ÉXITO»

PROHIBICIÓN DE PEREGRINAR: NOTA OFICIAL DE 7 DE OCTUBRE DE 1962

EL FINAL DE LOS ÉXTASIS

LAS LOCUCIONES: MARZO DE 1963 - DICIEMBRE DE 1964

XVI «IGNORO SI LAS APARICIONES VOLVERÁN A EMPEZAR»

18 DE JUNIO DE 1965: EL ÉXTASIS MÁS IMPORTANTE DE GARABANDAL

DIFICULTADES EN TORNO AL MENSAJE DE 1965

«SACERDOTES, OBISPOS Y CARDENALES»

FOTOGRAFÍAS

XVII «NON CONSTAT» NUEVA NOTA DE MONS. BEITIA

LA NOTA DEL 8 DE JULIO DE 1965
LA ÚLTIMA APARICIÓN DE LA VIRGEN: 13 DE NOVIEMBRE DE 1965
UN DICTAMEN MÉDICO FAVORABLE: DR. APOSTOLIDES: FRESCURA INEXPLICABLE

XVII 1966. EL AÑO DE LAS CONTRADICCIONES

EL CASO DE MENCHU MENDIOLEA. EL INTENTO DE SILENCIAR UNA CURACIÓN
INVESTIGACIÓN DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE: 12 A 19 DE ENERO DE 1966
ENCUENTRO CON EL PADRE PÍO
EL ESTUDIO DE XAVIER ESCALADA ANTE SAN PABLO VI

XVIII LAS NEGACIONES

LA OSCURA SOMBRA DE LAS DUDAS
LA ESPERADA NOTA DE MONS. PUCHOL. 17 DE MARZO DE 1967
REACCIONES A LA NOTA DEL VIERNES DE DOLORES
OPINO DESDE UN PUNTO DE VISTA ESTRICTAMENTE MÉDICO

XIX 1968. LA MUERTE DEL P. PÍO

«*LA SANTA VIRGEN ME HA HABLADO DE VOSOTRAS*»
JOE LOMANGINO. UN DEFENSOR CONTROVERTIDO

XX NUEVOS AIRES EN EL OBISPADO DE SANTANDER

MONS. CIRARDA. NUEVO OBISPO DE SANTANDER
M. TERESA DE CALCUTA: «*DESDE EL PRINCIPIO SENTÍ QUE LOS SUCEOS ERAN AUTÉNTICOS*»
ALEJANDRO GASCA Y CELESTINO ORTIZ: «NO ENCONTRAMOS EXPLICACIÓN CIENTÍFICA»
DRES. HONORIO SAN JUAN NADAL Y SERGE FOURNIER: «*NIÑAS SENCILLAS Y NORMALES*»

XXI AÑOS DE SILENCIO

1971-1978: AÑOS DE SILENCIO
SIGNOS DE APERTURA: 1977 – PRIMER INTENTO DE FORMAR UNA NUEVA COMISIÓN EPISCOPAL
1983 – CONFERENCIA PÚBLICA DEL DR. MORALES
LA CONFERENCIA EN SANTANDER DEL DR. MORALES. 31 DE MAYO DE 1983
1987. LA COMISIÓN EPISCOPAL: SEGUNDO INTENTO FALLIDO

XXII LA COMISIÓN DEL VAL

1988-1989. TERCERA TENTATIVA DE MONS. DEL VAL
1989-1991. LA COMISIÓN *DEL VAL*
EL TRABAJO DE CAMPO
CONFLICTO INTERNO EN EL EQUIPO
CONCLUSIONES DE LOS ESTUDIOSOS. LA REUNIÓN DE MADRID
LA ÚLTIMA REUNIÓN EN SANTANDER

XXIII LA RESPUESTA DE ROMA

CARTA INÉDITA DEL CARD. RATZINGER. 28 DE NOVIEMBRE DE 1992
SIGNOS DE APERTURA. UNA NUEVA NOTA HACE DESAPARECER LA EXPRESIÓN “*LA CUESTIÓN, QUE DOY POR TERMINADA*”. 24 DE JUNIO DE 2015
VALORACIÓN HISTÓRICA DE LOS FENÓMENOS
VALORACIÓN TEOLÓGICA

XXIV GARABANDAL HOY

MONTSE MORENO. UNA CURACIÓN TOTALMENTE INESPERADA

Abreviaturas

- Artículo.
- .AS Acta Apostolicae Sedis.
- .MNG Archivo privado de M. Nieves García (Madrid).
- .FHM Archivo de Fundación Hogar de la Madre (Santander).
- .SV Archivo Secreto Vaticano
- Canon.
- ap. Capítulo.
- ard. Cardenal.
- it. Citado.
- DF Congregación para la Doctrina de la Fe.
- IC Codex Iuris Canonici.
- f. Confer.
- ONC. Concilio.
- dir. Director/a.
- no/a. Hermano/a.
- o. Ibidem.
- l. Idem.
- . Libro.
- f. Madre.
- ions. Monseñor.
- . Número.
- . c. Obra citada.
- . Padre.
- AMI Pontificia Academia Mariana Internacional.
- . F. Sin firma o autor conocido.
- ic Errata en el original.
- s. Sigüientes.
- Th Summa Theologiae.
- ol. Volumen.

Reproducción del texto completo de la carta inédita firmada por el Card. Joseph Ratzinger sobre los fenómenos de Garabandal.

Dirigida al Obispo de Santander, Mons. José Vilaplana, es la carta más reciente de la Congregación para la Doctrina de la Fe acerca de estas apariciones.

Roma, 28 de noviembre de 1992

Excelencia:

Con carta del 12 de noviembre de 1991, Ud. transmitía a este dicasterio una amplia documentación referida al resultado de los estudios sobre las presuntas apariciones de Garabandal, llevados a cabo por una Comisión expresamente nombrada por su predecesor, Mons. Juan Antonio del Val Gallo.

En la susodicha carta –y, sucesivamente, con ocasión de una reciente visita suya a esta Congregación– V. Excelencia expresaba el deseo de contar con el apoyo de la Santa Sede a la hora de un eventual pronunciamiento sobre los hechos arriba mencionados.

La Congregación para la Doctrina de la Fe, después de haber examinado atentamente la citada documentación, no considera oportuno intervenir directamente, sustrayendo de la jurisdicción ordinaria de V. Excelencia un asunto que le compete por derecho. Por lo tanto, este dicasterio le sugiere que, si lo estima necesario, publique Ud. una declaración en la cual reafirme que no consta la sobrenaturalidad de las referidas apariciones, haciendo propias así las unánimes posiciones de los precedentes Ordinarios de esa diócesis y, en particular, el parecer expresado el 26 de abril de 1991 por la comisión presidida por S. E. Mons. del Val Gallo.

Aprovecho la circunstancia para expresarle mis sentimientos de estima y confirmarme suyo devotísimo en Cristo.

Joseph Card. Ratzinger.

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

CARD. RATZINGER, J., *Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana*, 28.XI.1992, citado de OCHAYTA PIÑEIRO, F., "Estudio sobre Garabandal" en AFHM, *Informes y documentos sobre las apariciones de Garabandal*, Santander 2004, l. 34.

PRESENTACIÓN

AVE MARÍA

21 de noviembre de 2017

Es una alegría ver que nuevos estudios como este tratan de profundizar en la obra que Nuestra Madre comenzó en Garabandal el 2 de julio de 1961. Para mí, decir Garabandal es recordar la belleza más grande que hemos contemplado en este mundo. Tal experiencia, imposible de explicar, selló en mi alma la fe segura, llena de esperanza. Agradezco a Dios su elección y esta oportunidad de repetir el mensaje que nos encomendó Nuestra Madre:

«Hay que hacer muchos sacrificios, mucha penitencia, visitar al Santísimo; pero antes, tenemos que ser muy buenos. Y si no lo hacemos, nos vendrá un castigo. Ya se está llenando la copa, y si no cambiamos, nos vendrá un castigo muy grande».

Son palabras breves; muy sencillas. Aun así, nosotras al principio no entendimos nada. No sabíamos qué quería decir «sacrificios», «penitencia». Por eso la Santísima Virgen nos prohibió divulgarlo. Debíamos comprenderlo primero nosotras. Ella misma nos lo fue enseñando con una atención, una paciencia y una bondad, que solo ahora podemos entender bien.

No puedo decir nada más importante que el mensaje de Nuestra Madre.

Mari Cruz González.

PRÓLOGO

El 30 de noviembre de 2012, don Miguel Lluch, Director del Departamento de Historia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, se ofreció a dirigir una Tesis de Licenciatura sobre las apariciones de la Virgen en Garabandal (1961-1965). Dos años después presentamos juntos las conclusiones del trabajo ante un Tribunal de Teología especializado en Historia. Los resultados positivos abrieron la puerta a una ampliación del trabajo en una Tesis Doctoral. En los meses siguientes se publicó ya aquella Tesis de Licenciatura. El Director del estudio, don Miguel, escribió con cariño el prólogo de aquel libro, animando al lector incluso *a la espera de más*. Un «más» que se realizó en la Tesis Doctoral defendida en Pamplona el 27 de noviembre de 2017. El libro que tienes entre las manos es fruto de esa Tesis. Sin embargo, el Director de la investigación no llegó a ver el trabajo concluido. El 2 de febrero de 2015, don Miguel falleció inesperadamente por una grave enfermedad. Tenía 55 años. Tomó el relevo en la dirección la Profesora Carmen Alejos, quien trabajó por aportar a estas páginas una sólida argumentación histórica de inestimable valor. Así lo estimó el Tribunal de la Universidad de Navarra, que en 2017 concedió al trabajo la máxima calificación. Don Miguel no llegó a ver terminada la Tesis; sin embargo, su apoyo incondicional y su dedicación desde el principio fueron sencillamente imprescindibles. El prólogo que él escribió para la publicación parcial de 2014 es la mejor presentación de la Tesis Doctoral que concluiría dos años después de su muerte, en 2017.

* * *

Es la primera vez que escribo un Prólogo a un libro cuyo contenido fundamental sea el de una Tesis de Licenciatura -escribe don Miguel-. En efecto, el contenido que ahora se presenta en este libro es el resultado de meses de intenso trabajo hasta su culminación y de la obtención del título de Licenciado en Teología del autor, José Luis Saavedra. Todo esto ha sido realizado en el marco del Departamento de Teología histórica de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. No es frecuente esto, porque normalmente estos trabajos de investigación no se publican como libro hasta la terminación de la Tesis de doctorado. Pero hay excepciones, insisto, muy pocas. Siempre existe, lo que podríamos llamar la leyenda académica, en la que se habla de que hubo una vez en la que esto pasó, pero son excepciones muy contadas. Entre ellas se contará con el trabajo del Licenciado José Luis Saavedra. Su tesina se une a ese pequeño grupo de la leyenda en las que ya una Tesis de Licenciatura encuentra un editor interesado y se la considera merecedora de ser publicada como libro: el estudio sobre las apariciones de

la Virgen en San Sebastián de Garabandal (Santander).

Mi relación con el autor, José Luis Saavedra, ha sido estrecha y fácil, durante este tiempo de trabajo. Por supuesto que no hay más que un autor que es él, tanto de la Tesina como del presente libro. Pero quizá sea yo quien más cerca haya estado mientras, como en todo trabajo de investigación, el contenido se iba extendiendo y las ideas iban madurando y la estructura se iba haciendo más sólida. Puedo decir que su trabajo ha ido mejorando cada vez que recibía nuevas partes terminadas para la revisión. Y creo que debo decir que ha logrado ir cumpliendo plazos, a veces, muy apretados, porque el autor, además de cursar la Licenciatura en Teología y realizar su Tesis no ha dejado en ningún momento de atender con verdadero celo e ilusión un buen puñado de parroquias diseminadas en la cuenca de Pamplona. Pero todo esto ya ha pasado. El libro ya está terminado y si está leyendo este Prólogo, está en sus manos.

Este es un libro sobre la Virgen, que servirá a los lectores que busquen acercarse más a Ella y contemplarla y rezar. Pero es también, principalmente, un estudio académico sobre un acontecimiento extraordinario en el que unas niñas de un pequeño pueblo de Santander vivieron una relación especialísima con la Santísima Virgen. Hubo unas niñas, que podríamos llamar elegidas, que son las que sin quererlo, ni esperarlo en absoluto, se convirtieron en las protagonistas de estos acontecimientos. Pero además hubo un número muy grande de personas que vivieron su experiencia de aquellos hechos. Desde el primer momento unas pocas y luego, en cantidad creciente con el paso del tiempo, muchas personas que se encontraban en situaciones vitales de los más variados, encontraron en torno a las niñas y a las apariciones, invisibles para ellos, favores muy íntimos y especiales, sintieron la acción de la gracia en sus almas, se convirtieron y volvieron a Dios. Independientemente de que estas apariciones sean aprobadas oficialmente por la Iglesia, nos interesaba una cuestión: ¿cómo afecta a la teología católica que la Virgen se aparezca a los hombres y les hable? ¿tiene algo que decir la teología ante los mensajes de la Virgen en las apariciones aprobadas? ¿o éstas pertenecen a un mundo diferente que nada tienen que ver con la reflexión de los teólogos?

Ante la noticia de hechos sobrenaturales, en concreto de apariciones de la Virgen, hay diversas actitudes tanto en el mundo académico como fuera de él. Sin saber más algunos dicen: “No, eso es imposible” y miran a otro lado. Otros dicen: “Sí, seguro que es verdad” y caen en un interés más próximo al curioso de novedades extrañas que a la verdadera piedad. Otros, sin embargo, cuando lo consideran oportuno se aproximan a los hechos, leen, investigan, consultan a los autores que saben, buscan las fuentes, comparan, se informan bien y van elaborando una historia real, con sus pros y sus contras. Esto es lo que ha procurado hacer José Luis Saavedra en su tesis y ahora en su libro sobre las Apariciones de Garabandal. Sin sacar conclusiones que no me corresponden, simplemente me pregunto: qué hubiera pasado en otras grandes ocasiones si nadie hubiera seguido este tercer camino que exige constancia, trabajo y esfuerzo. Qué hubiera pasado con las Apariciones de Lourdes, Fátima, la Medalla Milagrosa de la Rue

du Bac, Guadalupe y tantas otras. Una cosa es la decisión de la autoridad de la Iglesia con la que este trabajo no tiene más que respeto y obediencia y otra cosa es el interés del historiador y teólogo que busca comprender el acontecimiento sin preconceptos y darlo a conocer.

El hecho de que el origen y el fin del libro sean académicos tiene una ventaja; no se encontrará aquí el lector con ilusionantes consideraciones, ni con afirmaciones emotivas del autor que remuevan el sentimiento sin más, que apunten más al entusiasmo que a la inteligencia. Compartimos plenamente lo que Rémi Brague ha escrito en su reciente libro *«En medio de la Edad Media»*, al hablar del gran número de leyendas falsas que corren sobre el mundo medieval dice: “Si el fondo comercial del *«intelectual»* consiste en repetir la opinión dominante *«y quedar bien»*, el deber del universitario es sobre todo restablecer lo que cree que es la verdad, resulte o no agradable”. Una de las principales características del trabajo de los académicos, es que estamos obligados, felizmente, a decir a los lectores la verdad. De modo diferente al escritor de ficción o incluso al ensayista o al partidario de una ideología que analiza las cosas a su favor, el autor académico trabaja dentro de unos límites que no quiere sobrepasar: lo que está probado, lo que ha descubierto le guste o no y nada más. Su identidad intelectual universitaria se manifiesta precisamente en trabajar bajo el gobierno de la verdad. Y eso implica que no se dirán cosas sin fundamento, el lector no encontrará nada que no pueda ser probado, corroborado por testigos, fuentes probadas, etc. Más allá de lo que aquí se ofrece quedará lo que cada uno se lleve consigo.

A pesar de tener un origen en un trabajo de investigación bajo, por así decirlo, “la vigilancia” de la norma académica, José Luis Saavedra ha sabido suavizarlo en las formas para convertirlo en un libro atrayente, de fácil lectura y comprensión y que ofrecerá al lector mucha información verídica sobre los hechos de las, todavía no aprobadas oficialmente, apariciones de la Santísima Virgen en Garabandal. Además de esto se encontrará en el libro muchas orientaciones serias e interesantes sobre lo que la teología espiritual y el magisterio reciente de la Iglesia han dicho sobre los fenómenos místicos y, en especial, sobre las apariciones de la Virgen. He citado a la teología espiritual y creo que debo añadir que el autor ha trabajado los principales teólogos que han tratado de estas cuestiones en los tiempos recientes. El trabajo personal de José Luis Saavedra va acompañado de la consulta de los teólogos más sólidos que han escrito sobre el núcleo y la periferia del tema en cuestión.

Una palabra sobre la aprobación de la Iglesia. En ningún momento se pretende dirigir una llamada, cómo decirlo, acusatoria. Estamos ante unos hechos maravillosos que quizá con el tiempo serán reconocidos como auténticas apariciones de la Santísima Virgen y reconocidos por multitudes. Pero son hechos que, aunque ya han pasado bastantes años, se encuentran todavía muy cerca de nosotros. Este libro está escrito sin ningún afán de cambiar los tiempos, ni acelerar lo que no debe serlo.

Este es un trabajo de teología histórica, que pretende poner orden y claridad en unos

acontecimientos sucedidos en un pueblecito de Santander en la segunda mitad del siglo XX. Si indirectamente sirviera a quienes tienen que juzgar con autoridad sobre la autenticidad de los hechos eso está fuera del alcance de nuestro autor. Como buen trabajo de historiador el autor se pregunta: ¿Cómo empezó todo? ¿Qué pasó allí durante esos años? ¿Quiénes eran esas niñas y cómo eran sus familias? ¿Cómo se aparecía la Virgen a las niñas y qué les decía? ¿Cuál era el entorno social y religioso de aquella región? ¿Qué personas de otros lugares y con qué intención acudieron al saber de estos hechos? ¿Qué testimonios han ido quedando de médicos, sacerdotes, teólogos, agentes del orden público, personas corrientes que asistieron a las apariciones o se entrevistaron de un modo u otro con las videntes? ¿Qué ha sucedido desde que se terminaron las apariciones? ¿Qué ha dicho hasta ahora la autoridad de la Iglesia? Y como buen historiador ha ido respondiendo a todo esto y a más con toda la información que ha podido reunir.

Para terminar, quisiera hacer una llamada a la espera de más. Este primer trabajo ha preparado al ya Licenciado en Teología José Luis Saavedra para la realización de su Tesis doctoral, que va a versar sobre la misma cuestión central, pero en la que se prometen aumentos en calidad y cantidad. Quienes participamos de cerca en este trabajo y cualquier lector que haya encontrado valiosa la lectura de este libro nos felicitamos por ello y nos mantenemos a la espera de lo que nos ofrecerá, en su momento, la publicación completa de la Tesis de doctorado en teología de José Luis Saavedra.



Miguel Lluch Baixauli.

Director del Departamento de Teología Histórica de la Universidad de Navarra.

Pamplona, 8 de noviembre de 2014.

* * *

En 2014 el Prof. Lluch *esperaba más*. Hoy también cabe esperar mucho más, porque junto al estudio histórico y teológico de estas páginas, hoy se hace urgente poder contar con un estudio médico y pastoral de los numerosos milagros y conversiones que siguen atribuyéndose a las apariciones de la Virgen en Garabandal. Desde luego, multitud de datos nos animan ya a esperar muy pronto buenas noticias en torno a las apariciones de la Virgen, Nuestra Madre de Garabandal.

I

Estado de la cuestión

Las apariciones marianas en la vida de la Iglesia

Las apariciones marianas no revelan nada nuevo que sea necesario para la salvación. Y, sin embargo, atraen a las almas, vivifican la Iglesia. ¿Por qué? Santo Tomás de Aquino afirma que “a cada periodo de la historia no han faltado hombres que hayan tenido el espíritu de profecía, no para desarrollar una nueva doctrina de fe, sino para dirigir la actividad humana”.^[1] El lugar de las revelaciones privadas en la vida y la fe de la Iglesia no es teórico sino vital. En ellas, la Revelación pública se comprende a través de la experiencia concreta y la vida de los videntes. En ellos actúa Dios: “no intervienen para añadir algo nuevo a las verdades reveladas... Ellos recuerdan las exigencias del amor divino o le enseñan cómo comportarse frente a los desafíos de los nuevos tiempos. Llevan consigo un imperativo, un mandato nuevo, exigido por las circunstancias y por situaciones nuevas que surgen en el seno de la Cristiandad. [Pero] sus afirmaciones doctrinales son las que ya conocemos por la Fe y por la Teología”.^[2]

Como afirma Karl Rahner, las revelaciones privadas “son una facilidad dada a la inteligencia para adquirir un conocimiento que no adquiriría sin tal ayuda”.^[3] Lo señala también el *Catecismo de la Iglesia Católica*: las revelaciones privadas “no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de mejorar o completar la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia. Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (*sensus fidelium*) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia (n. 65-67)”.

El papel de las revelaciones privadas es estimular y animar la fe. Es difícil para el fiel mantener sin quiebra la esperanza de la Iglesia en el retorno de Cristo. Como dice Santo Tomás, las revelaciones son dadas “para corregir las costumbres [y] siempre hará falta la profecía”.^[4]

El místico es aquel que experimenta el encuentro con el Señor en lo alto de la montaña o en el valle de la vida ordinaria, y que, volviendo a nosotros con el rostro resplandeciente, nos despierta en nuestra vocación a lo divino, levantándonos desde nuestra altura, generalmente al ras del suelo, para suscitar nuestra comunicación con Dios. El místico presenta lo sobrenatural desde el hogar de la experiencia, convirtiéndola en testimonio de la vida a que todos los fieles están llamados. Es cierto que se puede estudiar el fenómeno místico con mirada meramente crítica o literaria. Pero entonces, el hecho religioso que contiene y que estaba ahí para contactar con nosotros nos pasa de

refilón. A través de la mística, la Iglesia penetra lo divino y queda llena de estupor: tiene contacto con la acción de Dios en ella. La Mística manifiesta la gama tremenda de posibilidades que contiene vivir en la Iglesia.^[5]

Frente a la tentación de reducir la Teología a una mera cuestión metodológica, San Juan Pablo II llamó a superar el plano de los conceptos y los sistemas, respetándolos siempre como válidos y necesarios; sin embargo, el Papa reconocía que el misterio de la gracia se sitúa más allá de todas nuestras reflexiones:

“Ante este misterio, además de la investigación teológica, podemos encontrar una ayuda eficaz en aquel patrimonio que es *la Teología vivida de los santos*. Ellos nos ofrecen unas indicaciones preciosas que permiten acoger más fácilmente *la intuición de la fe*, y esto gracias a las luces particulares que algunos de ellos han recibido del Espíritu Santo, o incluso a través de la experiencia que ellos mismos han hecho”.^[6]

La expresión «*Teología vivida de los santos*» reclama que santos y místicos suponen un don para la Iglesia, una indicación sobre el camino que esta ha de recorrer; no independiente o paralelo a la vía de la investigación científica, sino de forma inseparable. La luz y guía de la Jerarquía que orienta el estudio, discierne igualmente los carismas extraordinarios para el servicio de la Iglesia. Ambas esferas, la de lo intelectual y la de lo práctico, se encuentran bajo la tutela del Magisterio. Sin embargo, una tiene preferencia sobre la otra. San Pablo VI declara la primacía de la experiencia sobre la Teología: “la experiencia del alma fiel es más importante que la pura Teología, ya que el Misterio, más que un objeto concebido claramente, tiene que ser un hecho vivido”.^[7]

Las revelaciones privadas no son esenciales ni dicen nada nuevo. Ahora bien, el papel de la homilía o el del Concilio, tampoco es el de cambiar la doctrina de la Iglesia trayendo cosas nuevas. La homilía, el Concilio o las apariciones que Dios regala a la Iglesia vienen a ayudar y sostener a los fieles en su camino hacia Dios. Como vimos citando a Santo Tomás, las apariciones marianas auténticas no son un *articulum fidei*, sino un *auxilium pro fide*.^[8] No constituyen un dato de fe, sino que son dadas -según la Teología- como un auxilio a la «*piEDAD*». ^[9] En 2010, Benedicto XVI reclamaba la actualidad de esta doctrina clásica al afirmar claramente que la función de las revelaciones privadas “no es la de «*completar*» la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia”.^[10]

Al acogerlas y darlas a conocer “*de forma prudente*”,^[11] los fieles no corren ningún riesgo de desviación, sino que más bien impulsan el crecimiento “del Evangelio en el presente; de ahí que *no se pueda descartar*”.^[12] Con estas últimas palabras, «*ideo non est neglegendum*», Benedicto XVI puntualiza la íntima tensión peculiar de las apariciones marianas: un valor genuino que, sin hacer de ellas un medio imprescindible, tampoco las hace superfluas. La expresión latina empleada, perifrástica pasiva (compuesta por el gerundivo del verbo *neglego* -descartar, despreciar- y verbo *sum*), expresa obligación, deber imperativo. Con esta expresión el Papa manifiesta que las revelaciones privadas no pueden, no deben ser pues despreciadas. ¿Por qué? Porque supondría despreciar con ellas a su mismo autor que, en último término, es Dios mismo.

Actualidad sobre el caso de Garabandal

Entre los años 1961 y 1965, millares de personas fueron testigos de los sucesos extraordinarios de San Sebastián de Garabandal, una aldea ganadera de los Picos de Europa, en Cantabria. Cuatro videntes, niñas de entre 10 y 12 años de edad, fueron examinadas por más de 40 doctores en diferentes periodos: unos juzgaron que los fenómenos eran fruto de epilepsia, histeria o sugestión colectiva; para otros, sin embargo, eran sucesos inexplicables desde el punto de vista científico. Tampoco los teólogos llegaron a un acuerdo sobre los fenómenos, y autores como Antonio Royo-Marín, O.P., Lucio Rodrigo S.J. o Francisco Odriozola expresaron pareceres contrarios entre sí. Quince comunicados episcopales sobre los sucesos desde 1961 hasta 2015, año de la Nota episcopal más reciente, permite comprobar el vivo interés que la cuestión suscita hasta hoy. Estos documentos, firmados en Roma y Santander, al igual que los informes médicos y teológicos, no son concordes en su valoración de las apariciones:

A. Entre 1962 y 1970, cuatro comunicados afirmaron “que todos los hechos acaecidos en dicha localidad tienen explicación natural”.^[13] Mons. Eugenio Beitia, ya en 1962, firmó el primer *constat de non supernaturalitate* condenando las apariciones y prohibiendo a los sacerdotes y consagrados acudir a la aldea. Él mismo suavizó su postura en una Nota posterior, en 1965, declarando *non constat*, lo cual es empleado, según afirma la Teología, para expresar incerteza o “ambigüedad”.^[14] Mons. Beitia no suavizó las normas disciplinarias en esta segunda nota de 1965. Sin embargo, eclesiásticamente el caso se reabría a eventuales nuevas informaciones. Sin embargo, entre 1967 y 1970, el dictamen de los Obispos Puchol y Cirarda fue negativo, claro y definitivo: “no ha existido ninguna aparición... [todo ha sido] un inocente juego de niñas”. “Consta de la no sobrenaturalidad”.^[15]

B. Después de 1970 nunca se repitió el dictamen contrario -*constat de non supernaturalitate*- de los primeros años. De forma ininterrumpida hasta el documento más reciente (24.VI.2015), la Autoridad de la Iglesia acogió, con diversos matices, una postura más moderada: *non constat*. Esta es también la postura de las cuatro Cartas provenientes de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigidas a sucesivos Obispos de Santander. Los Cardenales Ottaviani (1967), Šeper (1969 y 1970) y Ratzinger (1992) evitaron pronunciarse en todas las ocasiones en que les fue requerido. En la más reciente, el Card. Joseph Ratzinger aconseja al Obispo de Santander, Mons. Vilaplana, cómo proceder. Vilaplana había enviado previamente diversos informes al Cardenal:

“Después de haber examinado atentamente la citada documentación, [esta Congregación] no considera oportuno intervenir directamente, sustrayendo de la jurisdicción ordinaria de V. Excelencia un asunto que le compete por derecho. Por lo tanto, este Dicasterio le sugiere que, si lo estima necesario, publique Ud. una declaración en la cual reafirme que NO CONSTA la sobrenaturalidad de las referidas apariciones”.^[16]

Félix Ochayta, teólogo de la Sociedad Mariológica Española hace cuatro importantes observaciones a estas cartas de Roma. Se detiene particularmente en la más reciente; la del Card. Ratzinger:

1. “El hecho mismo de la consulta del Obispo de Santander está indicando que no se trata de un asunto cerrado.
2. La Santa Sede ha «*examinado atentamente*» -son palabras de Ratzinger- la documentación enviada [por el Obispado diocesano], lo cual indica que se trata de un asunto importante, que no está aún zanjado.
3. La Santa Sede no considera oportuno intervenir directamente, sustrayendo de la jurisdicción del Obispo de Santander «*un asunto que le compete por derecho*». Esto supone que el asunto no está aún resuelto y que la Santa Sede podría reservárselo, pero prefiere no hacerlo.
4. La Santa Sede sugiere al Obispo que, si lo estima necesario, haga una declaración «*en la cual reafirme que no consta la sobrenaturalidad de las referidas apariciones*». No se rechazan los fenómenos, no se dice que tengan una explicación natural, tampoco que sean de origen diabólico. Es decir, la Santa Sede deja las cosas como están, lo cual implica que está abierta a un reconocimiento futuro de la sobrenaturalidad, si se dieran otros elementos de juicio, que no se han dado”.^[17]

Roma actuó con equilibrio y discreción, situando reiterativamente la cuestión a nivel diocesano. En fin, las seis restantes comunicaciones provienen del Obispado de Santander y adoptan siempre la fórmula propuesta por el Card. Ratzinger: *non constat*. Es la postura actual en el discernimiento de Garabandal. A lo largo de estos años, dos Comisiones episcopales estudiaron los fenómenos. Como afirma Mons. Beitia en su nota de octubre de 1962, la primera de estas comisiones concluyó su informe el 4 de octubre de 1962, afirmando que los “estos fenómenos carecen de todo signo de sobrenaturalidad”.^[18] Sin embargo, el Dr. Luis Morales Noriega, médico principal de aquella Comisión, reconoció públicamente en 1983, que su juicio negativo primero carecía de base suficiente para juzgar los sucesos:

“...Este juicio primitivo que comuniqué al Señor Obispo... [fue] el origen de la desconfianza de la Jerarquía en el milagro de las apariciones... [Sin embargo, el estudio posterior] tras algún tiempo de sedimentar ideas me permitió científicamente comprender... la realidad [de las apariciones]”.^[19]

La segunda Comisión concluyó su estudio el 26 de abril de 1991. En la segunda edición de este libro hablaremos por primera vez de estos trabajos que hasta ahora permanecían en la sombra. Por el momento basta decir aquí que lo que el Card. Ratzinger refiere sucintamente sus conclusiones en su Carta de 1992. Las conclusiones del nuevo trabajo fueron -según Ratzinger-: “*non constat*”.^[20] En 2015, el último comunicado episcopal emitido hasta ahora mantiene el dictamen aconsejado por Roma y la Comisión de 1991. El *non constat* reaparece en el documento hasta en tres ocasiones (n. 1, 3 y 5). En esta carta, destaca además que fue firmada el 24 de junio de 2015 por Mons. Sánchez Monge, apenas tres semanas después de su toma de posesión como obispo de la Diócesis de las apariciones, el 30 de mayo del mismo 2015. Esta rapidez en la declaración, unida al número y amplia procedencia de los peregrinos que visitan la aldea cada año, muestra el interés actual que despierta la cuestión.

La actuación de este Obispo ofrece todavía otro dato significativo. Mons. Sánchez, en su comunicado de 2015 copiaba fielmente la carta circular redactada por Mons. Vilaplana de 1993. Sin embargo, en 2015, la redacción omite unas palabras significativas del texto original de 1993: “la cuestión, que doy por terminada”.^[21] Esta omisión, unida al estudio de los pronunciamientos eclesiásticos sobre Garabandal, muestra que, en la actualidad, la Iglesia -con el *non constat*- permanece abierta a nuevas

informaciones. Esto requiere sin duda nuevas investigaciones que hasta la fecha no han sido realizadas. El caso está, por tanto, abierto a la opinión de los fieles; máxime cuando unánimemente los prelados han afirmado que los mensajes son conformes a la fe de la Iglesia. Así, en espera de ulteriores investigaciones que permitan concluir el estudio a la jerarquía, en la actualidad, los fieles siguen recibiendo gracias y atribuyendo multitud de curaciones físicas y espirituales a la Virgen en Garabandal.

II

La aldea de las apariciones

Un periodista de Santander, en un artículo sobre las apariciones para el primer diario de Cantabria, el *Diario Montañés*, describe cómo era la aldea de las apariciones en 1961: “San Sebastián de Garabandal es uno de esos pueblecitos de la Montaña [Cantabria] que se encuentra como agazapado entre las quebraduras de los montes que le circundan. Hay que ir hasta allá... Las callejas son estrechas, embarradas, con gruesos morrillos de piedra sembrados a voleo y en cantidad, a través de ellas. Viviendas modestísimas en donde habitan aquellas gentes sencillas dedicadas a la labranza, a la ganadería tudanca, al pastoreo, únicas fuentes de riqueza -y bien exiguas, por cierto- que posee el pueblo”.

[22]

“Estaba todo lleno de pedruscos -recuerda una mujer Madrid-, de un riachuelo que corría por la Iglesia... [y por donde] pasaban las vacas, pasaba el riachuelo aquel que nos llenábamos de barro hasta arriba”. “No había farolas, no había iluminación”. “Pero sí, fue una cosa que yo no me lo esperaba tampoco. Las familias muy cariñosas”.

[23]

Esta pobre aldea ganadera se extiende sobre las últimas estribaciones de los Picos de Europa, a 497 m. de altitud y 86 km. al sudoeste de Santander. La población de la aldea rondaba los 300 habitantes. Estas reducidas dimensiones hacían a Garabandal carecer casi totalmente de infraestructuras dotacionales. Sin Ayuntamiento y sin alcalde, Garabandal no poseía médico propio, ni sacerdote, ni un archivo documental que hoy sería tan útil. La población dependía para las cuestiones civiles, como hasta hoy, del apartado Ayuntamiento de Río Nansa (en Puentenansa), a 8 km. de Garabandal. El acceso a la aldea estaba muy restringido. Había que realizar un ascenso a pie, en caballería o en un vehículo especialmente equipado para la montaña, cosa difícil de encontrar por aquellos años en la región.

El párroco atendía el pueblo desde la cercana localidad de Cosío, a unos 5 km. El sacerdote, don Valentín Marichalar, subía a caballo a la aldea casi todos los domingos por la tarde. Una vez a la semana. Entonces, celebraba una misa tardía y escuchaba algunas confesiones. Es importante constatar que, aunque no pudiese subir demasiado, el sacerdote de tiempo atrás conocía bien a las niñas y a sus familias. Don Valentín había bautizado a las niñas, les impartió a veces la lección del catecismo y les dio la primera comunión.

El médico que atendía la aldea era el Dr. José Luis Gullón. Vivía en Cosío y desde ahí acudía a la aldea. Aunque solamente en casos de verdadera necesidad. Y en esos casos *viene a pie*. Difícilmente podía llegar un coche, pues el único camino que conducía al pueblo era muy abrupto y no fue asfaltado hasta años después de las apariciones, en 1971. Este aislamiento hacía que en la aldea, los muchachos que no subían a los altos pastos para guardar los animales tuviesen que emigrar para trabajar en la ciudad. Sin

tiendas, sin teléfono, sin radio y, desde luego, sin automóviles, se requiere una hora de marcha para alcanzar Cosío, de donde traían a lomos de asno todo el abastecimiento. También el pan... El pueblo vivía en un verdadero aislamiento. De hecho, por entonces muchas casas no tenían aún agua corriente.^[25]

“La principal actividad económica era la ganadería. También se labraban las tierras, aunque no tanto para la venta de sus productos cuanto para proveer a la familia de lo necesario para su dieta básica. De todas formas, Garabandal está a casi 700 metros sobre el nivel del mar, y esa altura perjudicaba notablemente las cosechas, que no eran tan brillantes como las de los pueblos situados más abajo en el Valle del Nansa, en zonas de menor altitud y más protegidas climáticamente. Se cultivaban, [en los años de las apariciones] maíz y alubias, pero con menos calidad a causa del frío y las brumas. Y luego llegaba septiembre y el viento tumbaba el maíz aún sin terminar de madurar y había que recogerlo como estuviese.

El ganado más común en Garabandal eran las vacas, vacas de carne de raza tudanca. A la vaca se le alimentaba fundamentalmente de hierba... Y en invierno la hierba no crece, así que había que aprovechar el verano para segar, secar y acumular toda la hierba que se pudiera. Pero no todo el mundo tenía la suerte de tener sus tierras al lado del pueblo y poder ir a trabajarlas y luego volver a casa para comer y dormir. Dependiendo de las distancias, muchas veces era necesario tener que comer en el campo, para no perder tiempo en viajes, e incluso cuando no había más remedio, quedarse allí a dormir durante los meses de verano, «de San Pedro a San Miguel», recuerdan los mayores del pueblo”.^[26]

Usos y costumbres de la aldea

El jefe de la Guardia Civil en la zona, el brigada Juan Álvarez, describe gráficamente el ambiente social de San Sebastián por los días en que van a comenzar los sucesos:

“Las costumbres de sus habitantes son primordialmente religiosas. Jamás olvidan, por ejemplo, el rezo del *Ángelus*, tan pronto como el reloj señala las doce horas del día. Por la tarde rezan siempre en la iglesia el santo rosario, que dirige el párroco, si está, y si no, la maestra u otra vecina del pueblo. Al entrar la noche, la mujer de Simón (madre de Jacinta, una de las videntes) sale por el pueblo con su farol y una campanilla para invitar a los vecinos a orar por los difuntos y hacer así las últimas oraciones de la jornada. Los domingos, después de haber asistido todos a la santa misa en la antigua y humilde iglesia, se toman un poco de descanso; por la tarde la juventud se reúne bajo los soportales o al aire libre y cantan o se divierten al son de la pandereta”.

Laura Mazón, vecina del pueblo, recuerda cómo incluso en años posteriores a las apariciones, debido al espíritu recio de la aldea, “el traje regional se ponía únicamente el día de la fiesta del pueblo (18 de Julio) para bailar los *picayos* al Santo Patrón [San Sebastián]. No se usaba para bailar un domingo cualquiera, el traje era para ese momento. Mi padre con Ceferina fueron unas de las primeras parejas que los bailaron. Los bailes de los domingos eran con pandereta y normalmente se bailaba los distintos pasos de la jota, más tarde empezaron a bailar también con la música de la pandereta (lo

que era “a lo *agarrao*”) pasodobles y rumbas. El *pitu* y el tambor venían a tocar el día de la fiesta del pueblo, ese día se ascendía, descansaba la pandereta. Los bailes se hacían en cuadras, en la bolera, en la *Socarrena* -una especie de pajar donde se reunían los jóvenes para bailar cuando llovía; hoy, transformada en vivienda, se reconoce a la entrada del pueblo por una imagen del Carmen-”. Bailes organizados en cuadras al son de una sola pandereta denotan la sencillez y pobreza de la aldea en los años sesenta. De hecho, en Garabandal no había apenas edificaciones destacables: “La iglesia románica -sigue Julio Poo, el citado periodista del *Diario Montañés*- ocupa el centro del lugar, y cerca de ella, un poco más hacia arriba, la tosca edificación de la escuela no desdice, en nada, con el resto de las viviendas que la rodean. El sacerdote belga Materne Laffineur, buen conocedor de la aldea al tiempo de las apariciones, escribe que, en el edificio de la escuela, en aquel tiempo había “dos escuelas oficiales, una de chicos y otra de chicas con menos de veinte niños cada una”.^[27] Al comenzar las apariciones había escolarizados unos 50 niños. Respecto al relativo lugar que la educación podía ocupar en esta aldea campesina, sigue diciendo Laffineur: “la asistencia a clase estaba poco controlada. [Incluso] la instrucción religiosa se daba en la escuela misma y se completaba en la familia”. El bajo nivel académico de la aldea fue pronto señalado por los estudios realizados sobre las videntes al comenzar los fenómenos. Lo leemos, por ejemplo, en el informe del jesuita Ramón María Andreu: “La edad psicológica que representaban [las videntes] durante el primer mes de las llamadas apariciones, sería como de unos 8 o 9 años, por referencia a niñas de ciudad y colegio...”.

Garabandal era, pues, un lugar apartado de todo. Hasta mediados de 1961, un “verdadero nido de águilas -escribe Poo-, [y fue] visitado en cuatro meses por más de cien mil personas”. La causa de todo fueron los inexplicables fenómenos que comenzaron el 18 de junio de 1961.

III

Comienzo de las apariciones

Los sucesos ocurridos en Garabandal tuvieron lugar entre el 18 de junio de 1961 y el 13 de noviembre de 1965. Después de los 15 primeros días, cuyos hechos son conocidos en cuanto a nombres, fechas y lugares, los sucesos proliferaron hasta hacerse cotidianos. Desde el 2 de julio de 1961 ningún observador realiza ya una crónica completa, lineal y exhaustiva de los hechos: “A partir de julio -escribe el investigador Ramón Pérez-, las visiones se multiplican de tal manera que es difícil establecer un orden cronológico. Las videntes caen en éxtasis varias veces al día. La duración oscila entre diez minutos y hasta cinco y, una vez, siete horas”. La estudiosa Judith M. Albright calcula que, en Garabandal, “la Señora se apareció más de dos mil veces”. El jesuita José María Alba Cereceda, quien examinó personalmente a las videntes, comenta esa multiplicación de los signos: “lo verdaderamente notable [de Garabandal] es la extraordinaria frecuencia de las apariciones”.

Por ello, al estudiar los comienzos (18.VI-2.VII.1961) seguiremos los acontecimientos de día en día. Sin embargo, a partir de julio de 1961, esto ya no será posible. El brigada Juan Álvarez Seco, informador puntual de los sucesos y máximo responsable de la Guardia Civil en la zona, subraya la complejidad de relatar unos hechos tan abundantes y tan prolongados en el tiempo: “los fenómenos habidos han sido por espacio de tanto tiempo y con tal frecuencia que resulta casi imposible enumerarlos y relatarlos todos”.

El P. Eusebio García de Pesquera, O.F.M., quizá el historiador más destacado de Garabandal, publicó en 1979 la obra más completa sobre Garabandal. Por la tensión del momento y para hablar con total libertad, utilizó el pseudónimo de Dr. Gobelos. Su estudio y reflexión es inestimable, pues cuenta además con una amplia documentación de primera mano. Tendremos siempre muy en cuenta ese trabajo. Ya, en este punto, Pesquera orienta nuestra búsqueda. Pues, como él tuvo ocasión de padecer, después del 2 de julio de 1961 “no hay datos fijos para cada uno de los días, ni hay precisiones de días para muchos de los datos”. No afirma con ello el franciscano que se trate de hechos dudosos; al contrario, él cuenta muchas veces con una base sólida de testimonios. Sin embargo, desconoce su fecha exacta. La misma Conchita, en su diario, recorrió uno por uno los primeros diecisiete días de fenómenos. Sin embargo, después del 3 y 4 de julio ya no se atiene estrictamente a calendarios; avanza y retrocede en su narración deteniéndose únicamente en lo que hechos más importantes o, sencillamente, más profundamente impresos en su memoria. La falta de fechas precisas también afectará a nuestro recorrido. Hechos ciertos, corroborados a veces por fuentes muy diversas, carecen todavía de fechas concretas. Esto impide seguir un desarrollo estrictamente

cronológico de los sucesos; nuestro estudio sobre los signos deberá combinar a veces el estudio histórico con un desarrollo en ocasiones temático.

El centro de las apariciones no fueron los sucesos exteriores. Conchita lo consigna en su Diario: “*Ante todo, el mensaje*”. Estos mensajes públicos en Garabandal fueron dos. Entre ellos existe, además, una marcada continuidad: el segundo cita expresamente al primero y desarrolla su contenido. Esa relación tiene mucho que ver con el desarrollo histórico de los sucesos. El estudio histórico que iniciamos aquí nos ayudará a comprender la redacción de esos dos mensajes y de los demás contenidos de las apariciones. Asimismo, nos permitirá comprender los comunicados de la autoridad de la Iglesia, releyendo los documentos firmados por la Jerarquía en las diversas etapas que ha atravesado el caso de Garabandal.

El primer fenómeno: 18 de junio de 1961

Tarde de domingo. Los niños del pueblo jugaban en la plaza bajo la mirada de sus mayores diseminados por el entorno. A media tarde, dos niñas dejaron la plaza sin ser notadas; son la mayor y la más pequeña de las videntes: Conchita González y Mari Cruz González. Aunque poseen el mismo apellido no son familia; eran simplemente compañeras de clase en la escuela: Conchita tenía doce años y era la última de los cuatro hijos de Aniceta González y Aniceto González (fallecido hacía siete años, en 1954). Los hermanos de Conchita eran Serafín (cabeza de familia desde la muerte de su padre), Aniceto (que falleció en 1965) y Miguel. La falta del padre imponía a todos en casa la ley del trabajo para sacar la familia adelante; aunque en aldeas como esta era normal que los niños trabajasen en las pesadas tareas de campo, en esta casa la necesidad era aún más apremiante. Mari Cruz era hija de Escolástico González y Pilar Barrido. Tenía solo diez años, aunque tres días después -el 21 de junio de 1961- cumplía los once. Era, pues, solo un año menor que Conchita. Sus padres fueron probablemente los más opuestos a las apariciones de entre las familias de las videntes. Como veremos, la pequeña tendría ocasión de sufrir por ello.

“Mari Cruz y yo -escribe Conchita- pensamos ir a coger manzanas y nos dirigimos allí sin decir nada a nadie”. Se alejaron de los mayores y de las niñas que jugaban en la plaza, y se dirigieron a una huerta situada a las afueras del pueblo; era la huerta del maestro.^[28] Creían que nadie las veía. Sin embargo, no estaban solas; les habían seguido otras dos niñas, Mari Loli y Jacinta. Se estaba reuniendo el grupo de las videntes.

Jacinta González González nació el 27 de abril de 1949. Era dos meses menor que Conchita y tenía también doce años. Sus padres, Simón y María, tenían siete hijos más y su familia era muy religiosa. Jacinta venía acompañada por María Dolores Mazón González, llamada habitualmente Loli o Mari Loli, también de doce años de edad. Mari Loli es la tercera de las videntes por orden de edad, aunque era solo cuatro días menor que Jacinta. Sus padres eran Ceferino y Julia. Loli tenían cinco hermanos y su padre era

el alcalde pedáneo del pueblo (Presidente de la Junta Vecinal local ante el Ayuntamiento de Río Nansa). La familia trabajaba también en el campo, aunque Ceferino tenía una de las tres tabernas de San Sebastián. Situada en la planta baja de la vivienda familiar, la taberna daba labor a todos los de casa, también a Mari Loli, que servía las mesas.

Conchita y Mari Cruz, empujadas sobre el manzano, oyeron a las dos niñas que llegaban tras ellas. Trataron de esconderse, pero era demasiado tarde. De pronto, la voz de Loli resonó tras ellas: “No corras Mari Cruz que te vimos, ya se lo diremos al dueño”.^[29] Conchita y Mari Cruz se asustaron. Sin embargo, al juntarse las cuatro, se animaron de nuevo: “Pensándolo mejor, volvimos las cuatro a coger manzanas... [Y] cuando ya nos llenamos los bolsillos echamos a correr para comerlas más tranquilamente en... la Calleja”, un camino pedregoso que sube desde el pueblo a un pequeño pinar.

Suele hacerse referencia a este hecho como un «robar más o menos inocente»; de hecho lo hicieron a escondidas y en contra de las normas del buen hacer que oían todas en sus casas. Sin embargo, en una aldea como Garabandal, donde todas las casas tenían su huerto, sería robar si cogieran para llevar o vender. Pero coger manzanas para comerlas era un cumplido -así lo afirman los mayores-; esto significaba que las manzanas de ese huerto eran mejores que las tuyas, porque todos tenían huerto. De hecho, aquellas manzanas verdes y a medio hacer, no valían mucho, pues en tierras y alturas como las de Garabandal y en fechas tan tempranas, las gentes de la aldea llamaban *rabiosas* a aquella pobre fruta. El brigada de la Guardia Civil de Puentenansa, Juan Álvarez consigna el hurto en su memoria. Al relatarlo, lo desatiende diciendo: “había un manzano lleno de fruta, lo que a las niñas llamó la atención, y como cosa de criaturas cogieron manzanas del árbol, como es natural, para comérselas, no dándole [nosotros] importancia alguna, por ser cosa de niñas; pero en cuanto a las apariciones...” Al brigada le preocupaban el aluvión de forasteros, los posibles tumultos o altercados, las apariciones y las consecuencias que esto tenía sobre el orden en su demarcación; coger manzanas para comerlas, lo considera *cosa de criaturas*. La travesura no muestra tanto la maldad cuanto la pobreza de una aldea cuyos niños apenas probaban ni veían fruta en todo el año. De hecho, aquellas pobres manzanas, más que golosamente comidas, acabarían cayendo por tierra irregularmente mordisqueadas. Entendido este hecho en su perspectiva real, las niñas, con todo, sabían que no habían obrado bien. La aparición se lo hizo notar enseguida.

Un trueno en un día soleado

Las niñas estaban todavía comiendo las manzanas cuando sucedió algo desconcertante. Lo describe Conchita: “Estando entretenidas comiéndolas escuchamos un fuerte ruido como de trueno”. Lo insólito sucedió cuando levantaron la cabeza para ver de dónde venía la tronada... Ni allá a lo lejos, hacia Peña Sagra, que tantas veces mostraba su frente coronada de oscuras nubes, ni en las alturas más próximas, hacia

ponente, por donde llegaban las tormentas, se descubría nada inquietante. Precisamente eso era lo extraño. Las pequeñas sabían bien que los truenos no se producen en días soleados. Se miraron asustadas durante un momento, esperando una explicación. Por fin, Conchita exclamó: “¡Ay, qué gorda! Ahora que cogimos las manzanas, que no eran nuestras, el demonio estará contento, y el pobre Ángel de la guarda estará triste”.

En el primer movimiento de su experiencia extraordinaria, las niñas fueron movidas a reconocer el mal que habían cometido: “la reacción de las niñas -apunta Álvarez- fue culpar al diablo por lo que habían hecho; y, en todo furor, cogieron todas piedras, arrojándolas hacia un rincón con todas sus fuerzas”, “donde creyeron que estaba el diablo riéndose de ellas”. “Decíamos -escribe Conchita- que a la mano derecha está el ángelín y a la izquierda el *demonín* y después le tiramos con piedras al demonín y al ángelín le decíamos que se estuviera con nosotras y después se nos apareció...” El misterioso trueno había despertado en ellas el aborrecimiento del pecado. Venía, además, como anuncio de algo mayor.

La primera visión de Garabandal: «¡El Ángel!»

Cuando al cabo de un rato, las niñas se cansaron de tirar piedras, con los mismos guijarros comenzaron a jugar a las canicas. Debían de ser aproximadamente las ocho y media de la tarde cuando volvieron a verse sorprendidas por lo inesperado. De pronto, en medio de ellas se hizo visible un ángel ante el que quedaron petrificadas, de rodillas; y así permanecieron como inmersas en la visión, por espacio de unos minutos: “De pronto -escribe Conchita- se me apareció una figura muy bella con muchos resplandores que no me lastimaban nada los ojos”. En el lenguaje de estas niñas de aldea, tan pobres de léxico, esas escuetas expresiones suponían la más extraordinaria ponderación. La figura aparecida estaba tan por encima de todo lo que puede contemplarse aquí abajo, que Conchita quedó arrancada de sí y del mundo por la admiración y la sorpresa. Las otras tres, al ver traspuesta a su compañera, pensaron que le había dado un mal y comenzaron a gritar. “Conchita -relata Sánchez-Ventura-, con las manos juntas señalaba hacia la aparición y decía: «¡Ay!... ¡ay!»” Llena de miedo, Mari Loli se levantó de un salto para ir a pedir auxilio. Pero se detuvo un momento y, entre asustada e indecisa, miró en la dirección que señalaba Conchita. Sus compañeras hicieron lo mismo. Y de pronto, todas cayeron en éxtasis y exclamaron a una voz: ¡El Ángel! La aparición fue muy breve. El misterioso personaje no dijo nada a las niñas y enseguida desapareció:

“[Viendo al ángel -escribe Conchita-] hubo un cierto silencio entre las cuatro y de repente desapareció. Al volver normales [sic]^[30] y muy asustadas, corrimos hacia la iglesia pasando de camino por la función del baile que había en el pueblo. Entonces una niña del pueblo, que se llama Pili González nos dijo: «¡Qué blancas y asustadas estáis! ¿De dónde venís?» Nosotras muy avergonzadas de confesar la verdad le dijimos: «¡De coger manzanas!» Y ella dijo: «¿Por eso venís así?» Nosotras le contestamos todas a una: «¡Es que hemos visto al Ángel!»”

Las pequeñas estaban avergonzadas. Conchita subraya que la visión había despertado

en ellas un remordimiento intenso y el arrepentimiento por la falta cometida. Precisamente, uno de los principales efectos de la unión extática es “un inmenso dolor de los pecados cometidos y de todo lo que de Dios aparta”.^[31] La atrición, junto con “un gran desasimiento de las criaturas,” es un requisito y signo inequívoco del éxtasis auténtico. Esto que explica en Teología Espiritual Garrigou-Lagrange, es lo que experimentaron las niñas en Garabandal: aquella profunda “absorción en Dios”, hizo a las niñas desentenderse de querer contar o buscar cualquier tipo de reconocimiento por lo extraordinario de su experiencia. Tal cosa no cabía ya en sus mentes. Por eso reconocían su falta y su visión: “... Y seguimos nuestro camino en dirección a la iglesia -recuerda Conchita-, y esta chica [Pili], se quedó diciéndoselo a otras. Una vez en la puerta de la iglesia y pensándolo mejor nos fuimos detrás de la misma a llorar”. Para desahogar su indecible emoción se refugiaron tras los muros de la iglesia. “Un instinto misterioso de su alma cristiana las ha llevado allí -anota Pesquera-. No pueden explicarse lo que les acaba de pasar, pero sienten oscuramente que es algo muy grande... y hasta presienten que puede ser el comienzo de cosas aún mayores; ¿dónde buscar cobijo y protección sino en el lugar que especialmente guarda la presencia de Dios?”. La tarde de aquel 18 de junio de 1961, habían comenzado las apariciones de Garabandal.

IV

Contradicciones en la aldea

Primera reacción externa: la maestra

La niña que las videntes encontraron en su camino a la iglesia era Pilar González. La pequeña había quedado perpleja. Las cuatro videntes le habían confesado haber visto un ángel. Pilar, quizá sin saber aún qué pensar, lo contó enseguida a otras niñas en la plaza. Y juntas acudieron enseguida al adulto más autorizado que encontraron: su maestra, Serafina Gómez González. Aunque era natural de Cosío, Serafina vivía en la aldea, donde llevaba ya años. Era viuda, tenía una hija, *Toñita*, y conocía bien a todas las niñas de Garabandal. Todas tenían confianza con ella. Por eso, las niñas corrieron en su busca para pedir ayuda:

“Unas crías que estaban jugando nos encontraron -refiere Conchita- y al vernos llorar nos preguntaron: «¿Por qué lloráis?» Nosotras les dijimos: «*Es que hemos visto al Ángel*». Ellas echaron a correr a comunicárselo a la señora maestra. Una vez que terminamos de llorar a la puerta de la iglesia, entramos en ella. En aquel mismo momento llegó la señora maestra toda asustada y enseguida nos dijo: «*Hijas mías, ¿es verdad que habéis visto al Ángel?*» «*¡Sí señora!*» «*¿A lo mejor es imaginación vuestra?*» «*¡No, señora, no! Hemos visto bien al Ángel*». Entonces la maestra nos dijo: «*Pues vamos a rezar una estación a Jesús Sacramentado en acción de gracias*»”.

La estación que propone Serafina era una devoción eucarística corriente en la España de los años sesenta; comprendía el rezo de un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria, seis veces repetido, con la invocación «*Viva Jesús Sacramentado. Viva y de todos sea amado*» en cada repetición. En Garabandal la estación se solía rezar al exponer el Santísimo, al hacer una visita al sagrario y como acción de gracias colectiva después de la comunión. Las niñas al rezar aquella estación estaban todavía tan excitadas que mezclaban la oración con sollozos y risas. “Estábamos tan no sé cómo -intenta explicar Loli-, que tan pronto reíamos como llorábamos”. Serafina no se pronunció enseguida sobre el relato de sus alumnas. Las acogió maternalmente y les propuso poner a prueba su experiencia, para ver si se repetía: “La señorita -escribe Conchita- nos dijo que fuéramos allá tres días”. Esta actuación de la maestra, que conocía muy bien a sus alumnas, equivale ya a un juicio sobre la psicología de las cuatro videntes. Serafina, al conceder a las niñas el beneficio de la duda, demuestra que eran dignas de su confianza. Entendía la maestra que, en aquella aldea de costumbres recias y austeras, una tal invención recibiría, sin hacerse esperar, una dura corrección. Conocía a las pequeñas y no le pareció que aquello fuese un juego. La maestra no podía afirmar con seguridad qué había pasado, pero tampoco despidió sin más a las niñas. Por eso, a pesar de lo inverosímil del relato, decidió no pronunciarse. En los días siguientes las vigilaría más estrechamente, para ver en que paraba todo aquello.

Durante el diálogo con la maestra, en la plaza, las demás niñas ya habían hecho correr la noticia. Y al anochecer del 18 de junio de 1961, el pueblo entero estaba ya al tanto de todo.

Acogida en casa

Al separarse de su maestra, las niñas cayeron en la cuenta de lo tarde que era. En casa les esperaba sin duda una fuerte reprensión pues hacía ya rato que había oscurecido. Debían ser como las nueve de la noche cuando Conchita llegó a casa. Nada más entrar comenzaron los reproches de su madre:

“*«¿No te he dicho ya que a casa se viene de día?»* Yo, toda asustada por las dos cosas: por haber visto aquella figura tan bella y por venir tarde a casa, no me atrevía a entrar en la cocina y me quedé junto a una pared, muy triste...”

La niña, viendo lo inverosímil de la situación, evitó, sin embargo, mentir: “Y le dije yo a mi mamá: *«¡He visto al Ángel!»*” Aniceta, efectivamente, se sintió burlada por su hija: “*«¿Todavía? ¡Encima de llegar tarde a casa, me vienes con esas tonterías!»*” Yo le respondí de nuevo: *«Pues es verdad, yo he visto al Ángel.»*” La madre se mostró inmovible. Viuda y con cuatro hijos a su cargo, era muy consciente de que debía estar muy atenta para dirigir sola a su familia. Aunque tímidas, aquellas desacostumbradas porfías de Conchita, lograron intranquilizar a Aniceta. Al final, la madre acabó por sentirse insegura en sus negativas y muy inclinada a admitir que a su hija debía haberle, efectivamente, pasado algo. La madre de Mari Loli parece que fue algo más benigna.

Jacinta anota que su madre, María González, tampoco dio crédito a su relato aquella noche. Sin embargo, al igual que la maestra, permaneció a la espera. Y muy pronto, pocos días después, al contemplar los éxtasis, comenzó a creer: “Ya empecé a creerla un poquitín -confesaba más tarde-... Y luego, después, yo le tenía mucho respeto a la aparición... aunque otras veces volvían mis dudas”. La peor acogida en casa la recibió sin duda Mari Cruz, la menor de las videntes. Lo contaba años después su madre, Pilar Barrido, y lo recogen Pesquera y Ramón Pérez: “Aquel día reñí mucho a Mari Cruz...”. “No he pegado ni regañado a mi hija... al principio sí...” Igual suerte había corrido Lucía, la vidente de Fátima, en 1917:

“*Mi madre [cada tarde, al volver del campo], para obligarme a decir la verdad -como ella decía- llegó, no pocas veces a hacerme sentir el peso de algún palo destinado a la lumbre o el de la escoba... En verdad ella tenía razón en juzgarme indigna de un favor así, y por ello me creía mentirosa*”.^[32]

En Garabandal, como en Fátima, hubo *al principio* más que palabras para corregir aquellos *descarríos infantiles*. Muy pronto, esta oposición se iba a extender a toda la aldea.

Examen del párroco

Al amanecer el 19 de junio de 1961, cuando despertó la aldea, la noticia estaba en

boca de todos. “Cuando nos hemos levantado -escribe Conchita-, la gente ya empezaba a hablar: «*Esas cuatro niñas algo vieron porque ¡bajaban con unas caras!*»... Todo era pensar cada uno una cosa”. No todos estaban en contra; hubo también comentarios a favor. Cuando llegaron a la escuela, Serafina les preguntó de nuevo delante de toda la clase: “«*¿Estáis seguras, hijas mías...?*» «*Sí señora*». Y volvieron a relatar la historia ante la admiración de las restantes niñas... La clase se reanudó y nosotras -concluye Conchita- hacíamos como siempre sin preocupación ninguna”. Aunque ese día todos en el pueblo tenían para ellas alguna palabra, las niñas continuaron atendiendo a sus deberes cotidianos.

El suceso llegó muy pronto a oídos del párroco, don Valentín Marichalar, quien se molestó mucho. Así, la misma mañana del lunes, dejando cualquier otra ocupación, el párroco se fue directamente a hablar con las niñas. El hecho había sucedido la noche anterior; sin embargo, corría ya de boca en boca por todo el pueblo. Preocupado y “nervioso” -apunta Conchita-, esperó don Valentín a las niñas a la salida de la escuela. En cuanto terminaron las clases, viendo que dos de ellas, Jacinta y Mari Cruz, se encaminaban juntas a casa, las abordó sin dudarle un momento: “Todo asustado les dijo: «*¡A ver, a ver! ¿Es verdad que visteis al Ángel?*». Ellas contestaron a la vez: «*¡Sí, señor!*». «*No sé, no sé si nos engañáis*» les repuso. Ellas sonriendo añadieron: «*¡No tenga miedo que hayamos visto al Ángel!*». El párroco quedó sorprendido por la calma y seguridad con que le hablaban las pequeñas. Y pensativo -aunque sin salir de su preocupación- las dejó ir. Marchó entonces en busca de Conchita, que, por ser la mayor de las cuatro, debía ser más responsable: “Me encontró ya cerca de mi casa -escribe ella-, llegó todo nervioso y me dijo: «*Conchita, sé sincera, ¿qué visteis anoche?*» Yo le expliqué todo...”

«*Muy atento*» escuchó el párroco cada palabra de la niña y aún le pidió numerosas aclaraciones y repeticiones. Al final, no encontrando nada reprochable en el relato ni contradicciones respecto a las otras niñas, ordenó sin más a Conchita que, si otra vez viera a este misterioso «ángel», le preguntase «quién es y a qué viene». Conchita asintió. Seguramente nunca le había visto tan preocupado. Pero, en fin, don Valentín, viendo que la niña no se desdecía ni aun ante su presencia, la dejó marchar. Pensativo, se dirigió todavía el señor cura a casa de Loli. “[Su intención era comprobar] si coincidíamos todas... [Y] Loli -escribe Conchita- contestó lo mismo que nosotras. Así, [don Valentín] estaba cada vez más impresionado, porque coincidíamos las cuatro en todo”.

El párroco veía que los interrogatorios que él preveía que dejarían en entredicho a las pequeñas, coincidían hasta en los detalles más pequeños. Así, no tenía motivos para censurar a las niñas. Y él mismo dejó en su cuaderno constancia de las intensas averiguaciones de aquella mañana. Lo mandó escribir ahí a Conchita algunos días después: “El lunes nos preguntó Don Valentín que qué había pasado y nos preguntó por separado y le dijimos todo lo que habíamos visto”. El lunes 19 de junio de 1961, tras interrogar a las cuatro videntes -a dos de ellas por separado- no encontró el sacerdote razones objetivas para censurar aquel hecho que tan visiblemente le incomodaba. Por

eso, después de todos los trabajos de esa mañana, concluyó: “Vamos a esperar dos o tres días para ver qué os dice y ver si seguís viendo aquella figura que decís ser un Ángel”. El sacerdote había emprendido con diligencia el discernimiento que le competía. Su decisión de diferir un juicio definitivo sorprendió a algunos vecinos. El párroco, que conocía bien a las niñas, nada encontró que diera muestras de falsedad o engaño; al contrario, las pequeñas, examinadas por separado, coincidían en todo.

Contradicciones en la aldea

El dictamen de espera de Don Valentín de aquella primera mañana es enormemente positivo para las apariciones. Con todo, el 19 de junio no hubo muchos más comentarios benévolos hacia las niñas. José Díez Cantero, por ejemplo, vecino y albañil de la aldea, que por aquellos días se encontraba trabajando en la casa de Conchita, lleno de indignación se dirigió a las niñas con severidad aquel mismo día. Díez trató abiertamente de atemorizarlas. Su propósito era hacerlas entrar en razón: “Si seguís con eso, habrá que dar parte a la Guardia Civil; y ellos vendrán, tomarán declaraciones, os someterán a interrogatorio... y a lo mejor termináis en la cárcel. ¿Y los líos en que se verán metidas vuestras familias? Gastos, disgustos, vergüenzas... Ellas le oían un poco asustadas, y sin replicar...; pero al final, dijeron que qué iban a hacer, que ellas no habían inventado nada..., y que no podían dejar de ir, por si volvía el Ángel”. El albañil, que tenía por entonces cuatro hijos -tuvo cinco en total-, sabía bien lo que son capaces de inventar los pequeños y cómo hacerles desistir en sus fantasías. Con el tiempo él llegó a ser reconocido como uno de los testigos mejor informados sobre los sucesos. José Díez, después de estos primeros días, acompañó muy de cerca a las niñas en ocasiones fundamentales, protegiéndolas del gentío.^[33] Y tras las apariciones dejó un valioso testimonio con abundancia de particulares. Sin embargo, aquel día José no creyó nada a las pequeñas. Y aunque ellas dieron todo el crédito a su insidioso interlocutor, no se asustaron; y, sobre todo, no se retractaron de la visión de la tarde anterior. Tomaron en serio las amenazas, pero no cedieron en su relato. Conchita respondió en nombre de las cuatro:

“«Pues que nos lleven a la cárcel, y a mi papá y a mi mamá también; pero nosotras hemos visto el ángel». Y entonces el hermano de Conchita se enfadó -cuenta Díez-, que no quería que hablarían [sic] nada de esto y dije: *«Oye deja... que parece que tu hermana y las otras no se han asustado por lo que yo he dicho, me parece que no les importa... o no comprenden lo que es ir a la cárcel»*. [Aunque] yo se lo dije metiéndoles miedo; yo, por otra parte, tenía ese pensamiento, que podía ser la cosa importante [muy grave]”.

Los comentarios de Díez denotan su prudente observación. Pero las niñas no se asustaron. Ni siquiera le aseguraron que no volverían a la Calleja. En fin, impotente ante la firmeza de las pequeñas, el albañil tuvo que dejarlas marchar sin haber logrado atajar aquella historia del ángel. Las pequeñas, que hasta el día anterior habían hecho muchas travesuras como la de las manzanas después de su visión no querían ya mentir. Preferían la cárcel. El día siguiente a la aparición del ángel fue, en fin, un día normal. Como cada día después de las clases, las niñas colaboraron en los trabajos de sus casas. Aunque por

la tarde, después de atender a los quehaceres diarios y tras mucho insistir, consiguieron permiso para volver a rezar en la Calleja: “y muy contentas -confiesa Conchita- nos fuimos a ese lugar llamado Calleja (un trocito de cielo)”. Tras escribir esta línea, Conchita subraya en su diario las palabras entre paréntesis. Y es que aquel lugar tenía ya para ella un significado muy especial. De hecho, la mayoría de las apariciones primeras del ángel y de la Virgen tuvieron lugar precisamente ahí. Con todo, las niñas volvieron confusas a sus casas aquella tarde. Y es que, a pesar de su entusiasmo, el 19 de junio no hubo aparición. Por la noche, sin embargo, no pudiendo conciliar el sueño por las emociones de los últimos dos días. Y, estando todavía despiertas: hacia las diez de la noche, cada niña oyó una voz que dijo: «*No os preocupéis que me volveréis a ver*». Una locución las animaba a no cejar en su empeño.

V

Multiplicación de los fenómenos

«Una luz resplandeciente»

El 20 de junio de 1961, tercer día después de la visión del ángel, las niñas atendieron de nuevo a sus labores como siempre: “nosotras hicimos nuestra vida corriente igual que el [día] anterior”. Las apariciones no les hacían rehuir sus tareas cotidianas. Y al atardecer pidieron permiso una vez más para ir a rezar a la Calleja: “Tanto mi mamá - escribe Conchita- como los padres y hermanos de las otras niñas estaban preocupados, y tenían una lucha muy grande, porque si se inclinaban a que era verdad, también pensaban lo contrario”. En particular la madre de Conchita, Aniceta, aquel día se mostró inflexible: “si quieres ir a rezar, vete a la iglesia”. En esto, llegaron las otras tres niñas, que ya tenían permiso para ir. Y tanto insistieron a Aniceta y con tales ruegos que, al fin, consiguieron el permiso para Conchita. Al fin las cuatro, juntas y emocionadas, encaminaron a la Calleja para rezar de nuevo en aquel lugar que había ya impreso una huella profunda en sus corazones.

Las pequeñas recitaron con fervor un rosario. Sin embargo, “el Ángel no venía. Decidimos ir a la Iglesia; y cuando nos levantábamos, pues estábamos de rodillas, vimos una luz muy resplandeciente, que nos rodeaba a las cuatro -no vimos más que esa luz-”. “[La luz -recoge Ramón Pérez-] nos ocultaba las unas a las otras. Estábamos completamente deslumbradas por esa luz, así que nos pusimos a gritar, pues estábamos aterrorizadas; pero ya la gran luz había desaparecido”. Acordaron no decir nada a nadie. Ni lo comentarían en casa. Pero al recordar que don Valentín había ordenado “comunicarle enseguida cualquier novedad que hubiese”, queriendo obedecer en todo, hablaron a sus familias. A la mañana siguiente (21.VI.1961), sus padres refirieron confidencialmente todo al sacerdote, aunque algo debió de filtrarse, porque a lo largo de la jornada fue creciendo la expectación en todo el pueblo. Y si hasta ahora los fenómenos de la Calleja no habían tenido testigos, la tarde del miércoles, día 21, se dieron cita por primera vez algunos observadores.

Los primeros testigos oculares: 21 de junio de 1961

Con dificultad consiguieron las niñas permiso para ir a rezar a la Calleja los días 19 y 20 de junio. Las familias no las apoyaban. A Conchita, uno de sus hermanos le había dicho ya el lunes 19: “*¡No se te ocurra ir a rezar! ¡La gente se reirá de ti y de nosotros,*

seguirán diciendo que dices ver al ángel y que eso es mentira!»... [Pero] mi mamá dudando si sería verdad, y con tal que la dejara en paz, me permitió ir”. El día 20 volvieron a ver al ángel. Por eso, viendo que nadie las creía, el día 21 las pequeñas pidieron ser acompañadas:

“Por la tarde -escribe Conchita-, después de hacer lo que teníamos que hacer, pedimos permiso a nuestros padres para ir al mismo lugar... pero al ir hacia la Calleja, viendo que la gente no nos creía le dijimos a una señora que se llama Clementina González, que si quería acompañarnos para que viera que era cierto, pero ella no quiso venir sola, pues dudaba y fue a llamar a otra señora de nombre Concesa. Así, al darse cuenta otras personas que veníamos acompañadas por estas señoras se unieron a nosotras y llegando a la Calleja nos pusimos a rezar el rosario. Terminamos y el Ángel no vino. La gente se reía mucho y nos decía: «*Rezad una estación*». Así lo hicimos y al terminar se nos apareció el Ángel”.

Ante el ángel, las niñas no olvidaron el encargo del párroco. Preguntaron al ángel quién era y qué pretendía: “*Pero Él no nos contestó nada*”. De momento se mantenía la incertidumbre. Esta visión tan escuetamente referida por Conchita tuvo sobre la gente un impacto grande. Y al final de la aparición unos gritaban a las videntes reclamando intenciones de oración, otros lloraban. En cuestión de minutos la gente había pasado del escepticismo al estupor. Conchita no da cuenta de cómo sucedió esto; ella se limita a afirmar el hecho: “Terminada la aparición -recuerda Conchita-, la gente estaba muy nerviosa...”. La niña describe al ángel, pero se olvida por completo de explicar cómo se produjo aquel cambio en la gente. Los presentes se erigían desde entonces en Garabandal en testigos de las apariciones. Así, “Clementina [González, ya durante el breve éxtasis] quiso llamar a todo el pueblo, pero... [de repente] el ángel desapareció”. De momento, el pueblo hubo de conformarse con el testimonio de unas pocas personas:

“[Las niñas -anota Pérez-] clavadas de rodillas en el pedregoso suelo del camino, bien levantada la cara hacia algo o alguien que las tenía arrebatadas, la boca entreabierta con gracia nunca vista, un leve sonreír que ponía plena hermosura en todo su aire, el mirar de aquellos ojos tan puros... Cuando las cuatro volvieron en sí, vieron con asombro que en torno suyo unas lloraban, otras apretaban las manos contra el pecho, y otra, Clementina, estaba ya para correr al pueblo, a llamar a toda la gente”.

Clementina González era la esposa del mencionado José Díez. Tan convencida estaba, que delante de todos dijo allí mismo a Conchita: “Hija, pídele a la Virgen del Carmen, pídele al Sagrado Corazón, que nos amparen... que os digan lo que quieren de nosotros”. Esta petición inauguraba un suceso desde entonces frecuente en Garabandal: una abrumadora confianza y seguimiento por parte del público. Tras contemplar las apariciones, los presentes abrían de par en par sus corazones a las niñas y, a través de ellas, buscaban a Dios. Así ocurrió el 21 de junio, primer en que los pocos espectadores del éxtasis, pasaron en un instante de la incredulidad al entusiasmo. Álvarez lo consigna en su memoria: “Varias mujeres... al ver que es cierto lo que ellas [las niñas] manifestaban... lo anunciaron a todos... A partir de este día... la noticia corrió por todos los pueblos limítrofes, y a diario se desplazaban gentes a Garabandal, lo que motivó que se intensificara la vigilancia [por nuestra parte]”.

Primeros test médicos. La comisión de Santander

El impacto de los éxtasis sobre el público desde el primer momento hizo que la noticia de las apariciones se extendiera rápidamente por toda la comarca. Así, la afluencia de peregrinos ascendió rápidamente en los días siguientes. En el diario de Conchita, a partir del día 22 de junio se hace frecuente la anotación “había mucha gente”.

Durante los siguientes días se repitieron los éxtasis. El público siguió admirándose, como el día 21 de junio. La expectación aumenta, y para el 25 -una semana después de la primera aparición- Pérez constata ya “la presencia de al menos cinco sacerdotes y de numerosos médicos conocidos” entre el abundante público, que se contaba ya por centenares. El párroco, en su cuaderno, anotó hasta once sacerdotes entre el numeroso público de alguno de estos días. Y el 17 de julio, el sacerdote dejó una descripción de cuanto venía sucediendo desde las semanas anteriores:

“Asistieron [hoy, 17 de julio] unos ocho sacerdotes, dos doctores y 600 personas [de] fuera, [que en] todos los días no han bajado; pero ha habido días que había cerca de 3.000 personas en domingo. Muchos vienen por curiosidad, después que ven a las niñas cambian; he visto a hombres llorar”.

Esta gran afluencia de peregrinos hizo que desde la primera semana de apariciones, el brigada Juan Álvarez ordenara ya que “se pusiera una pareja de vigilancia en Garabandal; la noticia corrió por todos los pueblos limítrofes, y a diario se desplazaban gentes a Garabandal, lo que motivó que se intensificara [aún más] la vigilancia”. El mismo brigada se personó en numerosas ocasiones en el lugar de las apariciones. Los agentes estaban en primera línea durante los éxtasis desde 1961 hasta el final de las apariciones en 1965. Numerosas fotografías lo atestiguan. En torno al lugar de las apariciones, los mozos dispusieron enseguida unos troncos o ramas gruesas en forma de cuadrilátero. Aquellos troncos, servían para delimitar una zona de protección para las niñas durante los éxtasis. En aquel espacio, solo se permitía entrar a médicos, sacerdotes y familiares más allegados a las pequeñas.^[34] Aquel espacio cuadrado de la Calleja, escenario de las primeras apariciones, pronto fue conocido popularmente como «el Cuadro».

Entre 1970 y 1971, el investigador Ramón Pérez entrevistó a 40 testigos de las apariciones. Don Valentín reveló a Pérez sus primeras gestiones en el Obispado: “cinco o seis días después del primer éxtasis, [don Valentín] fue al Obispado de Santander a pedir que le enviasen médicos y sacerdotes competentes porque se sentía sobrepasado por los acontecimientos que se desarrollaban en su parroquia. El Obispo [Mons. Doroteo Fernández^[35]] le respondió: *«Todo eso no es serio, ya verá, eso se apagará rápidamente, no le preste atención... esté alerta por si acaso, pero sobre todo no se preocupe...»* Y [don Valentín] volvió de Santander -decía él- *«con las manos vacías»*”. Aunque el Obispo despidió al sacerdote sin atender su petición, ante las noticias e interés siempre creciente por Garabandal, en los siguientes días constituyó Mons. Fernández la Comisión de estudios que reclamaba don Valentín. Y todavía en el mes de junio de

1961, el Administrador Apostólico puso al frente de esa Comisión a don Francisco Odriozola, Profesor de Teología en el Seminario y Canónigo de la Catedral. El Prelado no pronunció un nombramiento oficial; más bien, como señala Pesquera, “parece que Mons. Fernández le dijo a Odriozola que se escogiese él mismo personas competentes y que empezasen a actuar”. Odriozola en persona completó el grupo con tres sacerdotes y dos médicos. Los sacerdotes eran Juan Antonio Del Val (después Obispo de Santander), José María Saiz (Profesor de reconocida formación teológica en la Diócesis) y Agapito Amieva (Provisor del Obispado de Santander), aunque la participación de este en los trabajos de la Comisión fue menor. El médico principal de la Comisión fue el Dr. Luis Morales Noriega, licenciado en Zaragoza en Neurología y Psiquiatría y avalado por el prestigio de ser el Jefe de Salud Mental de Cantabria; el segundo, el Dr. José Luis Piñal Ruiz Huidobro, con estudios en Medicina Psicosomática, Geriátrica, Endocrinología y Medicina Interna, pasando el tiempo sería Presidente de la Comisión de Deontología del Colegio de Médicos de Cantabria. La Comisión se sirvió en ocasiones de peritos como, por ejemplo, el Dr. Peláez, médico de Valladolid.

La primera vez que este equipo subió a la aldea fue el 2 de julio. El Comandante Álvarez describe la intervención de la Comisión aquel día: “me dijo el señor Rocha, de Saltos del Nansa, que ese día [2 de julio] no llegarían las videntes al Cuadro, porque el Dr. Morales las pararía e hipnotizaría en la Calleja, con el resultado que ya se sabe...»”. El *Primer Cuaderno* del párroco, hablando de otro día de julio, refiere esto mismo: “Hoy comenzó un examen de las niñas por el Dr. Piñal y don Francisco [Odriozola, ambos miembros de la comisión diocesana]. Me parece que bien. No así me pareció el día [2 de julio] que vino el Sr. Morales”. En efecto, algunos médicos no tomaban en serio los hechos y se limitaban a realizar pruebas de hipnosis. El *Diario* de Conchita describe alguno de aquellos exámenes al relatar el reconocimiento a que fue sometida por los Dres. Morales y Piñal en Santander el 27 de julio de 1961:

“«¿Cómo es que haces esas cosas? ¿Qué? ¿Estás loca? ¿Cómo es que engañas al mundo de esa manera? ... ¡Ponte tiesa y mírame a la nariz que te voy a hipnotizar!» Cuando me decía: mírame a la nariz, me reía y entonces me decía: «¡No te rías que no es cosa de risa!»... [Y me decían] que esto de las apariciones era un sueño”.

El tenor de este interrogatorio concuerda con las reservas que don Valentín había expresado en sus notas sobre el Dr. Morales. No son, por desgracia, testimonios aislados. El mismo Dr. Morales reconoció públicamente en 1983 haber provocado la condena de los informes de la Comisión que comenzó a trabajar en julio de 1961. Volveremos sobre ello.

Fenómenos cada vez más extraordinarios

Desde los primeros días, muchos médicos asistieron a los fenómenos. Intentaron probar la falsedad de los éxtasis de todas las formas posibles. Realizaron pruebas de todo tipo sobre las videntes, dentro y fuera de los éxtasis. El 25 de junio, por ejemplo (una

semana después de comenzar las apariciones), se constató por primera vez un asombroso cambio de peso en las niñas. Le ocurrió al Dr. José Luis Gullón, médico de cabecera de la aldea. Veremos el caso enseguida. El caso es que, durante los éxtasis, se hacían pruebas de todo tipo sobre las niñas para comprobar su estado de vigilia: golpes, amagos, punciones, flashes de luz directamente sobre los ojos abiertos y a muy corta distancia. Todo tenía igual resultado: al terminar los éxtasis y examinar a las niñas, se observaban claramente las marcas de pinchazos, golpes y arañazos que a manera de pruebas hacían algunos médicos y otros testigos. Pero, como constata Álvarez, ellas no acusaban el menor dolor ni hacían nunca “la menor expresión cuando se las produjeron”. Lo señala también Pepe Díez: “[los médicos hacían] cosas con linternas muy potentes y con aparatos haciéndoles a la vista y a la cara como una prueba... Otro médico por detrás de las niñas como digamos en posición de rodillas, estaba pinchando a las niñas por las piernas, con agujas, que una fue cogida en aquel momento pero se ha perdido, porque hubo un jaleo muy mal [sic]”. Los familiares, vecinos y público en general favorecían normalmente las pruebas médicas.

A los doctores se concedió siempre un puesto de preferencia al lado de las videntes. Sin embargo, algunos médicos traicionaron la confianza que se les brindaba en la aldea. En el caso referido por Díez, arrebataron a un médico una aguja de un tamaño desproporcionado para el propósito de comprobar la insensibilidad de las pequeñas durante los éxtasis. El público no permitió aquel despropósito y «*hubo un jaleo muy mal*». Las videntes de nada se enteraban; permanecían impávidas, en una oración ajena a todo aquel barullo. Conchita refiere sucesos como este, comentando: “de esto yo no me daba cuenta, pero la gente me lo contó después. Terminada la aparición toda la gente se veía muy emocionada y todos querían ver mis rodillas [mis brazos...] y yo no sabía para qué”. Las extralimitaciones de los médicos, expresión sin duda de impotencia y perplejidad, revela que las pruebas médicas eran llevadas hasta el límite ante unos fenómenos cada vez más inexplicables para la Ciencia.

Todavía en 1961, diversos periódicos publicaron auténticos testimonios acerca de aquella llamativa insensibilidad de los éxtasis. Julio Poo San Román subió a la aldea por estos meses. Su artículo fue publicado en octubre y noviembre de 1961 por el *Diario Montañés*, principal periódico de Cantabria, y *La Gaceta Ilustrada*, semanario del tercer diario más vendido a nivel nacional por entonces, *La Vanguardia*.^[36] Estos artículos muestran el interés surgido en torno a Garabandal solo unos pocos meses después del inicio de los sucesos.

“... Se iluminó su faz, alzaron los ojos y quedaron como en éxtasis. Les gritamos y no nos oían. Quisimos forzarlas a mover la cabeza para desviarlas del centro de la supuesta visión y no pudimos. Y cuando el flash del fotógrafo les enfocó directamente a los ojos, ni una sola de las cuatro pestañeó lo más mínimo”.^[37]

“Pudimos llevarlas hasta un lugar apartado para que nos contaran qué era lo que habían visto... Una a una, separadamente todas coinciden: en la descripción de cómo vieron al Ángel y lo que les dijo. Ya hemos dicho que las niñas tienen un candor y una inocencia como es probable no hayamos visto en su edad otra igual...». ^[38]

Efectivamente, como ha comprobado Pérez, desde los primeros días: “después del

éxtasis, las chicas advierten, sobre todo en sus piernas, los ligeros restos de pinchazos, pellizcos, señales de uñas y chichones debidos a las experiencias [realizadas por los médicos], pero declaran no haber sentido nada”. Nada les dolía, nada sentían. No respondían en ningún modo a los estímulos externos, en ocasiones tan agresivos. Durante los éxtasis desaparecían aun los más elementales actos reflejos. La “suspensión de los sentidos externos”^[39] de que habla la Teología Mística, era completa. Entretanto, el Dr. Morales, médico principal de la Comisión, al igual que sus compañeros, no estaban presentes. En su conferencia de 1983, el neuro-psiquiatra de Santander confesó que en todo el año de 1961 había estado en la aldea de las apariciones tan solo en una ocasión. Y que su juicio entonces, había sido precipitado.

El párroco: «Hasta ahora todo parece de Dios»

Ante la multiplicación de los prodigios, la multitud que llenaba la aldea crecía de día en día. Por eso, la Guardia Civil, desde estos días tuvo permanentemente apostada una pareja en el pueblo. Desde el Cuartel de Puentenansa, el brigada Juan Álvarez, estaba preocupado ante su responsabilidad por atender a las necesidades propias de aquellas aglomeraciones en una aldea desprovista de medios adecuados para tal multitud. La Guardia Civil cumplió un papel a veces insustituible. La ocasión llegó ante una discusión en contra de un joven maestro, *Manín* o *Manuco*. Manín había llegado al pueblo para dar las clases de verano al hijo de un indiano acaudalado de la aldea, Eustaquio Cuenca. El joven maestro, por mediación del párroco, había conseguido un puesto privilegiado en el Cuadro para examinar los éxtasis y, después de estos, llevarse a las videntes cada día, para interrogarlas y escribir cuanto ellas dijeran. El público que subía para ver las apariciones comenzó a sospechar de aquel joven. Se decía que «las hipnotizaba o las daba píldoras». La tensión aumentó tanto que la Guardia Civil se vio obligada a intervenir:

“Después de una aparición -escribe el brigada Álvarez-, me participa un compañero, Sargento de la Guardia Civil que, al terminar el éxtasis de Conchita, el maestro [Manín] se la había llevado a casa del indiano [Eustaquio Cuenca]; y que va a resultar que cuanto dice la gente es verdad, y afirman que es el maestro que les da las píldoras. Acto seguido me trasladé a casa de Eustaquio y, efectivamente, compruebo que el maestro está en una habitación con Conchita... para después hacer como una especie de informe y darlo a don Valentín para su entrega al señor obispo”.

Conchita completa en su *Diario* la narración:

“Los guardias no quisieron que el profesor nos llevara y fuimos con el párroco a la sacristía de la iglesia, donde nos preguntó, llamándonos una por una, a ver si coincidíamos”.

La multitud agradeció aquella actuación de la Guardia Civil. No solo se apartaba a aquel joven de los sucesos; se colocaba en su lugar al sacerdote para cumplir un papel que le correspondía por derecho. Don Valentín, que estaba inclinado más bien al rechazo de las apariciones, era quien había dado a Manín aquella tarea para evitar verse demasiado involucrado. Ahora no tuvo más remedio que aceptar el encargo. Este

desapego suyo le hacía más apto aún a los ojos de un público que esperaba con ansia un juicio objetivo sobre las apariciones. Así, por disposición de la Guardia Civil, fue el párroco quien interrogó aquel día a las videntes y quien quedaba con el encargo de hacerlo en adelante. El pueblo quedaba satisfecho.

El sacerdote, que había buscado una discreta posición para seguir los sucesos sin llamar la atención, tuvo que hacer aquel interrogatorio bajo la supervisión de la Guardia Civil, preocupada ante la tensión surgida. La entrevista se realizó individualmente. Las niñas fueron entrando de una en una a la presencia del sacerdote, en la sacristía de la Parroquia, ante la atenta mirada del público, que aguardó en el atrio la salida del sacerdote. Don Valentín, tras poner todos los obstáculos posibles a las pequeñas, al igual que en sus exámenes anteriores, volvió a quedar desconcertado: las cuatro videntes coincidían en todo, hasta los detalles más insignificantes.

“Nosotras -escribe Conchita- le decíamos todo como le veíamos [al ángel]. Luego que terminó de preguntarnos salimos junto con él [al atrio de la iglesia], el cual dijo a la gente: «¡Hasta ahora todo parece de Dios, pues coinciden las cuatro!»». Al oír esto, la gente se puso muy contenta de que fuera de Dios”.

El juicio era alentador. Con todo, el «*hasta ahora*» del sacerdote hacía ver su preocupación ante un asunto que bien sabía él que podía irsele de las manos. Pero la gente quedó muy complacida; primero por el serio examen realizado por la autoridad eclesiástica, pero, sobre todo al ver que, a los ojos del párroco, los fenómenos carecían de defecto y, sobre todo, de explicación natural. Aquella tarde, la alegría desbordó la aldea.

«Cada día de 500 a 3.000 personas»

Las noticias que llegaban de la aldea de los exámenes médicos, los interrogatorios del párroco y el impacto de los sucesos sobre los testigos, hizo crecer aún más la expectación. Y como en los días siguientes los sucesos siguieron en la misma tónica, el número de espectadores fue también en aumento. El brigada Juan Álvarez aproxima una cifra para estas tempranísimas fechas: “después de esos días [26 y 27 de junio, sin éxtasis] volvió a aparecer el ángel y cada día se encontraban en Garabandal de 500 a 3.000 peregrinos para presenciarlo”. En total, desde el 18 de junio, las niñas vieron al Ángel nueve veces. Aunque el hecho de no haber aparición algunos días (26, 27 y 29) supuso para las pequeñas una auténtica prueba. En torno a los fenómenos había ya una gran expectación: “El día 27 martes no tuvimos aparición -escribe Conchita-, había mucha gente. Por la tarde fuimos como los demás a rezar el rosario a la Calleja y le [sic] rezamos junto con la gente. Cuando terminamos de rezar y no vimos nada nos quedamos tristes porque creíamos que no volveríamos a ver ya nada. La gente se iba muy desilusionada «pero cuando Dios lo quiere así, es que tiene que serlo»... La gente del pueblo estaba triste pues ellos sí creían, en cambio los forasteros que habían ido y no habían visto nada regresaban riendo y decían: ¡claro, como hay mucha gente y no están

muy acostumbradas no se atreven a hacerlo delante de todos!”. Estos dos días sin aparición, 26 y 27 de junio, generaron gran tensión entre el público. Sin embargo, los éxtasis se reanudaron en los días siguientes. Los fenómenos no dejaban indiferente a nadie. Lo señalan la memoria de Álvarez y el primer cuaderno de don Valentín:

“Cuantos contemplan las escenas -escribe el brigada- quedan impresionados”.

“Muchos vienen por curiosidad -anota el sacerdote-, después que ven a las niñas cambian; he visto a hombres llorar”.

Sin embargo, la gente venida de lejos fue muchas veces tremendamente exigente con las pequeñas. Juicios duros, con frecuencia ligeros, formaron parte del escenario de las apariciones desde estos primerísimos días: “no falta -sigue Álvarez- quien dice que Conchita se pone de acuerdo con las otras y marchan a la misma hora a la aparición, que es la que influye en las demás... que es una enfermedad”. La paciencia con que las niñas aceptaron esta tensión es subrayada por varios autores. Ramón M. Andreu, S.J., escribe: “Conchita no parece preocuparse por la opinión del público. Le da lo mismo que la opinión sea favorable o adversa; la niña permanece en la narración objetiva de la verdad pura, que defiende con una firmeza inalterable”. Esta solidez de las videntes impresionaba a los expertos, pero es relevante especialmente en el ámbito psicológico. Esto provocó muy pronto estudios profundos sobre la mente y capacidades de unas niñas que se mostraban tan por encima de cuanto su madurez personal podría normalmente soportar. Y, a pesar de la gran tensión y embates, las apariciones seguían adelante cada día con mayor fuerza:

“La gente de Cosío -recuerda David Toribio, vecino de la aldea- era la que muchas veces daba a los peregrinos la ayuda necesaria para poder llegar a Garabandal. El Presidente de la Junta vecinal se llamaba Leoncio, y este hombre estaba muy pendiente de los peregrinos. Cuando llegaba gente especialmente necesitada de ayuda, llamaba a unos niños del pueblo, les daba una buena propina y les pedía acompañar a la gente hasta Garabandal”. “[Un día] Leoncio llamó a tres o cuatro chavales y les dio 50 pesetas de propina... Lupe y los otros niños, condujeron cuesta arriba a tres señores que venían con muy mala disposición... [y, que sin haber estado nunca, pretendían] descubrir el engaño al mundo entero. Llegaron a Garabandal, Lupe -quien lo contó a David Toribio, que nos lo relata- completó su tarea de señalar a los señores quiénes eran las niñas y sus casas, y luego, como niños que eran, se fueron a gastar sus cincuenta pesetas y a pasar un buen rato mientras estos señores terminaban su *tarea*.”

La sorpresa fue que cuando estos señores les llamaron para bajar de nuevo a Cosío, parecía que se habían quedado mudos. De todos sus planes de destruir Garabandal no quedaba ni rastro. Bajaban con expresión demudada, no atinaban a decir palabra, cada uno por su lado perdidos en sus propios pensamientos. Era obvio que lo que habían visto y vivido les había quitado las ganas de «acabar» con Garabandal”.

Aunque desconocemos qué fue concretamente lo que hizo cambiar de opinión a aquellos tres hombres, el testimonio refleja el ambiente de la aldea en la época de las apariciones y la fuerza de los fenómenos sobre muchos peregrinos.

Primeros estudios médicos

La abundancia de fenómenos desde los primeros días hizo multiplicarse pronto las

averiguaciones. Lo constataba en su visita a la aldea un periodista proveniente de Barcelona:

“Maestros, médicos y otras personalidades han preguntado a las chiquillas sobre el caso, juntas y por separado, sin que se consiguiera hacerlas contradecir en lo que dicen ver: «...*Tu amiguita dijo que el ángel iba vestido de azul y que tenía las alas verdes...*» «No -contestó-. *Era blanco, todo blanco*». A la de menos edad [Mari Cruz] le dijeron: «¿Verdad que las alas las tenía azules?». «No, blancas». «¿Cómo que blancas, si tu compañera dijo que azules?». «Pues ella las vería azules, pero yo las vi blancas»”.^[40]

Juan Poch -corresponsal del semanario *Por qué* de Barcelona- recogía así el ambiente que se respiraba en la aldea: “[unos a favor, otros] opinan que se trata de un caso de catalepsia. Hubo incluso quien afirmó que las niñas estaban inyectadas y otras cosas por el estilo. Pero médicos, psiquiatras y otros especialistas en la materia negaron totalmente que existiera en las pequeñas inyectable alguno”. Tantas comprobaciones, en ocasiones desmedidas, acabaron por indignar a los familiares de las pequeñas. Por eso, ya en estos primeros días Ceferino Mazón, el padre de Loli, pidió al médico del pueblo, Dr. José Luis Gullón, que examinara a las niñas y diese él un dictamen que valiese para todos. Ceferino esperaba frenar aquella exacerbación. “A petición del padre de María Dolores -prosigue el brigada- reclaman la presencia del médico don José Luis, titular de la comarca, y sube en compañía del Alcalde y del Presidente, y las recluyen en el bar de Ceferino; las introducen en el cuarto donde Ceferino guarda el pan, y las reconoce el Médico”.

No sabemos con exactitud la fecha en que sucedió este hecho; seguramente ocurrió el 24 o 25 de junio de 1961. Tras el reconocimiento, el diagnóstico del médico de Cosío no se hizo esperar. Lo presentaba, además, como definitivo. No ha llegado hasta nosotros su informe. Álvarez lo recoge en su memoria: “El médico dice que las niñas están epilépticas y enfermas; que todo lo que pasaba es debido a la enfermedad que tienen. Pero yo veo que las videntes están la mar de bien y que cada día están más guapas y más sanas; mientras que los padres y hermanos presentan un aspecto de cansancio, y sus rostros, como si estuvieran agotados físicamente, denotan falta de sueño y reposo”.

Diversos testimonios coinciden en la narración de un hecho que el Dr. Gullón soslaya en su dictamen. Se trata de un fenómeno que tuvo lugar a la vista de todos durante un reconocimiento de este médico a las niñas:

“... Un médico quiso levantar a Conchita -escribe el párroco-... dando [la niña] con las rodillas en el suelo...”.

“Durante el éxtasis -relata Álvarez con más detalle- un médico [Dr. Gullón] quiso levantar a Conchita, y por el exceso de peso que, por lo visto, experimentaba cuando se hallaba en tal estado, se le cayó desde regular altura dando con las rodillas en el suelo, produciéndose un buen crujido. Al terminar y examinar a las niñas se observaban claramente las marcas de la caída de Conchita, de pinchazos, golpes y arañazos que a manera de pruebas habían hecho algunos a las videntes, sin que ellas acusaran el menor dolor ni hubieran hecho la menor expresión cuando se las produjeron”.

Conchita también lo relata en su diario:

“Ese día el médico nuestro de cabecera cuando yo estaba viendo al Ángel, me cogió a mí, me levantó y me dejó caer de una altura como de un metro más o menos y al caer mis rodillas sonaron como una calavera... de

esto yo no me daba cuenta, pero la gente me lo contó después. Terminada la aparición toda la gente se veía muy emocionada y todos querían ver mis rodillas y yo no sabía para qué”.

Conchita, en éxtasis, no fue consciente del hecho o la altura. El testimonio quizá más completo del hecho es el de David Toribio, vecino de la aldea presente durante aquel reconocimiento en la Calleja:

“Al Dr. Gullón -recuerda Toribio- “le pasó un caso que demostró su total increencia [rechazo de las apariciones]. Él, cuando el peso de las niñas y todo aquello, pues subió allá. Estaba harto de oír que pesaban mucho durante los éxtasis. Y en una aparición agarró una niña [Conchita]. Se hartó a bregar con ella, y en ese momento hubo tres milagros ahí. En principio no la podía levantar. Luego después la levantó de tal forma que la subió *allá* arriba, muy alta -con el brazo marca una altura de entre un metro y medio y dos metros-. [Al verla ahí] puso la mano para recogerla y no pudo. En principio no podía con ella ¿no? Lo segundo, la Virgen la elevó ahí arriba, muy alta, muy alta. Ella con las piernitas dobladas y él con la mano para cuando bajara, recogerla. No la pudo recoger [y la niña] pegó un golpe en el suelo impresionante... Allí demostró que no creía. [Por]que no la levantó él. No, no. ¿Cómo no la iba a recoger si la niña pesaba 30 o 31 kilos? Pesaban poco. Fue la Virgen que quería que no la recogiera; pero se podía haber recogido”.

El mismo Dr. Gullón confirmó el hecho extraordinario. Lo hizo por carta al jesuita Ramón M. Andreu. Sin embargo, él lo encuentra natural: reconoce haber levantado a Conchita, pero no más de 75 centímetros del suelo -escribe-. Trataba de desorientarla, explica, para que abandonara aquel comportamiento. Aunque no lo consiguió y no explicó qué sucedió, Gullón negó siempre haberla dejado caer deliberadamente: “[la caída -afirma él-] se debió a una especie de aumento de peso repentino en la niña”. Dejamos al juicio del lector decidir qué explicación es la correcta.

Gullón, tras estos exámenes, dictaminó *epilepsia*. Esta enfermedad difícilmente podía explicar aquellos sucesos. De hecho, él no ofrecía argumentos de su diagnóstico. Tan solo expuso el método seguido en su dictamen. Lo relató él mismo en enero de 2002, en una entrevista emitida por Telecabarga (Cantabria): tras examinar a las niñas, consultó por carta a sus antiguos profesores de Medicina de la Facultad de Valladolid refiriendo sus impresiones; “estos, sin acudir en ningún momento a estudiar en directo a las supuestas pacientes, dictaminaron por carta que se trataba de histeria colectiva”^[41] Ya durante la entrevista, de entre el público se alzaron voces exigiendo al médico explicaciones. Este procedimiento, se dijo, no era científico, y no podía ser presentado como tal.

Efectivamente, el Dr. Gullón no ofrecía pruebas para sostener sus conclusiones. Por eso, personas prudentes como el brigada Álvarez, aun sin profundos conocimientos médicos, estaban perplejas ante aquel diagnóstico. Para Álvarez, cuanto estaba sucediendo no podía ser obra de las pequeñas estando sanas, cuánto menos el fruto de histeria colectiva o epilepsia. De hecho, las niñas no acusaban síntomas de ninguna enfermedad ni parecían cansadas. Su frescura, ausente en los familiares que las acompañaban, apuntaba un dato nuevo que llama la atención del brigada: “El médico dice que las niñas están epilépticas... pero yo veo que las videntes están cada día más... sanas... mientras que los padres y hermanos presentan un aspecto de cansancio, y sus rostros, como si estuvieran agotados físicamente, denotan falta de sueño y reposo”. Este hecho tampoco pasó desapercibido a otros observadores. Así, el jesuita Ramón M.

Andreu escribe:

“Con motivo de los sucesos, los únicos que están sufriendo en su salud, por preocupaciones y disgustos, son sus familiares. Ellas, al contrario, después de tres largos meses de trances [junio-agosto de 1961] y sucesos casi diarios, con tantas horas de noche en vela, se encuentran completamente normales: juegan y corren como las demás niñas, dan grandes caminatas a los prados (algunos, a cinco y más kilómetros), atienden a las cosas de casa; reaccionan, en una palabra, como cualquier otra chica de su edad y ambiente”.

Muchos de los testimonios de los vecinos de la aldea confirman este dato: a pesar de que los éxtasis podían venir igual a las seis de la tarde que “a las tres de la mañana, a las cuatro de la mañana, a las seis de la mañana... no hay nadie que pueda decir que se notaban cansadas; y luego diría usted ¿dormirían de día? No, yo sé que no -explica José Díez-, porque durante el día siempre viniendo personas, y otra persona y otra..., y había tanta gente que venía a preguntarles que no podían ni dormir; pero esto era de día, claro”. También algunos médicos constataron con asombro esta inexplicable frescura de las videntes. Pero es que la cuestión no acababa con la frescura física. Los observadores constataron igualmente un ánimo inquebrantable ante situaciones muy delicadas:

“Haciendo vida en el pueblo -escribe Ramón M. Andreu- se ve pronto que la paciencia de las niñas tiene que ser muy grande. La gente, cuando las ve, las toca (hasta les han cortado trocitos de pelo), les dan rosarios, medallas, alianzas matrimoniales, para que le den a besar a la Virgen o les piden objetos besados, quieren hacerles fotografías... [Y] nunca las he visto enfadadas. Cuando están cansadas por semejante avalancha, que hasta se les mete en casa muchas veces, se limitan a callar y sonreír. Les pregunté una vez: «¿Por qué no os enfadáis?», y me respondieron: «La Virgen nos ha dicho que seamos modosas y que respondamos a lo que nos preguntan, si podemos». Tampoco han mostrado enfado contra los que, por sus cantares, bailes y borracheras, han sido a veces impedimento para las visiones”.

Testimonios abundantes, en fin, describen en las niñas el don que la Teología Mística denomina vigilia o privación prolongada de sueño.^[42] En 1967, Conchita lo refería a su guía espiritual casi sin darse cuenta. Su guía era la Directora del colegio de las Concepcionistas de Burgos, M. Nieves García. La religiosa anotó el comentario de la niña a este respecto: “ahora nos cansamos, pero entonces [con las apariciones] no sentíamos cansancio, ni sueño ¡la veíamos tantas veces!”^[43]

El 30 de junio de 1961 sucedió algo fuera de la tónica de estos primeros días. Si desde el 18 de junio, en los éxtasis la visión tenía siempre por objeto al ángel, este día, una de las niñas en solitario, Jacinta, dio testimonio de una aparición especial: fue el viernes, 30 de junio de 1961, último viernes del mes a Él consagrado, el día en que Jacinta tuvo en el Cuadro la visión del Sagrado Corazón. Un poco antes del final de la visión del ángel, una de las cuatro niñas volvió su mirada hacia un lateral. A unos dos metros de Jacinta estaba Jesús. Le envolvía una luz en forma de rayos que provenía misteriosamente de su mismo cuerpo: era “tan brillante que sobrepasa incluso el resplandor de las visiones posteriores de la Virgen”.^[44]

El Corazón de Jesús aparecía de un rojo resplandeciente y de él brotaban rayos blancos mezclados con oro. “No habla nada con Jacinta, pero con su mano izquierda señala su Corazón y su mano derecha invita a la niña a ir hacia Él. Su forma de mirarla le traspasa el alma y el fondo de su ser”. “Esa mirada cargada de amor, de fuerza, de majestad, clava literalmente a Jacinta en su sitio, impidiéndole responder a su gesto”.

Jacinta lo refiere de manera gráfica: “Era como si fuese a arrancarme el alma del cuerpo”. Esta, entre todas las visiones que ella tendrá en Garabandal, quedará impresa más profundamente en su memoria.

VI

Primera aparición de la Virgen

2 de julio de 1961

Después de todo lo vivido, después de 15 días de apariciones el ángel todavía no había pronunciado ni una palabra. El 1 de julio -en la décima aparición- las videntes escucharon por fin su voz: “ese día -escribe Conchita- [el ángel] nos habló muchas cosas... Estuvo dos horas y se nos hizo dos segundos”. “Nosotras sentíamos mucha alegría y nos reíamos con él. Estábamos muy contentas. Nos dijo una cosa [el «Primer Mensaje»] y nos recomendó que no dijésemos nada a nadie, ni en nuestras casas, ni al Obispo, ni al Papa, hasta que él nos lo mandase el 18 de octubre. También nos dijo que rezáramos el rosario todos los días”.^[45] La multitud había seguido con atención aquel largo coloquio. Sin embargo, de las pobres respuestas de las niñas, no habían podido sacar mucho en claro. Por eso, al terminar la aparición, la multitud se abalanzó sobre ellas preguntando por las palabras del ángel. Las niñas se explicaron como pudieron. Describieron al ángel y hablaron de su trato cercano. Conchita relata cómo, junto al profundo mensaje recibido, la sencillez de su interlocutor había ganado sus corazones: “[el ángel] le decía a Jacinta, a Loli y a Mari Cruz cómo el primer día iban a llamar a la mamá de Conchita creyendo que le estaba dando un ataque. [Y] ellas se reían”. Pero el ángel les había prohibido revelar el mensaje. Y las niñas obedecieron. De momento, el público tuvo que conformarse con la sencilla descripción del misterioso personaje que, por lo demás, las niñas no podían delinear con demasiada destreza: su pobre léxico de aldeanucas escasamente instruidas no era muy a propósito de esta tarea:

“Tenía un vestido azul largo suelto -escribe Conchita-, sin cinto, las alas rosas claras, bastante grandes, muy bonitas su carita ni larga ni redonda, la nariz muy guapa, los ojos negros y la cara trigueña, las manos muy finas las uñas cortadas, los pies no se le ven”.

Más que la descripción, conforme con la imaginería tradicional, resulta interesante algo que las niñas repitieron más de una vez: el ángel tenía la apariencia de un niño «como de nueve años» -dijo Conchita en Burgos a M. Nieves. Sin embargo, las cuatro añadían siempre que aquella figura, “a pesar de su apariencia de niño, daba impresión de gran fuerza”. Sorprende que las niñas percibieran «gran fuerza» en un niño visiblemente más pequeño que ellas. Esta impresión, sin embargo, concuerda con cuanto la Iglesia enseña sobre estas criaturas celestiales: los ángeles, en verdad, son una de las manifestaciones más altas de la gloria de Dios, pues en ellos el hombre aprecia la altura y grandeza del poder divino que los ha creado. Conchita todavía refirió al público un anuncio que el ángel les había hecho a ellas durante la aparición: “vengo para anunciaros la visita de la Virgen bajo la advocación del Carmen, que se os aparecerá mañana

domingo”. Por fin aparecía el porqué de las visitas del misterioso personaje celestial. Su anuncio avivó aún más la ya encendida expectación del público. Los días pasados habían sido solo una preparación y el pueblo se había llenado de médicos, sacerdotes y miles de forasteros.

A la mañana siguiente, 2 de julio de 1961, domingo de fiesta en la aldea, vecinos y forasteros abarrotaban como nunca el templo parroquial. La Liturgia celebraba ese día una fiesta mariana que ahora ha cambiado de fecha: la Visitación de la Virgen a su Prima Santa Isabel. Y en San Sebastián todos tenían en mente otra visita, la anunciada la tarde anterior. La abundancia de forasteros avivaba la expectación. En las lecturas de la Misa, todos cayeron en la cuenta del paralelismo. En el Evangelio se narra cómo “*María se fue con prisas a la montaña*” (Lc 1,39). Y precisamente estas tierras cántabras son popularmente conocidas como *la Montaña*, sin más. Y para este día, se había anunciado la visita de María al pueblo. Después de la Misa solemne, a las tres de la tarde se reunió de nuevo el pueblo en la iglesia. Escribe Álvarez:

“Se rezó el rosario en la iglesia. A continuación, las niñas bajaron en dirección a Cosío, que dista unos siete kilómetros de San Sebastián, para recibir a los hermanos de Conchita que llegaban de viaje. [Pero] a mitad del camino tuvieron que volverse, pues el público, que afluyó al pueblo, reconocía por fotografías a las niñas y no las dejaban avanzar: unos por entregarles rosarios... otros por fotografiarlas... la mayor parte para hacerles preguntas. Al llegar se encontraron las calles abarrotadas de forasteros, entre ellos once sacerdotes y varios médicos”.

Entre los médicos y sacerdotes, estaban los miembros de la Comisión episcopal. Era la primera vez que la Comisión visitaba la aldea. Las videntes estaban subiendo al lugar de las apariciones del ángel, cuando el Dr. Morales intentó detenerlas con un ejercicio de hipnosis. Las niñas no se detuvieron, a lo que el Doctor exclamó: “«*Esto ya está visto*». O sea -comenta Álvarez-, que el doctor no había podido evitar la aparición”. Pasando entre el público, las pequeñas llegaron hasta el lugar de las apariciones anteriores. Y súbitamente cayeron en éxtasis exclamando: “¡La Virgen!”. La multitud observó todo en un intenso clima de oración. Los hombres se quitaron sus gorras; las mujeres pasaban silenciosamente las cuentas de sus rosarios; los más próximos se arrodillaban o se sentaban en el suelo para dejar ver a los de más atrás. Todos observaban sin perder detalle. Las niñas, de rodillas sobre el pedregal de la Calleja, miraban hacia el cielo. Sus rostros, palidecían con una hermosura extraordinaria. Los numerosos médicos comprobaron que su insensibilidad a los estímulos exteriores era absoluta, como los días anteriores. Pero esta vez las niñas sonreían. Y, aunque con voz muy tenue, casi indescifrable, decían algunas palabras. La impresión era de quien mantenía una conversación, aunque esto no había sucedido nunca en los días anteriores. Nadie entre la multitud podía descifrar qué sucedía. Para conocer lo que sucedió durante el éxtasis, existe solo un testimonio, el de las videntes. Conchita lo puso por escrito:

“Sin llegar allá se nos apareció la Virgen con un Ángel a cada lado. Venían con Ella dos Ángeles, uno era San Miguel; el otro, no sabemos. Venía vestido igual que San Miguel: parecían mellizos”.

Es la primera vez que Conchita anotó en su diario el nombre del misterioso ángel de los éxtasis de las semanas pasadas. No conocieron su identidad hasta que se lo dijo la

Virgen este día, 2 de Julio. La imagen de San Miguel estaba en el retablo de la parroquia, y las pequeñas lo veían a diario: aplastando al demonio, vestido de centurión romano. Sin embargo, la imagen no parecía tener mucho que ver con lo que las pequeñas contemplaban en la visión. Conocemos bien la identidad de San Miguel desde este día; en cambio, la de su compañero quedó para siempre velada incluso para las niñas. Solo podemos suponer; y, puesto que se mostró semejante en todo a San Miguel, debía ser un ángel de dignidad semejante, por lo que el círculo de posibilidades se debe reducir al de los tres arcángeles mayores: que son, junto a San Miguel, San Rafael y San Gabriel. Entre estos dos, por su especial cercanía a la Virgen en la Historia de la Salvación, destaca sin duda San Gabriel. Por estas razones, autores como Pesquera o Roman-Bocabeille ven en este ángel semejante en todo a San Miguel, la figura de San Gabriel. Es muy posible que fuera así. En cualquier caso, Conchita no concluye ahí su relato: “al lado del Ángel de la derecha, a la altura de la Virgen, veíamos un ojo de una estatura grande; parecía el ojo de Dios”. El brigada Álvarez, presente en primera fila, al referir los hechos, recoge lo que escuchó a las videntes en éxtasis:

“La Virgen estaba rodeada de seis ángeles, contados por Conchita [extática], que se oía perfectamente. También decía Conchita «*qué ojo*» y después de la visión se pudo saber que era la Santísima Trinidad, en forma de ojo”.

El brigada entrelaza aquí lo que escuchó de las niñas durante y lo que contaron después del éxtasis sobre su visión. Respecto a la imagen del ojo referida por el brigada, las niñas contaron que la veían en una gran luz, en el centro de la cual, un triángulo equilátero enmarcaba aquel misterioso ojo. La interpretación que de ella da el brigada en su memoria es tradicional según la iconografía cristiana. La visión de aquel conjunto conmovió profundamente a las niñas. Lo demostraron en sus descripciones después del éxtasis; lo repetían a cuantos les preguntaban, con abundancia de detalles. Sin embargo, en el *Diario*, Conchita da más espacio a la impresión que le causó el trato de la Virgen: “ese día hablamos con la Virgen mucho y Ella con nosotras. Le decíamos todo: que íbamos todos los días al *prao*, que estábamos negras, que teníamos la hierba en *morujos*, etc., ... Ella se reía ¡como le decíamos tantas cosas!” Las niñas captaron, por encima de todo, la cercanía maternal de la Señora. Y este sentir del primer día, imprimió ya un estilo sobre todo lo que vendría después. Sin embargo, para algunos de los testigos, estos diálogos tan simples desacreditaron totalmente las apariciones: “no lo creían -escribe Conchita- porque decían que cómo la Virgen iba a hablar tanto pues le contamos muchas cosas. Pero la mayoría sí creía porque decían que era como una Madre que hace mucho que no la ve su hija y le cuenta todo. Con mayor razón nosotras que no la habíamos visto nunca y además ¡era nuestra Madre del cielo!”.

Sorprende la candidez de las pequeñas. Para ellas, esta dedicación de la Señora constituía la mejor argumentación acerca del amor y la intimidad a que las llamaba su madre del cielo. La Señora, naturalmente, no venía para entretenerse, ni para entretenerlas a ellas. Si Ella descendía, era para elevar. Así, todas aquellas cosas tan poco serias, que tanto desconcertaban a los *sabios y prudentes* (Mt 11,25), se convertían en elementos de una pedagogía divina que preparaba a las pequeñas para una gran

misión. Todo el mundo se lo preguntaba ya: si el precursor es San Miguel, el mayor entre los ángeles del cielo; si la misma Virgen se preocupa de formar personalmente a las videntes, ¿cuál sería la magnitud del mensaje que estaba por anunciarse? Muchos lo pensaban ya con inquietud. Las videntes, aun en medio de todo el barullo, recibiendo comentarios de todo tipo -algunos muy duros con ellas- no tenían más que sentimientos de agradecimiento: “así se terminó el día 2 -escribe Conchita-, domingo, ¡día muy feliz! porque hemos visto por primera vez a la Virgen. Con Ella estamos todos, siempre que queramos”.

La sólida paz de las videntes en medio de exigencias y requerimientos constantes de una multitud desbordada, planteaba un argumento más ante la pregunta sobre la verdad de los fenómenos. La Teología Mística explica cómo el alma que entra en comunicación con Dios, se siente llena de gozo, de paz; en palabras de San Juan de la Cruz, “*dichosa*”.^[46] En Garabandal, ninguna conclusión mejor que ésta para el gran capítulo de una nueva Visitación de María. “Dichosa tú, que has creído” escuchó María de Santa Isabel en su Visitación (Lc 1,45); dichosas se sentían también estas cuatro niñas al irse a la cama la noche del 2 de julio de 1961.

Descripción de la figura de la Virgen

La apariencia de la Señora era una pregunta recurrente del público. Incluso ante la Guardia Civil debieron las pequeñas testificar sobre ello: “Informaron por separado al cabo Fernández -escribe Álvarez-... [y] todas ellas han coincidido”. A pesar de su pobre léxico de niñas de una aldea apartada, la descripción de la Virgen es rica en detalles, los cuales, hacen más difícil esta *coincidencia*:

“La Virgen -recuerda Conchita- viene con un vestido blanco, manto azul, corona de *estrellucas* doradas, no se le ven los pies, las manos estiradas con el escapulario en la derecha, el escapulario es marrón, el pelo largo color castaño oscuro ondulado, la raya en el medio, la cara alargada, la nariz alargada fina, la boca muy bonita con los labios un poquito gruesos, el color de la cara es trigueño, más claro que el del Ángel, diferente a la vez, muy bonita, una voz muy rara, no sé explicarla, no hay ninguna mujer que se parezca a la Virgen ni en la voz ni en nada”.

Se suceden afirmaciones y negaciones en la descripción. Las niñas dan con ello a entender que lo dicho no se ajusta exactamente a lo que se ha vivido. Es algo que no puede explicarse con palabras. El brigada Juan Álvarez añade que, según las niñas, la Virgen “aparenta unos 17 años y es más bien alta, afirmando las cuatro que su voz es inconfundible y muy melodiosa”. También por escrito lo refiere Conchita. En esta edad de la Virgen se trasluce una vez más una cercanía a los relatos de Fátima y Lourdes. Juan Antonio Monroy señala que en Fátima los tres pastorcitos habían fijado la edad de la Virgen en unos 18 años;^[47] en Lourdes la Señora representaba -según Santa Bernadette- unos 16. Monroy, sin embargo, atribuye esto a que “las niñas ven a las vírgenes [en Lourdes, Fátima o Garabandal] tal como las han contemplado en el altar de la iglesia... Esas vírgenes son concebidas de acuerdo con el original que [las videntes previamente]

han visto”. Monroy, autor protestante, es razonablemente crítico con las apariciones marianas. Sin embargo, las pequeñas aldeanucas añaden un dato a su descripción que sorprendió a este estudioso. Y es que las cuatro coinciden en decir que “la Virgen viene con un vestido blanco, manto azul”. Y, a la vez “afirman ver a la Virgen del Carmen”. Pero la Virgen del Carmen, como ellas la conocen, viste el hábito carmelita de color marrón. El jesuita Ramón M. Andreu subraya que las niñas “ignoraban ciertamente” que Nuestra Señora del Carmen fuese en otros lugares representada de otro modo. Así, la Virgen del Carmen que las niñas conocían no coincide con la que estaban describiendo. De hecho, como hace notar Álvarez: “en principio creyeron que fuera Nuestra Señora del Perpetuo Socorro”. Lo sorprendente es que, sin ellas saberlo, describen a la Señora del Monte Carmelo tal y como aparece en la imagen que preside la capilla del Convento Carmelita *Stella Maris*, sobre la gruta del profeta Elías, en el mismo Monte Carmelo, en Haifa. Allí, en Tierra Santa, la Señora viste precisamente de blanco y su manto es azul, como habían descrito las niñas en Garabandal. Este dato, sin ser concluyente, difícilmente se puede reconducir a la coincidencia o al conocimiento previo de las aldeanucas.

Otro hecho asombroso, acaecido en torno a la descripción que las pequeñas hicieron de la Virgen, tuvo lugar en 1967, cuando ellas ya habían dejado la aldea y vivían lejos, sin contacto entre sí. Lo relata el P. Gustavo Morelos. Para dar a conocer los mensajes de Garabandal en México, el sacerdote había hecho pintar una imagen a partir de la descripción de la Virgen hecha años atrás por las videntes. Cuando estuvo terminada, Morelos viajó a España portando la lámina con intención de consultar a las videntes sobre el resultado. Visitó a Conchita, que se encontraba interna en el Colegio que las religiosas concepcionistas tenían en Burgos, y le hizo ver la imagen realizada en México. La joven, que en ese momento atravesaba un periodo de profundas dudas sobre las apariciones, sonrió ante aquel gesto de sencilla devoción del sacerdote; tomó en sus manos la imagen y la comentó al vuelo. M. Nieves anotó sus palabras:

“[La Virgen] no traía corona, las estrellas que circundaban su cabeza [simplemente] se iban como entrelazando”. “No traía cíngulo a la cintura, la cara la mantenía erguida, el escapulario lo traía sobre la derecha y en forma de manípulo”.

La niña dijo todo sin pararse a pensar, sin tardar ni un instante. Reveló así Conchita la claridad de la imagen impresa en su alma. La Madre Nieves se sorprendió de que Conchita, a pesar de las dudas por las que pasaba en ese momento, hablase con tanta seguridad: “Todo dicho -afirma la guía espiritual de la niña- con la máxima sencillez y espontaneidad. Sin pararse a pensar”. El testimonio de la directora del Colegio coincide con el del P. Morelos. Al día siguiente, el sacerdote repitió la experiencia, al visitar esta vez a Loli y Jacinta. Hubo de desplazarse para ello a Zaragoza, donde se encontraban las niñas también estudiando como alumnas internas allí. Las muchachas, en parte por las dudas de Conchita, también habían acabado dudando de las apariciones -volveremos sobre ello-. Loli, al ver la imagen, pidió al Padre que se la mostrase más de cerca. La tomó entre sus manos y, con la misma sencillez y seguridad que mostrara Conchita el día anterior, comentó hasta los detalles más pequeños. Pesquera lo recogió con asombro:

“Padre -dijo Loli-, la Virgen que nosotras hemos visto no traía corona, no tenía la cabeza hacia un lado, no tenía cíngulo y el escapulario lo traía en la derecha en forma de manípulo”.

Se daban idénticas observaciones a centenares de kilómetros en el momento de mayores dudas para las ya jóvenes videntes. Este hecho supuso para Morelos una prueba y, a la vez, una llamada a trabajar a favor de Garabandal. Efectivamente, las niñas, al describir a la Virgen, con certera seguridad coincidían hasta en los detalles más pequeños.

El trato de la Señora

El trato de la Virgen con las niñas se deduce de las narraciones de las mismas videntes: “¡Si viera qué humana es la Virgen! Algunas veces repetía, como en broma, nuestras expresiones mal dichas y lo hacía para que tomáramos confianza. Pero nosotras se la tuvimos desde el primer momento”. Conchita -cuenta M. Nieves-prorrumpía con frecuencia en expresiones que desvelaban su íntimo trato con la Señora: “Quiero a la Virgen como si fuera mi madre. Con Ella se puede hablar de todo... Un día nos dijo: *«Id muy limpias, yo también me cuidaba de eso cuando vivía en la tierra»*”. Con delicadeza iba la Señora educando a las niñas para su misión, enseñándolas a esmerarse hasta en los detalles más pequeños.

Pesquera relata una experiencia particularmente tierna que tuvo Loli. En ella se refleja la delicadeza maternal de la Señora en Garabandal. El hecho tuvo lugar la madrugada del 4 al 5 de noviembre de 1962. Loli aguardaba la aparición y hacia las 3 de la madrugada empezó a arreciar el viento, con peligro de aguacero: “La madre de la niña -cuenta Pesquera- mandó a esta que fuese a recoger la ropa, que se había dejado tendida fuera. Loli se dispuso a obedecer; pero claramente se advertía en ella la contrariedad o el miedo que le producía el tener que salir de casa a aquellas horas... Ya iba hacia la puerta con la linterna encendida en la mano, cuando cayó en éxtasis. Se santiguó repetidas veces, dio a besar el crucifijo a los circunstantes, y salió. Poco después, y todavía en éxtasis, regresaba a casa con la ropa recogida... La Virgen había visto las dos cosas, su buena voluntad y su miedo, y como Madre había venido a acompañarla”. Esta escena revela la enorme sencillez de la Virgen, dedicada de lleno a instruir en la virtud y el amor de Dios a cuatro pobres niñas de aldea, apenas semi-instruidas. Se manifiesta además aquí un valor evangélico precioso para la vida espiritual de las pequeñas y de todos los fieles: la continua presencia y atención del amor de Dios -expresado aquí a través de la Virgen- hasta en las cosas más sencillas de la vida.

En muchas otras ocasiones la Señora instruyó a las niñas en la virtud. Les repetía con frecuencia, por ejemplo, que no habían de ponerse nunca ellas en el centro: “[Durante los éxtasis -confiesa Conchita a M. Nieves-] la Virgen, muchas veces, no nos miraba precisamente a nosotras, sino más lejos, a la gente que había detrás. Cambiaba a veces de semblante; pero sin dejar de sonreír. Yo le preguntaba: *«¿A quién miras?»* Y Ella me

decía: «*Miro a mis hijos*»”. Las apariciones no eran solo para las videntes; y la misma Señora se encargaba de recordarlo así a las pequeñas. La Teología, que denomina *gracias gratis datae* a estas gracias místicas de Garabandal, enseña que estas se dan, como señala Royo-Marín, no para la propia santificación del que la recibe, sino para la utilidad espiritual del prójimo. Esta enseñanza coincide con lo que la Virgen iba haciendo ver a las niñas al repetirles que *no venía solo por ellas*. Así, el 13 de noviembre de 1965, la Virgen dijo: “Conchita, no vengo solo por ti: vengo por todos mis hijos, con el deseo de atraerlos hacia nuestros Corazones. Dame todo lo que traes, para que Yo lo bese [para ellos]... Dime Conchita, ¡dime cosas de mis hijos! A todos los tengo debajo de mi manto”.

Un último ejemplo. Estaba presente el sacerdote belga Materne Laffineur, que es quien lo escribe: un día, las videntes en éxtasis llegaron al pórtico de la iglesia. De pronto, en medio del trance, las cuatro comenzaron a reír alborotadamente; era un reír hermoso –confiesa Laffineur-; sin embargo, aquella escena fuera de lugar parecía absolutamente impropia:

“Nos escandalizamos -escribe el sacerdote francés- ¿cómo podía reírse así en presencia de la Santísima Virgen, aunque fuese una risa tan bella?... [Terminado el éxtasis] les preguntamos por lo de la risa, que tanto nos había desconcertado. Conchita nos explicó:

«*Es que la Virgen se echó a reír*».

«*¿Y por qué?*»

«*Por lo mal que estábamos cantando*».

Desde luego, esto era verdad y nuestros magnetófonos dan testimonio de ello”.

El escándalo inicial del teólogo quedó desarmado ante la inocencia de las apariciones. Así lo pensó Laffineur quien, desde aquellas visitas (a veces bajo el pseudónimo de Dr. Bonance) se convirtió -por su dedicada observación y numerosas publicaciones- en una importante fuente documental, imprescindible para conocer Garabandal.

En otra ocasión, las niñas pidieron a la Virgen consejo sobre el uso del cilicio. Laffineur transcribe la respuesta de la Señora: “Haced en cada momento aquello que os dicte la conciencia”. La Virgen formaba sus conciencias en la madurez interior, más como madre que como instructora. Esto caló hondamente en las pequeñas. Y muy pronto lo expresaron ante el público con una oración que se haría característica de Garabandal: «*Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra*». Efectivamente, en el éxtasis del 1 de agosto de 1961, menos de un mes después de la primera visita de la Virgen, se oyó a las videntes por primera vez rezar el Avemaría con una preciosa añadidura que será característica de Garabandal: «*Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, ruega por nosotros...*». Las niñas, sorprendentemente, sin hablarlo antes y unánimemente, manifestaban desde ese día en su oración la impresión común que recibían del trato con la Señora. Se sentían hijas de la Virgen. La Señora, sin embargo, no les permitió emplear aquella fórmula en público. Les dijo que, hasta no ser autorizada por la Iglesia, la usasen solo en privado. Mostraba así -como en otras ocasiones- una atenta deferencia hacia la jerarquía eclesial; y así lo enseñaba a las pequeñas. Ellas serán siempre fieles a esta

norma. Y muchos años después, estando Conchita en Fátima, rezando el rosario de peregrinos a unos 40 o 50 metros del Santuario de las apariciones, un conocido catedrático de universidad que la acompañaba, le comentó: “«Conchita, tú no dices en el Avemaría «*Madre de Dios y Madre Nuestra*» como acostumbran los devotos de Garabandal». «No -contesta ella-, porque eso solo se puede decir en privado...»”.^[48] Aunque alejada de la *Capelinha* ningún peregrino podía oírla, ella guardaba fielmente el mandato que siendo niña recibiera de la Señora. Este valor constituye un criterio indispensable para la ortodoxia y eventual aprobación de los sucesos; su reiterativa presencia en el relato de las videntes supone en Garabandal un indicio muy positivo.

Destaca en el mensaje la cercanía e intimidad del trato de las videntes con la Señora. La Virgen no solo recibe entre interesada y divertida todo el parloteo de las niñas, con sus cosas, con sus cuitas, con sus «puerilidades», sino que actúa entre las cuatro como una madre, y así lo experimentan ellas: “Era -escribe Conchita- como una madre, a la que hace mucho que no la ve su hija, que esta le cuenta todo. ¡Y mucho más nosotras, que no la habíamos visto nunca, y que era nuestra Madre del cielo!”. Muchos pasajes subrayan esta idea. La Virgen, con frecuencia, se ponía al nivel de las niñas tratándolas como a verdaderas hijas; y condesciende a sus inocentes deseos: “les deja que toquen y curiosean su corona de «*estrellucas doradas*», les pone en los brazos a su Niño, recibe y devuelve besos, y hasta llega en alguna ocasión a jugar con ellas”. En Garabandal, la Señora se presenta con la paciencia, sencillez y amor propios de la maternidad. Conchita lo ha referido en más de una ocasión. Lo anota Laffineur:

“«La Virgen reía, sonreía mucho. ¡No inspira ningún temor!»

«Entonces, Ella es muy buena. Buena como una madre» -replicó una mujer francesa.

«¡No! -exclamó Conchita- ¡mucho más que una madre! Ella es buena como una que además de madre fuese la mejor amiga, porque le podemos decir todo lo que se nos pase por la cabeza. Y nos comprende. Y nos ayuda. Ella reía, y hasta jugaba con nosotras. Un día llegó a dejar su corona a Loli, para que esta se divirtiera poniéndosela en la cabeza (aunque Loli tenía mucho miedo de quemarse con las estrellas tan encendidas...). Con una madre no se siente una tan libre y tan confiada como con la Santísima Virgen. Nadie confiesa sus propias faltas a la madre, ni se le revelan los ocultos defectos... »”.

M. Nieves transcribe palabras similares:

“¡Qué bien se estaba con la Virgen! -le dijo Conchita- Era como una amiga, igual que si estuviera con nosotras normalmente. Nos llamaba por nuestro nombre como lo hacía la gente. No decía Concepción, sino Conchita. Ni tampoco Dolores, sino Loli”.

En otra ocasión -refiere la mayor de las videntes-, una noche en que el éxtasis se prolongó desde las 9 hasta las 7 de la mañana, “esa noche jugamos a «*los tíos*» con la Virgen [juego similar al escondite]. Nos escondíamos dos de nosotras y otras dos nos encontraban [la Señora las acompaña]”. Para las aldeanucas, esta dedicación de la Señora constituía la mejor argumentación acerca del amor y la intimidad a que las llamaba su madre del cielo. La Señora, sin embargo, no venía solo para formarlas pacientemente a ellas; ni mucho menos para entretener. Y en sus manos, todas aquellas cosas iban manifestando un auténtico valor evangélico; destacando la familia, la dedicación en la educación de los hijos; aquellos juegos y aparentes banalidades, constituían verdaderos elementos de una pedagogía a lo divino con la que la visión

adoctrinaba, preparaba y templaba las almas de las pequeñas para las difíciles tareas que les esperaban.

Así sucedió, por ejemplo, una tarde de agosto de 1961: “este día duró la aparición una hora justa -escribe Conchita- pero a nosotras nos pareció un *minutín*”. La gente les oyó decir: “Oh, ¿te vas ya?... espera un minutín más...”. Y esta filial confianza de las videntes con la Señora se dio desde el primer día, marcando el estilo y el mensaje de Garabandal. Así, el escritor Carlos Vidal, tras estudiar la relación y divergencias entre los mensajes de distintas apariciones marianas contemporáneas, afirma: “solamente en Garabandal, entre las epifanías consideradas, se presentó la Santísima Virgen con el Dios-Niño en brazos”.^[49] De Garabandal, Vidal destaca que la aparecida “allí se manifestó gozosa”.

Desde el principio la Virgen actuó entre las niñas sin limitarse a escucharlas o dedicarse a revelaciones de mensajes secretos o arcanos. La Señora se mostró desde el primer momento decidida a formar espiritualmente a las niñas. Así, las enseñó, quizá especialmente, a rezar bien. Estas lecciones de oración de la Virgen en Garabandal tuvieron episodios preciosos. El viernes 18 de agosto, dos meses después del comienzo de las apariciones, Conchita anotó en su diario cómo la Virgen emprendió ese día una nueva instrucción: “Ella nos dijo: «Yo voy rezando delante, y vosotras me seguís». Y ella rezaba muy lento”. Las niñas repetían después palabra por palabra lo que la Señora decía primero, tratando de asimilar su aire, su tono y su misma pronunciación: “Todo - Conchita lo repite de nuevo- muy despacio... Y la Salve nos mandó cantarla, y nosotras la cantamos”.

En ese «*rezaba muy lento*», «*todo muy despacio*», las niñas aprendían de manera práctica una valiosa lección de espiritualidad: no tiene mayor fruto hacer muchas cosas u oraciones de cualquier forma, sino hacer lo mejor posible las cosas que se emprenden; no está la santidad en rezar apresuradamente muchas oraciones sino en sumergirse profundamente en una relación personal con Dios a través, sí, de la oración.

Un testigo de excepción, Ramón María Andreu, S.J., describe en las notas del *Diario de Conchita* este característico rezar de las videntes: “las niñas han rezado el rosario en Garabandal durante sus éxtasis muchas veces... Existen grabaciones magnetofónicas, verdaderamente cautivadoras, de este orar de las niñas en éxtasis: el Avemaría suena siempre muy lentamente, con voz intensa y ligeramente temblorosa, y las palabras son pronunciadas con perfecta distinción”. Las amonestaciones de la madre iban orientadas al bien de su prole, pero con tal cariño y delicadeza que no causaban ningún sinsabor. Solo así se entiende una inocente confesión que “el día 8 de agosto se le oyó a Mari Cruz en una visión: «Ahora sí que sé mejor rezar; antes sabía mejor jugar»”. Así lo recoge Andreu en su *Informe* sobre Garabandal.

En medio de esta instrucción, las pequeñas nunca se cansaban. Ellas manifestarán siempre deseo de alargar al máximo aquellas visitas de la Virgen: “... cuando terminamos el rosario dijo que se iba -escribe Conchita-. Entonces nosotras le dijimos que estuviera otro poquitín, que había estado muy poco. Ella se reía y nos dijo que el

lunes volvería. Cuando se fue, a nosotras nos dio mucha pena”. Sorprende la total confianza de las videntes con la Señora: «le dijimos que estuviera otro poquitín, que había estado muy poco». Y este trato del primer día, dejaba marcado el estilo de todo lo que vendría después.

Las lecciones de oración de las apariciones no recibieron la aprobación de todos los observadores. Muy pronto la crítica contra aquella instrucción fue también dura. Así, ya en 1963, en el primer libro publicado sobre las apariciones -por cierto, muy contrario-, el autor protestante Juan Antonio Monroy se escandalizaba al comprobar que la aparición se mostrase “rezando el rosario en su propio honor”. La crítica tomaba pie en las palabras de las mismas videntes: “Recemos [sic] el Rosario viéndola a Ella -escribe Conchita- y Ella rezaba con nosotras para enseñarnos a rezarlo bien”. Sin embargo, el texto del diario de Conchita no admite esta recriminación. Bastan dos palabras de la niña para rebatir la acusación de Monroy: la Virgen rezaba el Rosario «*para enseñarnos*». La misma Conchita, ya mayor, recuerda aquellas lecciones de oración. Ver rezar a la Virgen había quedado para siempre grabado en el corazón de la vidente, especialmente en el rezo del Padrenuestro y el Gloria: “entonces todo su ser era oración... [en cambio, en el Avemaría] su rezar no era un ejercicio de oración, sino de adoctrinamiento”. Este rezar y hacer rezar de la Señora, antes que un problema, subraya un valor, un contenido de Garabandal: la oración. Supone, además, un paralelismo entre nuestra historia y las apariciones de Lourdes y Fátima: el Rosario.

VII

Los éxtasis de Garabandal

Testimonios de los éxtasis: niñas *transfiguradas*

Las primeras descripciones que tenemos de los éxtasis de Garabandal pertenecen a aquellos días de junio en que tímidamente unas pocas personas se atrevieron a acompañar a la niña a la Calleja (21.VI.1961). Vimos ya alguno de aquellos primeros testimonios. Lo cuenta Prudencio González, que probablemente fue el primer testigo de los éxtasis; pues ya el 18 o a lo más el 20 de junio, este pastor pasó con sus ovejas entre las niñas en éxtasis, cuando todavía estaban completamente solas en la Calleja:

“Hubo de apoyarse en el hombro de una de ellas -lo confesó a Pesquera-, y su impresión fue enorme, como si hubiera tocado el misterio. El hombro no parecía de carne, blanda y caliente, sino de algo rígido y frío, que estremecía”.

Prudencio, que no había dado ningún crédito a las niñas, se quitó enseguida su gorra y pasó con reverencia, sin volver a tocar a las pequeñas. Tan solo el contacto con las videntes había cambiado en un instante su opinión. Y ellas ni se habían movido, pues para todo estaban ausentes. Vicente Mazón, quizá el mismo día que Prudencio, relata una experiencia similar. Bajaba Vicente por la Calleja llevando sobre el hombro una colmena de tronco muy pesada. Al ver que las niñas no se apartaban, se quejó de su mala educación: “*Estas coño crías...*”^[50] Al acercarse más, la impresión causada por la visión del éxtasis quedó tan grabada en Vicente, que nunca olvidó aquel primer encuentro con las apariciones. Los testigos no encuentran palabras para describirlo:

“La carita que se les ponía, estaban tranquilamente jugando, hablando y, cuando les llamaba la Virgen, era una cosa especial. [Y decían:] «*Nos vamos*», «*nos llama*» -recuerda una peregrina de Burgos-; y ¡les cambiaba la carita! Se les ponía esa sonrisa de bondad, esa sonrisa inocente, blanca, una cosa, una cosa ¡que no se puede explicar! Es una carita especial, una cara no sé cómo, como transformada, que te llegaba hasta el alma”.

María J. Juliani, a quien pertenece esta descripción, más que unos rasgos exhaustivos -que apenas esboza-, transmite la impresión de lo sobrenatural que tenían tantos testigos ante la *transformación* radical que la visión provocaba en las pequeñas. Pepe Díez recuerda con la misma viveza que los anteriores testigos la impresión exterior de los éxtasis:

“Librándolas de muchas personas que querían atropellarlas... muchas veces las toqué... no con mala intención, sino en barullos o avalanchas de personas... Es donde notaba una cosa, muy extraordinaria, tan extraordinaria que no parecía carne, no parecía una persona humana, parecía, digamos, un bloque, o sea, una cosa rígida... no sé... muy difícil explicarle”.

Otros testimonios coinciden en esto. Solo un testimonio más, de una de las primerísimas testigos, Rosario Gutiérrez, *Sarín*. Aunque natural de Cosío, Sarín tenía

campos en Garabandal, por lo que diariamente subía a la aldea. Fue una de las más asiduas peregrinas: “A aquellas crías -enfatisa *Sarín*- se les transfiguraba la cara”. Vecinos y forasteros no acababan de encontrar palabras suficientemente expresivas para transmitir la impresión exterior de los éxtasis. Pero serán los médicos quienes encuentren las palabras más adecuadas para describir la riqueza de fenómenos de Garabandal, tantas veces contados por los testigos. Así, por ejemplo, el neuro-psiquiatra de Barcelona, Dr. Ricardo Puncernau escribe:

1. “Pérdida de la sensibilidad y de la sensorialidad.
2. La abolición del reflejo foto motor y de oclusión palpebral.
3. La plasticidad muscular cérea durante los trances.
4. La resistencia a la fatiga.
5. El mimetismo exacto en los cambios de expresión emocional de la cara, en las cuatro a la vez (sin ninguna clase de contacto) y en el mismo instante, etc., etc.;

[Todo esto] no puede considerarse en absoluto un juego de niñas. La historicidad médica de los hechos de Garabandal, de la que hay abundantes testimonios gráficos, es incontrovertible”.^[51]

Las señales que tantos peregrinos describían sin acabar de transmitir, son recogidas por informes médicos más sólidos como este del Dr. Ricardo Puncernau. Como veremos en el próximo capítulo, varios doctores emplearon horas y días en estas observaciones directas.

Repentino cambio de peso

Está ampliamente documentado en Garabandal un fenómeno poco común en la mística, sorprendente y probado en diversas ocasiones: un asombroso cambio de peso en las videntes. Hemos citado ya el caso que protagonizó el médico de la comarca, el Dr. José Luis Gullón. Pepe Díez recuerda otro caso significativo por la perplejidad que produjo a los presentes los claros indicios que lo acompañaron. Dos hombres de Santander habían oído de las apariciones, y del aquel fenómeno del cambio de peso que sorprendiera al Dr. Gullón y a otros en los primerísimos días de apariciones. El más joven de estos dos hombres -cuyos nombres desconocemos-, después de observar a las niñas en éxtasis, veía que una niña de 12 años como Jacinta, rondaba los 35 kilogramos, 40 a lo sumo. Los sacos de trigo, cemento y otros materiales, por entonces se hacían de 50 kilogramos, y a este joven, acostumbrado a trabajar y bien formado, le parecía imposible aquello que se contaba, de que en éxtasis las niñas no las podía levantar nadie. No dando crédito a esto, pidió permiso a Ceferino, padre de la vidente. Y obtenido el permiso, se acercó a la niña. Intentó levantarla, y aun siendo un muchacho fuerte, no podía: “Y venga a hacer esfuerzos -recuerda Díez- y venga a hacer movimientos y no pudo despegarla del suelo y se volvió donde el padre de Jacinta... y dice: «Oye... si yo voy a Santander y digo esto, no me creen...»”.

Al poco terminaba el éxtasis. Entonces Ceferino le animó a intentarlo de nuevo. El joven se dio cuenta de que ahora lo inexplicable podía hacerse más patente. Desconcertado aún por el resultado de lo anterior, aquel joven vaciló un momento, pero al fin se acercó. La chica se estuvo quieta. Pepe Díez, que estaba presente, relata lo sucedido: “La levantó igual que una muñeca... y se asustó, el chico se asustó, porque la suspendió más de lo que pensaba, y dice: *«Hombre, ahora sí que estoy convencido de que esto es verdad. Ahora que, esto yo no lo puedo decir porque no me lo cree nadie»*”.

Este cambio de peso lo constatan otros testigos. Por ejemplo el brigada Álvarez: “Más que impresionarme me emocionó el día en que estando en la cocina de la casa de Conchita, en compañía del Dr. Ortiz, de Santander, y de algunos sacerdotes, Conchita cayó en éxtasis y en el momento en que iba a dar a besar una medalla a la Virgen no alcanzaba los labios de la señora. Jacinta, sin estar en éxtasis presencié todo esto. Conchita le decía a su amiga: *«Salta tú, porque yo no puedo llegar»*. Entonces nosotros intentamos coger a Conchita y con nuestras fuerzas levantarla, pero fue inútil. Ni siquiera la movíamos del suelo, daba la sensación de que pesaba miles de kilos. Sin embargo, Jacinta, se acercó a ella y con sus escasas fuerzas, sin ayuda de nadie, logró levantar a Conchita. Aquello me dejó perplejo...”. Por encima de todos los esfuerzos y pruebas, durante los éxtasis, las niñas eran inamovibles: médicos, peregrinos y la misma autoridad civil tuvieron ocasión de comprobarlo. La conclusión a la que todos llegaban era la misma: reconocerse igualmente incapaces de dominar o disponer de los sucesos de las apariciones.

«Las llamadas»: presentimiento del éxtasis

Desde el 3 de julio de 1961, la abrumadora solidez de los fenómenos de los primeros días, hizo que el público aumentara sin cesar. Desde toda la geografía española y muy pronto también desde otros países, un río incesante de personas llenaba la aldea. Esta constante presencia de peregrinos selló el clima de las apariciones; ni siquiera la difícil ubicación de la aldea lo pudo impedir. La impresionante acogida del público, dato sin duda interesante, no puede, sin embargo, ser tomado acriticamente. Entre los espectadores había al menos tres grupos de personas:

- 1· Los incondicionales devotos, que aceptaban y aun ampliaban la magnitud de cuanto tenía lugar; en ocasiones demasiado crédulos o irreflexivos, no pueden ser atendidos para conocer la verdad histórica;
- 2· Los detractores, en ocasiones manifiestamente cerrados a la posibilidad de las apariciones, fueron mentalmente incapaces de detenerse a estudiar con rigor lo que estaba sucediendo porque (cada uno quizá por diversas razones) no podían aceptarlo;
- 3· Los observadores, que atendían a cuanto sucedía, sopesándolo todo.

La observación meticulosa de este tercer grupo de personas recabó en ocasiones información de gran valor sobre las apariciones; su aportación, ratificada muchas veces por testigos cualificados desde el ámbito médico, teológico o civil, resulta ineludible

para un estudio histórico riguroso. Hubo en particular una situación en la que el interés del público suscitó un examen tan original como extraordinario en su resultado; tuvo lugar en torno al fenómeno de «*las llamadas*». El 3 de julio, decimosexto día desde el comienzo de los sucesos, las videntes dieron noticia por primera vez de una extraordinaria experiencia interior, una especie de premonición del éxtasis que les anunciaba la venida de la Virgen; para referir aquella alegría interior que les producía el presentimiento de la visión. Las mismas niñas pusieron un sencillo nombre a aquella impresión: «*las llamadas*».

“Era -recuerda Conchita- como una voz interior, pero que no la oíamos con los oídos, ni oíamos llamar con nuestros nombres: es como una alegría. Son tres llamadas: la primera es una alegría más pequeña, la segunda ya es algo mayor, pero a la tercera ya nos ponemos muy nerviosas y con mucha alegría. Entonces ya viene y nosotras íbamos a la segunda llamada porque si íbamos a la primera teníamos que esperar allí hasta muy tarde; porque de la primera a la segunda, tarda mucho”.

Gran parte del público, al oír hablar de esta presunta adivinación de las visiones, desconfió de las pequeñas. Y al escuchar aquel relato de las llamadas, propusieron verificar la verdad de las mismas, cosa evidentemente sencilla de examinar. La operación consistiría en dispersar a las niñas para poder comprobar la hora de sus trances por separado. Pérez señala que ya el 3 de julio, día en que las videntes describieron por primera vez aquella premonición interior, surgió la ocasión de realizar su riguroso examen. Como el mimetismo exterior de las niñas era absoluto durante la visión, ante una posibilidad de probar la falsedad de las apariciones no se perdió el tiempo ni se ahorraron prevenciones. Se juzgó conveniente calificar que, si las apariciones eran verdaderas, el trance de cada una por separado debía de coincidir con exacta simultaneidad; no cabía otro resultado. Hay que decir que con esto no se buscaba presionar a las niñas. La actitud era abierta; no obstante, un examen de tal importancia exigía una sincera búsqueda de la verdad. La franqueza del público se constató después.

Según la explicación de las mismas videntes, las llamadas eran tres. Así, cuando la tarde del 3 de julio las pequeñas confesaron «*tener la primera*», algunos le propusieron al párroco distanciar unas de otras para ver qué pasaba. A don Valentín le pareció bien la propuesta y se procedió enseguida a dispersar a las pequeñas. En casas diferentes, sin reloj ni medio de comunicarse con las otras videntes, las niñas quedaron separadas ante la expectación del pueblo entero y bajo la atenta mirada de diversos médicos, sacerdotes y agentes de la Guardia Civil. Junto a las niñas, reloj en mano, pero evitando que las pequeñas pudieran en absoluto orientarse con él, no se perdió detalle de lo que pasó en las distintas casas. Se trataba de verificar el momento exacto de aquellas llamadas:

“Nos despartaron [sic] para ver si coincidíamos -sigue Conchita-”. “Después de media hora tuvimos la segunda llamada y coincidimos las cuatro, pues al mismo tiempo estuvimos en el Cuadro a la vez y esto admiró mucho a la gente y se preguntaban cómo era posible que coincidiéramos”.

El resultado de esta prueba rompió todos los pronósticos. Las niñas, que habiendo sido separadas se pensó que no podrían coincidir más que de forma vaga, salieron corriendo con la segunda llamada y se encontraron las cuatro por las calles del pueblo, de camino al lugar de las apariciones. No había forma de que las niñas -sin reloj y sin

posibilidad de hacerse señales- pudieran coincidir aproximadamente, ni tan siquiera poniéndose de acuerdo habrían podido concurrir con esta precisión. El numeroso público quedó absolutamente desconcertado y, claro está, el examen se realizó más veces; no ya con incertidumbre sino con asombro, obteniendo siempre el mismo resultado.

Desde este primer día (3.VII.1961), al sentir las llamadas, las niñas corrían al Cuadro. Con el desconcertante resultado del examen de las llamadas, el día 3 de julio se convirtió en un día histórico para Garabandal. Las niñas, cuando se encontraron corriendo hacia el Cuadro, todavía no estaban en éxtasis. Así, fueron más conscientes de la extraordinaria coincidencia. Y lo vieron más veces, pues desde el 3 de julio este fenómeno se repitió con frecuencia. Por eso, cuando llegó para ellas la hora de la prueba, las llamadas fueron uno de los fenómenos que más las animó a creer en la verdad de las apariciones. Basta leer el *Diario de Conchita* para comprobarlo. Y es que las llamadas llegaron a ser un elemento habitual de los éxtasis de Garabandal. Lo recuerda María J. Juliani, peregrina madrileña que visitó por primera vez la aldea en agosto de 1961:

“Todos los días tenían, a una hora u a otra, como no avisaban... Ellas estaban a lo mejor jugando, cantando, haciendo las cosas que fueran y, de repente, salían pitando. Era una cosa, era una cosa especial... Un día, estaba Loli haciéndose un bocadillo en su casa, un bocadillo de chorizo, además. ¡Lo más normal! [se ríe]... Y, a mitad del bocadillo, lo deja allí y dice: «*Me llama*». Salió pitando, y salimos todos pitando detrás de ella, claro. Y cuando llegamos a la iglesia... ella pues hizo una reverencia muy chungu [deficiente] al Sagrario. Y de repente [dice ya en éxtasis]: «¿*Pero qué me dices?*» Y susurra: «¿*Un garabato?*» Y ya se santiguó perfectamente”.

“La Virgen la estaba corrigiendo... porque no había saludado con el respeto que debía haber saludado a Jesús. Pero, claro, una niña chiquitina, de diez u once años [no aprende sola]... A mí me impresionó mucho lo del garabato, y siempre que me voy a santiguar me acuerdo de lo del garabato y procuro santiguarme bien”.

Las llamadas enardecían el corazón de las pequeñas, y así desatendían un tanto todo lo demás. La Virgen, enseñándolas a no descuidar ningún acto de piedad, formaba a la vez a cuantos se acercaban a ellas de forma tierna y exigente.

VIII

Conchita ante el Sr. Obispo

27 de julio de 1961. Conchita en Santander

Aunque no se ha publicado ninguno de los trabajos oficiales del Obispado de Santander sobre Garabandal; la documentación nos permite hoy conocer el tenor de aquellas actuaciones. Ante la multiplicación de los sucesos y la creciente expectación y peregrinaciones cada vez más abundantes y de lugares más distantes, la Comisión Episcopal de Santander requirió la presencia de la mayor de las videntes en Santander. Así, entre el 27 de julio y el 3 de agosto de 1961, Conchita fue llevada a la capital de la Diócesis. Fueron llamadas las cuatro niñas. Jacinta así lo recuerda. Sin embargo, solo fue Conchita por la gestión de un sacerdote que era familia de su madre: “los padres de las otras se negaron a que se fueran”.^[52] Para la Comisión ella jugaba un papel fundamental. Así, este interrogatorio podía bastar para comprobar el engaño; pues, como señala Ochayta, “se la consideraba como la inductora de las apariciones... [Así] en Santander fue interrogada por don Francisco Odriozola y los Dres. Piñal y Morales. Todos opinaron que no había fundamento para defender la realidad de las apariciones e hicieron firmar a Conchita un documento en el que esta reconocía sus dudas”.

“Decían -escribe Conchita- que yo era la que obsesionaba a las otras y entonces me llevaron para hacer pruebas y el primer día tuve aparición junto a una Iglesia, la de Consolación [de Santander, cerca del muelle]”.

La niña describe su entrevista con los comisionados: “Me decían: «*Ponte tiesa, mírame a la nariz..., que te voy a hipnotizar*». Y cuando me dijo: «*Mírame a la nariz*», yo me reía... Y él me decía: «*No te rías, que no es cosa de risa*». Los días que permaneció en Santander, el P. Odriozola encargó a sus sobrinas llevar a la vidente a la playa, al cine, tiendas y ferias, cosas todas ellas que la *aldeanuca* nunca había conocido.^[53]

3 de agosto de 1961. «Si no desistes te llevaremos al manicomio»

Aniceta, su madre, enterada de lo que se estaba haciendo con la pequeña, acudió enseguida indignada a Santander para llevarse a la niña. Conchita, al encontrar a su madre en Santander y conocer su intención de llevarla de vuelta al pueblo, se negó por dos veces a acompañarla. Su madre no le permitió aquel capricho y Conchita no tuvo más remedio que obedecer. Ya en la aldea, valoró todo aquello de forma bien distinta: “Al cabo de ocho días, un señor intervino para traerme [al pueblo] y mi mamá me fue a

buscar, y me vine; su nombre es don Emilio del Valle Egocheaga: se lo tendré presente toda la vida”.

Conchita regresó a la aldea el 3 de agosto de 1961. Ese mismo día, antes de regresar, la niña había terminado negando las apariciones. Su tía Maximina González, hermana de Aniceta, estuvo presente, acompañando a la madre de la niña a Santander:

“[Emilio del Valle] nos puso un taxis [sic], fuimos a Santander. Cuando llegamos a Santander... vamos al despacho de... del Dr. Piñal... Y estaba también allí este sacerdote [Odriozola]... Y estaba don Luis [González López]. Estábamos tres, mi hermana y yo... estábamos seis... [Odriozola decía]: «Bueno, Conchita, pues si tú no desistes de esto, a ti te llevaremos a un manicomio y a tu familia a la cárcel»... Y ya entonces dijo ella: «¿Pues saben lo que les digo? que lo mío al mejor [sic] no era verdad, pero lo de las otras al mejor [sic] sí»... «Muy bien, muy bien, Conchita» Con esto, para ellos ya había *negao* [sic]... Y entonces le dicen: «¿Lo quieres firmar, Conchita?». «Bueno». Y entonces le dieron a Conchita un papel: «Pues toma, Conchita, firmas». El papel estaba blanco, un papel blanco. Y entonces le firmó por aquí [en la parte inferior del papel]...

Y entonces dijeron: «Bueno, pues ahora vamos a ir donde el señor Obispo» que vivía entonces en Corbán, se llamaba don Doroteo... Llegamos allí... y, entonces, muy amable el Obispo, muy amable: «Bueno, bueno, Conchita ¿tú qué prefieres: irte a tu pueblo a cuidar corderos o estarte aquí en un colegio de señorita?» Estas palabras le dijo don Doroteo. Y dice ella: «Yo prefiero estar aquí de señorita». «Pues muy bien, pues muy bien». Y ya me recuerda que estuvimos un rato hablando como es natural y ya después venimos [al pueblo]... Y cuando se vino... [la tarde siguiente, 4 de agosto de 1961] ¡hubo un revuelo! Hubo como una comisión contraria que estaba este sacerdote también [Odriozola] y estaba don Celestino Ortiz -que se murió- y estaba Plácido Ruiloba, que vive, y estaban... pues muchos. Anduvieron cerca de pelearse... don Celestino y Plácido iban a favor y los otros, los curas iban en contra y... ¡ay! fue una noche de mucho discutir, esta noche... y le decían a Conchita: «Bueno, Conchita, ¿tú qué dices? estabas en Santander viendo la verdad y vienes aquí a ver la mentira». «No, -respondió la niña- creo que yo estaba en Santander viendo la mentira y he vuelto aquí a ver la verdad».^[54]

El Dr. Celestino Ortiz refiere estos mismos hechos en una entrevista publicada en 1967: “Cuando Conchita firmó las declaraciones al señor Obispo don Doroteo Fernández que ustedes dicen que fue de una manera espontánea... la pequeña fue amenazada por un miembro de la Comisión [Odriozola] con meterla en un manicomio y a su familia en la cárcel. Intentando hipnotizarla [el Dr. Morales], cosa que no consiguió por ser contraria a la voluntad de la pequeña. Firmó bajo esa presión, que públicamente rectificó más tarde en presencia de una mayoría de los miembros de la comisión [Odriozola entre otros]. Esto [entre otras cosas] explica por qué el entonces señor obispo de Santander, no tomara las medidas oportunas para terminar, con lo que ustedes juzgan como un juego”.^[55]

Después de aquellos días, sin apariciones para Conchita, en la aldea la niña volvió a ver a la Virgen. Esta le dijo que por su débil actitud en Santander había perdido las apariciones: “[que] como iba todos los días a la playa, no se me aparecía... Ahora ya me he confesado”. La Comisión estimaba que, al sacar del pueblo a la mayor de las videntes, las apariciones se disolverían. En su ausencia, sin embargo, los fenómenos habían proseguido como hasta entonces. Efectivamente, en la aldea, el 29 y 31 de julio y el 1 de agosto, las otras tres videntes tuvieron visión. De hecho, en el del 1 de agosto, se dio una novedad que tendría un especial relieve en la historia de las apariciones. Sin que nadie se lo hubiera enseñado, sin quedar ellas en hacerlo, se oyó a las otras tres videntes rezar la

segunda parte del Ave María de este modo: “...Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, ruega por nosotros...”. Esta añadidura se hizo habitual en los rosarios de las apariciones, subrayándose una vez más el carácter maternal que las apariciones habían mostrado en Garabandal desde el comienzo.

IX

Los fenómenos se multiplican

Agosto de 1961

Las «caídas»

Muy a los comienzos, el 3 de agosto de 1961, don Valentín anota por primera vez que, de repente, las niñas en éxtasis cayeron por tierra. Estaba entre los asistentes un sacerdote de León, Manuel Antón:

“Todos nos asustamos mucho, temiendo que pudiera suceder algo grave. La madre de una de las niñas, no puedo decirle cuál [Jacinta], se acercó a tomar a su hija, llorando con todo desconsuelo. Yo, muy alterado, casi a gritos, empecé a decir: «*Pero, ¿es que entre tanta gente no hay siquiera un médico que pueda hacer algo ante cosa tan ‘extraordinaria’? ¿Es que no hay alguien?*»... Don Valentín, el párroco, que estaba entre la gente, interrumpió entonces el preocupado silencio general, diciendo con voz grave: «*Esto de aquí, siempre ha sido ‘extraordinario’, lo que pasa es que somos hombres de poca fe*». Confieso que me impresionó aquella salida; y al cabo de los años, la recuerdo como si la estuviese oyendo ahora mismo. Después de un rato como si despertaran de un maravilloso sueño las niñas volvieron en sí, y se incorporaron, tan naturales, tan frescas, tan sonrientes”.

Este hecho no era tan insólito: lo habían experimentado ya santos como, por ejemplo, Santa Catalina de Siena.^[56] El público le dio pronto un nombre a este fenómeno: las *caídas*. Y a partir de este primer día, 3 de agosto de 1961, estas caídas se repitieron con regularidad. El público, superado el desconcierto del primer día, esperó desde entonces con expectación aquellas preciosas figuras escultóricas que formaban las videntes: “caídas y levantarse sin apoyarse, con modestia y pudor -refiere José Luis López de San Román- donde el modo de caer exigía que la falda hubiera quedado mal”. Todo manifestaba la delicadeza de la Virgen y la belleza de la vida en Dios.

Marchas extáticas

Conchita regresó de Santander el 3 de agosto. El día 4 tuvo comienzo un nuevo suceso: las videntes -cuatro de nuevo- por primera vez caminaron dentro del éxtasis. El público, acostumbrado a encontrarlas siempre en el mismo lugar, quedó sorprendido. Las niñas, sin mirar al suelo, permanecían siempre con la cabeza alzada levantando sus ojos al cielo. Caminaron desde entonces muchas veces sin descanso: de día o de noche, bajo el sol, la lluvia, el granizo o con medio metro de nieve en las calles de la aldea, con presencia de gente o sin ella, de pie o de rodillas, hacia delante o hacia atrás.^[57] “Corriendo, además, porque no iban despacito, no, no, no -recuerda la francesa

Christiane Roman-Bocabeille-. ¡Había que correr detrás de ellas! Iban igual para adelante que luego iban para atrás, que luego se iban para un lado. Nunca las vi ni vacilar, ni caerse ni nada”.

En éxtasis, las videntes recorrían toda la aldea y aun los pedregosos caminos del entorno, especialmente la empinada senda que conduce a los Pinos, una hondonada en la ladera del monte Hormazo situada sobre San Sebastián, desde la que se domina el pueblo. Los testimonios sobre esto son abundantes: “Ellas se metían donde peor estaba, ¿eh? [Y no vacilaban] nada. Donde había piedras gordas. Sobre todo cuando bajaban de los Pinos, y no les pasaba nada”.^[58] Maximina González -tía de Conchita- recuerda un hecho acaecido en noviembre de 1962: “Hemos estado nevados, y ¡si vieras cómo andaban de rodillas las niñas por la cuesta de los Pinos, para atrás, por todos los escajos y por toda la nieve! Daba pena verlas; y, además, granizaba mucho y con viento: un frío terrible”.

Desde aquel 4 de agosto, las apariciones adquieren este rasgo penitencial y de peregrinación. Las niñas, seguidas por la multitud, recorren desde entonces, ya sin descanso, la aldea en sorprendente oración. José A. Juliani, burgalés que pasó más de cuarenta días en la aldea (a partir de agosto de 1961), describe el clima que encontraban los peregrinos como él a su llegada: “[Nada más llegar] preguntamos: «Pues ¿dónde están las niñas?» «Las niñas están en cualquier sitio» «¿Y cuándo son las apariciones?» «Pues a cualquier hora, pero suele ser por la tarde. Pero estando aquí no os preocupéis que os vais a enterar porque alguien dirá ¡Que ya están las niñas! y bum, todo el mundo irá». Y eso pasó. Y estuvimos viendo... muchas cosas que a los demás no lo sé, pero a mí me parecieron interesantísimas”. Cuantos subían a Garabandal transmitían a su regreso una impresión que movía a otros a visitar la aldea.

Los lugares de las apariciones

En sus marchas, las niñas se detienen con cierta predilección en la Calleja y el Cuadro -donde comenzó todo- y desde muy pronto, también en los Pinos. Sobre la aldea, la Calleja, ancha al comienzo, se estrecha hasta convertirse en una empinada senda que conduce a los Pinos. Este reducido pinar domina el pueblo, pues está situado en una recogida hondonada del monte Hormazo, sobre la aldea. Los Pinos, entre los primeros lugares, es uno de los preferidos de las apariciones, con un elevado número de éxtasis.

Pero en sus éxtasis las niñas no se detuvieron en los tranquilos alrededores de la aldea. Las videntes muy pronto entraron también en las casas del pueblo. Allí rezaban, santiguaban a los moradores o realizaban algún signo más particular. El padre de Jacinta, Simón González, lo recuerda en su testimonio con especial cariño, como una delicadeza de la Señora. Y es que a nadie menospreciaron aquellas visitas: “todas las casas del pueblo las visitaron, todas”.^[59] Este hecho, siempre inesperado, se grababa en los corazones de sus anfitriones, pues las pequeñas al entrar, “cuando rezaban -sigue Simón-

en éxtasis era muy emocionante”. Daban su cruz a besar a los presentes o hacían la señal de la cruz en los más variados lugares: en los vehículos, en las camas. Y en esto manifestaron indicios de clarividencia:

“Iban a las cabeceras [de las camas] -recuerda Simón- e igual aquí hacía una cruz sola... pues era señal que dormía allí una persona sola. Pues si hacían dos pues allí dormían dos, un matrimonio o hermanos... era exacto”.

Nunca las vio nadie equivocarse; antes al contrario, adivinaban lo impensable: en una cama, por ejemplo, “hicieron una cruz a los pies y otra a la cabecera -afirma el padre de Jacinta-”, y resultó que, sin haber más que una almohada a un lado, en esa cama dormían así, de lado, dos hermanas de *Casa Tiva*. Aunque visitaban todas las casas del pueblo, los éxtasis sí tuvieron preferencias en su recorrido. Las casas de los enfermos y de los difuntos contaron con una preferencia incuestionable. Simón lo recuerda en su testimonio: “Cuando moría alguno [las videntes llegaban pronto y] rezaban una estación allí, al lado del cadáver. Pero parece que... [nos oyeran] porque ellas rezaban y nosotros contestábamos; pero ¿hablar? Ni una palabra, nada más que rezo y después se marchaban. Y a los enfermos también iban, pero no rezaban, nada más santiguarles”. Así las cosas, las marchas de las pequeñas, encaminadas únicamente a bendecir, consolar, acompañar, eran portadoras de grandes consuelos y alegría para las familias. Aquellas visitas conquistaban gracias enormes para sus destinatarios. Así lo experimentaban los testigos, que se daban cuenta de que muy fácil hubiera sido en aquello buscar intereses, apoyo, dinero. Pero la actuación de las pequeñas era impecable; no pedían nada, y por su premura ni siquiera daban ocasión a ello. Los vecinos, al verlo, quedaban desconcertados por la delicadeza y dedicación de tantas y tan inesperadas visitas. Simón lo recuerda con viveza: las niñas “cuando rezaban en éxtasis [en las casas] era muy emocionante... muy emocionante”. Entre esas visitas, destacan quizá las del cementerio. Muchos testimonios lo señalan. Por ejemplo Maximina González, tía de Conchita, lo relata con detalle ahondando en la dureza de las difíciles marchas extáticas sobre la nieve:

“[Durante el éxtasis] a pesar de la nevada [Conchita] subió y bajó de rodillas hasta los Pinos, rezando el rosario. Cuando llegamos al pueblo se dio la vuelta, se puso de pie y fuimos hasta el cementerio. El cementerio por entonces tenía un acceso muy malo, un camino de mucho fango, nos metimos hasta las rodillas porque íbamos en albarcas, no teníamos botas. Conchita llegó con el Cristo, la puerta estaba cerrada, y metió el Cristo por la reja de la puerta haciendo gestos como si estuviera dando a besar el Cristo a gente que estuviera al otro lado. Estuvimos allí un rato y volvimos a casa de Conchita, todavía en éxtasis. Serían las tres y media de la mañana. Cuando terminó el éxtasis le dijimos: «Ay, por favor, Conchita, ¿dónde nos llevaste?». Y ella respondió: «¡No! No me he movido de aquí. Yo no he ido a ningún sitio». Total, que no se había dado cuenta que había salido de casa”.^[60]

Durante las marchas extáticas, las niñas, que no miraban por dónde andaban, tampoco eran conscientes de haber recorrido aquellos caminos a veces en circunstancias tan penosas. No les quedaba de ello cansancio ni ninguna otra secuela.

Levitaciones

La Teología Mística distingue tres tipos principales de levitación: “si la elevación es poca -explica Royo-Marín-, se la suele llamar *éxtasis ascensional*; si el cuerpo se eleva a grandes alturas, recibe el nombre de *vuelo extático*; y si empieza a correr velozmente a ras del suelo, pero sin tocar en él, constituye la llamada *marcha extática*”. En Garabandal hubo levitaciones de todo tipo. Entre ellas destaca sin duda el fenómeno de las *marchas extáticas*. Fueron muy frecuentes y muy notorias para los abundantes peregrinos. Estas *carreras aladas*, como las llamaban algunos, bastaban para muchos como prueba de la verdad de las apariciones. Y es que, a las marchas que hemos visto hasta aquí, se sumaban en ocasiones prodigios asombrosos y muy llamativos para el numeroso público. Muchos testimonios refieren este fenómeno. Juan Álvarez, por ejemplo, anota:

“He sido testigo además de los éxtasis, de centenares de marchas extáticas, corriendo velozmente en este estado por las calles del pueblo, e incluso algunas veces de espaldas... algunos del pueblo trataban de correr sin poderlas alcanzar, incluso las videntes en estado normal no podían alcanzar a las que estaban en éxtasis”.

Manuel Jesús, vecino de la aldea, lo recuerda también: “Me impresionaba ver correr a las niñas. Normalmente los chicos corren más que las chicas, más cuando ellos son un par de años mayores, como era mi caso [tenía 14 años]. Pero yo no podía alcanzarlas cuando entraban en trance. Y eso que no miraban al suelo. Las veías correr y decías: ¿Cómo es posible que corran así? No las podías alcanzar”.^[61]

Una mujer que presencié numerosos fenómenos, subraya especialmente la velocidad de aquellas marchas, lo mismo hacia delante que hacia atrás: “Bajaban de los Pinos de espaldas, y a pesar de lo mala que es esa bajada y hacerlo de espaldas, no había quién las cogiera... Yo creo que volaban, nadie las vio volar, pero algo así tenía que ser”.^[62] Pepe Díez, el albañil tantas veces citado, presta especial atención a esta extraordinaria rapidez de las marchas extáticas: “Me fijaba mucho en esto: el paso de las niñas, en su velocidad, era un paso normal. Un paso normal y avanzaban tres veces más que cualquier persona”. “Seguir las era imposible... el movimiento de sus piernas lo hacían como una corrida normal pero el adelantar era una cosa extraordinaria”. “Si alguno llegaba el primero era yo, tendría yo unos treinta y cinco, y no me ganaban todos a correr... pero no era yo solo el que corría”. “Cuando andaban de rodillas o para atrás era menos rápido, pero una persona normal andando no las seguía”.

También los informes médicos se detienen sobre esta cuestión. El Dr. Puncernau escribe: “Era muy curioso porque daban la impresión de que apenas se movían, en una marcha un poco alada, como si fuera una película *al ralenti* como en una pseudo-levitación, pero la velocidad era increíble, tanto que los mozos del pueblo, jóvenes y fuertes, a pesar de sus esfuerzos no podían alcanzarlas. Después de correr por todo el pueblo volvieron al paso normal y al poco rato salieron del trance sonrientes”. Este tipo de marcha extática descrita por tantos testigos no es lo que comúnmente llamaríamos levitación. De hecho, la Teología Mística lo denomina *marcha extática*. Así se deduce de la descripción de tantos testigos. En fin, esta abrumadora coincidencia de los testimonios parece imposible de contradecir, pues ante este fenómeno, el engaño de las videntes

resulta difícil de admitir. Sería complicado explicar el fenómeno sin acudir a una ayuda al menos preternatural.

Otras levitaciones

Existen abundantes testimonios sobre levitaciones en Garabandal. En una ocasión, refiere entre otros David Toribio, vecino de la aldea, las cuatro niñas en éxtasis pasaron cogidas del brazo sobre un puentecillo por el que cabían solo dos: las dos de los extremos -lo recuerdan muchos en el pueblo- cruzaron por el aire. Durante las veloces marchas extáticas, hubo ocasiones en que un giro inesperado o un obstáculo insalvable era también rebasado por un velocísimo vuelo de las niñas. Muchos los vieron.^[63]

Pero aún más frecuentes fueron las levitaciones de tipo ascensional, es decir, sutiles vuelos de ligera elevación. Un ejemplo: el Dr. Celestino Ortiz de Santander, observaba un día una *caída* de las niñas. De repente, percibió que la niña no podía estar tocando el suelo según se encontraba. Le parecía que, aunque levemente, estaba suspendida en el aire. El padre de Jacinta, Simón González, que estaba presente, declara que el Dr. Ortiz pasó entonces la mano por debajo de Conchita, comprobando así su primera impresión. Simón González lo refiere también en su testimonio. Todos los presentes vieron cómo el brazo de Ortiz pasaba de lado a lado bajo la pequeña, rebasando por debajo completamente el cuerpo de la vidente sin tocarla. El brigada Juan Álvarez, también presente, lo refiere como “una de las apariciones que más me han impresionado”: “No se me olvidará mientras viva. Yo vi cómo la niña estaba suspendida en el aire, en el vacío, sin que nadie la aguantara ni tuviera debajo de ella ningún punto de apoyo”.

Otro fenómeno similar tuvo lugar ante la Iglesia. Lo recuerda Benjamín Gómez, vecino de la aldea: estando Conchita echada sobre el suelo, “la muchacha se levanta [sin moverse]; lógico a mi juicio, que por artista que quiera ser, tenía que haber doblado algo del cuerpo, sea la cintura, sea las rodillas, sea lo que fuera; sin embargo, se ha levantado hecha una pieza completamente, pero ¡rápida! ¡rápida completamente! ¿cómo aquel cuerpo se levantó sin poder hacer ningún apoyo en la tierra?”.^[64] Hay muchos testimonios sobre esto.

Ausencia de dolor durante las marchas

La ausencia del natural dolor o heridas durante la visión fue constatada muchas veces. Serafín González, hermano de Conchita, no podía explicarse cómo pudo suceder lo que vio un día: bajaba Conchita en éxtasis desde la *Campuca* (donde está ahora la Capilla del Ángel) por toda la Calleja de rodillas. La Calleja como estaba entonces, peor todavía que ahora, cubierto el suelo de piedras cortantes. La niña llegó de rodillas hasta abajo donde antes estaba la casa del maestro. Serafín la veía bajar y solo pensaba en cómo iban a terminar las rodillas, dando por descontado que estarían llenas de heridas, en carne viva. Cuando terminó el éxtasis y Conchita se levantó del suelo, las rodillas ni siquiera estaban

sucias y por supuesto ni una herida. Serafín no daba crédito a lo que veía.

Y como en esta ocasión, con frecuencia prodigios por necesidad dolorosos, se repetían muchas veces, incluso sin presencia de testigos. Las niñas seguían su visión en las duras noches de nieve e invierno, cuando era un atrevimiento subir a la aldea o incluso salir de casa. Con todo, los vecinos recuerdan cómo desde el primer invierno de las apariciones “de Cosío y Puentenansa muchos subían, a veces caminando con la nieve hasta las rodillas si sabían que iba a haber aparición”.^[65] Con no poco valor, los peregrinos se atrevían a desafiar las inclemencias del tiempo; aunque esto, necesariamente sucedía menos. Así, en las duras noches de invierno, los éxtasis solían sobrepasar la fortaleza de curiosos y devotos. Las niñas recorrían entonces la aldea en la soledad de la noche. Piedad González, vecina de Garabandal, lo comprobó más de una vez desde su ventana:

“Loli, una noche que había cerca de medio metro de nieve en el pueblo, salió de casa. Su padre iba detrás de ella... [y ella iba] de rodillas, para atrás por encima de la nieve”.

“Otra noche tronaba muchísimo. También nevaba. Y me asomo a la ventana a ver... y veo venir por allá a Aniceta con Conchita en éxtasis. Granizaba. Ella andaba así: los brazos extendidos y la cabeza para arriba; y llevaba una cruz en la mano... y le daban los granizos en la cara. Yo lloraba al ver a la cría. Y entonces cogí una manta, me la eché encima y bajé: era como a eso de las once o las doce de la noche. No había nadie más que su madre con ella. Fuimos hasta la iglesia, por donde vive el Pepe; fuimos al Cuadro... una granizada terrible, y venga los granizos dándole a ella... yo me estremecía y ella nada, natural... después se metió en casa y me dijo su madre: «*Si quieres entrar, hija mía, entra*». Digo yo: «*¡Ay! Me voy, ya me voy; es que me dio muchísima lástima de ti, Aniceta*». Y me vine para casa”.

Impresiona la fuerza del éxtasis; y ni siquiera había quien pudiera aprovecharse de aquella visión («*No había nadie más que su madre con ella... Yo me estremecía, y ella nada, natural*»). A la piadosa vecina, en fin, no le preocupaba la salud de la niña. Sentía pena por su madre. Pensaba, claro, que la niña no podía hacer aquello sin una gracia especial. Los casos son numerosos. Un ejemplo más: “un día -cuenta una vecina- en el Cuadro nevaba copiosamente, unos copos de nieve enormes. Loli estaba en éxtasis y de pronto se dieron cuenta que sobre el abrigo de la niña no caía ningún copo, ni uno solo... pero sobre todos los demás la nieve caía sin parar”.^[66] Al tratar los duros exámenes médicos de los éxtasis, vimos algunos más: los médicos realizaban a veces punciones, torceduras o golpes que a las pequeñas, sin embargo, no les producían dolor alguno. Es un hecho que se repite: las niñas no sentían dolor ni durante ni después de los éxtasis; en ocasiones, ni tan siquiera les quedaba señal.

Marchas fingidas

Los testigos más connaturalizados con las apariciones, gente del pueblo que conocía bien a las niñas y tantas veces venían constatando lo inverosímil de cuanto ocurría durante los éxtasis, hablan también sin sutilezas de una cuestión comprometedora para Garabandal: éxtasis fingidos. Testigos destacados como Maximina González o Pepe Díez no lo evitan. Aunque si bien aseguran que esto sucedió, coinciden también en señalar que fueron muy pocos, quizá una o dos ocasiones en que las niñas fingieron una

aparición.

La ocasión tuvo lugar ante la expectación de grupos de peregrinos a veces grandes y venidos de lejos, que no habían podido ver un éxtasis tras una breve visita. Las videntes se encontraban entonces ante situaciones verdaderamente complicadas, viéndose presionadas a orar, obligadas por la gente, como si la aparición fuera accesible para ellas. Las niñas, entonces, para agradar a estos exigentes visitantes y pensando que fingiendo hacían una obra buena, simulaban una marcha y un diálogo con la Señora en alguna ocasión. Lo hicieron solo tras la segunda llamada -dicen ellas-, cuando entendían que iban a tener una aparición ya pronto, lo cual erróneamente entendían que justificaba su actuación. Pepe Díez, tantas veces en primerísima línea de aquellas aglomeraciones, expone la cuestión sin vacilaciones. Según Díez, en los principios se dieron sin duda éxtasis fingidos. Pero se dieron -explica él- porque algunos grupos “venían como exigiendo; y esto era casi obligar a estas niñas a hacer una cosa de estas fingida, pero esto se las notaba muy fácil”. Conchita también lo confiesa. Muy a los principios, sintiendo ya inminente la aparición, a veces las familias o alguna autoridad las mandaban irse a dormir (por ser ya tarde); entonces por no perder la visión:

“Mirábamos para arriba como si ya estuviéramos viendo a la Virgen, y así estábamos juntas por las calles y los padres con nosotras, y luego ya llamaba la Virgen y estábamos juntas, [que] siempre terminábamos viendo a la Virgen”.^[67]

Por quedarse «juntas», por no perder la visión, que sentían ya cercana, en las primeras semanas de apariciones, las pequeñas fingieron también en alguna ocasión. Los éxtasis fingidos, sin embargo, concluyeron muy pronto, pues enseguida fueron descubiertas: José Díez, uno de los observadores más asiduos desde el comienzo, las corrigió haciendo notar a las pequeñas que aquello estaba mal por ser una mentira. Díez refiere también cómo se dio cuenta al explicar lo fingido. Su exposición apunta la sobrenaturalidad de aquellos otros éxtasis, para él inequívocamente auténticos:

“Las apariciones verdaderas eran tan diferentes que yo me daba cuenta muy fácilmente cuando fingían, porque:

[En las falsas] tenían que ir por sí mismas, iban por sitios llanos, más despacio; recorrían muy poco trayecto, más bien en una casa, un trozo de calle, una pequeña cosa así, donde podrían andar fácilmente, claro.

Cuando en las apariciones verdaderas... caminaban en toda clase de terrenos, sin tropezar con ningún obstáculo de ninguna clase, lo mismo para adelante que para atrás, en una posición muy difícil de llevar; pero ellas la llevaban, con mucha facilidad... [Se] notaba mucha diferencia”.

Otros testigos corroboran el testimonio de Díez: “... corriendo además, porque no iban despacio, no, no, no. ¡Había que correr detrás de ellas! Iban igual para adelante que luego iban para atrás, que luego se iban para un lado. Nunca las vi ni vacilar, ni caerse ni nada”.^[68] Díez explica todavía que, en cuanto a la duración, las diferencias entre los éxtasis fingidos y los reales eran aún mayores:

“[Cuando fingían] no duraba mucho tiempo porque era imposible... porque eran muy vigiladas... y antes de notarse perdidas declaraban que ya se había quitado el éxtasis”.

“En las apariciones sobrenaturales o por lo menos en lo que se veía, era totalmente una cosa extraordinaria y

durante igual una hora... cuatro horas permanentes, que esto es de lo más difícil que pueda existir, o sea, es lo suficiente para poder decir que es una cosa sobrenatural, porque el llevar la cabeza en la posición que las niñas llevaban su cabeza y su cuerpo, y para adelante y para atrás, subir y bajar estas calles hasta los Pinos, todo esto, es lo más difícil que puede haber, y ellas lo hacían al contrario con una facilidad enorme”.

Los observadores reprendieron enseguida a las niñas. La buena intención de complacer a los peregrinos no podía justificar la mentira; tampoco el deseo de no perder una visión. El mismo Díez habló también a las niñas cuando fue consciente de ello: “les indiqué alguna cosa también, fuera, particularmente a ellas”. Tras comprender las pequeñas que obraban mal -concluye Díez- “después no han hecho más, no se les ha conocido más fingir”. Las niñas, aun con buena voluntad, antes de procurar un bien, con aquello ponían en peligro todo lo demás. Pero tenían que aprender a esperar y obedecer, a confiar en la riqueza de la cruz, por la incompreensión y la obediencia (aun a costa de gracias excepcionales). Esto, claro está, les costó después el descrédito de visitantes a veces tremendamente injustos.

X

El público toma parte en los fenómenos

Especial solicitud por los sacerdotes

Otro fenómeno que asombró al público en Garabandal fue la hierognosis. Etimológicamente “conocimiento de lo sagrado”, la hierognosis es definida por la Teología Mística como una facultad concedida por Dios a “algunos santos, sobre todo los extáticos, [por la que son hechos capaces] de reconocer las cosas santas (la sagrada forma, los rosarios o escapularios benditos, las reliquias...) diferenciándolas inmediatamente y sin vacilación de los objetos profanos”. Esto que explica Royo-Marín, en Garabandal se dio en numerosas ocasiones; y muchas veces las niñas en éxtasis reconocieron a sacerdotes y religiosos vestidos de paisano, aún desconocidos de todos, sin siquiera haberles hablado, sin ayuda de nadie ni más apoyo que el de su visión.

En una ocasión de fecha desconocida, dio Conchita a besar el crucifijo a algunas de las personas presentes; ella misma se sorprendió de lo que le fue comunicado al terminar el éxtasis: “Todos aquellos a los que había dado a besar el crucifijo eran sacerdotes vestidos de civil”.^[69] La aparición los distinguía con un gesto a la vez de delicadeza y corrección. La pura coincidencia o engaño no podía descartarlo nadie cuando esto sucedía una vez; pero es que en Garabandal esto era -como señalan testigos tan informados como Pepe Díez- algo que se repetía “diariamente”. Un día, por ejemplo, tuvo lugar un éxtasis en la iglesia de Garabandal; entre el numeroso público había solo un sacerdote, el párroco, don Valentín. Sin embargo, durante su coloquio con la Señora, las videntes hicieron mención clara de que eran dos los sacerdotes presentes. Al oír esto, “don Valentín se puso a mirar hacia atrás para descubrir al posible compañero; pero en vano... [Pensó que la niña había errado, pero] poco después se le acercó un señor, que después de saludarle, se declaró sacerdote, que había llegado de paisano, por haber subido en motocicleta”. Álvarez relata otro caso similar: “Se presentaron otro día dos Alféreces del Cuerpo de Aviación; yo les reconocí y nada quise decir [por verles vestidos de paisano], pero las videntes supieron por la Virgen que eran capellanes”.

Los ejemplos, siempre en la línea de estos, son muy numerosos. Aunque la hierognosis destacó también otros puntos de la fe, está fuera de duda que el sacerdocio es un valor fundamental del mensaje de Garabandal. De hecho, Jacinta señala que la Virgen hablaba de los sacerdotes todos los días en su aparición, inculcando a las niñas el amor y la devoción por ellos.

El público participa de las apariciones

Las personas presentes en los éxtasis, frecuentemente formaron parte de las apariciones. Aunque desconocemos la fecha exacta en que ocurrió, un hecho del verano de 1961 expone con claridad la emoción con que los peregrinos podían acercarse a los sucesos. Sus peticiones eran frecuentemente escuchadas: un día, las videntes escucharon que, entre la multitud, una forastera elevaba una pregunta muy personal; sus palabras sonaban casi como una petición: «Mi marido ¿cree en Dios?». Las pequeñas no olvidaron esta pregunta y durante la aparición transmitieron a la Señora la preocupación de la peregrina. Al terminar el éxtasis, una de las niñas se acercó a esta mujer y le transmitió la respuesta recibida: «En Dios, sí cree; en la Virgen, muy poco; pero ya creerá». La vidente no sabía nada del caso. Sin embargo, el marido de esta mujer, Maximilian Föeschler, era protestante. La respuesta era, cuando menos, interesante. Pero la historia no acabó ahí.

Meses después, en octubre de 1961, unos días antes de la publicación del primer mensaje, el día 18, subió a Garabandal Ramón María Andreu. Venía con él un ingeniero alemán; era Maximilian. Siendo protestante, Maximilian venía solo por su vinculación personal con la familia Andreu y su amistad Ramón, aquel destacado estudioso de las apariciones. Por lo demás, el alemán no tenía ningún interés en las apariciones. Durante el viaje, a pocos kilómetros de su destino, los viajeros tuvieron un accidente de tráfico que retrasó su llegada. Sin embargo, aquella misma noche lograron ya presenciar un éxtasis. A Maximilian -comenta él- no le impresionaron “*ni lo más mínimo*”. Sin embargo, al retirarse a descansar, “a eso de las doce, el Padre se puso muy malo, con mareos, sudores fríos, fortísimos dolores en el tobillo izquierdo, que aparecía muy inflamado [debido al accidente]”.

Dos médicos que estaban en la aldea estudiando también los fenómenos examinaron la lesión. Entre ellos estaba el Dr. Celestino Ortiz de Santander. La gravedad del caso exigía llevarlo al Hospital de Santander urgentemente. Se dispuso hacerlo a primera hora del día siguiente. Durante la noche, Maximilian atendería al enfermo. Hacia las tres y media de la madrugada “empezamos a oír ruido en la calle -cuenta Maximilian-, y que la gente pedía a voces que la dueña de la casa [Epifanía] abriese la puerta, porque Jacinta estaba allí en éxtasis, queriendo entrar. Bien pronto apareció en la habitación, se fue hacia el Padre y le dio a besar el crucifijo”. En el mismo momento en que el padre besaba el crucifijo que le tendía la niña, le desaparecieron por completo los dolores. “De repente se para -escribe Föeschler -: hace una flexión hacia atrás, hacia donde yo estaba, y me da también a mí el crucifijo a besar ¡por dos veces!... Cuando marchó la niña... el Padre me confesó que había pedido muy de veras, en su interior, que la niña, antes de marcharse me diera también a mí a besar el crucifijo. Tuve para pensar durante las pocas horas que quedaban de la noche”. Y es que, en el éxtasis que habían presenciado horas antes, cuantas veces las niñas dieron el crucifijo a los circunstantes, siempre habían saltado a Maximilian.

Por la mañana, a eso de las ocho llegó el médico. Andreu confesó que habían desaparecido todos los dolores. El doctor, que había visto el tobillo la noche anterior, comenzó a inspeccionar la fractura. Andreu estaba curado. Maximilian, pasada la primera impresión, decidió volver al pueblo el 17 de marzo. A continuación, participó en un retiro con el P. Andreu: los ejercicios espirituales de San Ignacio en el mismo Loyola: “El día tercero [de los ejercicios, 22 de marzo de 1962], en la Santa Misa que tuvimos en la Capilla de la Conversión -escribe Maximilian-, al ver que los demás ejercitantes podían recibir a Jesús (en la comunión eucarística) y yo no, rompí a llorar”. Diez días después, el 31 de marzo, abrazaba formalmente la fe católica. El 1 de abril de 1962, recibía emocionado su primera comunión.

Por las mismas fechas del verano de 1961, conoció las apariciones una joven francesa de 18 años, Muriel Catherine. Hija de padre judío y madre protestante, Muriel nunca recibió formación religiosa. Con intención de estudiar español, viajó a Burgos el verano de 1961. Fue recibida en su casa por una joven profundamente religiosa, Ascensión de Luis. El 27 de agosto de 1961, Ascensión, llevó a Muriel a Garabandal. Con el buen tiempo y las vacaciones, la aldea estaba abarrotada de curiosos y sumergida en un ambiente superficial. Ante esta situación, un sacerdote salesiano americano comentaba a grandes voces que “más daba la impresión de que fuera el diablo el que estuviera apareciéndose antes que la Virgen”.^[70] Don Valentín trató de tranquilizar al sacerdote:

“«Usted -le dijo- no puede juzgar de esto que pasa aquí, por lo que está viendo en esa gente; aguarde a ver los éxtasis de las niñas, que todavía no ha visto ninguno». El Padre, sin embargo, no se tranquilizaba, y yo -escribe Ascensión- le recuerdo muy preocupado por si ya habían echado los exorcismos a las niñas... Al día siguiente, lunes, 28 de agosto, las niñas y sus familias estaban impresionadas, y el pueblo también, por aquello que tanto repetía el Padre de que muy bien pudiera ser cosa del demonio. Por eso habían preparado un frasco pequeño de agua bendita, para echársela a la aparición tan pronto como volviera... Las niñas, muy preocupadas, no se desprendían para nada de su frasco de agua bendita.

Ya por la tarde, Catherine y yo, aunque éramos unas desconocidas, logramos entrar en una casa, la de Jacinta donde estaban, allí en la cocina, ella con sus padres y Mari Loli con los suyos, sin poder disimular la preocupación que tenían por aquello del padre salesiano. ¿Qué ocurriría cuando, al llegar la visión, la recibieran con un «asperges» de agua bendita? Éramos como ocho o nueve personas, presididas por el párroco, don Valentín. Cuando pude, expliqué muy brevemente a las niñas la situación de mi compañera..., rogándoles que pidiesen mucho a la Virgen por ella. Y les confié mi querido rosario de plata, para que lo dieran a besar.

No mucho después, Jacinta y Loli entraron en éxtasis, de la forma impresionante que tantas veces se ha descrito. Y enseguida les entendimos decir a la visión, con aquel habla como en un susurro tan característica de los trances, que había venido un Padre que decía era el demonio, y que iban a tirarle agua bendita para que se marchara... Lo decían con

una carita de tristeza y de susto que impresionaba. Pero de pronto se iluminó su cara con extraordinaria alegría, y rompieron a sonreír maravillosamente, posando a un lado, y detrás, el frasco de agua que llevaban. Las dos niñas -continúa Ascensión- estaban sentadas delante de nosotras, en unos banquitos pequeños y bajos, como los que aún se ven por cocinas de aldea, y en su regazo tenían los objetos religiosos que les habían dado para ofrecerlos al beso de la Virgen.

Tan pronto como se les pasó el susto, empezaron a hablar de Catherine, pues les oímos claramente: «¡No es católica! No, no es católica... Está sin bautizar... Anda, ayúdala... ¡Ah!, por su padre...» Estuvieron un ratito con el mismo tema; y luego empezaron a ofrecer a la visión los objetos que tenían sobre las rodillas... Cuando le llegó el turno a mi rosario, se les oyó decir: «¡Ah! Con este rosario ha aprendido a rezar [Catherine]... ¿Que por él ha rezado sus primeras avemarías...? Sus primeras avemarías...» Era Loli quien ofrecía mi rosario, y no dejaba de repetir esto... Cuando terminaron de ofrecer a la Virgen todo lo que tenían allí para eso, les oímos preguntar: «¿Ahora?... ¡Bueno!» Y Loli echó la mano hacia atrás del banquito donde estaban sentada, hacia el frasco del agua bendita que había dejado allí: lo tomó, lo destapó y tiró con fuerza el agua hacia arriba, enfrente de ella..., y entonces pudimos darnos cuenta de una pequeña maravilla: el agua no vino a caer donde naturalmente debía haber caído, sobre mí, que era quien estaba más cerca y enfrente de Mari Loli, sino que, haciendo una misteriosa inflexión en su trayectoria, fue a caer en forma de pequeña ducha sobre Catherine, que estaba frente a Jacinta.

Don Valentín, que estaba casi pegando a Catherine, detrás, me aseguró que a él no le había caído ni una gota; yo, que la tenía cogida del brazo -nos apretábamos la una contra la otra por la emoción-, puedo atestiguar que tampoco me alcanzó nada; en cambio, Catherine sintió ampliamente el misterioso «baño» no sólo en la cabeza, sino también en el vestido y hasta en los pies: «¡Si me ha empapado!» Y debo decir que se trataba de un frasco muy pequeño, y que no estaba lleno del todo, pues con parte de su contenido habían rociado el suelo de la cocina poco antes de comenzar la aparición”. Pesquera, quien nos informa de este hecho, concluye que esta experiencia fue definitiva para Muriel. A causa de la oposición de sus padres, no pudo realizarlo enseguida. Pero, tras dos largos años de espera, al cumplir la mayoría de edad -entonces veintiún años-, el 20 de octubre de 1963 fue bautizada en la Catedral de Burgos por el jesuita Ramón María Andreu, testigo de tantos fenómenos. Muriel elegirá como nombre bautismal el que Conchita le había sugerido: María del Carmen.

Ramón M. Andreu relata un caso que tuvo como protagonistas a dos sacerdotes. Uno de aquellos primeros días en que Andreu se encontraba estudiando las apariciones, se le acercó un sacerdote asturiano. Este le aseguró categóricamente haber comprobado la falsedad de las apariciones; a lo que Andreu contestó: “¡Hombre! Yo llevo ya aquí cuatro semanas y todavía no acabo de ver con toda claridad; y usted, a los diez minutos”. El P. Andreu no tomó en serio a aquel seguro observador y le recomendó hablar con el Dr. Celestino Ortiz, médico, el ya citado pediatra de Santander, que estaba por allí.

“A los diez minutos el cura estaba de vuelta. Pero con un talante totalmente distinto: pálido, trémulo y demudado.

«P. Andreu: ¡Esto es verdad! Yo soy un convencido».

«Oiga: vamos despacio... Hace diez minutos esto no le gustaba nada, ¿y ahora ya es usted un convencido? ¿No le parece que va muy de prisa?».

«Es que, vea usted lo que me ha pasado. Andaba con este señor Ortiz por ahí, cuando aparece en éxtasis una de las niñas, la que se llama Jacinta, y viene junto a mí, y me santigua; y había a mi lado un *hombrín* y le santiguó también, y luego me daba a besar la cruz, y se la daba también al hombrín; después volvió a santiguarme a mí, y santiguó lo mismo al hombrín. En esto, yo pensé: «*Si es verdad que es la Virgen quien se aparece, que se acabe el éxtasis*». ¡En el mismo momento la niña baja la cabeza y se me queda mirando enteramente normal! Yo me quedé sin aliento, y le digo:

«Pero ¿es que no ves a la Virgen?».

«No, señor».

«¿Por qué?».

«Porque se me retiró».

Y la niña se dio media vuelta y marchaba. No habría dado cuatro pasos, cuando cayó de nuevo en éxtasis, y otra vez vino donde nosotros, y me santiguó a mí, y luego santiguó al hombrín; y me dio a besar la cruz a mí, y se la dio a besar al hombrín...

«Oiga -le interrumpió el P. Andreu-: señáleme quién es ese hombrín, porque me parece que el tipo de verdad interesante en este caso es el hombrín y no usted».

Así era. El hombrín aquel era un cura párroco de cierto pueblo, que llevaba ya tiempo terriblemente atormentado por grandes dudas sobre su ordenación sacerdotal: que si él no había tenido clara y explícita voluntad de ordenarse, que si, en consecuencia, el sacramento no había sido válido, que, así, estaba ejerciendo indebida y nulamente las funciones sacerdotales... Solo Dios podía saber lo que venía sufriendo el pobre hombre a causa de aquellos escrúpulos. Cuando oyó hablar de Garabandal y de las «maravillas» que en este lugar sucedían, pensó que tal vez pudiera estar allí la salida para su oscuro túnel. Tan pronto como pudo, se fue a la famosa aldea. Pero antes de llegar a ella, se disfrazó concienzudamente (entonces era muy raro que un sacerdote o religioso dejara su sotana o su hábito sin graves motivos):

«*Tan a conciencia se disfrazó* -dice el P. Andreu-, que allí no había manera de sospechar, ni remotamente, la persona de un cura...».

Para él ya fue una primera y consoladora respuesta a sus dudas interiores, al poco de llegar, el que la niña, tan marcadamente, fuera repitiendo en él todo lo que hacía antes al sacerdote aquel que tenía al lado...”.

Un caso más, lo relata Ángel M. Rojas, S.J., que fue uno de sus protagonistas. En la primavera de 1962 Ángel era ya jesuita, pero estaba todavía lejos de la ordenación sacerdotal. Le faltaban aún siete años de estudios. Entonces oyó hablar de Garabandal a un sacerdote de la Compañía: el P. Ramón M. Andreu. Después de escucharle, Ángel se acercó con otro estudiante a aquel destacado conocedor de las apariciones:

“«*Si le diéramos a usted un papel escrito* -preguntó el estudiante-, *¿usted le podría hacer llegar a Conchita para que se lo presentara a la Virgen?*». El P. Andreu asintió. Entonces tanto este compañero como yo escribimos sendas cartas. Yo no sabía lo que él ponía ni él sabía lo que yo escribía.

Lo que yo había puesto era: «*Que mis padres vivan hasta que yo cante Misa*». Hay que tener en cuenta que entonces estaba yo con unos dolores muy fuertes de cabeza y algunos [formadores] me decían que no podría terminar los estudios [sacerdotales; desaconsejaban continuar]”.

“Metimos las cartas en un sobre azul. Las cerramos y entregamos al P. Andreu. Este dijo: «*Yo se lo enviaré a*

Conchita. No garantizo qué puede pasar, pero se lo mando».

El 6 de abril de ese mismo año de 1962, recibimos carta del P. Andreu diciendo que le había mandado Conchita una carta en la que respondía al famoso sobre azul. Este se lo devolvió al P. Andreu sin abrir y, sin embargo, en esa carta Conchita respondía a lo que nosotros pedíamos.

Después me enteré de cómo fue aquello: El brigada de la Guardia Civil, Juan Álvarez Seco, fue el testigo. Tuvo un éxtasis Conchita con el sobre en la mano. El guardia dice literalmente: «*La niña levantó el sobre cerrado como para que se leyera o se besara*». Terminado el éxtasis dijo Conchita: «*Tengo que dar un mensaje*». La niña lo escribió en la carta al P. Andreu. El brigada bajó esa noche a Puente Nansa para mandar una carta urgente, certificada, con acuse de recibo. En esa carta enviaba el sobre azul y la respuesta.

El P. Andreu nos decía en su carta: «*Miren a ver si esta respuesta coincide con lo que ustedes ponen en la carta*». Porque él no sabía lo que ponía en el sobre azul, porque fue cerrado y volvía cerrado.

Nos reunimos mi compañero y yo para abrir la carta de Conchita, que decía textualmente:

«Ave María. Apreciable P. Andreu: ahora mismo he terminado de ver a Nuestra Madre del Cielo y me dijo que te escribiera y que te dijera esto: lo primero que le digas a N (mi compañero) que X se convertirá y XX también; la segunda le dices a Ángel Mari que lo de sus padres que vivirán hasta que él cante misa».^[71]

En el lugar de la “N”, en el original estaba escrito el nombre del joven jesuita. En cambio, la carta no nombraba a las dos personas por las que él pedía; el lugar de esos nombres sí estaba vacío. Detalle de delicadeza, pues como hemos visto, la respuesta pasó por varias manos hasta llegar a su destinatario. Para él, sin embargo, no había duda de los nombres a que aquel hueco se refería.

“Tras leerlo -sigue Ángel María Rojas-, le dije a mi compañero: «*Sí, efectivamente, yo pedía esto*». Y él me dijo: «*Pues yo he pedido la conversión de dos personas concretas*».

En aquel momento quedaban siete años para mi ordenación, pero mis padres vivieron [para acompañarme]”.

Después de esta experiencia, Ángel no abandonó la Compañía, a pesar de sus problemas de salud, que dificultaban su estudio. Y, para sorpresa de sus primeros formadores, al final del Ciclo Institucional, por sus buenos resultados fue seleccionado entre los alumnos de su promoción para ampliar sus estudios en Roma. Ángel siempre atribuyó su ordenación y su perseverancia en las horas difíciles a la prueba que había recibido en Garabandal. Así, en los casos apenas citados, un sacerdote recibía una prueba sobre las apariciones mientras otro era confirmado en su sacerdocio; a un seminarista se le sostenía en su vocación con una respuesta exacta a una carta nunca abierta. Y lo más asombroso, como decía Pepe Díez, es que cosas como estas sucedían en Garabandal *a diario*. En alguna ocasión la casualidad o el engaño podrían explicarlo. Pero lo que estaba sucediendo en Garabandal era interminable. Muchos lloraban al recibir aquellos signos, para ellos inequívocos; otros se afirmaban en su camino de fe. Aunque muchos llegaban por mera curiosidad, difícilmente se podían atribuir a las artimañas de aquellas pobres niñas de aldea las experiencias que a tantas personas estaban moviendo a las lágrimas, a la fidelidad, al serio compromiso cristiano. Las videntes no estaban ocupando el centro de la experiencia de los peregrinos. Los destinatarios hacían confesiones y daban pruebas de un verdadero cambio de vida como los que acabamos de ver.

Testigos como Álvarez, Andreu o el Dr. Ortiz, habían demostrado ser enormemente críticos hacia las argumentaciones inverosímiles de quienes no buscaban la verdad; y

después de ver tantos fenómenos, tantas de estas “casualidades”, trataban cada día con mayor respeto y seriedad lo de las apariciones. Para aquellos observadores, tantas gracias atribuidas a la Señora constituían un dato más para valorar los hechos. La doctrina de la Iglesia les daría la razón, ya que en 1978, al publicarse las Normas para discernir la autenticidad de apariciones, el Vaticano subrayaba la importancia de frutos en las almas: “sana devoción y frutos espirituales abundantes y constantes”.^[72]

Testimonios sobre el don de clarividencia

Clarividencia, según la Teología, es aquella facultad de conocer personas, situaciones u objetos ocultos independientemente de la mediación de los sentidos superando las posibilidades naturales.^[73] En Garabandal, muchas veces fue ese el sentir de los peregrinos. Y es que estos, ante ciertos gestos o palabras de las niñas, quedaban maravillados, dejando elocuentes testimonios de conversión. Así, M. Nieves García, guía espiritual de Conchita en Burgos, escribe: “Me ha contado [Conchita -4.V.1967-] cómo un día la Virgen le dio un recado para un sacerdote, que luego de recibido lloró mucho. Y en otra ocasión me habló el marido de una exalumna nuestra, cómo Conchita le dijo algo oculto de su vida, que le determinó a cambiar de vida”.

La actriz argentina Concepción Zorrilla de San Martín, conocida como *China Zorrilla*, era entonces bailarina del cabaret *Folies Bergère* de París. La joven llegó a la aldea sin fe. El Dr. Ricardo Puncernau comenta el caso de la famosa actriz: cuando llegó, ella “no creía en nada de la religión. Había venido a Garabandal por simple curiosidad”. Tras charlar con el Dr. Puncernau en la taberna del pueblo, el médico le propuso salir a ver lo que ocurría con las videntes. Salieron, y al ver al grupo de las niñas, la bailarina pensó interiormente: “Si es verdad que se aparece la Virgen, que venga una de las niñas a darme una prueba”. “Apenas hube pensado esto, cuando Conchita vino corriendo hacia mí a darme a besar el crucifijo. Yo no quería y le aguantaba la mano. Pero ella, con una fuerza inusitada, me puso el crucifijo pegado a los labios y no me quedó más remedio que besarlo. Una, dos y tres veces, yo, la incrédula, la atea, la que no creía en nada. Ello me emocionó sobremanera”.

Al ver venir a Conchita hacia ellos, Concepción había pensado que venía a hacerle la *gara-gara* al médico; de ahí su emoción al ver que nada le interesó a la vidente más que ella. El Dr. Puncernau cuenta todavía sobre Concepción: “más tarde sé, porque nos escribimos algunas veces, que dejó el *Folies Bergère* y regresó con su familia al Uruguay”; “que cambió de vida, se convirtió completamente, se hizo una gran persona y creo que lo sigue siendo”.

En otra ocasión, “una de las niñas fue santiguando a todas las personas que tenía en torno, excepto a una... Podemos imaginarnos el desconsuelo de esta. El párroco preguntó después a la niña por qué no la había santiguado, y la niña respondió que la Virgen le había dicho que aquella persona era la única de los presentes que se había

santiguado por la mañana. Preguntando a todos los interesados, se constató que así había sido en efecto”. Era como si la aparición quisiera subrayar la necesidad, para un vivir de cristianos, de comenzar cada día con un piadoso levantar el corazón hacia el Padre que está en los cielos...

Plácido Ruiloba fue protagonista de otro caso sorprendente. Lo cuenta él mismo:

“Llegué al pueblo ya de noche -los días habían acortado considerablemente-, y a mi llegada, las niñas andaban en éxtasis. Me quedé a propósito en un sitio apartado, un lugar que no solía ser de paso en aquellas tan conocidas marchas extáticas de las niñas y, siempre atormentado por mis dudas, empecé a decir mentalmente: *«Virgen Santísima, ¡hay que ver la cantidad de gente que va viniendo a ver esto! Y pensar que, si esto fuera mentira... ¡Cuantísimo mal podría hacer! Señora: para que yo acabe de ver que es tuyo todo esto que ocurre, te pido que, aun estando tan apartado como estoy, venga una de las niñas, desde donde esté, a darme a besar el crucifijo»*.

Desde el recoveco donde me había metido, detrás de la fuente, yo podía observar, sin ser advertido, bastantes cosas de las que estaban ocurriendo; y así me di cuenta de que las niñas habían cesado en sus éxtasis: solo seguía extática Conchita, a quien vi venir hacia su casa, próxima al lugar de mi escondite. Vi perfectamente cómo entraba en ella... y sufrí en aquel momento una tremenda decepción al ver que mi oración no había sido escuchada, y que, en consecuencia, mis dudas tenían fundamento... Estaba saboreando amargamente esto, cuando de repente vi que la gente que había entrado en la casa, empezaba a salir rápidamente, y detrás, la niña, todavía en éxtasis: aquello me sobresaltó, intuyendo cuál podría ser el motivo. Conchita, en efecto, vino derecha hacia mí, manteniendo como siempre la cabeza inverosímilmente vuelta hacia arriba, lo que le impedía del todo ver lo que tenía delante o alrededor; llegó al recoveco donde yo me había escondido, se paró ante mí, y ¡por tres veces me dio a besar el crucifijo! La respuesta estaba tan clara, que se disiparon todas mis dudas... al menos por entonces”.

Los casos como este, con abundantes frutos espirituales, se dieron con frecuencia en Garabandal. Resulta improbable que las niñas pudieran preparar aquello. Otro caso: la novelista barcelonesa Mercedes Salisachs, ganadora del Premio Planeta en 1975, visitó Garabandal el 19 de abril de 1962. Desde la repentina muerte de un hijo, Miguel Juncadella (+31.X.1958), en un accidente de tráfico, la escritora había perdido la fe. La fe de Mercedes había sido siempre superficial. La muerte de Miguel, mucho más religioso que su madre, la hizo dudar de la bondad de Dios y hasta de su misma existencia. “Mi devoción por la Virgen era prácticamente nula, un día... instintivamente me encontré frente a la imagen de una Dolorosa, suplicando que si Miguel existía la Virgen me diera una prueba”. Por eso subió a Garabandal y confió su petición a las videntes: *«Preguntad a la Virgen por mi hijo»*.^[74] Aquel día no hubo respuesta.

Tres días después, la noche de Pascua, rezando procesionalmente un rosario cantado, una de las videntes, Mari Loli la llamó: “Mari Loli y yo nos apartamos algo de la comitiva. Temerosa aún y desconcertada, me incliné hacia la niña para que me hablara al oído. Con voz clarísima me dijo el mensaje: *«Dice la Virgen que su hijo está en el cielo»*”. Esa noche, la pequeña tuvo de nuevo aparición y “en cuanto hubo acabado aquel éxtasis -sigue Mercedes-, Mari Loli se vino hacia mí y me comunicó, por lo bajo, que la Virgen le había dado otro mensaje.

Esperó a que nos quedáramos solas. Enseguida me dijo: «Cuando yo estaba hablando con la Virgen vi que se reía mucho y que miraba hacia arriba, y al preguntarle yo por qué se reía tanto, me ha contestado que, al mismo tiempo que Ella me hablaba, él estaba

viéndola a usted y que su alegría era muy grande». [Mercedes no comprendía nada:] «¿A quién te refieres, Mari Loli? ¿a mí... él? No llegué a pronunciar su nombre... pero ella me atajó: «Eso, Miguel. Me ha dicho: «Dile sobre todo a esa señora que mientras hablo contigo ahora, Miguel la está viendo a ella y que es felicísimo, que está muy contento, muy contento...». «Dime, Mari Loli -indagó entonces la escritora-, ¿cómo sabes que se llama Miguel?» La niña no se inmutó. Con la mayor naturalidad me respondió: «Porque yo le he preguntado: *¿Quién es Miguel?* Y ella me ha dicho: *El hijo de esa señora*»». Mercedes no había pronunciado el nombre de su hijo en ningún momento. Por eso recibió aquello como la señal que había pedido a la Virgen.

Después de más de tres años sumida en una profunda crisis, se recobró espiritual y profesionalmente y llegó a la cumbre de su producción literaria ganando abundantes premios en las décadas siguientes. Se declaró insatisfecha de varias de sus novelas de juventud que habían provocado la censura de la dictadura franquista. Las suprimió de su currículo y en adelante, hasta el fin de su vida fue reconocida por sus convicciones religiosas. Y siempre defendió Garabandal: “sigo pensando que no puede haber explicación posible para describir... lo que estaba ocurriendo en Garabandal”.^[75] Esto la llevó a destacarse en el trabajo por dar a conocer las apariciones. En el Archivo de la Fundación HM se conserva una amplia correspondencia de la escritora sobre ello; destaca especialmente su intercambio de cartas con las videntes, con quienes mantuvo desde su conversión un trato asiduo.

Un último ejemplo. Madre Nieves, la confidente de Conchita desde su estancia en Burgos, escribe: “Un día la Virgen me dijo que cuando terminase de hablar con Ella, me volviera a una pareja que tenía detrás de mí, y les dijera: «No vivís bien». Así lo hice, aunque me costó mucho. Y sé que se impresionaron, se echaron a llorar y se confesaron aquel mismo día. Muchas cosas así, me las mandaba Ella». Los informes médicos se detienen también sobre el don de clarividencia. Lo refiere, por ejemplo, el Dr. Celestino Ortiz, especialista en Pediatría y gran estudioso de Garabandal:

“El haberse acompañado los éxtasis de las cuatro niñas de un conjunto de fenómenos parapsicológicos, tales como telepatías, premoniciones, clarividencias, marchas hacia atrás, hierognosis... [nos lleva a reconocer que] no encontramos explicación científica alguna convincente que pueda explicar tales fenómenos”.

La conclusión del Dr. Ortiz es firme y clara. Y coincide con este dictamen del Dr. Ricardo Puncernau neuro-psiquiatra de Barcelona: “Se han registrado fenómenos de clarividencia, precognición, hierognosis, cardiognosis y telepatía... Si bien aisladamente considerados pueden algunos de ellos obtenerse por vía experimental... el conjunto de los mismos, en las circunstancias en que tuvieron lugar, invalida cualquier explicación que se proponga de acuerdo con las leyes conocidas que rigen la naturaleza”. Tras haber asistido a un gran número de prodigios, la opinión médica de Puncernau es clara: *«el conjunto de los fenómenos invalida cualquier explicación natural»*.

El valor de cada objeto religioso

El fenómeno de la hierognosis en Garabandal no terminó en las pruebas dadas a sacerdotes y seminaristas, tan privilegiados durante todo el tiempo de las apariciones. También impresionaron mucho los casos de objetos religiosos encontrados o destacados por las apariciones:

“El día 15 de agosto [de 1961] -por ejemplo-, una de las niñas rezó el rosario por uno que yo le había dado -refiere Ramón M. Andreu-; al devolvérmelo después, observamos que le faltaba la cruz: se había desprendido y perdido. Era inútil buscarla por aquellas calles, callejas y caminos... Al cabo de veinte días, el 5 de septiembre, se me ocurrió decir a las niñas, que preguntasen a la Virgen por la cruz de mi rosario... Yo mismo pude oír el diálogo en que le preguntaban, y cómo se iba concretando el sitio exacto. Al concluir el trance, fuimos sin ninguna vacilación al sitio indicado, y allí apareció la crucecita, bajo una piedra, entre el barro”.

Otro objeto: la medalla escapulario de una novia en el día de su boda. Su protagonista fue Jacinta Cosío Mazón, que se casaba con José Ramón González. El suceso es rigurosamente histórico aunque no conocemos la fecha exacta en que ocurrió. Corría el año de 1961, muy probablemente hacia el final del verano o ya en otoño. Y es que, “en Garabandal, lo normal era no celebrar las bodas en pleno verano, sino un poco más tarde, cuando ya lo más duro del trabajo del campo estaba hecho, para poder disfrutar con un poco más de paz de las primeras semanas del matrimonio. El verano no era tiempo de descanso en San Sebastián de Garabandal, sino de asegurar el sustento de las familias y de sus animales para los interminables meses de invierno. Y si a alguno se le ocurría casarse en verano, ya sabía la *luna de miel* que le esperaba: levantarse temprano al día siguiente para irse a trabajar a los *praos*”.^[76] Pues bien, después de la ceremonia religiosa, los invitados fueron a comer a la taberna de Ceferino, el padre de Loli. La vivienda de la vidente estaba en el piso superior a la sala donde comían los convidados. De pronto, todos quedaron en silencio y miraron en dirección a la escalera por la que Loli descendía en éxtasis:

“Loli -recuerda una de las personas invitadas, Manuela Mazón- bajaba la escalera, tumbada boca arriba, con la cabeza para abajo y los pies para arriba... Las manos las llevaba juntas sobre el pecho. La faldita, perfectamente colocada... La expresión de su rostro era transfigurada... llena de paz y alegría... cabeza abajo en una escalera, y una escalera de las de Garabandal, de peldaños estrechos y altos...”.^[77]

Loli, que al llegar debajo de la escalera se había incorporado con soltura, aún en éxtasis abandonó rápidamente el comedor. Los convidados, que habían observado en respetuoso silencio el prodigio, no pudieron seguir a la niña por encontrarse en medio de la celebración. Solo los peregrinos que estaban fuera acompañaron a Loli, que marchaba con paso firme y ligero: “Salió de la taberna, con la cabeza tan levantada como de costumbre... Se fue derecha hacia una casa grande y bonita situada por detrás de la suya... la casa de la novia -en aquel tiempo, no se cerraban las puertas de las casas en Garabandal-. Loli, que no conocía aquella casa, se dirigió sin vacilar a la habitación de la novia, abrió un cajón de la cómoda y tomó de él una medalla escapulario de la Virgen del Carmen: “La niña regresó a la taberna, se dirigió a la novia aún sin mirar a nadie, con la mirada [y el rostro] hacia lo alto. Y con un movimiento rápido le puso su medalla al cuello mientras le decía al oído: «*Que dice la Virgen que no te la quites*». “[La novia, termina Manuela,] seguramente nunca más se quitó aquella medalla escapulario”.

Jacinta Cosío Mazón, arreglándose el día de su boda, había sustituido su habitual medalla por un collar. En uno de sus cajones, a la primera y sin detenerse en ningún objeto más, la encontró Loli y se la llevó a su dueña añadiendo ocho palabras: «*Dice la Virgen que no te la quites*». Aquel gesto enardeció la devoción de la novia. Varios interrogantes interpelaron a los testigos del suceso: era inexplicable, en primer lugar, que la vidente, delante de una sala abarrotada, pudiera fingir aquel descenso de la escalera, como en vuelo extático, prácticamente tumbada en el aire. Además, muy difícilmente una niña de once años hubiera sabido formular una frase tan concisa y, a la vez, tan completa. Con delicadeza, en ocho palabras, estaba contenida a un tiempo tanto la misericordia como la típica exigencia evangélica.

Si el comentario resulta difícil atribuirlo a una niña apenas instruida, el engaño resulta aún más inverosímil. El artículo de *Garabandal.it*, que publicó en 2017 este suceso insólito por primera vez, se pregunta: “¿Cuántas personas -incluso de la familia más directa- se habían dado cuenta de que la novia no llevaba su medalla? Seguramente, ni siquiera lo sabían su madre o su abuela. Y si se habían percatado del detalle, ¿cuántas sabían dónde estaba guardada la medalla? Probablemente, nadie. Sin embargo, Loli la tomó con una seguridad asombrosa”. Es difícil aceptar la preparación del suceso por parte de la novia o su familia, que, reprendida por la aparición, quedaba en mal lugar en el día de su boda. En tal caso, si no lo prepararon ellos, ¿quién dispuso la certera actuación de la vidente? El caso, humanamente hablando, fue para todos cosa maravillosa e inexplicable.

En fin, los objetos perdidos entre la multitud, el barro, la lluvia o la noche, eran rescatados por las videntes en éxtasis ante las peticiones de los peregrinos; o, en ocasiones, para dar lecciones como la del escapulario de la novia. En su conjunto, estos sucesos resultan desconcertantes. Las niñas en éxtasis se dirigieron muchas veces de manera absolutamente certera e infalible al punto exacto en que se encontraba cierto objeto religioso perteneciente a una persona concreta: sin titubeos, sin dejar de mirar hacia arriba. Las videntes metían su mano entre el barro, la hierba, un cajón o las piedras del camino y sacaban los objetos cuyos dueños certificaron tantas veces que de ninguna manera podían ellas tener noción -siquiera aproximada-. Mucho sorprendía a los peregrinos los fenómenos de hierognosis. Lo contaban, como anota Andreu en su *Informe*, como preciosas lecciones sobre el valor de lo sagrado.

XI

Objetos besados por la Señora

Llama la atención en Garabandal, desde el 2 de julio, la gran delicadeza maternal que manifestaba la aparición hacia las pequeñas. Esto acompañaba siempre a las apariciones. Así, ante la belleza de la Señora y su porte sobrio, pero de una dignidad señorial, las pequeñas no se detuvieron en la admiración. Por encima de todo, captaron su cercanía maternal; y lo demostraron con efusivos gestos de cariño. Se lanzaron a besar frecuentemente a la Señora; pero es que Ella también muchas veces besó a sus pequeñas interlocutoras:

“Durante las visiones -relata el P. Ramón M. Andreu, S.J.- se ve que las niñas besan... Sus gestos son evidentes, y ellas dicen luego que han besado a la Virgen, al Niño, a San Miguel. También son besadas por Ellos. Los movimientos de besar, ser besadas, recibir al Niño, coger las coronas, resultan perfectamente definidos, y todos los pueden apreciar. [Esto es habitual] en los numerosos trances que he presenciado”.

La relación que se revela aquí es, ante todo, familiar. Esa es la experiencia de las niñas desde los primeros días. Lo consigna Conchita desde las primeras páginas del *Diario*. Así, el 3 de julio de 1961, día de la segunda aparición de la Señora, escribe:

“[La Virgen] trae al Niño en brazos muy chiquitín como un nene recién nacido, una carita redonda, parece el color como el de la Virgen, una boquita pequeña, el pelín un poco largo, rubio, unas manos pequeñas, un vestido como una túnica azul”. “A nosotras, como nos gustaba hacer fiesta al Niño Jesús cogíamos piedras; yo las metía en las trenzas, Loli en las mangas y Jacinta se las daba a Él, pero no las cogía sino que se sonreía mucho”.

Para hacer reír al Niño Jesús, las videntes le ofrecían pequeñas piedras. El Niño Jesús no tomaba las piedras, pero la Madre sí: las besaba y encargaba a las niñas que las dieran a determinadas personas después del éxtasis. El brigada Juan Álvarez afirma haber visto uno de los primeros días de las apariciones, sin lograr precisar la fecha, “cómo María Dolores coge piedras y las da a besar a la Virgen”. Si “al comienzo fueron pequeñas piedrecitas -como anota Andreu-”, muy pronto los espectadores cargaron a las niñas de objetos religiosos con el fin de darlos a besar a la Virgen; cuando son excesivos o las niñas no se encuentran en casa, también los colocan sobre una mesa en los hogares de las niñas. Las videntes presentaban todo al beso de la aparición; nunca se opusieron a este piadoso deseo del público, a pesar de que la gran multitud de objetos agotaba en ocasiones mucho tiempo de la aparición. La Virgen los besaba uno por uno: “La gente y padres que había nos daban objetos para que se los diéramos a besar -escribe Conchita con sencillez- y Ella lo besaba todo”.

Extraordinaria devolución de los objetos

Los objetos besados se contaban muchas veces por decenas y centenares: medallas, rosarios, crucifijos, estampas e incluso algún Misal. No había manera de que las niñas pudieran recordar a quién pertenecía cada artículo. Álvarez insiste en explicar que las niñas no veían a las personas que dejaban en sus casas los objetos a lo largo del día. Y aunque hubiera personas que dejaba varias cosas, durante los éxtasis todos eran devueltos invariablemente a sus propietarios: a cada uno lo suyo.

“Una señora [de Garabandal] que se llama Matilde -y aún vive en el pueblo- fue a comprar pan en el despacho de pan que tenía otra señora que se llamaba Josefa. Llegaron diciendo que las niñas estaban en éxtasis y Matilde dijo que se iba corriendo a ver si conseguía que las niñas dieran a besar a la Virgen su cadena. Josefa le dijo: *«Ay, cuánto siento no poder ir yo, [pero] no puedo cerrar el despacho de pan. Llévate al menos mi cadena y que la bese la Virgen»*. Matilde se fue y consiguió entregar a las niñas las dos cadenas. Las niñas, luego que la Virgen los hubiera besado, comenzaron a repartir los objetos devolviéndolos a sus respectivos dueños. A Matilde le pusieron su cadena al cuello y con la emoción del momento se olvidó de la cadena de Josefa. Cuando se dio cuenta del olvido se fue para el despacho del pan reprochándose el olvido y diciendo: *«Ay qué despiste, mira que soy tonta, perdí la cadena de Josefa. En cuanto vea a las niñas las tengo que decir que pregunten a la Virgen dónde está la cadena. Pero ahora tengo que ir a pedirle disculpas a Josefa por haber perdido su cadena»*. Cuando llegó a la tienda de Josefa se la encontró tan contenta. Al ver llegar a Matilde, Josefa le dijo: *«Ay Matilde, ¿qué pasó con tu cadena?»* Y Matilde dijo: *«Yo tengo la mía, pero se perdió la tuya»*. A lo que Josefa respondió señalando la cadena que llevaba al cuello: *«De eso nada, mira dónde la llevo, me la trajeron las niñas. Pero la que no trajeron fue la tuya y me quedé preocupada»*. Matilde se quedó alucinada: ella llevaba su cadena al cuello también. Ella había entregado las dos medallas a las niñas, pero ellas no sabían de quién eran las medallas” ^[78]

La devolución de los objetos era siempre certera; un momento esperado y emocionante para los presentes. Ramón Pérez describe cómo las videntes, con la cabeza siempre hacia atrás, con los ojos fijos en el cielo, no podían ver siquiera quien tenían delante. En ocasiones hasta se les colocó un obstáculo para impedir cualquier tipo de engaño (un cartón o una tela cubriendo su rostro). Pero ellas siempre acertaban. Aun sin ver, “guiadas solo por su visión, nunca se equivocaban en las miles de veces que devolvieron los otros artículos a sus legítimos dueños” ^[79] Esto impresionaba mucho a los testigos:

“Lo que más me asombró -recuerda María J. Juliani-, es que [a pesar de los muchos objetos] a cada uno nos dieron lo nuestro, no se equivocaron ni una sola vez”.

“He sido testigo muchas veces -escribe Álvarez- de cómo en pleno éxtasis y una vez besados los objetos por la Virgen, los devolvían a sus propietarios sin equivocación alguna”.

Otro ejemplo. Sus protagonistas, todos forasteros, no habían dejado señas ni eran conocidas en el pueblo ni de las videntes. Lo cuenta una vecina:

“[Una mujer de entre el público] le había entregado [a Conchita]... varias medallas con sus cadenas, quitándoselas del cuello para entregárselas. Conchita se las puso todas al cuello, con más medallas que llevaba. Durante el éxtasis se vio que una tras otra las iba levantando, tal cual estaban en su cuello, para darlas a besar a la Virgen.

Sin salir del éxtasis la niña empezó a andar entre la gente que se acumulaba en los *praos*, llegó hasta esta señora... La señora estaba con su esposo, su hijo y su nuera. Conchita tomó sin mirar una medalla de su cuello, se la sacó sin que se enredara con el resto y se la puso a la señora. Con el marido, el hijo y la nuera hizo lo mismo. Cuando la niña se marchó, los cuatro lloraban emocionados y la señora decía:

«¿Cómo lo ha sabido? Yo le entregué las cuatro medallas juntas, ¿cómo ha sabido que no eran todas

mías? ¿cómo ha sabido cuál era la mía, cuál la de mi esposo, la de mi hijo, la de mi nuera? ¿Quién necesita más milagros?»”.

“Realmente, solo localizar a la señora en medio de esa multitud, con la cabeza alzada como siempre, sin mirar [ya hubiera sido difícil]... Pero, además, saber de quién era cada medalla. Tremendo”.

Las niñas, absortas en su visión, sin atender a lo que hacían, sin conocer muchas veces a las personas ni los objetos que les eran dados, no se equivocaban al devolverlos a sus dueños: “Impresionaba verlas con... los brazos llenos de rosarios y medallas para que la Virgen besara, y que nunca se equivocaran al devolverlos... Yo -recuerda un vecino, Manuel Jesús-, ¿qué quiere que le diga? Que o es cosa de la Virgen o del demonio, pero natural no era, más bien sobrenatural”. Pepe Díez añade:

“[La devolución así] es muy difícil porque habría más de cien o incluso más de doscientos [objetos], que no se le abollaba [enredaba] nunca uno a otro, que los tenía todos hechos una bola, o sea, un rebusco, todo mezclado, cadenas con rosarios y anillos, en fin, todo esto, un lío que no podía desliarlo nadie; y ellas cogían y... apartaban [el de] aquel señor o señora... [Y se los ponían todos a sus dueños] con una facilidad enorme sin enredo ninguno, y dar sus cadenas y poner todas... sin mirar cómo hacían ni nada [mirando siempre hacia arriba]... Y era muy corriente eso; era diariamente”.

Nadie era capaz de explicar cómo acertaban las videntes siempre, sin excepción. Y esto se repetía *diariamente*. Por ejemplo, con el primer anillo besado en Garabandal. Lo narró a Ramón Pérez su protagonista, Maximina González, tía de Conchita. Maximina, quizá por lo que se pudiera decir, dejó su alianza matrimonial entre los objetos para besar sin ser vista por nadie y estaba segura de no haber sido vista: “[Jacinta] no sabía que era mío el anillo. Entonces se le dio a besar [a la aparición], y vino donde mí, donde yo estaba, sin verme, me cogió la mano y ella siempre en éxtasis, me pone el anillo”. A todo el público sobrecogía aquel certero reparto que a veces podía alargarse sobremanera por tantos objetos como se daban a besar. Y no quedaba todo en acertar las personas; un mismo objeto tampoco era besado nunca dos veces; y siendo estos tan numerosos, el acierto de las videntes resultaba aún más sorprendente por tanto como se repetía. Un hombre dio una vez un crucifijo a Jacinta para besar, pero al ofrecerlo la niña, la Señora contestó: “«Este crucifijo ya está besado». [Devuelto sin besar, su dueño confesó:] «Es cierto, está besado; hace dos meses se lo di a besar a esta niña». Este señor era de San Vicente”. Lo que se besaba una vez no se besaba dos; pero cómo las niñas lo averiguaban era en ciertas ocasiones desconcertante: “Algunos -anota Álvarez-, después de haber obtenido el beso para sus medallas, se las entregaban a otras personas para que las dieran a las videntes a fin de que la Virgen las besara de nuevo; pero se oía decir que ya estaban besadas y que por eso no las besaba por segunda vez”.

Una vecina de Cosío, Rosario Gutiérrez, *Sarín*, testigo de muchos éxtasis, lo comprobó pidiendo el beso de una misma medalla a dos niñas distintas, Jacinta primero y luego Mari Cruz, varios días después: “Y me dijo: «*Me dijo la Virgen que ya estaba besada*»”. Aquellas experiencias, claro está, fortalecían la fe sencilla de cuantos subían a la aldea; Dios se dejaba sentir cercano y fuerte; y les llamaba a que, al volver a casa, no dejaran de buscarle a través del amor al Rosario, a la medalla milagrosa, a su santo matrimonio, significado en aquellas alianzas besadas por la Virgen.

Alianzas matrimoniales

Merece una mención especial los besos de la Señora a las alianzas matrimoniales que le eran presentadas. Hay muchos testimonios: “Alguien -escribe Álvarez- entregaba anillos-sellos y no eran besados; solo besaba los anillos esponsales, y estos eran entregados muchas veces a los propios dueños entre mucha gente, y sin equivocarse con otros que llevaban en las manos”. Efectivamente, “al lado de los objetos religiosos, quizá los más besados en Garabandal fueron los anillos o alianzas matrimoniales”. Hay sobre ello innumerables testimonios. Avelina González, vecina del pueblo y testigo de muchos sucesos, recuerda:

“Estaba Loli [un día] en éxtasis y llegó el momento, tan conocido ya de muchos y para todos tan emocionante, de repartir a cada uno de los propietarios los múltiples objetos que ya habían sido besados por la Virgen. Como de costumbre, la niña, sin mirar y sin equivocarse, empezó su tarea, tomándolos uno a uno del montón donde estaban revueltos o mezclados...”

Llegó el turno a una alianza matrimonial. La tomó Loli y se la colocó a una señora en el dedo que se acostumbra de la mano derecha. Pero casi inmediatamente, y dando la impresión de que seguía misteriosas instrucciones, sacó el anillo de aquel dedo y se lo colocó en el correspondiente de la mano izquierda: la señora no pudo contener su emoción y rompió a llorar”.^[80]

“Ella -añade Pesquera- era valenciana y había entendido la delicadeza de la Virgen, pues en su tierra, según declaró a los circunstantes, los anillos nupciales no suelen colocarse en la mano y dedo en que lo hacen las otras gentes de España, sino precisamente donde Loli le había puesto el suyo... [Y] no paró aquí la cosa, sino que Loli le dijo también el nombre de su marido, que ella no había comunicado absolutamente a nadie”.

Las niñas siempre devolvían las alianzas a sus propietarios colocándolas en el dedo en que estas las llevaban; fuera cual fuera la costumbre de la persona, esta era siempre respetada.^[81] Casos como este hubo muchos.^[82] María Luisa Salazar, venida de Bilbao con su esposo, encontró ya a la niña en éxtasis cuando llegó. Todos le dijeron que cuando caían en éxtasis, las niñas ya no cogían más objetos. Sin embargo, en atención a su largo viaje, una de las familiares de Conchita, Maximina González -tía de la vidente-, se adelantó entre la multitud y colocó discretamente el anillo del esposo de María Luisa en el bolsillo del abrigo de su sobrina. Maximina lo contó después a Ramón Pérez: “Ella no me había visto meter en el bolsillo, ni nada -recuerda la tía de la vidente-. Entonces yo me quedé detrás de ella y dice ella: «¿Que traigo un anillo en el bolsillo?». Y mete la mano. «¿Quién me lo metió?». ... «¡Ah, bésale!». Y entonces pues se ve que lo besó. Ella dejó la dirección que llevaba en éxtasis, y de espalda vuelve para atrás, para atrás, para atrás... a unos cuantos metros, donde estaba el señor, le coge la mano y le coloca el anillo. Y entonces este señor dice: «Pero Dios mío, ¿qué más necesito yo para creer?»”.

Jorge Loring recogió en la aldea otro caso extraordinario: “Un campesino de Garabandal: Conchita coge el anillo y va en su busca -porque él estaba detrás- y va

detrás, le pone el anillo. Y le dice él: «Niña, te equivocaste, que yo nunca lo llevo puesto». Y salta la mujer: «Cógelo, cógelo que lo puse yo en la bandeja»^[83]. Los casos son interminables. Pero coinciden siempre en un mismo contenido: los besos de las alianzas apuntan al valor esencial del matrimonio y la familia. De hecho, hubo veces en que alguna alianza dada a las videntes por parejas desconocidas, eran devueltas sin ser besadas por la aparición. Y se les daba razón: por no estar casados sus dueños. Y a pesar de ser forasteros, y de ser muy infrecuente en aquel entonces la irregularidad matrimonial en España, tampoco en esto se equivocaron nunca las videntes. Aquellas parejas quedaban admiradas e inclinadas a pensar que, efectivamente, la Virgen en Garabandal les llamaba a ordenar sus vidas. Y es que, entre los numerosísimos objetos que recibían las videntes, “quizá los más besados en Garabandal fueron los anillos o alianzas de matrimonio”. El jesuita Jorge Loring, después de investigar personalmente los sucesos e interrogar a las videntes, señala esto como un signo de sobrenaturalidad: cada día, la vidente “tenía en la bandeja veinte o treinta... anillos y le pone el suyo [a cada uno]”. Apartar una alianza entre tantas, señala el jesuita, era algo extraordinario que asombraba a todos y hacía crecer de día en día el número de peregrinos.

El caso de la polvera

Entre los numerosos objetos traídos para besar, un día, en la cocina de casa de Conchita se encontró una polvera. Las mismas niñas se extrañaron al ver este objeto profano. Señoras mayores les solían decir que pintarse estaba mal. Conchita confió a M. Nieves el tenor de estos frecuentes comentarios: “Una señora me dijo que pintárselos [los ojos] por abajo era de personas malas”. Así, las pequeñas se resistieron a presentar aquella polvera al beso de la Virgen. Sin embargo, al llegar la Señora, lo primero que pidió para besar fue precisamente aquella polvera. La sospecha surgió instantáneamente; a más de uno le parecía claro que la aparición jamás habría besado un objeto de vanidad:

“Tan pronto como el éxtasis terminó -escribe Pesquera-, se pidieron explicaciones a Conchita. La niña declaró que al llegar la Virgen le había pedido inmediatamente la polvera, para besarla, diciendo que «era algo de su Hijo»”.

Conchita no sabía más y a la gente aquello no le convencía. Entonces, la mujer que había traído la polvera, desveló su secreto: Durante la Guerra Civil Española (1936-39), en su región, los sacerdotes que no lograron escapar habían sido exterminados. Conchita anota en su *Diario* cómo, en los días más duros de aquella masacre, la polvera había servido para introducir ocultamente la Eucaristía en la prisión. La fe heroica de los fieles había querido fortalecer con el viático a quienes esperaban la ejecución por causa de su fe. El suceso es rigurosamente histórico, mas no hemos podido precisar la fecha. La polvera fue llevada a casa de Conchita por Asunción Pifarré Segarra, quien había llegado desde Sans (Barcelona) acompañada solo de su padre, un farmacéutico ya viudo, Ramón Pifarré.

Muchos vecinos de la aldea recuerdan este hecho con emoción pues, para las niñas - como hemos visto-, a partir de la educación lugareña, lo normal hubiera sido rechazar absolutamente aquel objeto. De hecho, fue la aparición quien les animó a presentarla ante el escándalo inicial de los presentes. Y fue lo primero que pidió besar. Al conocer la historia, los presentes quedaron sobrecogidos por el gesto de la Señora, que reconocía así la valentía de la mujer o mujeres que habían puesto en peligro sus vidas al entrar con la Eucaristía donde los sacerdotes esperaban la muerte por su fe. La aparición les enseñaba también el poder de la Eucaristía que, para el entendimiento de aquellas gentes sencillas, había poco menos que consagrado aquella polvera. El beso de la Virgen así lo reconocía.

La Señora explica el valor de los objetos

La misma Virgen fue quien explicó a las pequeñas por qué besaba tantos objetos como le eran presentados. Así, quería revelar el valor de la vida interior representada en ellos. Por eso hizo una promesa que las niñas transmitieron al público: quienes usasen con devoción aquellos objetos recibirían gracias especiales. Conchita lo anota en su *Diario*:

“La Virgen [nos dijo] que Jesús hará prodigios mediante los objetos besados por Ella... y las personas que usen con fe tales objetos, pasarán en esta vida el purgatorio”.

Estos besos de la Señora expresaban para el pueblo sencillo su cercanía maternal; no ya hacia las videntes, sino hacia cuantos se acercaban a la aldea o veneraban con fe aquellos objetos aun sin subir allí. Las apariciones presentaban así, desde su inicio y hasta en los detalles más pequeños, que el mensaje de Garabandal estaba llamado a superar los confines de la aldea. Desde los primeros días de apariciones, la proveniencia de los peregrinos dio prueba de ello. A estos desplazamientos animaba la Señora con sus besos y promesas sobre aquellos objetos. El P. Andreu, conocedor destacado de las videntes, pondera el valor de estos objetos en una carta dirigida al Dr. Ortiz: “Tendrán valor los objetos besados para... [aliviar] el dolor del corazón”. “Si le dijera una cosa [sobre cierto sacerdote, José R. García de la Riva, Ud.] entendería por qué... [muchos] se arrepentirían de no haber dado más objetos a besar”.

Los peregrinos que usaban aquellos objetos, recibían tales gracias que consideraban poco cuanto se hacía por obtenerlos: aunque los objetos dados a besar se contaban diariamente por centenares; aunque la aparición los besaba uno por uno y uno por uno eran devueltos por las videntes en éxtasis a sus propietarios; a pesar de que el tiempo empleado en ello ocupaba muchos días gran parte de la aparición, todavía sabía a poco. Para muchos la magnitud de las gracias recibidas era incalculable. Ciertamente no fueron pequeñas las gracias atribuidas a los objetos besados por la Señora. Más adelante nos detendremos en algunas de ellas.

Reacciones entre los peregrinos

En agosto de 1961 se hizo común que, durante los éxtasis, las videntes dieran a besar los crucifijos que llevaban siempre con ellas: primero, “se lo daban a besar a la Virgen; luego, a veces, lo besaban ellas y finalmente se lo daban a besar a las personas que las rodeaban, aunque no siempre a todas, y también signaban o santiguaban con él a algunas”. Era un momento especialmente esperado por los peregrinos. Las pequeñas extendían el brazo presentando su crucifijo al beso de quien la Virgen les iba indicando. Esto dio ocasión a grandes conversiones.

Pesquera nos informa de un ejemplo con detalles absolutamente desconcertantes: la noche del 17 al 18 de septiembre de 1961 Conchita tuvo un éxtasis en la pequeña cocina de su casa. La niña fue dando a besar a los presentes su crucifijo. Siempre sumida en trance, con la cabeza hacia atrás y la mirada clavada en lo alto. Después de besarlo los presentes en la cocina, la niña pasó limpiamente su mano por entre los barrotes de la ventana, aun sin mirar, para que las personas de fuera lo besasen también. Cuando terminaron de pasar todos, la niña no se retiró como de costumbre. Mantuvo su brazo hacia el exterior, como si esperase a alguien más. Pasaron algunos minutos y no se movía. Esto extrañó mucho a todos, pues las niñas solían moverse con ligereza y precisión en los éxtasis.

A pesar del gentío dentro y fuera de la cocina, aquella espera produjo un silencio tenso: ¿qué podía significar aquello? ¿se habría equivocado la niña o... sería falsa su visión? Entonces los de dentro la oyeron decir: «¡Ah! *¿Que no quieren besarle? ¿Por qué?...*». Salió un hombre de la cocina y descubrió una pareja refugiada en la oscuridad, un tanto retirada de la única luz que llegaba desde la ventana. Les animó a acercarse, pero ellos le confesaron que se veían indignos. Aquel hombre les mostró que, por muy pecadores que se sintieran, Dios les esperaba. Y era evidente, pues allí estaba la niña, absorta de todo, con su brazo tendido hacia la oscuridad, ofreciendo el crucifijo. “¡Ellos eran los únicos que faltaban! Con esto cedió su resistencia. Y después de aquellos dos últimos besos, la niña retiró su brazo de la ventana”.

La abundancia de testimonios escritos, gráficos y audiovisuales deja fuera de duda la historicidad de estos fenómenos. El público quedaba invariablemente asombrado ante estos acontecimientos tantas veces ocurridos.

XII

Reacciones ante los sucesos

Primera Nota Oficial: 26 de agosto de 1961

Durante todo el mes de agosto se venían sucediendo los éxtasis en la aldea: en grupo y, desde este mes, también individuales, de todas las videntes.^[84] Uno de estos ocurrió el 22 de agosto en presencia del sacerdote asturiano José Ramón García de la Riva, de otros cinco sacerdotes, del arcipreste de Llanes y de un canónigo de la Catedral de Oviedo. De la Riva asistió en los meses y años posteriores a muchos otros éxtasis y hubo una conexión permanente con las niñas, tanto oral como epistolar. El mismo 22 de agosto de 1961, fue importante también por motivos opuestos:

“Al atardecer llegan cuatro miembros de la Comisión de Investigación diocesana. Eran D. Francisco Odriozola y don Juan Antonio del Val, sacerdotes, el médico Dr. Piñal y un fotógrafo aficionado. En una de

las veces que las niñas volvieron a la Iglesia se oyó decir al Dr. Piñal: «¿Qué? ¿Todavía continúa esta farsa?». Otro médico presente, el Dr. Ortiz, le reconvino por su ligereza al hablar de este modo. De los sacerdotes, uno dijo en voz alta: «Yo, en esto no creo... pase lo que pase». El fotógrafo, que no era profesional, hizo unas fotos, escasas y poco significativas”.

Y aquella noche, la Comisión no hizo nada más. El P. José Ramón García de la Riva lo cuenta en un libro que escribió después, *Memorias de mis subidas a Garabandal*, texto publicado en español, alemán y francés. En todo caso, a los miembros de la Comisión les pareció zanjado el asunto, como un fenómeno de histeria o algo semejante. Por ello, subraya Félix Ochayta, se les oyó decir:

“Vamos a cerrar la iglesia al culto. Enviaremos a don Valentín con un mes de vacaciones: lo admitirá fácilmente, pues parece que está nervioso... Al padre jesuita [Ramón Andreu] le haremos marchar. Impediremos subir aquí a los sacerdotes, y... si esto es de Dios, ya se abrirá paso.

En esta actuación se fundó en gran parte la decisión del Administrador Apostólico y otras posteriores”.

Cuatro días después, el 26 de agosto de 1961, aparecía la primera Nota Episcopal sobre los sucesos. La Nota llevaba la firma del Administrador apostólico, Mons. Fernández, Obispo auxiliar de Santander que, tras la reciente muerte del Obispo titular, Mons. Eguino y Trecu, regía momentáneamente la Diócesis. Sin pronunciarse todavía sobre los sucesos, la Nota, efectivamente, desaconsejaba totalmente las peregrinaciones a la aldea:

“Ante las constantes preguntas que se nos hacen acerca de la naturaleza de los sucesos que vienen ocurriendo en la aldea de San Sebastián de Garabandal, y con el deseo de orientar a los fieles en la recta interpretación de los mismos, nos hemos creído obligados a estudiarlos detenidamente, a fin de cumplir con nuestro deber pastoral. Con este fin nombramos una comisión de personas de reconocida prudencia y doctrina para que nos informasen, con toda garantía de objetividad y competencia, acerca de dichos acontecimientos.

En vista del informe que nos ha sido presentado, creemos prematuro cualquier juicio definitivo que quiera pronunciarse acerca de la naturaleza de los fenómenos en cuestión. Nada, hasta el presente, nos obliga a afirmar la sobrenaturalidad de los hechos allí ocurridos. A la vista de todo esto, y condicionando el juicio definitivo a los hechos que se produzcan en el futuro, manifestamos:

1. Es nuestro deseo que los sacerdotes, tanto diocesanos como extradiocesanos, y los religiosos de ambos sexos, aun los exentos, se abstengan por ahora de acudir a San Sebastián de Garabandal.
2. Aconsejamos al pueblo cristiano que hasta que la autoridad eclesiástica no dé su dictamen definitivo sobre el caso, procuren no concurrir al mencionado lugar.

Con estas medidas provisionales no estorbamos ciertamente la acción divina sobre las almas, antes al contrario, quitando el carácter espectacular de los hechos, se facilita grandemente la luz de la verdad.

+Doroteo, A. A. De Santander. Santander, 26 de agosto de 1961”.^[85]

La Nota, comenta Félix Ochayta, es “impecable en la forma y en el fondo, prudente y abierta”. Los acontecimientos siguieron su curso. En la aldea se cumplió todo lo mandado por el Obispo: la iglesia se cerraba durante los sucesos y a los sacerdotes no se les permitía celebrar la Misa en ella sin un permiso especial.

Como fundamento de sus disposiciones, la nota señala única y explícitamente “el informe que nos ha sido presentado”. Este había sido realizado por la comisión instituida por el mismo Obispo, Mons. Fernández. El prelado reconoce y señala en la nota que recibe ese informe como “garantía de objetividad y competencia, acerca de dichos acontecimientos”. Aunque las normas de la Iglesia lo desaconsejan, este informe es secreto hasta hoy. Con todo, numerosos testimonios confirman la actividad y modo en que fue realizado aquel trabajo. Algunos de esos testimonios poseen además una autoridad incuestionable. Asimismo, al acumularse los datos, juntos adquieren una solidez difícil de rebatir. Así, por ejemplo, el Brigada Juan Álvarez, “testigo de primera fila de muchos acontecimientos”,^[86] tan puntual en sus notas sobre los sucesos, al tratar sobre los estudios de la Comisión, afirma con rigor:

“Hago constar que durante el año de 1961, a los médicos de la Comisión sólo los he visto por Garabandal tres días.

-Uno, cuando me dijo el señor Rocha, de Saltos del Nansa, que ese día [2 de julio] no llegarían las videntes al «cuadro», porque el Doctor Morales [miembro de la Comisión] las pararía e hipnotizaría en la Calleja, con el resultado que ya se sabe...» [ante la tentativa de dicho Doctor, las niñas pasaron de largo y tuvieron la primera visión de la Virgen].^[87]

-Otro, el 18 de octubre, cuando el primer mensaje; entonces iban custodiados [los comisionados] por la fuerza para que no se les molestara, pues en el pueblo estaban indignados a causa de su actuación”.^[88]

-[El tercer día en que subieron fue] “la noche que estuvieron en Garabandal, cuando todo el vecindario dormía, por ver si podían llevarse clandestinamente a las videntes para Santander”.^[89]

Efectivamente, el 27 de julio de 1961 -como mes después del comienzo de los fenómenos-, la Comisión diocesana intervino en Garabandal sacando a Conchita de la aldea. “Decían -escribe Conchita- que yo era la que obsesionaba a las otras y entonces me llevaron para hacer pruebas y el primer día tuve aparición junto a una Iglesia, la de Consolación [de Santander, cerca del muelle]”. La niña relata el tenor de los interrogatorios de ese día: “me decían: «Ponte tiesa, mírame a la nariz..., que te voy a

hipnotizar». Y cuando me dijo: «Mírame a la nariz», yo me reía... Y él me decía: «No te rías, que no es cosa de risa»». ^[90] En Santander, Conchita fue llevada por las sobrinas de uno de los miembros de la Comisión -el P. Odriozola- a la playa, tiendas y ferias, incluso hasta una caseta de nigromancia. El autor de *El Portento de Garabandal* comenta indignado estos sucesos: “Conchita fue sometida a una, al parecer, eficacísima terapéutica de playa y ferias para que se *distrajera*”. ^[91] Rocío Galmés señala que la distante actitud de la Comisión no se redujo al primer año de apariciones: “Según referencias de testigos fidedignos, el [comisionado] que más estuvo presente [el P. Odriozola], apenas llegó a seis veces [en cuatro años de fenómenos] mostrando siempre, bien a las claras, una actitud contraria preconcebida. Constan numeras frases e incidentes de miembros de la Comisión que demuestran esta posición preconcebida”. ^[92] El Dr. Morales, médico principal de la Comisión, nos asombra aún más, al reconocer en 1983 que subió a la aldea tan solo en una ocasión. ^[93] A pesar de lo cual, el peso de su Informe errado -como señala él mismo en esa conferencia- fue “el origen de la desconfianza de la jerarquía en el milagro [autenticidad] de las apariciones”. ^[94]

Esta inactividad de la Comisión fue manifiesta para los vecinos y forasteros que visitaron la aldea en tiempos de las apariciones. Así, por ejemplo el P. Ángel María Rojas, S.J., tras años de estudios sobre los fenómenos, concluye que “más que investigación o estudio, [los comisionados] se portaron muy mal con esas niñas, que entonces eran realmente pequeñas, amenazándolas y actuando contra ellas de tal forma que, tanto los vecinos que estaban a favor de la realidad sobrenatural de los hechos, como los que estaban en contra, se pusieron en contra de la Comisión... [De hecho,] se avisó al Obispo previamente que iba a haber un milagro [el de la Comunión visible: 18.VI.1962], para que pudieran estudiarlo los de la Comisión, pero no subió ninguno”. ^[95] Ante un episodio tan anunciado y relevante no se envió más que un delegado, por ende no acreditado en la materia: Regino Mateo, abogado de la Diputación de Santander, quien, además, no vio nada, pues la situación indignó tanto a la concurrencia que no se le concedió al abogado ninguna preferencia entre el público. ^[96]

Este fue el clima en que tuvo lugar la investigación. Evidentemente Mons. Fernández desconocía todas estas irregularidades. Por ello sus disposiciones se fundan llanamente “*en vista del informe*” de esta Comisión, que -sigue diciendo- goza de “*toda garantía de objetividad y competencia, acerca de dichos acontecimientos*”. Sin embargo, como hemos visto, los investigadores apenas conocían los sucesos; habían visitado la aldea tan solo tres veces en todo un año y, alguno de ellos -como reconoce el Dr. Morales- tan solo una vez. Mons. Fernández, a partir de aquel Informe, no pudo valorar convenientemente los hechos; sus disposiciones de ahora pesarían sobre el discernimiento futuro de Garabandal. Mucho tiempo haría falta para poner en perspectiva la irregularidad de este incompleto Informe interdisciplinar, aparentemente completo desde el punto de vista canónico, teológico y médico; en realidad, tremendamente incompleto. Entre tanto, las restricciones impuestas por esta Nota de agosto de 1962 serían repetidas por sucesivos comunicados episcopales.

En estas circunstancias, la reapertura del estudio eclesiástico de Garabandal hubiera sido absolutamente impensable de no ser por un hecho en principio fortuito, pero providencial para Garabandal: uno de los miembros de esta Comisión de 1961/62, don Juan Antonio del Val Gallo, fue elegido Obispo de Santander diez años después. Para entonces, el proceso de las apariciones estaba completamente cerrado, en primer lugar bajo el peso del informe de esta comisión. Pues bien, si Mons. Fernández desconoció - como hemos visto- las deficiencias de este Informe, Del Val, miembro de aquel equipo, las conocía muy bien. Solo así se entiende que, como obispo, promoviera un nuevo estudio y nombrara una nueva comisión cuando el proceso canónico y aun las mismas apariciones ya habían concluido ya hacía mucho tiempo. La oposición a Garabandal retrasaría esta reapertura aún más de 10 años. De hecho, es un acto muy significativo del Prelado, que prueba una vez más que los trabajos de la primera Comisión eran insuficientes. ¿Qué otra explicación tenía si no esta reapertura?

En Garabandal, los *Informes* de la comisión nunca se han hecho públicos. Sin embargo, las circunstancias de aquellos trabajos son bien conocidas. Numerosos testimonios, a veces de singular autoridad eclesiástica y civil, nos permiten hoy conocer las carencias del estudio de la Comisión que no conoció Mons. Fernández al preparar su Nota de 1962.

Un mensaje de la Virgen: 18 de octubre de 1961

Ya antes de la primera aparición de la Virgen (2.VII.1961), el 24 de junio de 1961 San Miguel se presentó a las niñas con unas letras. Ese día, el misterioso personaje todavía no habló, pero el letrero a sus pies hacía intuir que pronto hablaría. Aquellas letras, sin embargo, resultaron incomprensibles en un primer momento:

“HAY QUE... XVIII... MCMLXI”.

Era pronto para saber que en aquel letrero estaban escritas las primeras palabras del mensaje y parte de la fecha en que este se iba a hacer público: el 18 de octubre de 1961. El 24 de junio el texto se mostró incompleto y las niñas no comprendieron nada. No supieron interpretar ni siquiera “aquella serie de letras mayúsculas”. Preguntaron al ángel por el significado de aquel letrero: y “él se sonreía -escribe Conchita- pero no nos dijo nada”. “Fue la Virgen -comenta Jacinta- quien nos lo explicó después”. Conchita también lo refleja en el Diario:

“La Virgen, siempre sonriendo, lo primero que nos dijo fue: «¿Sabéis lo que quería decir el letrero que traía el Ángel debajo?» Nosotras exclamamos a la vez: «No, no lo sabemos». «Pues quería decir un Mensaje. Yo os lo voy a decir ya, para que vosotras el 18 de octubre se lo digáis al público». Y nos lo dijo:

«Hay que hacer muchos sacrificios, mucha penitencia, visitar al Santísimo; pero antes, tenemos que ser muy buenos. Y si no lo hacemos, nos vendrá un castigo. Ya se está llenando la copa, y si no cambiamos, nos vendrá un castigo muy grande»”.

Eran 42 palabras de un contenido sencillo y sin novedades respecto a la doctrina tradicional de la Iglesia. Con todo, la aparición prohibió a las niñas divulgarlo antes del 18 de octubre. Ese día debería ser publicado solemnemente. La aparición les prohibía

divulgarlo enseguida porque ellas debían vivirlo primero “para luego hacérselo saber y vivir a otros muchos”. Al principio, para las niñas, resultaba sencillamente incomprensible. Conchita confiesa su primera impresión, el mismo 2 de julio, día de la primera aparición: “[El mensaje, la Virgen] nos lo dijo ya el primer día; pero yo no entendí nada”. Las otras, más pequeñas que ella, no entendieron más que ella. Aquellas aldeanucas iban a necesitar muchas explicaciones para comprender términos que serían normales en una cultura media:

“[Ellas] no sabían qué era eso de «sacrificios», de «hacer sacrificios», que tanto se repetía en las comunicaciones de la Virgen. La maravillosa Maestra salía con cosas serias, después de tanto sonreír y condescender; pero ¡ponía tal gracia en sus palabras! ¡Y cómo se acomodaba a las pequeñas discípulas! Con un amor y un saber esperar sin límites las iba adoctrinando”.

Jacinta recordaba años después que, al principio, era la Virgen quien las escuchaba a ellas: “con una atención, una paciencia y una bondad, que solo ahora puedo entender”. Y de lo que escuchaba a las niñas, sacaba nuevas enseñanzas. Y poco a poco, la Señora fue elevando la conversación, hasta llegar a explicarles con sencillez el mensaje completo; para ello, iría tomando pequeños ejemplos a partir de la vida de las pequeñas. Conocemos con certeza dos de los días en que la aparición se dedicó a explicar el contenido del mensaje: el 28 y 29 de julio de 1961. El 28 estaba presente Álvarez, el brigada de la Guardia Civil, que anota:

“Las videntes estaban en éxtasis en el Cuadro, muy serias, y totalmente pendientes de lo que la Virgen debía de estar enseñándoles o recomendándoles... A algunas se les caían lágrimas muy grandes, también a muchos de los presentes nos dominaba la emoción. Cuando terminó el éxtasis, las niñas hablaron un poco con don Valentín, y este dijo luego en medio del mayor silencio de todos los que estábamos allí: «*La Virgen está dando a las niñas un mensaje que ellas no pueden decir por ahora, ni al señor cura, ni a sus padres, ni al señor Obispo*»”.

Aquel anuncio provocó un gran impacto en el público. Aunque el «*por ahora*» de don Valentín suscitaba la esperanza de conocer aquel mensaje que hacía llorar a las niñas. De hecho, muy pronto dio la Virgen la fecha en que se haría público el mensaje: “[El día 29 de julio, sigue Álvarez] les completó el mensaje que habían de hacer público la noche del 18 de octubre”. Por aquel éxtasis, “al llorar mucho las videntes”, los presentes “comprendieron... que la Virgen explicaba o mostraba ciertas cosas muy serias”. Así, la expectación ante aquel secreto se convirtió en el tema más discutido de todos, vecinos y peregrinos; la solución tardaría aún casi tres meses en llegar.

El esperado 18 de octubre de 1961 fue un día duro en la aldea de las apariciones. La lluvia, constante y fuerte no cesó en todo el día sino para convertirse en agua-nieve y por la tarde llegó a granizar. Los siete kilómetros de camino, que separan Cosío y Garabandal, se convirtieron en un lodazal resbaladizo que pocos coches pudieron franquear aquel día. Los que subieron, tuvieron que hacerlo mayormente a pie. Y hacían falta tres horas de marcha para subir caminando. Nada pudo detener a los peregrinos: “la multitud -anota Andreu- alcanzó la cifra de los 5.000, cifra verdaderamente considerable, si se tiene en cuenta el aislamiento de este pueblo y la gran dificultad de acceso”. Álvarez, más preocupado de la multitud y con autoridad en la cuestión, da una cifra mayor que el jesuita: “Subí [ya el día 17,] con catorce parejas a mis órdenes -escribe el

brigada-, para mantener el orden... Extasiada Conchita se acercó a mí, y a mí solo me dio a besar la Cruz, lo que para mí significaba una esperanza de que todo saldría bien. A pesar de la enorme cantidad de personal que subió al pueblo y a pesar de la lluvia torrencial que se sucedió durante todo el día, no pasó la menor desgracia. Calculé en Garabandal de unos doce mil a quince mil personas; y de ochocientos a mil automóviles y sin accidente alguno, lo que fue para mí una gran sorpresa”. Aquel insólito anuncio justificaba para todos el esfuerzo. El Dr. Celestino Ortiz, presente aquel día, atendió al estado de ánimo de aquella inmensa multitud, preocupado ante el peligro de sugestión colectiva. Santiago Lanús transcribe la impresión del médico:

“A pesar del ambiente que había tan propicio para la sugestión -escribe Ortiz-, pues la mayoría de la gente, ilusionada, estaba esperando un gran milagro, yo no pude descubrir ni un solo caso de tal sugestión... ¡Hecho muy importante!, si se tiene en cuenta que algunos de mis colegas [los Dres. Morales y Piñal]... vienen sosteniendo que se trata de fenómenos de sugestión colectiva”.

Sin embargo, don Valentín Marichalar -el párroco-, única persona que conocía el mensaje además de las videntes, estaba visiblemente preocupado. Las niñas, el día anterior, le habían presentado el texto. Ahora, ante el tremendo gentío que inundaba el pueblo, el sacerdote iba diciendo abiertamente: “¡Dios mío! No sé lo que va a pasar aquí... Estoy verdaderamente asustado de toda esta multitud. ¡Y que no les va a gustar el mensaje!” Don Valentín estaba aterrado y había perdido totalmente el control de la situación. El sacerdote estaba preocupado y muy nervioso. La Virgen había dado instrucciones a las pequeñas sobre el modo de hacer público el mensaje y esto le incluía a él:

“Nos indicó -escribe Conchita- que lo teníamos que decir nosotras en el portal de la Iglesia y que el 18 de octubre se lo comunicáramos a don Valentín, para que lo dijera él, en los Pinos, a las diez y media de la noche”.

Don Valentín no aceptó aquella propuesta que hubiera supuesto una pequeña procesión de la Parroquia a los Pinos con una doble lectura del mensaje que le involucraba personalmente. Rechazó el proyecto y no aguantó la espera. Y ante el temporal desatado sobre los peregrinos, al fin intervino para acelerar y diluir las cosas. Adelantó la hora de la lectura, deshizo la procesión reduciendo a una las lecturas del mensaje y rechazó que se hiciera ante la Iglesia: el mensaje se leería solo en los Pinos, no ante la Parroquia. Por supuesto, rehusaba leerlo él como pedía la aparición. Su gesto de desconfianza no podía ser más claro. Sin embargo, parece que su actuación no partía de una iniciativa propia. Algunos miembros de la Comisión Episcopal estaban en la aldea y parece que le instaron a obrar en este sentido: “A eso de las ocho, don Valentín ya no fue capaz de resistir más a las presiones de los comisionados, y fue en busca de las niñas, para hacer las cosas, no según las instrucciones que «ellas» habían recibido, sino a tenor de lo que «ellos» acababan de acordar. Se suprimiría lo del portal de la iglesia (tal vez para subrayar más que el elemento oficial eclesiástico nada tenía que ver con aquello) y todo se haría rápidamente en los Pinos.

La voz corrió en seguida por todos los grupos: «¡A los Pinos! ¡A los Pinos!», y hacia allá empezó a moverse la masa [pues no se supo el lugar hasta entonces]. Bastantes estaban

ya allí, bajo el terrible aguacero.

«Marchábamos –recuerda María Herrero– a trompicones en la oscuridad, chapoteando en una especie de riada de lodo, piedras y palos que bajaba de la vertiente de los Pinos; nos caíamos, rodábamos a veces, gateábamos echando mano a las piedras grandes del suelo o a las zarzas de las orillas (había gente mayor que estaba a punto de abandonar)... Y a pesar de tantas caídas y trompicones, no supe de nadie que se rompiera un hueso o se lastimara en lo más mínimo. ¿No le parece asombroso?».

Mientras tanto, don Valentín reunió a las niñas. Conchita intentó ablandarle una vez más; pero él las obligó a salir de casa en dirección a los Pinos.

“Debo confesar -sigue diciendo María Herrero en su testimonio- que yo acabé la subida de bastante mal humor: entre el miedo que me causaba la multitud desordenada, la lata que me dieron a lo largo del trayecto, preguntando y preguntando sin cesar, y la contrariedad de no encontrar allí un puesto a gusto, me fui enervando notablemente. Por fin, me situé arriba de los Pinos, como a unos setenta metros de ellos, en la pendiente de la derecha; la multitud me impedía acercarme más. No se veía del todo mal, porque había muchas linternas encendidas.

Al cabo de un rato, de improviso, entre una multitud que las envolvía, y protegidas por varias parejas de guardias a caballo, aparecieron a cierta distancia las cuatro frágiles siluetas de las niñas... Cuando ya estuvieron arriba, el agua-nieve que nos calaba y casi cegaba, dejó de caer; las nubes negras y bajísimas empezaron a ser barridas por un vendaval, y apareció la luna. Una luz pálida iluminó entonces los Pinos y al grupo de guardias, niñas, sacerdotes, etc., que estaban bajo mi punto de observación. Confieso que aquello me resultó de pronto verdaderamente impresionante”.

Muchos, que esperaban un milagro, pensaron que había llegado el momento. Pero no pasó nada. Ocurrió solo, y muy apagadamente, lo previsto. Don Valentín había acompañado a las niñas, y debían ser cerca de las ocho y media de la tarde cuando, en los Pinos, se leyó el mensaje. Las niñas dieron al sacerdote el pobre papel del mensaje. Según había dicho la Virgen, él debía leerlo allí. Pero don Valentín, escribe Conchita, lo “leyó para él solu [sic], y después que lo leyó, nos le dio a nosotras, para leerle; y le leímos las cuatro juntas. Pero como a nosotras no nos oían bien, lo leyó un señor”.

La publicación del mensaje se hizo puntualmente según las indicaciones de don Valentín. Las niñas, resignadas ante aquel duro gesto de su párroco, hicieron todo como él dispuso. Todos vieron que las niñas reaccionaron con docilidad; pero aquel brusco cambio de planes transmitió la desconfianza a la multitud. La voz de las pequeñas, sin fuerza y bajo aquel temporal, apenas fue oída por unos pocos entre aquellos miles de personas; además, el tonillo de escuela con que leyeron, propio de su recitación de niñas, desdecía igualmente ante una desconfianza que era ya notoria. Es cierto que no se había anunciado nada extraordinario. Sin embargo, todos esperaban algún milagro aquel día. El texto, además, era ciertamente breve y hasta infantil en su forma. La reacción de muchos en la noche de Garabandal fue de escándalo y decepción. Álvarez lo apunta en su memoria: “Todos los que ese día subieron al pueblo, esperaban ver el sol en plena noche como en Fátima”.

Muchos quedaron descontentos: “¡Tantas penalidades, tantas horas de espera!... ¿solo para escuchar aquello?” Así las cosas, la multitud bajó del pueblo perpleja y malhumorada. Perpleja porque el marco de este «*ridículo mensaje*» eran unos sucesos absolutamente extraordinarios; malhumorada, porque se esperaba más: un milagro, un

anuncio profético. No hubo nada de eso. No era fácil valorar en aquel momento el contenido del mensaje. Y en la revuelta noche de Garabandal no convenció a nadie o a casi nadie. No cumplía las expectativas: infantil, pueril, ordinario... A todos, o a casi todos, decepcionó. Sarín de Cosío comenta el ambiente del descenso en aquella hora:

“[Las niñas] dieron el mensaje y nada más... [Todos esperábamos que] se extasiarían y eso, pero no. Nada más. Y después bajamos para abajo; truenos, relámpagos... [y desánimo] porque íbamos como en busca de algún milagro. Pero bueno, leyeron el mensaje. ¡Y [a pesar del temporal] no le pasó nada a nadie! Por un camino que había que subir andando, que son 5 Km. y... muy de noche. Ya era a deshora. Alguna linterna y nada más. Y no nos pasó nada a nadie. Ese dijeron que había sido el mayor milagro, que no nos había pasado nada”.

La ortodoxia del sencillo texto del mensaje estaba fuera de toda duda. Sin embargo, gran parte del público no esperaba una llamada a la conversión, la santidad; muchos esperaban un milagro, una profecía, algo insólito. Sin embargo, en contra de cuanto cabía esperar tras los sucesos de los últimos meses, aquel día no sucedió nada extraordinario; solo se pidió a los presentes *hacer sacrificios, visitar el sagrario, ser buenos*. Aquello no sació a una multitud que esperaba cosas, al parecer, *más importantes*. Por eso, tras la publicación del 18 de octubre de 1961 en Garabandal, como constata Lanús, “*muchos bajaron totalmente defraudados*”.

Mons. Fernández se distancia de los sucesos

Diversos autores se refieren al día de la publicación del primer mensaje (18.X.1961) como el día de *la muerte* de Garabandal. Aquel desengaño generalizado impactó mucho a todos, incluso a las videntes. Jacinta, dos días después de la publicación, el 20 de octubre, dijo en éxtasis unas significativas palabras que fueron escuchadas por los presentes: “Ya no nos cree nadie, ¿sabes? Así que ya puedes hacer un milagro muy grandísimo [sic] para que vuelvan muchos a creer...” Al terminar el éxtasis el público preguntó a la niña cuál había sido la respuesta de la Señora. Jacinta contestó que su visión se limitó a sonreír al decirle: “Ya creerán”. En este clima, Mons. Fernández firmó el día 27 de octubre -9 días después de la lectura del mensaje- la segunda Nota Oficial sobre los sucesos. El texto, prudente sin ser definitivo, suponía un nuevo gesto de distanciamiento. Si en su primera nota el Prelado había escrito que “nada nos obliga a afirmar la sobrenaturalidad de los hechos”; el 27 de octubre pasa a decir:

“1. No consta que las mencionadas apariciones, visiones, locuciones o revelaciones puedan hasta ahora presentarse ni ser tenidas con fundamento serio por verdaderas y auténticas

2. Deben los sacerdotes abstenerse en absoluto de... la organización de visitas y peregrinaciones...

3. En cuanto a vosotros, amados fieles, no os dejéis seducir... ante la proximidad de las fechas recientemente pasadas”.^[97]

A don Valentín se le envió de vacaciones fuera del pueblo por un periodo de dos meses. En su ausencia se probaría si él tenía algo que ver con los hechos, como muchos conjeturaban. Hay que decir que durante la ausencia del párroco los fenómenos

continuaron normalmente. Sin embargo, es indudable que el juicio del prelado se iba perfilando en sentido negativo. No son públicos los informes de la Comisión con que contó el Obispo para elaborar su Nota; él no expone en ella argumento alguno. La Nota de 27 de octubre manifiesta tan solo prudencia y preocupación. Con todo, el dictamen era todavía incierto. El Obispo había declarado «non constat», expresión teológica que no implicaba aprobación ni rechazo de los sucesos, sino tan solo duda o incertidumbre. El «hasta ahora» con que el Obispo adjuntaba su veredicto, constataba que su juicio y disposiciones no eran definitivas sino prudenciales: «*hasta ahora*» «*non constat*». Era todavía pronto para emitir un juicio definitivo. Lo afirma el Card. William Levada en la Nota previa a las *Normas para el discernimiento de presuntas apariciones*: “las exigencias de una investigación científicamente crítica, hacen [hoy] más difícil o casi imposible emitir con la debida rapidez aquel juicio [definitivo que se acostumbraba a dar quizá en otro tiempo]”.^[98]

En todo caso, con la publicación del 18 de octubre de 1961, comenzaba el llamado «invierno de Garabandal». El día del mensaje, tan largamente aguardado, pasó con un signo bien distinto de lo que se esperaba. Con todo, a pesar de la gran decepción, durante el invierno siguió subiendo mucha gente a la aldea. De hecho, las apariciones continuaron en la misma tónica de los éxtasis y marchas de los meses pasados. El 4 de noviembre, apenas 15 días después de la publicación del mensaje, la Virgen hizo un nuevo encargo a las niñas: “levantarse en adelante temprano, para tener diariamente, muy de mañana, un rosario de aurora en la calleja”. “Algunos días -escribe Conchita- íbamos a las seis [de la mañana] y otros más tarde. Jacinta y Mari Cruz iban a las seis de la mañana... A mí, por Semana Santa, me mandó [la Virgen] que fuera a las cinco de la mañana, y así fui, porque la Virgen siempre quiere que hagamos penitencia”. Es un eco del mensaje, que encomendara a las niñas «hacer muchos sacrificios, mucha penitencia...». Y será una constante en Garabandal a partir de este primer invierno: oraciones penitenciales a horas incómodas, sobre todo de madrugada. Las niñas cumplieron puntualmente esta petición de la Virgen. Jacinta da prueba de ello en una carta fechada el 3 de enero de 1962, dirigida al párroco de Barro (Asturias), José Ramón García de la Riva:

“En este momento llegamos de rezar el rosario a la Virgen, Mari Cruz y yo. Ayer tuvimos una mañana muy mala: bajaba la Calleja de agua que casi no podíamos ahincarnos [sic]... Ahora, en lo que no nieve, todo va bien”.

Al alba del segundo día de 1962, la oración de las pequeñas había sido acompañada por un duro temporal; el agua, implacable en aquellas alturas, bajaba como un arroyo por la Calleja, y las madrugadoras orantes no encontraban siquiera dónde hincar las rodillas. “*¡Qué cuadro de oración penitencial!*” Esta incomodidad se repetía sin duda muchos días. Pero la aparición no ponía ni el fin ni el acento de su visita en las penitencias de las niñas. Conchita lo expresa gráficamente al confiar, en Burgos a M. Nieves, un éxtasis que debió suceder en estos mismos días: “Un día, en una aparición de la Virgen, nosotras llevábamos puesto el cilicio, aunque muy flojo, y para que Ella se diera cuenta de que lo llevábamos (lo teníamos en la cintura) nos lo palpábamos de cuando en cuando. Nos

dijo: «*Sí, ya sé que lo lleváis; pero no es eso precisamente lo que pido de vosotras, ni lo que más me agrada, sino la fidelidad en la vida ordinaria*»”. La Virgen no se cansaba de repetir esto: “...Ella tantas veces me [lo] decía -recuerda Conchita-: «*Fidelidad en la vida ordinaria*»”.

La segunda novedad de las apariciones, después de la publicación del mensaje del 18 de octubre, fueron las comuniones místicas durante los éxtasis. Ya desde el principio, el ángel se había preocupado de fomentar en las niñas la devoción eucarística. Lo vemos en el *Diario*: “El Arcángel San Miguel al principio de las apariciones nos daba hostias sin consagrar... para enseñarnos a comulgar bien. Un día nos mandó que fuéramos temprano a los pinos sin comer nada”. Y el 1 de mayo de 1962, las niñas recibieron por primera vez la comunión. “[Desde entonces] -escribe Conchita- nos estuvo dando la comunión durante mucho tiempo”. Se acentuaba de esta forma la espiritualidad eucarística ya presente en el mensaje del 18 de octubre.

XIII

El milagro de la comunión

18 de julio de 1962

Anuncio del suceso

Desde la publicación del mensaje del 18 de octubre, el ánimo de los peregrinos había quedado mermado. Por ello, a partir de entonces, las videntes insistían con frecuencia en una petición que muestra su impotencia ante aquella situación. Dirigiéndose siempre a la Virgen y al ángel, las pequeñas pedían lo mismo: un milagro.

“«Aunque sea un *milagrin chiquitín*, como que volemós... «Que se haga de noche en pleno día»... «[Pero] la Virgen -confiesa Conchita- se pone seria cuando le pedimos un milagro»”.

La Señora respondía siempre con seriedad a la petición: “Ya creerán -decía-, ya creerán”. El ángel, sin embargo, el 22 de junio de 1962, cedió a la petición de las niñas. Y dirigiéndose a Conchita dijo: “Voy a hacer un milagro, no yo, sino Dios por intercesión mía y tuya”. Incorrectamente escribe Conchita la palabra «intercesión» en su *Diario* -lo hizo más veces-. La frase no pretende decir que el ángel y la niña «harán» un milagro, sino que el milagro se realizará «por medio de ellos»; el sujeto de la acción es Dios («voy a hacer... no yo, sino Dios»). El destinatario de esta nueva prueba parece ser el mismo público: no son ya las videntes quienes se destacan como las receptoras de este acontecimiento, sino los presentes. Aparece así de nuevo en primer plano la interacción con el público tan peculiar en Garabandal, como una confirmación de las apariciones y, más concretamente, como una llamada de atención sobre el mensaje, que está casi olvidado. Todos van a poder ver este milagro. Conchita refiere el éxtasis en que le fue comunicado: “...cuando yo [San Miguel] te dé la Sagrada Comunión se te verá en la lengua la Sagrada Forma”.

A este gran anuncio del ángel, Conchita respondió con gracia: “«¡Pero entonces -dijo la niña- el milagro será *chicu!*». Él se sonrió” ante la candidez de la niña, pero no dijo más. Y así se quedó la pequeña aldeanuca, quien se refirió siempre al anunciado milagro eucarístico con un nombre que no podía menos de hacerse popular: el «*milagruco*» o - con una grafía más castiza- «*milagruca*».

El 23 de junio, día siguiente al anuncio del milagruco hecho por el ángel, sábado, la Virgen confirmó a Conchita el milagro. Al cabo de 6 días (29.VI.1962), supo la niña su fecha: sería algunas semanas después, el 18 de julio. La aparición daba con esto permiso a las pequeñas para dar a conocer el «milagruco» y convocar a las personas para que, al verlo, por fin creyeran. Y escribieron muchas cartas, sencillas y breves. Se limitaban a

convocar a sus destinatarios para el gran acontecimiento. Alguna de estas cartas concluye de forma conmovedora: "...¿lo creerán entonces?"^[99] Tal era la esperanza de las pequeñas; aunque por la experiencia del último año, sospechaban ya que había personas que, aun sucediendo el milagro, quizá no creerían.

El Dr. Celestino Ortiz recibió en Santander una de aquellas escuetas cartas de las videntes y subió enseguida a la aldea para informarse mejor de aquello. Pudo conversar a solas con Conchita, a la que habló con franqueza: "Conchita, no sé si te das cuenta de la importancia de todo esto. Un milagro anunciado a fecha fija es un milagro grandísimo". Al milagro en sí se añadía ciertamente otro valor de no inferior calidad: el de la profecía. Pero Conchita respondió impertérrita: "Pues a mí este me parece un milagruco bien *chicu* [sic]". Sin embargo, no cejó la niña de trabajar por dar a conocer aquella prueba que se les había concedido, aunque ella hubiera querido una gracia mayor para el público.

A la divulgación del *milagruco* no le faltó oposición. A la cabeza de muchos, junto a la noticia del milagro, vino a la memoria la masificación del 18 de octubre anterior. Ante el nuevo anuncio, nada garantizaba que el resultado no fuese, de igual modo, el *fracaso*. Don Valentín, asentado en la duda desde aquella ocasión, prohibió a Conchita escribir más cartas. A él y a otros que insistían en lo mismo "yo les decía -escribe Conchita- que a mí me lo había *mandao* [sic] la Virgen y el Ángel, que anunciara el milagro; pero la gente del pueblo no lo creían". Y así fue, en el pueblo no creyeron a la niña. La autoridad de las voces que llegaban de fuera pesó más que los fenómenos vistos por todos. Se decía que la ciencia llegaría a explicarlo, aunque todos veían ya, que lo único que llegaba una y otra vez eran las genéricas acusaciones de epilepsia, histeria y sugestión. Pero, aunque no convencían en contra, tampoco nadie se atrevía a situarse a favor de las niñas. El clima resultante era verdaderamente confuso. La madre de Jacinta, María González, da buena prueba de ello en una carta dirigida al P. Laffineur en septiembre de 1963: "Yo sí creo cuando veo un éxtasis; cuando el éxtasis pasa, ya no creo más...". Y como ella, había muchos.

El 18 de julio de 1962 caía en miércoles. Resultaba una mala fecha para la afluencia masiva de peregrinos. Sin embargo, en miércoles había caído también el día de la publicación del mensaje, el 18 de octubre anterior, y esto no había impedido subir a Garabandal a más de 10.000 personas aquel día. Esta vez la aglomeración de gente iba a ser aún mayor. No poseemos datos sólidos acerca del número de peregrinos en la aldea el 18 de julio de 1962. Podemos, sin embargo, hacer una aproximación a través de los datos que ofrecen los testimonios que han llegado hasta nosotros. En la concentración del 18 de octubre contábamos con la cifra calculada por la Guardia Civil, que difería mucho de los cálculos hechos por los peregrinos. El jesuita Ramón M. Andreu, y con él algunos vecinos, hablaba de unas dos o tres mil personas en esta fecha; pero sabemos que su cálculo había sido muy bajo. En aquel entonces, Andreu habló de cinco o seis mil personas, lo cual quedaba muy lejos del cómputo oficial realizado por la Guardia Civil: doce o quince mil personas el 18 de octubre.

Sin embargo, algunos vecinos, junto a la cifra de Andreu, al calcular los peregrinos en esta segunda ocasión, añaden un dato importante: para el *milagruco* -afirma Díez- había “más [gente] todavía” que para la publicación del mensaje del 18 de octubre. Y en aquella ocasión catorce parejas de la Guardia Civil habían calculado, como anota Álvarez, de “doce mil a quince mil personas; y de ochocientos a mil automóviles”. Para que el aumento fuese sensible al público, hemos de hablar de un número realmente mayor al anterior. Parece, por tanto, razonable pensar que el 18 de julio hubo en Garabandal, al menos, entre quince y dieciocho mil personas. Aunque, por desgracia, carecemos de cálculos reales en los que confiar, este aumento explicaría la preocupación de la madre de la vidente, alterada ante tal multitud notablemente mayor que en la ocasión anterior.

Efectivamente, días antes de la llegada de la fecha anunciada, empezó la afluencia de forasteros. Y cuando llegó la víspera del gran día, la aldea estaba ya abarrotada. Ante semejante aglomeración, la tarde del 17 de junio, la madre de Conchita estaba consternada. Aquella muchedumbre lo llenaba absolutamente todo. Por eso pidió Aniceta a José Díez, joven y robusto albañil, que acompañara a su hija durante la aparición. Díez recuerda la conversación:

“«Es que, si no quieres acompañar a mi hija, hay peligro de que la maten, que la pisen, que la atropellen».

«¡Oh! Qué difícil es esto, ¿cómo la voy a acompañar con toda la cantidad de gente que viene? ... [Pero] en mí ten confianza; que yo estaré [aquí] desde las siete de la mañana hasta la hora que ocurra»”.

El 18 de julio muchos esperaban salir de dudas. Querían ver, por fin, algo más. Por la mañana, al ser las fiestas del pueblo, hubo misa mayor en la parroquia. Era tal el número de asistentes, que para la comunión fue necesario fraccionar las Formas en partes más pequeñas. Hacia el final de la mañana, el ambiente festivo alcanzó su punto culminante. Nadie sabía ni la hora ni el lugar. Por eso no había un lugar concreto donde concentrar a los peregrinos. Lo llenaban todo, pero especialmente el entorno de la casa de Conchita. La niña pasó todo el día en casa, en la planta alta, separada de la multitud, acompañada a veces por otras niñas en algunos juegos o recibiendo algunas visitas, aunque su madre las evitó cuanto pudo. “[Conchita] se mantuvo desde media tarde en el piso superior”. El P. Etelvino González, O.P., a quien pertenecen estas palabras, describe el ambiente de aquella tarde en la casa de Conchita:

“En todo el tiempo creo que solo bajó a la cocina unas dos veces... estaba acompañada por varias amigas, cuyos nombres ignoro. Todas jugaban (no se olvide que era la tarde de la fiesta del pueblo); pero noté en ella un aire como de estar un poco ausente. Reía, contestaba a las preguntas con serenidad, y dedicaba estampas con una facilidad de redacción, dentro de sus posibilidades, admirable. Durante la tarde fue muy accesible y dócil a los sacerdotes”.

“[Una de aquellas dos visitas a la cocina, daba] la triste impresión que me produjo el ver a Conchita rodeada en su casa de regalos, y cercada por gentes adineradas, que allí acuden al parecer con frecuencia, y que daban la sensación de haber hecho de Garabandal su feudo del espíritu. No fui el único en lamentarlo; entre sacerdotes y fieles se ha comentado muy desfavorablemente, llegándose a veces a conclusiones definitivas nada propicias (para todo aquello). Sin que caigamos en ese extremo, creemos que la circunstancia a que me refiero impide ver con claridad lo que pueda haber en el fondo de estos hechos, que cada vez parecen más desconcertantes”.

Esta redacción la escribió el P. Etelvino en respuesta a una batería de 41 preguntas

que el obispo diocesano, Mons. Beitia, le envió tras el milagruco. El dominico contestó solo a 23: “limitándome -escribe él- a aquellos detalles o hechos de que fui personalmente testigo”. Es un testimonio importante:

MONS. BEITIA: ¿Estaba usted en la cocina de la casa de Conchita antes de su salida en *rapto*?

P. ETELVINO: Pasé la tarde en casa de Conchita, en la cocina (a ratos) y principalmente en el piso superior, en compañía de varios sacerdotes, un padre franciscano, un padre jesuita y un seminarista. En las horas inmediatamente anteriores al rapto estuve prácticamente ausente, salvo intervalos.

M. B. : ¿Cuál era la situación anímica de la pequeña?

P. E. : La tónica general, durante las horas en que la vi, fue de seguridad en el cumplimiento del pronóstico y de cuidado en prepararse espiritualmente para ello, rezando y haciéndonos rezar; rezamos una estación al Santísimo y dos partes del rosario”.

Por desgracia, el P. Etelvino no estuvo presente en el momento del suceso, por lo que de ello nada transmite. Sus palabras dejan una impresión incierta, entre el recogimiento y confianza que observaba en la vidente, y la mala actitud de su familia en la cocina, acogiendo los regalos de personas pudientes, cosa que, como sabemos, les sorprendió totalmente y, ni era habitual, ni se volverá a encontrar en otros testimonios. Todos, como es lógico, trataban según sus medios de acercarse a la niña aquel día; querían ver el milagro anunciado.

La otra visita que recibió Conchita en su casa, corrió a cargo de la Comisión episcopal de estudios sobre las apariciones. Ninguno de sus integrantes estuvo en la aldea aquel día. Se envió solo un delegado, Regino Mateo, un abogado de Santander, funcionario de la Diputación. Junto a la ausencia de la Comisión en día tan señalado, llamaba la atención la inapropiada preparación profesional del perito enviado. Desde Roma, la práctica habitual de la Congregación para la Doctrina de la Fe consiste en “sugerir al Obispo competente la constitución de una Comisión entre los que figuran expertos en Teología, Derecho Canónico y Psicología”.^[100] El abogado podía quizá apoyar el estudio desde el punto de vista canónico, pero aquel estudio requería efectivamente la presencia de expertos teólogos y psicólogos; aquella ausencia limitaría grandemente el subsiguiente informe de la Comisión sobre el evento. Y aunque, como otras veces, carecemos de los materiales directos elaborados por la Comisión sobre aquel día, contamos, en cambio, con el testimonio de las personas presentes en aquella cocina durante la entrevista del abogado con la vidente:

“Hacia las cinco de la tarde, [Regino Mateo visitó a la niña] propuso a Conchita que desistiera ya de todo aquello..., que por parte del obispo tendría el más amplio perdón... que si quería marcharse a Santander, él mismo la llevaría con muchísimo gusto... El marqués de Santa María, que estaba presente allí, en la casa de la niña, no pudo contenerse y entabló una discusión violenta con el abogado, que acabó yéndose de muy mal humor”.

Como en el mensaje del 18 de octubre anterior, la Comisión volvía a intervenir con la intención de precipitar los acontecimientos. El ascendiente y prestigio teológico que entonces tuvo el canónigo y profesor Francisco Odriozola sobre don Valentín, no acompañó esta vez al abogado; esta limitación minimizó su influencia, limitándola a un choque con los allí presentes que obligó a desistir al delegado. Entretanto, las horas iban

pasando. Y la impaciencia y la inquietud iban cundiendo entre el público. Y es que, ni sucedía nada, ni se advertían señales de que fuera a ocurrir algo. En esta incertidumbre acerca del milagro, la espera parecía aún mayor. Algunos comenzaron a achacar al ambiente de fiesta popular el retraso del milagro. Pocos, efectivamente, rezaban aquel día:

“Junto a mi casa -escribe Conchita- estaba la función de baile. Pero en dos casas vecinas se notó que en grupos de personas rezaban el rosario. Entre tanto otros trataban de suprimir el baile pues comentaban que si continuaban bailando no habría milagro. Entonces un señor de los que querían suprimir el baile, Ignacio Rubio [que venía de Córdoba] me preguntó a mí que si yo quería que se suprimiera el baile. Entonces le contesté: *«Con baile o sin baile el milagro se producirá»*. Entonces ya no se discutió nada más sobre el baile”.

Muchos que subían por mera curiosidad, ampliaban aquel ambiente de fiesta popular, cosa que intranquilizaba a los peregrinos. Estos se preocupaban, pues era conocido que en ocasiones anteriores, la mala actitud de los peregrinos había frustrado ya alguna visita del ángel con la comunión. Llama la atención que la calma y sosiego de la vidente templó los ánimos más propensos a la exaltación:

“Llegada la noche... la gente estaba intranquila pues se hacía tarde [y dudaban más]. Yo, en cambio -refiere la vidente-, como la Virgen y el Ángel me habían dicho que el milagro vendría, no tenía miedo, pues ni la Virgen ni el Ángel me han dicho una cosa que no se cumpliera exactamente”.

Dos circunstancias hacían temer la cancelación del éxtasis de la niña: en primer lugar, el ambiente superficial entre muchos de los peregrinos, que ya había impedido en ocasiones anteriores la visión del Ángel a las pequeñas. Tampoco había habido antes comuniones místicas cuando en la aldea había sacerdotes; los fenómenos dejaban la precedencia entonces a la asistencia a Misa de las niñas. Este día, sin embargo, sería diferente.

Milagro eucarístico en Garabandal: 18 de julio de 1962

Ni siquiera la misma vidente sabía la hora en que se produciría el anunciado éxtasis que le traería la comunión el 18 de julio. Por eso, ante la aldea abarrotada de peregrinos ansiosos de verla, Conchita permaneció en casa durante todo el día. Atendió largamente en pie a la puerta de casa a las preguntas y peticiones de oración de muchos peregrinos, pero por lo general, en cuanto le fue posible, se mantuvo al margen del gentío. Solo hacia las dos menos veinte de la madrugada, en su propia casa, la niña cayó en éxtasis. Entonces salió a la calle. Muchos que se habían aventurado a esperarla en el Cuadro, para tener ocasión de contemplar el evento, quedaron sin ver nada,^[101] pues, al salir de casa, la marcha tomó otra dirección. Pepe Díez la seguía de cerca:

“[La niña] empezó a dar el crucifijo a besar a una persona, a otra, con las mismas yo seguía a Conchita a los pies de ella ¿no? Entre las personas que había por delante, por el lado, por detrás, unas se caían, otras gritaban, otras pasábamos por encima, sea que no ocurrió nada, pero muy difícil esto... porque la gente se agrupaba y se atropellaba; todo el mundo quería ver... A mí me dejaron pues... sin ropa, sin mi correa de cinturón ¿no?... Todo me lo han llevado, personas que me agarraban para ir muy cerca de la niña, para ver si me quitaban el sitio donde yo iba también; pero esto sin mala intención. Pero yo me he hecho muy fuerte, todo lo que he podido, hasta que ha llegado un punto que... [dije] ¡Bueno, a mí me matan!”

En medio de aquel «atropello», Díez contaba en su labor con el apoyo de los familiares de la niña y otras personas del pueblo; sin embargo, ninguno iba tan cerca de ella como él: “unos caían, otros apartaban, otros... ¡una guerra!... una guerra en paz -recuerda Díez-”. Al fin, la niña cayó de rodillas en la calle. Díez había quedado justo detrás de ella:

“...y llevaba yo -sigue Díez- una linterna, un foco muy bueno, preparado para lo que podía ocurrir y este no me lo quitaron; lo llevaba yo bien agarrado con muchas dificultades. Y en el momento en que la niña cayó de rodillas toda clase de personas que había allí, todas se han dejado posar en el suelo... todos se han reunido en un sitio muy difícil, pero con mucha humildad. Es cuando se aprecia que la gente no atropellaba, no. Por este motivo digo que las personas se han portado bastante bien allí”.

De rodillas, la niña habló unas pocas palabras. Nadie pudo escucharlas ante el rumor de una multitud que estaba ahora serenándose poco a poco. Al fin, Conchita sacó la lengua. Entre aquellos miles de personas, no todos lograron verlo; era imposible. Los que lo consiguieron dejaron un testimonio de gran valor por la correspondencia entre sus narraciones. Su estudio es muy relevante. Ramón Pérez, entre 1971 y 1977, y más recientemente Beatriz Liaño, entre 2014 y 2017, destacan en la ardua tarea de recoger los testimonios vivos de las apariciones. A través de ellos es posible conocer datos que de otra forma hoy ya se estarían perdidos irremisiblemente en el anonimato. Gracias a esta labor han llegado hasta nosotros los testimonios de varios testigos directos del *milagruco* del 18 de julio de 1962:

Felicidad González fue la persona que quedó delante de Conchita en el momento del *milagruco*. Joven vecina de la aldea en el tiempo de las apariciones, durante los pocos pasos que Conchita dio entre la multitud, Felicidad recuerda: “[Yo] iba corriendo, pues si me quedaba a mirar para atrás, pues otro me cogía el sitio... Y no hice nada más que entrar en el cerco de Conchita y al dar la vuelta la esquina ya dicen: «¡Ay, Conchita, de rodillas!» Entonces me vuelvo para atrás y la vi de rodillas en éxtasis”. “Estaba delante de Conchita; para mí ver [sic], no había nadie delante de mí”. “La lengua la vi bien... [con] un redondo un poco blanco que se fue formando. Se puso allí una cosa redonda, o sea, muy brillante. Estaba allí la Forma, una Forma gruesa y brillante. Y yo sentí una emoción, una emoción; la vi que se elevó un poquitín de la lengua, como el espesor de una uña”. “No tuve la impresión en ningún momento que la niña había podido poner con la mano la Forma sobre su lengua. Nada. Aquello fue cosa misteriosa. Si fue de alguna manera que lo expliquen; para mí fue sin explicación”.^[102] Felicidad descarta asimismo que hubiese algo en la lengua al abrir la boca: «*la lengua la vi bien*» y la comunión vino como a «*formarse poco a poco sobre su lengua*». Para Felicidad, no cabe duda del milagro.

Otra vecina y testigo de muchos fenómenos, Josefina Cuenca, tuvo también una posición privilegiada para ver el milagro. A sus 91 años, Josefina se emocionaba aún al recordarlo: “[Desde casa vi a] Conchita en el preciso instante en que la niña, en éxtasis, salía a la calle. [Todos] comenzaron a caminar cuando, de repente, Conchita cayó de rodillas ante ellos... [Podía] ver su rostro perfectamente, ningún obstáculo se

interponía... Fue cosa de la Virgen. En el pueblo había alrededor de cinco mil personas... ni siquiera iba a salir de casa esa noche... Pero ahí estaba, a tres pasos de Conchita, cara a cara frente a ella”. “Se formó un corro de gente alrededor de la niña en éxtasis. Josefina recordaba conmovida el profundo silencio... [de aquel gentío. Y] llena de emoción, contempló cómo Conchita sacaba la lengua de su boca. La mantuvo así el tiempo suficiente para que Josefina pudiera asegurarse de que no había absolutamente nada sobre ella... Los movimientos de Conchita rezumaban unción. Una Hostia grande y blanca apareció sobre la lengua de la niña. A Josefina le llamó la atención que esa Forma era más grande que la que recibían en cada Eucaristía de manos de su párroco y que el troquel con que estaba hecha hacía que pareciera que tenía un reborde... [brillante]. Josefina tuvo la impresión de que irradiaba luz. De pronto, alguien del pueblo no pudo contener su impaciencia y se puso delante de Josefina para poder ver algo de lo que estaba pasando. Josefina se llevó un disgusto tremendo”.^[103]

“Ante lo que teníamos delante, me callé la boca y la dejé -afirma Josefina-. [Y me] dije: «Yo, lo primero, lo vi; y fue lo esencial para mí»”.^[104]

“Al perder de vista a la niña, reparó en un señor desconocido [Alejandro Damians] - un forastero, como dicen en Garabandal- que trataba de sacar una fotografía [sic: video de 8 mm.], pero que, con los nervios, no atinaba a encender la máquina. A sus 91 años, se reía divertida recordando el apuro del pobre hombre: «*Venga a darle, y no disparaba*». Después de terminar su relato, Josefina se recostó en su sillón y murmuró: «*Fue una cosa... una cosa maravillosa*»”.

Damians, el hombre de la cámara, venía desde Barcelona acompañado por su familia. Su primo le había rogado intentar grabar aquello por todos los medios. Y le había hecho traer su cámara de vídeo de 8 milímetros. Damians logró seguir a la niña desde no muy lejos en su recorrido. Sin embargo, todavía le separaba demasiada gente para poder grabar. En la oscuridad y desde lejos, nada hubiera podido hacer. Sorprendentemente, todo cambió cuando la niña cayó de rodillas: “Fue tan inesperada su caída -recuerda Damians-, que el alud de gente, por su propia inercia, la sobrepasó por los costados rebasándola; al librarme de esta suerte, de los que me precedían y separaban de Conchita, quedé inesperadamente a su derecha y a medio metro de su rostro... Los empujones fueron decreciendo, para quedar finalmente todo en relativa calma”.^[105]

El industrial barcelonés nunca había filmado antes, y aunque apurado en un primer momento no recordó la cámara, al ver que se alargaba el milagro se incorporó delante de Josefina Cuenca. Ella no lo impidió; así, Damians pudo registrar el hecho. Al revelar el film encontró casi 70 fotogramas de 8 milímetros en blanco y negro, defectuosos en el aspecto técnico, pero suficientemente claros para poder apreciar en ellos la presencia de una Hostia en la lengua de la niña. El Sr. Obispo de Santander, don Eugenio Beitia Aldazábal, escribió a Damians solicitando una copia del film ya que "podía ser de gran interés y servicio para la Iglesia”. Damians lo presentó al Obispo de Santander acompañado de un informe escrito relatando los detalles del hecho.

Pesquera nos habla de otro testigo, Miguel González. El hermano de Conchita estaba

al otro lado de su hermana cuando sucedió el prodigio. Lo vio y lo describe de forma idéntica a como lo hace Damians.

Un médico venido de Francia, el Dr. Jean Caux, lo presencié también. Él había llegado sin fe a la aldea y su testimonio reconoce que su conversión se debe a lo que contempló esa noche en Garabandal: el milagro era para él una realidad fuera de toda duda.

Benjamín Gómez, campesino de la vecina localidad de Potes, lo vio también. Su narración coincide con las demás: “Yo estaba a poco más de un palmo de la niña. Comprobé que en la lengua no había nada de nada. La niña no hizo el menor movimiento. De pronto me encontré ante la Forma: blanca y resplandeciente... Yo puedo asegurar que ni movió las manos, ni la lengua, ni nada... Todos tuvimos tiempo para contemplar el fenómeno sin prisas, y éramos muchos. Yo no creí hasta ese día”. Benjamín, que solo creyó en las apariciones a partir del día del milagruco, tuvo una de las mejores posiciones esa noche; contempló el *milagruco* desde un palmo de distancia, de frente a la boca de Conchita. Su descripción de la Forma coincide con las demás: “[Cómo era la Forma] es difícil a decir [sic]. Era blanca, pero de un blanco que no era de este mundo. A veces busco una comparación y jamás [sic] encuentro una; pero lejos de la realidad: era como si era [sic] de nieve, como un copo de nieve sobre el cual pegarían los rayos del sol. En ese caso el blanco molesta la vista, mientras que la Forma no dañaba los ojos”. “[Y de tamaño] era como si se había puesto dos piezas de 25 pesetas, una sobre la otra”.^[106]

En 2015 otra mujer dio testimonio del milagro. Lo cuenta su hija: “años después de las apariciones, [mi madre] todavía se emocionaba recordando esa noche. Se le ponía toda la carne de gallina y decía: «*Yo lo vi, vi la Forma en su lengua, grande como una moneda de cinco duros, pero más gordita*»”.^[107] Otra vecina, Angelina González, aunque lo vio personalmente, narra a Ramón Pérez el testimonio de su hermano: “Mi hermano lo vio bien; se lo oí yo. Lo vio bien, que dice: «*Era como una moneda de cinco duros e iba ‘espiendu, espiendu’ [sic] igual que un carburo; y una blancura...*»”

Los testigos abundan en detalles que concuerdan una y otra vez: sin que la lengua, la cabeza o las manos de Conchita se moviesen, sin intervención alguna de otra persona. Sobre la lengua inmóvil, después de permanecer la niña un instante de rodillas con su boca bien abierta, apareció la Forma, de un blanco resplandeciente; en esta postura y de forma pausada y recogida, permaneció la niña unos minutos dejando ver la forma hasta que finalmente la consumió. Aunque era noche cerrada, la escena y la protagonista estaban suficientemente iluminadas por el potente foco que Díez sostuvo durante todo el tiempo sobre la pequeña. Antes de concluir el éxtasis, la Virgen dijo a Conchita unas palabras. En ellas le confirmó lo que la niña tanto temía: “¡Todavía no creen todos!” Así era. Destacan aquí dos peregrinos presentes aquella noche: un laico burgalés y un religioso franciscano. Aunque ninguno de los dos vio el momento del milagro, ambos se opusieron al suceso, sembrando desde ese primerísimo instante la semilla de la duda entre el numeroso público.

El primero es José Antonio Juliani, infatigable observador de las apariciones durante todo el año anterior. Aunque era forastero, durante los primeros cuatro meses había llevado un diario exhaustivo de los sucesos. Pero Juliani no logró ver el milagro. Con todo, si hasta ahora trabajaba activamente en defender las apariciones, algo le hizo cambiar de opinión aquella noche: nocturnidad, empujones y nervios, una vidente corriendo a las dos menos veinte de la madrugada. Todo le parecía sospechoso. Y ante aquellos pensamientos concluyó que lo de Garabandal había terminado; al menos para él. Lo anterior era indudable, pero a partir de esta noche y cuanto pudiera venir ya no lo creería. Él mismo relata lo que vio aquella noche:

“[Conchita -recuerda Juliani-] bajó la escalera [de su casa] como un *escopetín* en la misma postura de visión de siempre, con la cabeza levantada ¿eh? y mirando hacia arriba bajó las escaleras de su casa y salió a la calle... me levanté yo de la cocina [en otra casa], había más gente, y salimos todos a ver lo que pasaba”. “Había doblado a la izquierda y justo detrás de su casa [se arrodilló]”. ^[108]

Juliani intentó ver algo por todos los medios. Sin embargo, por el gentío no logró acercarse lo suficiente:

“Cuando yo llegué a donde estaba la niña ya había pasado todo. ¿Y qué había pasado? Pues que una Forma se había puesto en la lengua de la niña y entonces todo el mundo dijo: «Yo he visto la Forma», «yo la he visto», «no, yo no he llegado a verla», «yo sí que la he visto», «pero yo he visto la Forma». ¡Vale, una Forma! Y yo dije: «Una Forma en la lengua; pero a ver ¿tú has visto la lengua sin la Forma y de pronto cuando estabas mirando la lengua has visto la Forma? o ¿lo que viste fue que miraste y estaba la Forma en la lengua y ya está?» «Bueno no, yo vi la Forma en la lengua, eso lo vi». «Bien, o sea, que no viste el milagro, vamos»”.

Sobre los inseguros testimonios que escuchó, enseguida concluyó Juliani la falsedad del hecho:

“[La niña] cogió la Forma, se la puso en la lengua y salió a toda mecha para que la gente, sacase [sic: viese] la lengua con la Forma allí”.

Uno de aquellos testigos de segunda fila -un padre dominico en este caso- que había visto la Forma pero no el milagro, contó algún detalle más a Juliani:

“Yo vi la Forma en la lengua de la niña, pero la Forma me fijé perfectamente que por dos extremos del círculo estaba húmeda, estaba mojada”.

El inicio del suceso -momento fundamental para el estudio del milagro- no había sido contemplado por el dominico. Sin embargo, este escueto testimonio, fue definitivo para Juliani:

“Claro, ¡como que se la pegó en el paladar [antes de salir]... y es lo que se vio». «Esta niña nos acaba de tomar el pelo a todos”.

Por desgracia, entre la confusión de la noche y la multitud, Juliani no escuchó testimonios tan claros como el de Miguel González, Josefina Cuenca, Benjamín Gómez, Felicidad González, Pepe Díez. Como vimos antes, estos testimonios solventaban la carencia de testigos que asfixiaba a Juliani. Benjamín Gómez, como vimos, afrontaba directamente la acusación que plantea aquí Juliani; en este contexto adquiere una relevancia mayor. Para formar un juicio equilibrado conviene releerla:

“Yo -afirmaba el campesino de Potes- estaba a poco más de un palmo de la niña. Comprobé que en la lengua no había nada de nada. La niña no hizo el menor movimiento. De pronto me encontré ante la Forma: blanca y resplandeciente... Yo puedo asegurar que ni movió las manos, ni la lengua, ni nada... Todos tuvimos tiempo

para contemplar el fenómeno sin prisas, y éramos muchos. Yo no creí hasta ese día”.

Además de esto, precisamente sobre esta posibilidad fue entrevistado por Ramón Pérez:

RAMÓN PÉREZ: “¿Conchita hubiera podido ponerla con la mano? ».

BENJAMÍN GÓMEZ: «Imposible, lo habría visto yo [“Lo vi muy bien -añade en otro lugar-, porque ya le he dicho que estaba yo muy cerquita, a menos de una mano de su cara”]; la muchacha no se movió de [sic] nada».

R.P.: «¿Quizá -insiste Pérez- la tenía escondida en la boca, colocada hábilmente debajo de la lengua?».

B.G.: «No pudo hacerlo, porque miré muy bien su boca y puedo afirmar que no había nada en ella».

Otros testimonios también afrontaban la acusación de Juliani:

“Yo -afirma Josefina-, lo primero [aparecer la Forma], lo vi”.

“De pronto -recuerda Damians-, sin saber cómo, sin darme cuenta [aun observando fijamente], sin que Conchita hubiese variado en lo más mínimo su posición, la Sagrada Forma apareció en su lengua [vacía]. Fue totalmente inesperado. No dio la impresión de estar depositada allí, sino que más bien podría decirse que brotó a una velocidad superior a la percepción de la mirada humana. Es imposible describir la impresión que sentí en aquel momento y que siento aún hoy al recordarlo. Sorpresa, asombro, confusión”.

Los testimonios no pueden ser más claros y afines. Sin embargo, al igual que Juliani, esa noche muchos otros pensaron que Conchita había intentado engañar. Así, llegó a haber negaciones entre los que habían visto el milagro. Ante el ambiente general de rechazo, no faltó quien se echó atrás. Un ejemplo:

“[Emiliano] el marido mío lo vio, o sea, no vio cómo caía la Forma; pero sí la vio allí y se emocionó mucho -afirma una vecina, Daniela Cuenca-. Él asegura que la vio en la lengua, ahora que no la vio como dicen muchos que bajaba. Él hoy se le habla y dice que «quién sabe cómo llegó allí aquella Forma». Pero en el momento lo creyó. ¿Pero, qué sabe él? Como dicen que si la traería en la boca. Como dicen tantas cosas, pues él no puede saber nada”.^[109]

Las mismas dudas de Daniela, expresa otra vecina, Mercedes González, en un testimonio muy similar:

“Yo ya estaba en estado del hijo y me cansaba muchísimo, y en lugar de ser a una hora como ellas pensaron, fue muy tarde. Yo ya no pude esperar. Pero el marido mío esperó. Entonces vino to [sic] emocionao [sic]: «¡Ay, lo vi, lo vi! ¡La han dado la comunión!» Pero después empezaron a decir que era mentira, que no sé qué... Que a mí me da igual, ¿eh? Porque lo que yo viví no me lo quitan. Y por eso digo que [me da igual lo que digan]”.^[110]

Sería ingenuo pensar que el ambiente de desconfianza surgió con las primeras dudas y comentarios de los que no vieron nada aquella noche. La sospecha había entrado en la aldea mucho antes, desde que se constató que ese día, la Comisión diocesana había rechazado atender a la convocatoria de la vidente. Aquel anuncio, que llenó la aldea de peregrinos, quizá más que nunca, había recibido desde el comienzo el signo de la sospecha por la significativa ausencia de la Comisión eclesiástica que debía juzgarlo. El ambiente, tenso desde el principio, se enrareció cuando incluso los testigos directos del milagro, arrastrados por aquel clima hostil, llegaron a dudar o rechazar el fenómeno. Conchita narra un caso particularmente doloroso:

“Un padre franciscano -escribe la vidente-, el P. Justo, vio el milagro, pero no lo creyó y decía a la gente que no lo había visto y que era mentira. Que yo había sido quien había hecho todo.

Después de dos o tres días me llegó una carta del mismo padre pidiéndome perdón por haber pensado así de

mal. Me decía que era el demonio quien así lo tentó. A los pocos días que llegó esa carta, llegaron tres padres de parte del P. Justo... Me contaron que el referido padre franciscano había pasado muchos días y noches sin dormir pensando en la Sagrada Forma, pero al fin había reaccionado bien y aceptó lo sucedido creyéndolo todo”.

El P. Justo se arrepintió. Pero él «*había visto el milagro*». Otros muchos, arrastrados por el ambiente de sospecha y rechazo de aquel día, no volverían atrás. Y con el mismo ímpetu con que unos habían acogido el suceso como signo de gracia y conversión que recordarían toda su vida, muchos más -que esperándolo, no pudieron verlo- tomaron el *milagruco* como la prueba del fraude de Garabandal. Conchita constata este ambiente general de desconfianza:

“[Al fin] todos decían que había sido yo quien había puesto la Forma sobre mi lengua”.

La percepción de la niña es exagerada, pues, como hemos comprobado, muchos también creyeron y dieron fe de ello en sus vidas con conversiones sinceras. Sin embargo, de cara a la opinión del público, era verdad: el 18 de julio de 1962, fecha en la que hubiera podido esclarecerse definitivamente el misterio de Garabandal, acabó por embrollar aún más las cosas. Por eso, “a partir de estos hechos -escribe García de la Riva-, se fue sembrando [entre el público] la especie de que todo había sido un fraude”. En adelante, la desconfianza sería el clima en que habrían de aprender a desenvolverse las pequeñas. Esta situación, sin embargo, no puede empañar los frutos que esa noche el fenómeno sembró en las almas de cuantos creyeron. Entre los presentes, el milagro había suscitado mucho más que alegría:

Alejandro Damians se convirtió en ese mismo momento, con la tremenda impresión de haber tenido un encuentro “con Dios vivo y Verdadero -según palabras suyas-”.

Jean Caux experimentó una conversión radical del ateísmo: “[Por el milagro] ahora sé lo que es Dios y lo que quiere de mí”.

Benjamín Gómez afirma: “Yo no creí [en las apariciones] hasta ese día”.

Las experiencias de aquella noche se multiplican y hacen visible y real lo que el mensaje del 18 de octubre de 1961 había pedido: amor a la Eucaristía y conversión del corazón. Santiago Lanús, estudioso argentino cuya obra, publicada en 2013, cuenta con abundantes testimonios directos de los testigos y aun de las mismas videntes, concluye: “no cabe duda de que este acontecimiento [el *milagruco*] supuso algo muy importante para la credibilidad de lo que en Garabandal estaba ocurriendo”.

XIV

Un anuncio desconcertante

Otoño de 1962: «*Habrá un milagro*»

Aunque después del señalado día de la comunión visible (18.VII.1962), las apariciones se reanudaron con redoblada intensidad; no sería ya para las cuatro videntes: “Mari Cruz, cuya última aparición la tuvo el 12 de Septiembre de 1962, empezó a negar muy pronto después y según parece tanto en el cese de las apariciones como en las negaciones influyeron la actitud contraria de sus padres respecto a las mismas”.^[111] Ella seguía ansiando las apariciones; en absoluto se apartó voluntariamente. El Dr. Ricardo Puncernau, que tanto estudió a las niñas, lo muestra en una memoria que redactó en 1974:

“Cuando ya Mari Cruz no tenía aparición y las demás niñas sí, me dio pena, la notaba triste por aquel motivo. Le di mi anillo de matrimonio, para que lo diera a besar a la Virgen, como acostumbraba a hacer. En aquel viaje me quedé en Garabandal tres días y medio. Ella muy contenta se puso mi anillo en uno de sus dedos. Pasaron los tres días y Mari Cruz no tenía aparición, no entraba en trance. La noche del día que me debía marchar, le dije: «*Tendrás que devolverme el anillo, pues a las tres de la noche debo marcharme*». «*Déjeme un poco más, a lo mejor esta noche tengo aparición*». Se lo dejé. las otras tres entraron en éxtasis. iban las tres andando en trance, cogidas del brazo. mari Cruz se acercó se cogió al brazo de una de las otras, levantó la cabeza y así anduvo diez o doce pasos, para ver si le prendía el trance también a ella. pero no hubo trance. Se desenganchó triste, sin decir palabra, me devolvió el anillo y se alejó cabizbaja”.

Ya sin Mari Cruz, las apariciones continuaron en los meses siguientes con su habitual frecuencia: nuevas visiones de la Virgen, muy numerosas comuniones místicas y -otra novedad- los anuncios *in crescendo* de un nuevo milagro. Efectivamente “el siguiente mes de septiembre pasará a la historia como el mes de un gran anuncio profético”. Conchita “es la única que recibió información en relación a este Milagro -del que dijo que será una manifestación del amor de Dios- y cuándo ocurrirá, ya que confesó saber el día, mes y año de este acontecimiento”; “habló de él por primera vez el 9 de septiembre de 1962. En la cocina de [su tía] Maximina, en presencia de varias personas:

«Habrá un milagro. La Virgen me lo ha dicho y será muy grande. Yo no sé cuándo tendrá lugar. Todos los que estén aquí [en Garabandal] lo verán. Y el Papa lo verá desde donde se encuentre. Y también el Padre Pío».

Mari Loli también escuchó de la Virgen que habrá un Milagro y que será en el periodo de un año desde que ocurra el Aviso. A las preguntas que Jacinta hace a la Virgen sobre el milagro ella no le responde o le dice «*Ya creerán*»”.^[112] La noticia de este gran Milagro produjo sentimientos encontrados. Nadie había olvidado el fracaso en la acogida del milagro de la comunión visible. Y ahora Conchita anunciaba un nuevo milagro. En realidad, esta noticia guardaba estrecha relación con el mensaje del 18 de

octubre de 1961; concretamente, con su último punto: «*el castigo*». Hasta ahora no se había prestado atención a aquel texto, que era claro: “...y si no cambiamos, nos vendrá un castigo muy grande”. A partir de septiembre de 1962 se retomaba más explícitamente el tema del castigo; la novedad estaba en que sería precedido por un gran Milagro:

“La Virgen Santísima -escribe Conchita- me ha anunciado un milagro que Dios Nuestro Señor hará por su intercesión. Como el *castigo* es muy, muy grande, como lo merecemos, el milagro es también inmensamente grande como el mundo lo necesita”.

Hasta este momento -del que no conocemos el día de septiembre de 1962 en que ocurrió-, el castigo se entendía quizá de forma genérica, como la purificación propia que acompaña al pecado en la doctrina tradicional cristiana.^[113] A partir de ahora, el tema de un gran castigo y un milagro se hizo frecuente. Don Valentín lo consigna entre sus notas el 30 de octubre: “Después del rosario, caen las tres (Loli, Jacinta y Conchita) en éxtasis y, como siempre, van a los Pinos, bajan de rodillas bastante trayecto, rezando el rosario... Este día 30 han dado a sus padres una estampa escrita, donde les anuncian en qué va a consistir el milagro que va a hacer la Virgen. Ya hace días que están hablando de él”. El 22 de junio de 1962, ante el anuncio del ángel de la comunión visible, Conchita había dado a aquel milagro poca importancia: “el milagro -dijo al ángel- será *chicu!* [sic]”. La vidente afirmó que este milagro sería «*inmenso*»:

“Me ha dicho la Virgen la fecha del milagro y en qué va a consistir. Debo decirlo ocho días antes a la gente para que venga. El Papa lo verá desde donde esté, lo mismo el Padre Pío. Los enfermos que asistan a él sanarán y los pecadores se convertirán. Los que vean este gran milagro, que Dios Nuestro Señor hará por intercesión de la Santísima Virgen, no dudarán. Y ahora todos esperando ese gran día del milagro, para ver si el mundo cambia y el castigo no viene”.

Aniceta, la madre de Conchita, comenta el anuncio con perplejidad: “La otra vez (cuando lo del 18 de julio) ella me decía: «*Mamá, va a ser un milagruco*»; y ahora me dice: «*¡Va a ser un milagro muy grande!*»”. Efectivamente, Conchita esta vez hablaba de otro modo; hasta comparar el milagro anunciado con el milagro solar de Fátima: “Será mucho más grande, mucho más fuerte que lo de Fátima... causará tal impresión, que nadie de cuantos lo vean, podrá marcharse con dudas. Convendría que todo el mundo estuviese presente, pues no habría seguramente castigo, ya que todos creerían”. Su misión, contra lo que cabría esperar, no iba a ser la defensa de las apariciones. Conchita -transcribe M. Nieves- insistió en que venía para demostrar al mundo “el amor grande de Dios”. Al parecer, la Virgen había hablado de este milagro ya en octubre de 1961. Sin embargo, solo en septiembre de 1962 recibió Conchita permiso para hacerlo público. De hecho, solo la mayor de las videntes recibió este anuncio. Por eso, ante semejante noticia, la niña dudó si lo había inventado o se engañaba. Una locución vino a reafirmarla: “un día, estando en mi habitación, dudando de si vendría el milagro, oí una voz que me decía: «*Conchita, no dudes de que mi Hijo hará un Milagro*»”. Más tarde, en una carta de 1965 dirigida al sacerdote mexicano Gustavo Morelos, la vidente desvela la explicación que le dio la Señora sobre este milagro que tanto le desconcertaba: y es que con él, Dios “nos muestra claramente el amor que nos tiene y por eso el deseo de que cumplamos el mensaje”. Una vez más, en Garabandal, todo apunta al mensaje dado

por la Señora.

«El aviso»

Conchita habló también de un aviso. Y es que, antes del «milagro», *las videntes* afirmaron que debía venir un «aviso» sobrenatural para anunciarlo: todo el mundo verá, cada uno en el interior de sí mismo, en su conciencia, el bien y el mal que ha hecho tal y como lo ve Dios: cada persona verá el estado de su alma ante Dios. Vendrá directamente de Dios y será experimentado por todo el mundo, cualquiera que sea su condición y conocimiento de Dios, todos exactamente al mismo tiempo:

“Se verá y pasará -se lee en el Diario- en todas partes y lo sentirá cada persona, es como un castigo. Se verá lo que hemos causado nosotros con nuestros pecados”.^[114]

Se describe aquí una *visión* mística, interior pero universal, donde “*todos los hombres de la tierra verán el estado de la propia alma, tal y como Dios la ve*”.^[115] Este «Aviso» resulta desconcertante por sus enormes proporciones. Sin embargo, es una experiencia que encontramos en la vida de santos como San Josemaría Escrivá de Balaguer,^[116] Santa Teresa de Jesús^[117] o San Juan María Vianney. El Santo Cura de Ars confiesa en algunas cartas privadas que incluso lo pidió a Dios en sus primeros años de sacerdocio. Años después mencionó en algunas cartas el resultado de aquella petición. La primera de ellas, a la Baronesa Alix de Belvey, una de sus dirigidas: “Hija mía, no pidáis nunca a Dios el conocimiento total de vuestra miseria. Yo lo pedí una vez y lo obtuve. Si entonces Dios no me hubiera sostenido me hubiera desesperado en el mismo instante”.^[118] A Catherine Lasagne le confió todavía el santo Cura de Ars que tuvo que esperar meses hasta que se suavizó la intolerable *visión*: “*No podía soportarlo*”.^[119] Pareciera que el mismo infierno se hubiera abierto delante de los ojos de estos santos a través de esta experiencia.

Así, en Garabandal, como dirá Conchita, el «aviso», aunque será «*como un castigo*»,^[120] no tiene como finalidad el temor: Dios “*nos lo manda para purificarnos, para hacernos ver el milagro con el cual nos muestra claramente el amor que nos tiene y por eso el deseo de que cumplamos el mensaje*”.³⁴⁵ El «aviso», explica Conchita, es una excepcional gracia de conversión: una experiencia muy fuerte, pero para el bien de las almas. “*Vendrá muy bien para los que no se desesperen pues será para nuestra santificación*”.^[121] Hacia el final de *las apariciones*, el 1 de enero de 1965, Conchita reitera toda esta explicación, hablado con seguridad: “[El «aviso»] vendrá ciertamente y *antes del milagro*; pero en día y hora que nadie sabe. Su hora, probablemente, será una hora de misteriosas tinieblas. En esa hora, no habrá más refugio y consuelo que *la oración*”.^[122]

«El Castigo»

«*Una hora de misteriosas tinieblas*»: así describe la aparición las circunstancias en que se dará el triple anuncio de Garabandal; las circunstancias que precederán, en

concreto, al «*aviso*».^[123] Mari Loli ilustra esta enigmática «*hora*» al explicar lo que vio la noche del 19 de junio de 1962, conocida junto con la del día 23 del mismo mes como *la noche de los gritos*. En esas dos noches, *las videntes* fueron instruidas acerca del anuncio profético de Garabandal: el «*aviso*» y el «*castigo*». Su reacción fue de verdadero pavor. El párroco, don Valentín, recogió entre sus notas que aquella noche (19.VI.1962) “*a las niñas se les oyó llorar mucho*”.³⁵⁷ Y una mujer, Eloísa de la Roza Velarde, recuerda que aquellas noches:

"Las niñas daban uno gritos impresionantes... y decían: «*¡Espera! ¡Espera!... ¡Que se confiesen todos!... ¡Ay!... ¡Ay!...*» La gente empezó a pedir y pedirse perdón públicamente...”^[124]

Las notas de don Valentín dicen que el 19 de junio, la impresionante aparición *acabó como a las dos de la madrugada*. Las niñas dijeron entonces que ellas se quedaban allí toda la noche en oración. Y muchos decidieron quedarse con ellas. Entre ellos, Eloísa, que escribe:

“Creo que nadie se movió; estuvimos rezando con ellas hasta las seis de la mañana [don Valentín dice que se rezaron unos cuantos rosarios]. A esa hora (con la primera luz del día), el P. Larrazábal -franciscano- se fue para la iglesia, siguiéndole todo el pueblo. Y empezó el desfile de confesiones... Se confesó todo el pueblo; y, al parecer, fueron confesiones de una sinceridad y arrepentimiento verdaderamente extraordinarios”.

Conchita también lo refiere: “*cuando el anuncio del Castigo -se refiere a estos mismos sucesos-, se confesó todo el pueblo*”. Este buen desenlace habla sin duda en favor de la impresionante experiencia de la noche anterior.

Si después del *Milagro* el mundo no cambia, vendrá *un castigo*:

“El Castigo -dice Conchita-, si no cambiamos, será horrible. Nosotras, Loli, Jacinta y yo, lo hemos visto; pero yo no puedo decir en qué consiste, porque no tengo permiso de la Virgen. Cuando lo vi, sentí un grandísimo temor, ¡y eso que estaba viendo al mismo tiempo a la Virgen en toda su belleza e indescriptible bondad!... La Virgen me ha dicho que Jesús no mandaba el castigo para fastidiarnos sino para reprendernos de que no le hacemos caso y por ayudarnos”.^[125]

Loli, tras la llamada primera noche de los gritos, el 19 de junio de 1962, copió una nota de la que se han conservado abundantes copias autógrafas de la vidente. La insistencia de la niña en el texto subraya la importancia de su contenido:

“La Virgen nos ha dicho que no esperamos el castigo pero sin esperarlo vendrá porque el mundo no ha cambiado y ya lo ha dicho con esta dos veces y no la atendemos porque el mundo está peor y hay que cambiar mucho y no ha cambiado nada. Preparaos, confesad, que el castigo pronto vendrá y el mundo sigue igual y lo digo que el mundo no ha cambiado nada que pena que no cambie pronto. Vendrá el castigo muy grande si no cambia.

María Dolores Mazón”.^[126]

Durante las dos estremecedoras noches de los gritos, las pequeñas vieron el castigo. No les fue revelada la fecha en que ocurriría y ni siquiera recibieron permiso para dar a conocer lo que vieron. Sin embargo, desde entonces insistieron con urgencia renovada en que la venida de la Virgen requería nuestra respuesta. El fin de todo lo de Garabandal, incluido este triple anuncio, era la conversión de los corazones: la vuelta a Dios.

Con todo, la palabra «*castigo*» ha suscitado a veces sospechas. Debe entenderse bien

y es que este término “aparece 62 veces en la Biblia (y [el verbo] «castigar» 90 veces)”.^[127] Este *castigo* de que habla la Escritura tiene un sentido unívoco y claro: se trata de una “pena medicinal, no vindicativa; [esa pena o castigo] nos salva -escribe el biblista Manuel Iglesias- por estar dictada por un amor infinito ofendido: reparamos la ofensa restituyendo lo robado; nos purificamos; nos volvemos a Dios”.^[128] *Castigo* es, por tanto, una categoría bíblica y teológica indiscutible (Cf. Job 5,17; 1Cor 11,29-30; Heb 12,5-11). “El verdadero amor -explica Joseph Ratzinger- no consiste en ceder siempre, en ser blando, en la mera dulzura. En ese sentido, un Dios dulcificado que dice a todo que sí,... no es más que una *caricatura* del verdadero amor. Porque nos ama, Dios debe oponérsenos cuando nos perdemos a nosotros mismos”.^[129] Éste es el contenido del *castigo* en Garabandal; siguiendo a la Biblia, no se *caricaturiza* el amor de Dios. Con claridad y sencillez, las apariciones subrayan esta misma doctrina: que el pecado crucifica a Cristo y, como desamor, como ofensa voluntaria a Dios, exige una pena.³⁴⁹

Y, a decir verdad, en Garabandal el castigo es «condicionado». Se ofrece una salida: “... y si no lo hacemos, nos vendrá un castigo. Ya se está llenando la copa, y si no cambiamos, nos vendrá un castigo”.^[130] La conversión del corazón elimina el castigo. Dos veces se insiste en esa *provisionalidad* en el breve texto del primer mensaje. Y la condición impuesta es absolutamente *evangélica: la conversión*. Por otro lado, son muchas las apariciones marianas actuales que hablan de *castigo*.^[131] Entre ellas Garabandal destaca por la universalidad de su profecía: “según las *videntes*, Nuestra Señora pidió a Dios venir a Garabandal como último remedio para evitar o atenuar el Castigo”.^[132] Si el mundo cambia después del *Aviso y el Milagro, el Castigo* no vendrá. Y al contrario, “si no cambiamos”, entonces “no esperamos el castigo, pero sin esperararlo vendrá, si no se deja de ofender a Dios”.^[133]

Respecto a la fecha en que tendrá lugar este anuncio del aviso, el milagro y el castigo, la visión volvió a distinguir a la mayor de las niñas dentro del grupo de las cuatro videntes: Conchita fue la única a la que fue revelado el tiempo en que todo esto sucedería. Ella debía anunciar el día del milagro a todo el mundo ocho días antes de que sucediera. Este anuncio -le dijo la visión- lo darás “para que la gente venga”. Y es que sería una gracia para la que los corazones debían disponerse. En una locución de 1963 Conchita preguntó a Jesús el porqué de este gran fenómeno: «¿Para qué viene el milagro? -preguntó la joven- ¿Para convertir a mucha gente?» Y Él me contestó: «Para convertir al mundo entero». Con todo, por las palabras de los éxtasis en que se habló sobre esta enigmática fecha, se intuye que este día debía ser muy lejano, pues Conchita pregunta: “... ¿Y cuándo [será ese milagro]?... ¿Tan luego?...”. Ese «tan luego» resulta inequívoco y hace referencia a un compás de espera que viene siendo desde entonces motivo de división entre escépticos y partidarios de las apariciones. Para todos, sin embargo, el anuncio del gran milagro significaba un claro indicio del final del largo proceso de Garabandal. Con el milagro a la vista, bien se podía ir pensando en el final de las apariciones; porque, desde luego, a nadie se le ocurría pensar que todo aquello pudiera seguir así indefinidamente.

De hecho, casi al mismo tiempo en que llegaba la noticia del milagro -en septiembre de 1962- ya una de las videntes, Mari Cruz, la más pequeña, perdió la asiduidad de los éxtasis. Se sabía que en Santander, el Obispo estaba preocupado; aquel inagotable río de peregrinos de todo el mundo, la creciente expectación, que en ocasiones se mostraba morbosa, daba mucho que pensar en la capital. Por eso el Obispo, mirando al peso de su responsabilidad como Pastor, se daba cuenta de que no podría permanecer mucho más tiempo en la sombra. Su desconfianza era notoria. Todo hacía pensar que un pronunciamiento suyo traería pronto graves tensiones a la aldea.

XV

La primera crisis

«*El Concilio será un éxito*»

Efectivamente, así sucedió al acercarse la fecha de la inauguración del Concilio, el 11 de octubre de 1962, en Garabandal se oyó por primera vez hablar a las niñas del gran acontecimiento en un éxtasis. Las niñas venían oyendo hablar de ello en los medios y en la Iglesia como un acontecimiento importante; sin embargo, los comentarios que se les oyeron durante aquel éxtasis ya no eran tan fáciles de prever. Don Valentín Marichalar refiere en sus notas, que fue Conchita la primera en escuchar a la Virgen hablar sobre el Concilio. Esto sucedió en la madrugada del 26 de septiembre de 1962, dos semanas antes de la solemne ceremonia de apertura:

"... Y cuando a esa hora un sacerdote -había cinco extradiocesanos- estaba rezando el Ángelus, la niña cayó de rodillas, dando a besar el crucifijo primero a todos los sacerdotes. Salió por el pueblo, fue al Cuadro...; duró como una hora. Se le oyó decir algo acerca del Concilio".

Las palabras recogidas de la vidente en ese momento permiten intuir el tenor del comentario de la Señora:

"El Concilio -dijo Conchita-, ¿es el más grande de todos?... ¿Será un éxito?... ¡Qué bueno! ¡Así te conocerán mejor, y estarás más contenta!"

La alegre exclamación de Conchita parece escapar de sus labios más como un eco de lo que ella escuchara que como propias palabras. La niña parece estar repitiendo una instrucción que la movía a amar el don de la Jerarquía para toda la Iglesia, pero en concreto y especialmente, el acontecimiento del Concilio. Del texto, por lo demás, resalta una profecía que en aquel momento estaba lejos de estar asegurada: «*El Concilio será el más grande de todos... y tendrá éxito*». En septiembre de 1962 esto no era decir poca cosa. Esto quedaría de manifiesto muy poco tiempo después, el 29 de octubre de 1963, con una votación sobre el documento mariano que iba a demostrar que el aula conciliar estaba prácticamente dividida en dos: aquel día, cuando se hizo el recuento de votos hubo 1114 a favor de poner el documento de la Virgen al final de otro y 1074 en contra, pidiendo que este importante tema tuviese un documento propio. Los comentaristas refieren esta votación como la expresión más clara de que "el Concilio estaba partido en dos -El Concilio era spaccato-".^[134] Dos facciones tan fuertes como opuestas entre sí debían trabajar juntas. Habían votado 2188 padres y la mayoría exigida era de 1097. El documento mariano fue reducido a un capítulo de la *Lumen Gentium*: la propuesta había prosperado con un margen de 17 votos. Otros hechos hablaban de la inestabilidad del evento hasta el punto de que, en junio de 1963, a la muerte del Papa y

promotor del Concilio, San Juan XXIII, muchos pensaron que había llegado el final del Concilio. Ningún otro Papa querría verse en medio de semejantes tensiones. Hoy, sin embargo, mirando hacia atrás, es un hecho: las palabras de la Señora al anunciar un éxito entonces incierto se cumplieron totalmente:

“El Concilio -transcribe Laffineur- será el más grande de todos... Tendrá un éxito extraordinario”.

Esta grandeza auspiciada concuerda plenamente con todos los ámbitos del Concilio: desde sus documentos hasta los hechos más accidentales. Las cifras hablan por sí solas: el Primer Concilio de Nicea (año 325) es conocido como «*el Concilio de los 318 padres*». El Primero de Constantinopla (año 381) fue ratificado por unos 150 obispos. En Calcedonia (año 451) las actas fueron firmadas en la última sesión por 452 padres. En Trento, la sesión más concurrida, la XXIII (15.VII.1563), contó con 232 asistentes, cifra además extraordinaria para Trento, pues la situación política del momento impidió que durante largas temporadas se reunieran más de 60 o 70 padres. En fin, en el Vaticano I participaron unos 700 obispos. Pues bien, sumando los padres de todos los grandes Concilios aquí citados no se alcanza aún la cifra de los padres que participaron en el Vaticano II: en este Concilio llegaron a darse cita hasta 2.625 padres.^[135]

Respecto al número y amplitud de documentos sucede lo mismo. No nos detenemos. En todas las cifras, el Vaticano II supera absolutamente a todos los concilios anteriores. De estos datos poco o nada podía intuir la pequeña aldeanuca cántabra antes de iniciarse el gran acontecimiento. Así se entiende que la respuesta que recibió Conchita de su interlocutora es hoy una profecía cumplida: el Vaticano II fue el Concilio «*más grande de todos*». Aquí se descubre, además, la devoción de las niñas, que guiadas por la aparición, siguieron con emoción las escasas noticias que llegaban a la aldea.

Entre los peregrinos de Garabandal, con el tiempo llegarían también algunos tradicionalistas. Estos pretendieron apropiarse de las apariciones para justificar sus posturas radicales de condena del Papa y el Concilio. Sin embargo, esto fue del todo imposible. Las apariciones se manifestaron en clara y estrecha afinidad con el gran evento eclesial. De hecho, los mensajes de Garabandal repiten y aclaran los mismos contenidos de los documentos conciliares con gestos y palabras muy sencillas. Asimismo, la coincidencia de fechas es también muy significativa: el Concilio fue publicado solemnemente por San Juan XXIII el día de Navidad de 1961. En el *Mensaje Urbi et Orbi* del 25 de diciembre de 1961, el Pontífice afirmó: “Sí, queridos hijos, sí. El Concilio Ecuménico Vaticano II ha sido publicado esta mañana mediante la Bula *Humanae salutis*”. Para esta fecha, las apariciones se venían sucediendo ya desde hacía casi seis meses en la lejana aldea, desde el 18 de junio del mismo año. Después, la fecha de inauguración del Concilio fue el 11 de octubre de 1962, en la Fiesta mariana de la Maternidad de María -trasladada hoy al 1 de enero-. En la aldea, un nuevo gesto unió una vez más las apariciones al gran acontecimiento. La noche anterior, lejos de la Ciudad Eterna, Garabandal se mantuvo en vela. José Ramón García de la Riva estaba allí presente. El sacerdote asturiano relata en sus *memorias* lo sucedido:

“La noche del 10 al 11 de octubre la pasé totalmente en vela en la cocina de Conchita -parece que la niña

había tenido una llamada pues todos esperaban la aparición-. En un momento dado, ella dijo: “ *A ver quién acierta cuándo va a venir la Virgen...* ” Todos fueron dando su hora; también Conchita dio la suya; yo dije que sería a las ocho de la mañana, porque a esa hora comenzaría el Concilio... Las horas de todos fueron quedando atrás, también la de Conchita; y todos fueron cediendo al sueño, algunos incluso se fueron a dormir. Yo me comprometí a seguir despierto, con intención de avisar a los demás, cuando el éxtasis de la niña se produjese. y la verdad es que esa noche a mí no me llegaba el sueño... Funcionaba el transistor de Conchita, y cuando empezaba a retransmitir la solemne ceremonia de la inauguración del Concilio, con la procesión de los Padres conciliares, me di cuenta de que la niña acababa de entrar en éxtasis: el trance, según mis previsiones, había coincidido exactamente con la hora del Concilio...”

En fin, cuatro años después, el 8 de diciembre de 1965, el Concilio fue clausurado solemnemente cuando no hacía todavía un mes que la Virgen se había despedido de Conchita, el 13 de noviembre. Los fenómenos de Garabandal, adelantándose levemente, coincidían visiblemente con las principales fechas del Concilio entre los años 1961 y 1965.

Prohibición de peregrinar

Nota Oficial de 7 de octubre de 1962

Desde enero de 1962, un nuevo Obispo, Mons. Eugenio Beitia Aldazábal, ocupaba la sede de la Diócesis de Santander. El nuevo Prelado veía que las apariciones eran ya un fenómeno mediático que atraía a peregrinos de toda España y, en no menor número, también del extranjero. Veía además que los pronunciamientos de su predecesor no habían dado aún un juicio claro sobre los sucesos, a pesar de que la comisión se había pronunciado ya en contra. Ahora, durante su mandato, Mons. Beitia pidió un nuevo informe. Pasado ya el primer periodo de apariciones, había llegado el momento de evaluar definitivamente el asunto que, por lo demás, tan claro se mostraba para la comisión. Por fin, el 4 de octubre de 1962, llegó el esperado documento. Tan alarmante resultó su lectura que Mons. Beitia se sintió obligado a pronunciarse apenas tres días después de recibirlo, el 7 de octubre de 1962. Esta tercera Nota Oficial resultaba demoledora. El Obispo se pronuncia de forma definitiva:

“La Comisión especial -escribe Mons. Beitia-, que entiende en los hechos que vienen sucediendo en la aldea de San Sebastián de Garabandal, nos ha remitido el correspondiente informe, con fecha 4 de octubre del año en curso. Se ratifica la citada Comisión en sus anteriores manifestaciones, juzgando que tales fenómenos CARECEN DE TODO SIGNO DE SOBRENATURALIDAD y tienen una explicación de carácter natural”.

[\[136\]](#)

Además de esto, amparándose en los citados informes de la Comisión, Mons. Beitia consolida las disposiciones disciplinarias dadas por su predecesor:

“PROHIBIMOS A TODOS LOS SACERDOTES, tanto diocesanos como extradiocesanos y a todos los religiosos aún exentos, el concurrir al mencionado lugar, sin expresa licencia de la autoridad diocesana.

REITERAMOS A TODOS LOS FIELES la advertencia de que deben abstenerse de... acudir a la citada aldea”.

El año anterior, en su primera Nota (26.VIII.1961), Mons. Fernández había hablado

diciendo: “DESEO que los sacerdotes... se abstengan por ahora de acudir”. La segunda Nota del Administrador Apostólico, en octubre de 1961, decía ya: “DEBEN los sacerdotes abstenerse...” Ahora, en 1962, Mons. Beitia lo rubricaba ya como una prohibición formal. La nueva Nota supera en claridad y firmeza a las anteriores: no solo negaba la sobrenaturalidad, sino que afirmaba que los fenómenos “tienen una explicación de carácter natural”. Expertos en ciencias médicas, teológicas y de otros ámbitos llevaban tiempo analizando los sucesos con perplejidad y sin hallar respuesta. Por eso, médicos y teólogos como el Dr. Puncernau, Ortiz, Gasca, San Juan, Apostolides, Alba o Andreu, coinciden en preguntarse sobre esta citada «explicación natural»:

“¿Cuál era esta [explicación]? [En la Nota] no se explicaba”.

Con esta pregunta, el mariólogo Félix Ochayta manifiesta la duda de conciencia de tantos expertos en 1962, ante la Nota de Mons. Beitia. Y es que el Comunicado Oficial no ofrecía explicación alguna sobre unos sucesos que habían convencido a miles de personas, incluyendo expertos de ámbitos tan diferentes. La Nota, sin ofrecer argumentos, explícitamente aseguraba fundarse sobre los informes de una Comisión cuyo trabajo había quedado en entredicho a cuantos la habían visto trabajar en la aldea. Irregularidades claras que ya vimos, como por ejemplo, hacer firmar en blanco a Conchita su declaración, el 3 de agosto de 1961 en Santander (Cf. cap. VIII). Releer la Nota Oficial a esta luz resulta desconcertante, pues el documento no hace referencia a más argumentos ni otra base fuera de los informes de este desacreditado equipo. Hoy, conocemos sobradamente aquellas irregularidades. En aquel momento todo fue mucho más difícil. Por eso, ante la Nota publicada, muchos abandonaron Garabandal y dejaron de acudir a la aldea. Teológicamente hablando, las apariciones quedaban en un *quasi-entredicho* episcopal. Sin embargo, en medio de estas difíciles circunstancias, contra lo que cabía esperar, los fenómenos siguieron su rumbo acostumbrado. Y cuatro días después de publicarse la Nota de Mons. Beitia, el jueves 11 de octubre Conchita caía en éxtasis a las 8 en punto de la mañana. Era la hora en la que comenzaba en Roma la Ceremonia de Apertura del Concilio:

“Cayó de rodillas -escribe don Valentín-, dando a besar el crucifijo primero a todos los sacerdotes [había cinco]. Salió por el pueblo, fue al Cuadro...; duró como una hora”.

Las niñas respetaban las disposiciones oficiales. De hecho, los siguientes éxtasis manifestaron una especial cercanía hacia la Jerarquía en varias ocasiones, especialmente en el Concilio. Así, el 11 de octubre tuvo lugar un éxtasis del que ya hemos hablado. Esta visión de Conchita comenzó a la misma hora en que se iniciaba la Ceremonia de Inauguración del Concilio en Roma -a las 8 de la mañana del 11 de octubre de 1962. José Ramón García de la Riva estaba en Garabandal:

“El trance... había coincidido exactamente con la hora del Concilio... Pero no fue únicamente este magno acontecimiento el que estuvo presente en aquellos minutos de comunicación con el cielo. Al acabarse los mismos, se le preguntó a la vidente si ella había preguntado algo a la Virgen, y dijo que sí, que le había preguntado *por qué el señor obispo había dado aquella nota que venía el día antes en el*

periódico.

-¿Y qué contestó la Virgen? -le preguntaron-

-*La Virgen no contestó; se limitó a sonreír*".

Solo podemos intuir algo del significado de aquella callada respuesta. La suave sonrisa de la Señora transmitía calma: parecía así una llamada a la confianza y la esperanza, a la fe y la espera pacientemente en la providencia. Tras la nota del 7 de octubre de 1962 los fenómenos continuaron en los meses siguientes como hasta entonces: marchas extáticas con espectaculares y veloces subidas a los Pinos, descensos de espaldas con el rostro vuelto al cielo, por las calles, en las casas, oraciones ante el cementerio, besos de objetos religiosos, etc. Muy pronto, la madrugada del 25 de noviembre de 1962, un éxtasis volvió a hacer referencia al gran milagro anunciado en septiembre. Conchita lo explicó aquel día tras el éxtasis:

“[La Virgen nos dijo del milagro que] sería a las ocho y media de la tarde, como en la primera aparición; que tendría la duración de un cuarto de hora; que se vería en el cielo, y tan claro que no habría duda de que venía de Dios; que sanarían los enfermos que subieran ese día con fe”.

Ante el escepticismo creciente por los últimos acontecimientos, muchos se alejaban. Subrayando su amor hacia la Jerarquía y el Concilio y llamando la atención sobre el milagro prometido, las apariciones parecían estar firmando su despedida.

El final de los éxtasis

A comienzos de enero de 1963, las apariciones seguían con la misma fuerza y vigor que al principio. Es verdad que Mari Cruz había dejado de ver a la Virgen desde septiembre de 1962, algunos meses atrás. Pero las otras niñas seguían viéndola con asiduidad.

Don Valentín comenta uno de estos días, el 3 de diciembre de 1962:

«Hoy nos hemos fijado especialmente en su manera de andar. Se observa una total sincronización de movimientos. Las tres llevan perfectamente el paso, al modo de un desfile militar; sólo pierden el ritmo cuando han de sortear algún obstáculo difícil o en las raras ocasiones en que tienen un tropiezo, pero inmediatamente lo recuperan. Esto llama más la atención en Loli, que por tendencia natural camina con pasos más cortos que las otras dos, quizá porque es algo más pequeña. Este día, Conchita salió del éxtasis antes que las otras dos 1, y se observó que, mientras estas últimas continuaban con el paso rítmico, perfectamente sincronizado, Conchita empezó a caminar a su aire. También hubo este día otro detalle curioso: siempre habíamos visto que cuando marchaban las tres juntas en éxtasis, Conchita ocupaba infaliblemente el centro; hoy no ha sido así, ella ocupó constantemente un puesto lateral: Jacinta iba en el centro, Loli a su izquierda y Conchita a la derecha».

La madrugada del 6 de diciembre, hacia las cinco y media de la mañana, Conchita tiene un éxtasis que se prolonga durante una hora y media. La Virgen le habla del milagro:

1) “Un día -relata Conchita-, poco antes de que el milagro se produzca, ocurrirá algo que traerá como consecuencia que mucha gente deje de creer en las apariciones de Garabandal; tales dudas o deserciones no se deberán al excesivo retraso del milagro.

2) El día del milagro desaparecerá la nota que ella, Conchita, dejó firmada en Santander negando las apariciones.

El 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada, día del *santo* de Conchita, a las tres de la mañana, la niña tuvo un éxtasis. Se recogió en magnetófono parte de lo que ella decía en diálogo con la aparición. Algunas cosas son de un sorprendente infantilismo, si tenemos en cuenta sus trece años bien cumplidos. Por ejemplo, y a propósito del Niño que esta vez debía de traer la Virgen: “*Hoy me trajeron un niñín, que no se parece a ése que traes Tú... Pero ¡cuánto hace que no venías con el nene! ¡No ha engordau [sic] nada! ¡Mira, está igual que estaba... ¿Onda ha estao [sic]? ¿Onda ha estao?... ¡Ah!... Cuando no viene el nene, ¿dónde está posao [sic]? ¿En el cielo? ¿En alguna cuna?... ¡Halá! Pero Tú no puedes estar aquí y allí! Mira que...*” Y junto a estas expresiones tan infantiles se oyeron también referencias al milagro: “*Tengo unas ganas de que llegue ese día, pa decilo [sic]... ¿Sabes por qué tengo ganas de que llegue ese día? La gente no lo cree... ¡Ah! ¿Después vendrá el milagro, cuando no crea casi nadie?... ¿Una semana bastará?... La gente, ¿cuándo te verá?*”. El tema del milagro es algo que llena el ambiente de Garabandal a finales de 1962. Las notas de don Valentín, que acaban precisamente por estas fechas, dan casi como último dato: “Este día 15 de diciembre, Conchita dijo a Mercedes Salisachs [la conocida escritora de Barcelona], que un señor, totalmente paralítico, se curará el día del milagro, esté donde esté”.^[137]

Las apariciones parecían seguir adelante en su curso habitual. Sin embargo, el 13 de enero de 1963, Jacinta y Loli tuvieron de repente su última visión de la Señora. Siete días después, el 20 de enero, Conchita anota en su *Diario* que también ella perdió de pronto la asiduidad de las apariciones de la Virgen. Las circunstancias de este cambio inesperado en el curso de las apariciones son complejas. En cualquier caso, parece que entre las niñas surgieron en estos días por primera vez algunas diferencias como no las había habido nunca desde el comienzo de las apariciones. Así, en estos primeros días de enero esta tensión les hizo dudar sobre las apariciones. Pero no dudaron al perder las visiones. Fue más bien al contrario. Jacinta lo ha comentado a veces: Loli y ella negaron sus visiones el mismo día 13 de enero de 1963, después de haber visto a la Señora. Ese día, las niñas comenzaron a poner en duda, a desconfiar de cuanto les había sucedido. La Virgen había anunciado aquellas negaciones desde el principio. No debía pues sorprender ni a las niñas ni a los fieles aquella prueba. Con dolor lo recordarían ellas después, al ver que la Señora de algún modo se despidió para siempre de ellas. Y es que, si bien volverían a escucharla en las locuciones, en aquellos días la Señora *pareció* marcharse de repente y sin despedirse: como *a la francesa*. Ni Jacinta ni Loli volvieron a verla ya más después de este día. Conchita, que sí volvería a verla, también habla con dolor de este periodo de dudas y contradicciones:

«A nosotras cuatro... al principio de todo, nos había dicho la Virgen que nos íbamos a contradecir unas con otras, que nuestros padres no andarían bien y hasta que habíamos de negar el que hubiéramos visto a la Virgen y al ángel... Y en el mes de enero del año 1963, ha pasado todo esto... Nos hemos llegado a contradecir unas con otras, y hasta hemos negado que habíamos visto a la Virgen. Incluso un día lo hemos ido a confesar.

Pero en nuestro interior estábamos en que el ángel y la Santísima Virgen se nos habían aparecido, porque habían traído a nuestras almas una paz y una alegría interna, y muchas ganas de amarlos más con todo el

corazón, porque la sonrisa y el habla y lo que nos decían, nos hacían quererlos, amarlos mucho más y entregarnos completamente a ellos.

Nosotras, cuando lo hemos ido a confesar... fue porque el párroco nos dijo que fuéramos a confesar. Y nosotras, no sé cómo fue, pues... dudamos un poco (de la verdad de lo que habían visto); pero un dudar de una forma que parecía el demonio, que quería que negáramos a la Virgen. Y luego, a nuestros padres les hemos dicho que no habíamos visto a la Virgen; pero que las «llamadas» y el milagro de la sagrada forma, que si era cierto. Yo, en mi interior, me quedaba extrañada de decir esas cosas, cuando en mi conciencia estaba completamente tranquila [segura] de que había visto a la Santísima Virgen. Y el párroco, don Valentín Marichalar, nos echó diez rosarios y cinco padrenuestros de penitencia. Y la Virgen, después de decir nosotras esto, a los pocos días se nos volvió a aparecer”.

Parece que esto no sucedió exactamente así. Después de enero de 1963, los fenómenos siguieron, pero de forma diferente. Comenzaba un nuevo periodo: el de las locuciones. Estas solo tuvieron lugar para tres de las niñas: Jacinta, Loli y Conchita.^[138] De momento, esta prueba espiritual hizo entrar a las apariciones, a las videntes, a familiares y peregrinos, en un periodo nuevo. Sin la compañía cotidiana de lo extraordinario, iba a ser probada la fe de los fieles; y, sobre todo, su capacidad de acoger y vivir el mensaje dado por la Señora.

Las locuciones: marzo de 1963 - diciembre de 1964

Las negaciones de enero de 1963 fueron débiles y momentáneas. Sin embargo, con ellas terminaban las apariciones, al menos de momento. A partir de marzo, las apariciones de la Señora fueron sustituidas por locuciones interiores. Pudiera parecer que era una gracia menor. Enseguida veremos que no fue así. La primera locución de la que Conchita deja constancia sucedió en marzo de 1963, cuando ella más estaba dudando del milagro anunciado: “Un día -escribe ella-, estando en mi habitación, dudando de si vendría el milagro, oí una voz que me decía: «*Conchita, no dudes de que mi Hijo hará un Milagro*»”. Las locuciones, desde entonces, se sucedieron para Conchita y Mari Loli. Aunque no fueran tan frecuentes como los éxtasis del periodo anterior, en ellas continuó la instrucción de las niñas. Algunas provenían de Jesús, pero habitualmente eran de la Señora. A veces en forma de largas confidencias, las locuciones sostuvieron a las pequeñas en este oscuro periodo. De hecho, Conchita manifestó siempre predilección por las locuciones: “Esta voz -escribe Conchita- la sentí en mi interior, pero tan clara como si fuera con los oídos, mejor aún que si fuera con palabras, me dejó una paz y una alegría tan profunda, mayor que cuando veía a la Virgen”. Y en marzo de 1965 añadía: “Me gusta mucho ver a la Virgen; pero me gusta más que me hable interiormente, porque parece estar dentro de mí”.

La Teología Mística sostiene esta predilección; y es que en el genuino éxtasis la intensidad tan grande de la unión mística hace que el pobre cuerpo no pueda resistir la experiencia y quede como en suspensión. Esta suspensión, que tiene mucho de exterior y espectacular no es, sin embargo, más que una flaqueza corporal. Esta flaqueza -según Royo-Marín- “desaparece en las altas cumbres de la unión transformativa, cuando el alma está ya acostumbrada a recibir estas fuertes comunicaciones divinas sin que el

cuerpo caiga en el desfallecimiento extático”.^[139] Como dice Santa Teresa, “*es un hablar sin palabras, que es el lenguaje de la patria*”.^[140] Las locuciones de Garabandal no parecen *locuciones formales*, ya que estas comunicaciones, como explica Garrigou-Lagrange, “no quitan al alma la repugnancia y dificultad, antes la ponen mayor”. Las de Garabandal, en cambio, “imprimen sustancialmente en el alma aquello que significan”.^[141] Un solo ejemplo: “«Conchita, no dudes de que mi Hijo hará un Milagro»... me dejó una paz y una alegría tan profunda, mayor que cuando veía a la Virgen”.^[142] Se trata, como enseña San Juan de la Cruz, de locuciones *sustanciales*, ya que en ellas: “ni tiene el alma qué hacer, ni qué querer... en obrar lo que ellas dicen, porque estas palabras sustanciales nunca se las dice Dios para que ella las ponga por obra, sino para obrarlas en ella”.^[143] Las videntes estaban siendo guiadas por medios absolutamente extraordinarios.

Así, el 3 de junio de 1963, la Virgen habló a Conchita revelando un evento muy concreto: las circunstancias en que tendría lugar el aviso y el milagro. Añadía, además, la Señora, un plazo para el cumplimiento de esa profecía. La locución se dio con ocasión de la muerte del Papa San Juan XXIII. Ese día, 3 de junio, al repicar las campanas confirmando la esperada noticia de la muerte del anciano Pontífice, los vecinos se congregaron en la iglesia para rezar por su alma. Conchita estaba con su madre y su tía Maximina en casa cuando comenzó el toque fúnebre. En carta a la familia Pifarré (20.XII.1962), Maximina transcribe la conversación que tuvo lugar a continuación entre Conchita y su madre:

“«Escuche -dijo Conchita-: ¡Tocan las campanas!» «Será por el Papa» -respondió la madre-. «Seguramente... Pues, ¡ya no quedan más que tres!» Aniceta levantó sorprendida la cabeza: «¿Qué es lo que estás diciendo?» «Lo que oye. Que ya sólo quedan tres Papas... Me lo ha dicho la Virgen». Aniceta reaccionó: «Entonces, ¿quiere decir que viene ya el fin del mundo?» «La Virgen no me dijo ‘fin del mundo’, sino ‘fin de los tiempos’». Desconcertada por lo que oía, Aniceta volvió a preguntar: «¿No es lo mismo?» Pero la niña ya no tenía más respuestas: «Pues no lo sé»”.

Algún día después, de camino a la iglesia para participar en una misa de funeral ofrecida por el alma del difunto Pontífice, Conchita repitió el mismo aviso, esta vez junto a su madre y su tía Maximina, estaba también la mujer del Dr. Ortiz de Santander, doña Paquina de la Roza Velarde:

“«La Virgen me lo dijo -aseguró Conchita-: ‘Después de este Papa [Juan XXIII], ya solo quedan tres; y después, el fin de los tiempos’». «¿Quieres decir -le repusieron- que viene ya el fin del mundo?». «A mí la Virgen me dijo ‘fin de los tiempos’». «¿No es lo mismo?» «Pues no lo sé»”.

En términos similares se expresaría la vidente años después en Burgos. Allí, en 1967, fue interrogada por su confesor, don Manuel Guerra Gómez: “Cuando le pregunté a Conchita qué entendía por *fin de los tiempos*, replicó: «¿Lo sabe usted?» «No» -respondí-. «Pues yo tampoco» dijo ella, añadiendo: «Pero la Virgen lo dijo»”.^[144] Expresamente desvinculaba la Señora los términos «fin de los tiempos» y «fin del mundo»: “El fin de los tiempos, que no es el fin del mundo –escribe Guerra-”. Sin embargo, no explicaba la distinción. El «*después*» del anuncio no hacía referencia a un cambio instantáneo. Como suele suceder en la profecía bíblica, no es posible ni sano

tratar de descifrar *los tiempos* marcados por Dios: “[Estos] pueden ser descifradas solo a *posteriori*”.^[145] El sentido de la profecía cristiana, como explica aquí el Card. Ratzinger, es transformar los corazones, y aunque para ello se sirva de eventos futuros, no trata de predecirlos: se sirve de ellos para instruir y preparar las almas. Esto mismo estaba sucediendo en Garabandal: se daban indicios de grandes acontecimientos, pero no era posible establecer plenamente su sentido ni el momento exacto en que tendrían lugar.

El día de la muerte del Papa San Juan XXIII, el 3 de junio de 1963, se dio, según algunos, todavía un singular anuncio. Lo relata un peregrino alemán presente aquel día en la aldea: Albrecht Weber. Weber, que más tarde reuniría sus investigaciones y confidencias en el libro *Garabandal: Der Zeigefinger Gottes* (1993). Albrecht estaba precisamente en casa de Conchita cuando su madre volvió a interrogarla al volver de la iglesia. La madre estaba visiblemente agitada. De nuevo, la joven volvió a afirmar que cuando la Virgen dijo que “solo quedaban tres Papas”. Pero esta vez, escribe Weber, añadió: “Ella [la Señora] no contaba uno [de los próximos papas]”. La niña explicó que la Virgen no tenía en cuenta a uno porque “gobernaría la Iglesia por muy poco tiempo”. El dato sobre un Papa cuyo pontificado duraría “muy poco tiempo” suponía una nueva profecía que, de verse cumplida supondría un indicio más ofrecido por la visión: “Quince años más tarde, la muerte de Juan Pablo I en septiembre de 1978, tras un Pontificado de solo 33 días, parece haber aclarado el enigma”.^[146] Así lo afirma Manuel Guerra. Este nuevo anuncio sobre un breve pontificado cuenta con otros testimonios: en contra se sitúa Pierre-Jean Bocabeille, quien afirma que Conchita no sostiene este anuncio. A favor, en cambio, se sitúan los testimonios de Plácido Ruiloba Arias, quien, en junio de 1963, tras una conversación con Conchita, lo consignó entre sus notas - citadas después por Pérez-. También M. Nieves García lo sostiene. En fin, el argentino Santiago Lanús ha comprobado más recientemente la postura de la vidente sobre esta cuestión: “[Todo] esto que afirma el Sr. Albrecht Weber (testigo y amigo de Conchita)... está recientemente confirmado [en 2013] por Conchita en forma privada”.^[147] Sea como fuere -entre la llegada de Benedicto XVI en 2005 y la del Papa Francisco en 2013, se sitúa el gran cambio de que se hace mención en Garabandal. El propio Benedicto XVI - sin referirse propiamente a Garabandal- se expresó de forma absolutamente concorde con las apariciones en 2016. Respondía a una pregunta del periodista alemán Peter Seewald, en el libro *Últimas conversaciones*:

SEEWALD: “¿Se ve Ud. como el último Papa de una era antigua o como el primero de una nueva era?”

BENEDICTO XVI: Diría que estoy entre dos épocas.

S: ¿Como un puente, como una suerte de vínculo entre dos mundos?

B: Yo no pertenezco ya al mundo antiguo, pero tampoco el nuevo existe realmente aún.

S: ¿Es la elección del Papa Francisco quizá el signo externo de un cambio de época? ¿Comienza definitivamente con él una nueva era?

B: La división de la historia en épocas siempre se lleva a cabo a toro pasado; es entonces cuando se cobra conciencia de que la Edad Media comenzó en tal momento o la Modernidad en tal otro. Solo a *posteriori* se ve

cómo han transcurrido los movimientos. Por eso, no me atrevería yo ahora a afirmar tal cosa. Pero es evidente que la Iglesia está saliendo progresivamente del antiguo sistema europeo de vida y, en esa misma medida, adquiriendo otra figura, de modo que en ella viven ahora formas nuevas... Está en marcha un cambio de periodo histórico. Pero aún no sabemos a partir de qué momento puede decirse que ha comenzado lo nuevo”.

[148]

En sus palabras, ¿podría ser que el Papa emérito tuviera presente el mensaje de Garabandal? Ciertamente en sus palabras se encuentra una interpretación de gran valor a una expresión que permanecía sin explicación para muchos. De hecho, es incuestionable que el pontífice emérito conocía bien Garabandal ya que, en 1992, cuando era Prefecto de la CDF, firmó una carta fundamental para la historia de Garabandal que sigue vigente todavía en 2019. Esa carta fue publicada por primera vez en la tesis doctoral que precedió a este libro. Hablaremos de ella. De momento nos interesa tan solo recordar cómo en ella el Prefecto afirma explícitamente “haber examinado atentamente”^[149] el caso Garabandal. Esta expresión manifiesta el interés de Roma y de su Dicasterio en estas apariciones. Luego, en 2016, ya como Papa emérito, Benedicto se sitúa sin duda en consonancia con Garabandal; casi se puede decir que viene a explicar el sentido de uno de los contenidos más difíciles de las apariciones. En cualquier caso -lo tuviera presente o no-, está claro que el Papa emérito hacía suya en 2016 la profecía dada en Garabandal en 1963. Según sus palabras, se trata de una profecía cumplida: el fin de los tiempos es un hecho: “*Está en marcha un cambio de periodo histórico*”.^[150]

En medio de una tensión cada vez mayor, las locuciones tuvieron un papel decisivo para las videntes. Estas mociones internas vinieron a fortalecer a las niñas en la difícil misión que se les había confiado. El 20 de junio 1963 una locución especialmente larga permite comprender el tenor de este periodo. Jesús mismo habló a Conchita durante la acción de gracias por la comunión, en la parroquia de la aldea:

“Estando yo dando gracias a Dios y estando pidiendo cosas... le pedía que me diera una Cruz, que estoy viviendo sin ningún sufrimiento nada más que con el sufrimiento de no tener Cruz. Y Jesús, cuando yo se lo estaba pidiendo me contestó: «Sí, te daré la Cruz».

Y yo con mucha emoción le iba pidiendo más y le decía: «¿Para qué viene el milagro? ¿Para convertir a mucha gente?» Y Él me contestó: «Para convertir al mundo entero».

«¿Se convertirá Rusia?» «También se convertirá, y así todos amarán a Nuestros Corazones».

«¿Y vendrá después el castigo?» Y Él no me contestó.

«¿Por qué vienes a mi pobre corazón sin merecerlo?» «Sí no vengo por ti, vengo por todos».

En junio de 1962, Loli había recibido ya una primera mención a una realidad política: el *comunismo*. Ahora, la alusión a Rusia de esta locución suponía otra importante novedad. Sobre todo en ámbitos laicistas, estos dos excepcionales pasajes fueron señalados como claro indicio de que todo lo de Garabandal era parte de un programa ideológico, una maniobra de propaganda de política. Así, lo mismo que Fátima pues, según ellos adolece del mismo error, las apariciones habrían sido preparadas para manipular a un pueblo sencillo y creyente. Es la opinión, por ejemplo, de Julia Montilla

en 2013: “El programa franquista de consolidación del catolicismo condujo a la recuperación de la devoción mariana [a través de las apariciones de Fátima y Garabandal]”.^[151] Hay que decir que las dos menciones apenas citadas carecen de totalmente de cualquier tipo de desarrollo ideológico -tanto en Fátima como en Garabandal-. Más aún, en Garabandal, las niñas demostraron no comprender el significado de la palabra *comunismo*.^[152] Conchita lo demostró con una pregunta que sorprendió a la Directora del Colegio de las Concepcionistas en Burgos, Madre Nieves García, en 1966: “*Madre, ¿qué significa comunismo?*”.^[153] Esta pregunta es realizada en la intimidad de la dirección espiritual, cuando Conchita trataba de poner orden en su alma en el oscuro periodo de las dudas y las negaciones. Su pregunta hizo comprender a la religiosa que era la aparición quien había hablado de ello. Demostraba, desde luego, la total ignorancia de la niña acerca de la cuestión. Esto recuerda a Lourdes, donde, con otra expresión, «*Inmaculada Concepción*», Santa Bernadette había desconcertado totalmente al sacerdote que la interrogaba. Su párroco, Domènec Peyramale, al escuchar las palabras de la vidente, comprendió de inmediato que cuanto estaba pasando superaba con mucho la capacidad de la joven semi-analfabeta. Lo mismo sucedió en Fátima, de forma más cercana a Garabandal, pues se menciona igualmente a *Rusia*:

“[Los pastorcitos en Fátima] cuando después de uno de los éxtasis en los que hablaron con la Señora, comentaron entre ellos lo que la Virgen les había dicho, que «*Rusia extendería sus errores por el mundo*», Francisco sentenció que la Virgen se debía referir a la burra del tío Joaquín que se llamaba «*Rusa*». Lucía, la mayor de los tres, respondió afirmando que Rusia debía ser más bien el nombre de una mujer muy mala. Si la Virgen les hubiera querido aclarar lo que era Rusia, lo hubiera hecho. De momento era suficiente adelantarse maternalmente a prevenirnos de algo en esas fechas inimaginable, pues Rusia era una nación decrepita, gobernada por la corrupta administración de los *zares*, con poca influencia internacional y en la que todavía no había triunfado la *revolución comunista*. Era comprensible, por tanto, que a aquellos tres niños ni les sonara la palabra Rusia. ¿Y de qué errores de Rusia nos quiso prevenir la Virgen de Fátima? Sin duda de los errores del comunismo, la mayor tiranía del siglo XX, que más vidas ha segado, después de las leyes abortistas del siglo anterior y el actual”.

Efectivamente -como afirma un sólido estudio de la Universidad de Harvard- las víctimas del Comunismo en el mundo (en Rusia, China, Vietnam, Corea, Camboya, Cuba, Afganistán, etc.) superan los cien millones de personas.^[154]

“Pero -continúa Paredes- siendo graves las consecuencias de ese régimen totalitario como es la falta de libertad o la ausencia del Derecho en las relaciones humanas, todo eso sólo son las consecuencias de una causa fundamental: *el ateísmo*. En efecto, el ateísmo es la fuerza motriz que da vida y sostiene al marxismo. Y esto es exactamente lo que dice la doctrina marxista en Filosofía del Derecho, tomando prestada de Feuerbach una de sus tesis: «*La crítica de la religión tiene su meta en la doctrina de que el hombre es para el hombre el ser supremo*».^[155] Y ese es el error sobre el que se ha construido la mayor parte de nuestra cultura y de los sistemas políticos, error letal del que nos previno la Virgen de Fátima... La meta última del marxismo no era tanto acabar con las injusticias sociales como implantar el paraíso celestial en esta tierra, abrir los ojos de las alienadas gentes para que vieran que todo se debe resolver de tejas para abajo, porque según el marxismo «*la religión es el opio del pueblo*»”.^[156]

Paredes abre aquí una vía de comprensión de las palabras de Loli en Garabandal. Y es que no se detiene a señalar los errores del *comunismo*. Apunta una línea de lectura del anuncio de Fátima («*Rusia extenderá sus errores...*») en el marco de las ideologías contemporáneas. Hoy, según Paredes, se pretende “en lo fundamental lo mismo que

[pretendiera] el marxismo, aunque por distinto método. Pues si el marxismo propone que el progreso y el avance histórico se produce de un modo dialéctico, mediante el enfrentamiento y la lucha de clases, la ideología liberal-progresista pretende [hoy] implantar un materialismo radical en paz y armonía”.^[157] Paredes parece delinear las circunstancias de persecución en que se ha de dar el «*aviso*» de Garabandal. Pues, según él, puede perfectamente no ser un «*comunismo tradicional*», sino más bien de un desarrollo, una elaboración histórica de aquellos postulados.

Sorprende descubrir que el Cardenal Joseph Ratzinger expresó un parecer semejante al rechazar la opinión generalizada de que *el comunismo* sea una ideología superada. A raíz de la caída del muro de Berlín en 1989, la derrota del marxismo es un hecho. Sin embargo, como advertía el Cardenal en 1996:

“Cuando la política quiere ser redención, promete demasiado. Cuando pretende hacer la obra de Dios, pasa a ser, no divina, sino demoníaca”. “[Sin embargo] -sigue el Cardenal- La caída de esta esperanza [con la caída del muro de Berlín] trajo consigo una gran desilusión que aún está lejos de haber sido asimilada. Por eso, *me parece probable que en el futuro se hagan presentes nuevas formas de la concepción marxista del mundo*. De momento, quedó la perplejidad: el fracaso del único sistema de solución de los problemas humanos científicamente fundado sólo podía justificar el *nihilismo* o, en todo caso, el *relativismo total*”.^[158]

Según el Cardenal, no son posibles, sino más bien «*probables*» en el presente nuevas reediciones de la ideología marxista en la esfera internacional. Sin embargo, si bien la cuestión no puede ser desechada *a priori* como «*improbable*» -según Ratzinger-, tampoco resulta fácil vislumbrar de qué modo pueda realizarse. Así, -volviendo a Garabandal- conviene recordar que las visiones -como dijera el mismo Cardenal Ratzinger respecto de Fátima- “pueden ser descifradas sólo *a posteriori*”.^[159]

Volviendo a la locución de Jesús a Conchita del 20 de julio de 1963; en ella destaca el papel dado a la mayor de las videntes en las apariciones. Solo ella había protagonizado el milagro de la forma visible. Ahora, a partir de enero de 1963, solo ella volvería a ver a la Virgen y al ángel. En fin, solo ella recibiría en 1965 el segundo mensaje de Garabandal. Sin saber todo esto, ya en 1963, en la locución del 20 de julio, consultó Conchita sobre esta predilección que le venía señalando cada vez más:

«¿El milagro -pregunta la vidente-, va a ser como si yo sola fuera la que he visto a la Virgen?» Y Él me contestó: «Por tus sacrificios, tus aguantes, te dejo ser la intercesora para hacer el milagro». Y yo le dije: «¿No es mejor que sea con todas, y si no, no pongas a ninguna como intercesora?» Y Él me dijo: «No»”.

Su papel efectivamente iba siendo cada vez más singular. Conchita usa mal la palabra intercesora -lo hemos visto otras veces-. Pero su intención no es atribuirse el milagro; el texto es claro y demuestra que ella más bien buscaba lo contrario. En cualquier caso, Jesús no admitió discusión sobre el asunto. Conchita tendría en lo porvenir un papel singular entre las videntes. Y efectivamente, desde ahora, los anuncios de Garabandal llegaron, en la práctica, solamente a través de ella. Así, el 8 de diciembre de 1963 Conchita tuvo una nueva locución. Sucedió a las cinco y media de la mañana. La joven, que se encontraba de camino a la Iglesia con su madre, cayó en éxtasis ante las puertas cerradas del templo parroquial. Esta locución, tan visible exteriormente, recordó sin duda a Aniceta los éxtasis de los años pasados. Aniceta veía que su hija dialogaba con la

Señora, aunque apenas podía entender aquellos leves susurros. Pesquera recoge la escueta explicación que Conchita dio luego a su madre:

“«La Virgen empezó felicitándome por el día de mi santo. Y al desearme felicidad, me dijo: *‘No vas a ser dichosa en la tierra; pero ya lo serás en el cielo’*. Después, me dijo cosas... me habló de acontecimientos futuros...»

Aniceta, extrañada, quiso indagar sobre ello, pero Conchita no le respondía. Al fin preguntó: «¿No se pueden saber?» «No -respondió la vidente-; [la Virgen] me dijo que no los revelara»”.

Este secreto que pedía la Señora era signo de novedades para Garabandal y parecía insinuar que las apariciones podrían volver a recomenzar con la exuberancia y la fuerza de los primeros años de apariciones, los cuales parecían ahora tan lejanos. Algunos días antes -parece que a finales de octubre de 1963-, Conchita había recibido una locución que apuntaba en esta misma dirección. Maximina lo comunica en una carta a doña Eloísa de la Roza (10.XI.1963): «Conchita me habló de la última locución que tuvo hace diez o quince días, ya no recuerdo fijo qué día fue; me dijo que era una locución de la que no le podía decir nada a nadie; me dijo que ni al confesor. Yo le pregunté que si era cosa buena, y ella me dijo que la Virgen nunca dice cosas malas...». Así, entre anuncios y misterios concluía el tercer año de apariciones. 1963 había empezado con la primera crisis de Garabandal: las negaciones que tanto desconcierto trajeron. Habían seguido meses de silencio y locuciones para Loli y Conchita. El año terminaba ahora con una enseñanza envuelta en el misterio: «No es posible ser plenamente dichosos en la Tierra; eso solo se alcanza en el Cielo».

Al comenzar el año de 1964, no hubo más apariciones y, por el momento, el éxtasis de la Inmaculada de 1963 quedó como un hecho aislado. Sí continuaron las locuciones, que para Loli fueron esporádicas y para Conchita todos los meses. Pero estas locuciones carecían de espectacularidad y muchos visitantes interpretaron que Garabandal había llegado a su fin. “A pesar de todo -señala Ochayta- [para otros] no decayó el interés por Garabandal. Muchos de los visitantes compraron terrenos allí; españoles y extranjeros. Se renovó la iglesia del pueblo. [Efectivamente] otros muchos, en cambio, vacilaban. El anunciado milagro no llegaba y las niñas no tenían especiales comunicaciones”.

El 19 de marzo de 1964, entre los peregrinos, llegó por primera vez a la aldea un invidente norteamericano, Joe Lomangino, que llegaría a ser reconocido difusor de Garabandal en todo el mundo. Joe, que tras un accidente laboral en su juventud había quedado ciego de por vida, venía a la aldea animado por San Pío de Pietrelcina, cuya personal relación con Garabandal es indudable, por este y otros hechos que después veremos. No sabemos si fue en este primer viaje de Joe, pero, desde fecha temprana, sin duda, Conchita testimonia que la Virgen le comunicó en una locución que el invidente norteamericano recibiría en Garabandal *unos ojos nuevos*: “La Virgen me dijo que tú recibirás unos ojos nuevos”. Sin embargo, Lomangino murió en 2014 sin haber recuperado la visión. El incansable difusor de las apariciones durante más de 50 años, se convertía para muchos a su muerte, el 18 de junio de 2014, en prueba de la falsedad de las apariciones. El esperado milagro nunca había sucedido. Para otros, en cambio,

resultaba demasiado pretencioso juzgar los sucesos a través de un solo testimonio. Y desmarcándose de Lomangino, sostuvieron siempre que ni la ceguera ni la vista del peregrino norteamericano podían probar o negar las levitaciones, los mensajes o los éxtasis testificados por los miles de peregrinos y tantos médicos y teólogos cualificados. En fin, Lanús subraya cómo, al final de su vida el mismo Joe abandonó la interpretación material de su curación, reconociendo que, gracias a Garabandal, en su vida interior había recibido ya de hecho unos ojos nuevos: «ojos de fe» -en palabras del mismo Joe. [\[160\]](#)

En medio de continuas peregrinaciones y anuncios que iban de boca en boca, el año de 1964 llegó hasta el mes de diciembre sin sobresaltos ni novedades. Muy a finales, el día de la Inmaculada sí tuvo lugar un nuevo giro en el curso de los sucesos: ese día, una visión de la Virgen sorprendió a la mayor de las videntes. La última aparición, el 20 de enero de 1963, también había tenido como única protagonista a Conchita. Ahora, el 8 de diciembre de 1964, prácticamente dos años después, la Señora se volvía a aparecer. Y prometía además un nuevo mensaje:

“El día de la Inmaculada -escribe Conchita al P. Laffineur el 12 de enero de 1965- la Virgen me ha felicitado por ser el día de mi santo, y me ha dicho que el 18 de junio próximo veré al ángel San Miguel”.

Conchita es la única que podría darnos más datos sobre esta inesperada aparición; pero es tremendamente escueta en su relato. De hecho, en cartas posteriores deja ver que ella misma estaba llena de preguntas e incertidumbres sobre lo que podría significar este anuncio de nuevos fenómenos. Desde luego, 1965 se presentaba como un año de novedades para Garabandal.

XVI

«Ignoro si las apariciones volverán a empezar»

El éxtasis del 8 de diciembre de 1964 no quedó aislado. Y pronto hubo otros. De hecho, el 1 de enero de 1965, la Virgen hizo un anuncio desconcertante a la joven vidente: un nuevo mensaje. Conchita, con más preguntas que respuestas, lo relata al anciano P. Laffineur, a quien todos conocían ya en la aldea con el cariñoso apodo de «*el abuelo*»: “Ignoro -escribe la vidente- si, aparte de esta que voy a tener el 18 de junio, las apariciones volverán a empezar, sea para mí, o para las cuatro. [Pero] la Virgen dará un nuevo mensaje, porque ha dicho «*Del otro (el del 18 de octubre de 1961) no se ha hecho apenas caso*». La Virgen va a dar, pues, un último mensaje”. Más adelante Conchita volvió a hablar de esta aparición, dando más detalles sobre lo que le dijo la Virgen el 1 de enero de 1965. Ese día, la aparición le habló sobre una gracia especial, «*un aviso*» que precedería al gran milagro anunciado y que sería como un toque de atención para atraer las almas a Garabandal en medio de un tiempo de gran necesidad para la Iglesia y para el mundo. La Señora volvía a hacer uso de la comprometida expresión «fin de los tiempos»:

“Antes del milagro -escribe la vidente al sacerdote mexicano Gustavo Morelos (2.VI.1965)-, me ha dicho la Virgen el día 1 de enero, habrá un aviso... Y ese aviso es como un castigo. Es muy temeroso, para buenos y para malos. Para los buenos para acercarlos más a Dios. Y para los malos para avisarles que viene *el fin de los tiempos*. Y que son los últimos avisos... Esto ya no la quita nadie de que venga. Es seguro”.

Se completaba con esta explicación la triada que conforma en Garabandal el anuncio de un aviso, un milagro y un castigo condicional para el mundo. El castigo vendría si el mundo no se convierte. Respecto al aviso y al esperado milagro, se dice ahora expresamente que vendrán -«es seguro»- como una gracia de conversión, acercamiento a Dios: santificación dice Conchita en otra carta. En esta, firmada el 10 de diciembre de 1965, la vidente cuenta al P. Morelos lo que le ha dicho la Virgen sobre el aviso y el castigo:

“La Virgen me ha dicho que Jesús no mandaba el *castigo* para fastidiarnos sino para reprendernos de que no le hacemos caso, y por ayudarnos. Y el *aviso* nos lo manda para purificarnos, para hacernos ver el *milagro* con el cual nos muestra claramente el amor que nos tiene y por eso el deseo de que cumplamos el mensaje. El aviso se verá y pasará en todas partes; y lo sentirá cada persona, es como un castigo. Se verá lo que hemos causado nosotros con nuestros pecados. Yo pienso que nos vendrá muy bien, para los que no se desesperen, pues será para nuestra santificación”.

Con el aviso se describe una gracia mística extraordinaria que encontramos en la vida de los santos: San Juan María Vianney, por ejemplo, refiere con vehemencia esta misma experiencia en una carta dirigida a la Baronesa Alix de Belvey: “Hija mía, no pidáis

nunca a Dios el conocimiento total de vuestra miseria. Yo lo pedí una vez y lo obtuve. Si entonces Dios no me hubiera sostenido me hubiera desesperado en el mismo instante”.

[161] El Santo sacerdote añade que tuvo que esperar meses para que se suavizasen los efectos de aquella aterradora visión. Otros santos como Santa Teresa de Jesús o San José María Escrivá de Balaguer relatan también experiencias similares. [162]

En Garabandal, las otras videntes hablaron también del aviso. Parece que en *las noches de los gritos*, 19 y 23 de junio de 1962, la Virgen instruyó a las niñas acerca de las circunstancias en que tendría lugar precisamente *el aviso*. Desde entonces, las niñas hablaron del tiempo que precedería al milagro como “*una gran tribulación*”. Loli, por ejemplo, explicó después:

“Una gran tribulación -no será aún *el castigo*- vendría porque llegaría un momento en que la Iglesia daría la impresión de estar a punto de perecer... por una terrible prueba. Nosotras preguntamos a la Virgen cómo se llamaría a esa prueba, y Ella nos dijo que «comunismo»”. [163]

Parece que lo que vieron las niñas en la primera parte de la *noche de los gritos* era el escenario político, social y religioso del mundo y de la Iglesia en el momento del *aviso*. Convulsiones sociales, el comunismo de nuevo agresivamente en alza y una Iglesia muy perseguida, «*a punto de perecer*». Se anuncia así una purificación muy grande. Y en medio de esa situación, el *aviso* -explica Lanús- viene en auxilio de la Iglesia y de la humanidad. Ante este panorama desolador, Garabandal aparece como una luz, un mensaje de esperanza en medio de grandes dificultades. Pues al igual que en Fátima, se promete el *triunfo* del Reino de los Cielos. Efectivamente, en palabras de Jesús a Conchita, Garabandal era un don «para convertir al mundo entero».

A la apartada aldea seguían llegando nuevos visitantes sin cesar. Y ante la noticia del nuevo mensaje para el 18 de junio, bien se pudo ver que había “en todos un mal disimulado deseo de que pasara, al fin, algo”. Esto que subraya Laffineur, quedó de manifiesto al acercarse el día anunciado: desde varios días antes del 18 de junio, la aldea comenzó a verse inundada de peregrinos que avivaban con su presencia la expectación de todos. Juan Poch, corresponsal de un periódico de Barcelona describe el ambiente que encontró al llegar a la aldea. Era la madrugada del día 17 al 18:

“Desde Cosío hicimos el viaje a pie... llegando a Garabandal sobre las dos de la madrugada... ¡Insólito y espectacular! El jaleo monumental de albergar a centenares de peregrinos en un *pueblín* de poco más de cuarenta casas [164], ya había cesado cuando llegamos nosotros. La gente dormía en los quicios de las puertas, en los pajares, en las cuadras, en las cocinas, en medio de las calles... En nuestro deambular nocturno por ellas, tan irregulares y pedregosas, hubimos de andar con sumo cuidado, sorteando a los muchos que dormían tendidos sobre el suelo, bajo la luz débil de la docena de bombillas que habrá repartidas por el pueblo.

Uno de los dos bares... permaneció abierto durante toda la noche, aunque su reducida capacidad apenas pudo albergar de doce a quince personas... En él nos acomodamos nosotros para escribir. Al lado teníamos a dos inglesas que, con los codos apoyados sobre la mesa, dormían plácidamente. En el suelo, dos sacerdotes franceses rezaban el rosario en voz baja. Otros tomaban una cerveza y salían luego a tumbarse en plena calle, bajo la luna clara que iluminaba aquella noche de Garabandal”. [165]

Es una circunstancia nueva: *abundaban los extranjeros*. El nuevo anuncio había sobrepasado las fronteras nacionales. Había peregrinos italianos, ingleses, belgas, alemanes, portugueses, estadounidenses y mexicanos; pero, junto a los españoles, los

peregrinos más numerosos fueron, sin duda, los franceses. Llamó la atención el recogimiento con que los peregrinos vivieron la jornada. El corresponsal de *Le Monde et La Vie* de París, en un artículo publicado en agosto de ese año, describe con asombro aquel ambiente de oración: ni siquiera durante la noche cesaron las plegarias, que se alzaban “de los más diversos lugares del pueblo... en latín, en español, en francés”.^[166]

Estaban presentes medios audiovisuales como el noticiario de TVE, el NO-DO - Noticiario Documental Oficial de España-, y los equipos de grabación de la RAI italiana. Y, entre los peregrinos, se encontraban periodistas provenientes de París, Lisboa, Roma, Madrid o Barcelona. La jornada tenía un aire marcadamente internacional. Desconocemos la cifra de peregrinos calculada por las fuerzas del orden público. Sí conocemos cómo fue transcurriendo la jornada. Lo refiere el corresponsal de *Le Monde et La Vie*:

“La mañana fue pasando bastante bien; cada uno iba llenando el tiempo lo mejor que podía: se rezaba, se cantaba, se tomaban fotos, se hablaba con los vecinos, haciendo multitud de preguntas sobre las niñas y sus éxtasis...”

Poch describe cómo vivió Conchita las primeras horas del día:

“La joven, de dieciséis años, tardó en aparecer ante los curiosos, pues su madre, [por estar enferma], con toda razón no la dejó levantarse hasta bien entrada la mañana. Quienes más importunaban con deseo de verla eran los periodistas... Colegas de París, de Portugal, de Madrid, operadores del NO-DO, esperábamos impacientes, pero sin enojarnos, el momento de poder hablar con ella: *«Tengan ustedes paciencia -nos decía la madre-. Comprendan que la niña está fatigada; ayer mismo todavía estaba enferma... está deseando hablar con todos... soy yo quien no quiere que salga a la calle»*”.

Al fin la puerta se abrió y en el umbral apareció Conchita: pálida, bien abrigada, pero decidida a acompañar a la multitud en las horas de espera. Y en esa actitud se mantuvo durante horas, escribe Laffineur, respondiendo y escuchando a las preguntas y peticiones de los peregrinos. Recordaba la joven seguramente el consejo que la Virgen les diera al comienzo de los sucesos, en 1961: “La Virgen nos ha dicho que seamos modosas y que respondamos a lo que nos preguntan, si podemos”. Entre la larga cola, al fin, Poch logró hacerse hueco para entrevistar a la vidente:

“[Por fin como] a las dos de la tarde... logramos [colarnos en su cocina y] hablar con Conchita. Confieso que ha sido este el momento más emocionante de mi vida periodística. Jamás un personaje me había infundido tanto respeto y confianza a la vez...”

«¿Estás contenta?». «Contentísima, señor. Siento una gran alegría»...

«¿Y qué impresión te produce este enorme gentío?». «Mi alegría es difícil de reflejarla en palabras... ¡Qué contenta estará la Señora!»...

«¿Qué crees que dirá el Ángel?». «Cierto, no lo sé; posiblemente será un mensaje... pero no sé, ya veremos»...

“Cuando salgo a la calle, el gentío se agrupa a mi alrededor. Todos quieren que les cuente lo que Conchita me ha dicho... cuesta convencerles de que ha sido una entrevista normal, de que nada me ha dicho la vidente sobre la hora o el lugar en que ocurrirá el éxtasis”.

“A partir de las tres de la tarde -sigue Poch-, la concentración de peregrinos en torno a la casa de Conchita se fue haciendo imponente... Fuerzas de la Guardia Civil de la 242 Comandancia se encargaban de mantener el orden, aunque no hubo necesidad de que intervinieran...”

Los grupos de franceses y demás extranjeros dieron una lección de fe, devoción y seriedad, que ya

quisiéramos para nosotros los españoles. En todo momento partió de ellos la iniciativa para los rezos...

En tal ambiente, no faltaron momentos cercanos al histerismo: unos cubrían materialmente a Conchita de medallas, escapularios y estampitas, esperando que los tocara y besara; otros se abrían paso hasta ella, para pedirle un autógrafo, hacerse una foto... Una madre le llevó en brazos a su hijo paralítico suplicándole que lo besara..."

Conchita no se dejó ver mucho aquel día. Sin embargo, ella era de algún modo el centro de todo; muchos peregrinos estaban ansiosos de poder verla un instante. Por eso, de pie a la puerta de su casa o en la cocina, pasó largas horas escuchando y atendiendo a sus preguntas. La Virgen, en los comienzos, había enseñado a las niñas a no rehuir a los peregrinos; a responder lo que supieran con sencillez. Así, aunque todavía algo enferma, pasó la joven la tarde "hasta que cayó la noche; y no sabemos -escribe Laffineur- si tuvo tiempo de comer algo más que un cacho de pan". Entre la multitud destacaba la figura del sacerdote francés Constant Pel, "famoso estigmatizado... [que] murió el 5 de marzo de 1966 convencido de la verdad de Garabandal"; y Luis Jesús Luna, sacerdote de la Archidiócesis de Zaragoza que pasó casi toda la tarde al lado de la vidente. Al año siguiente, sería Luna el encargado de presentar la vidente ante el Santo Oficio, en Roma.

18 de junio de 1965: el éxtasis más importante de Garabandal

Al llegar la noche, los acontecimientos se precipitaron con rapidez:

"La tarde avanzaba, sin que Conchita anunciase el momento de la aparición -escribe Poch-. Acabó haciéndose de noche, pero... nadie se desanimaba ni abandonaba su puesto... Se rezaba sin cesar... plegarias y cantos en todos los idiomas... Hasta que un escalofrío de emoción sacudió a todos: a la puerta de la casa [de la vidente] salió un sacerdote [seguramente Luis J. Luna] y, hecho silencio, dijo a la multitud: «*De parte de Conchita, que todos se dirijan a la Calleja, a lo que llaman el Cuadro, porque allí será el éxtasis*»".

La gente, que hasta esa hora se había dado cita mayormente en torno a la casa de la vidente, corrió sin freno para conseguir un buen lugar en el Cuadro: "Todos querían llegar los primeros -escribe un distinguido peregrino, Aniano Fontaneda-; a mí casi me desnudan, de los empujones que me daban de todas partes; muchos rodaron por el suelo; yo mismo levanté a Mercedes Salisachs -la famosa escritora conversa en Garabandal- y a otros dos..." ^[167]

De repente, la casa de Conchita había quedado envuelta por "un extraño silencio. Solo algunos sacerdotes y un grupo de jóvenes aguerridos del pueblo se quedaron junto a la Guardia Civil para acompañar a Conchita cuando saliera. Solo hacia las doce menos cuarto de la noche Conchita emprendió su camino entre la multitud. La escoltaban tres parejas de la Guardia Civil. La joven caminaba en estado completamente normal. Al llegar al sitio señalado, cayó bruscamente "de rodillas sobre las afiladas piedras del camino". Había empezado el éxtasis. Materne Laffineur lo observó todo desde muy cerca:

"El momento es emocionante. Los ojos de Conchita han quedado fijos en el cielo; ríe y pronuncia unas palabras en voz muy queda...; pero enseguida cambia totalmente de expresión y unas lágrimas ruedan por sus mejillas".

El éxtasis -de unos doce o trece minutos- fue parecido a los que ya tantas veces se habían presenciado en el pueblo. “Fueron pocas las palabras que se logró entender de Conchita durante el éxtasis -prosigue Laffineur-: «¿Sacerdotes?... ¿Obispos?... ¿Dos de julio? ...»”. “¡No, todavía, no... ¡Perdón! ¡Perdón!”. Al terminar el éxtasis, todo el mundo quería ver a Conchita de cerca, hablarle, hacerle preguntas; sobre todo desde que corrió la noticia de que, efectivamente, había recibido un mensaje. “Los seis guardias civiles difícilmente lograban protegerla de la muchedumbre”. Pero era tarde y la joven volvió a casa con la intención de darlo a conocer a la mañana siguiente.

Por la mañana, conforme avanzaban las horas, creció la afluencia de curiosos en torno a la casa de Conchita, en espera de conocer, por fin, el mensaje. La joven volvió a atender a todos lo mejor que podía; pero aún tuvieron que esperar. “Hubo misas en la iglesia parroquial. A una de ellas fue Conchita... [que] al volver de la iglesia se vio más asediada que nunca... Por fin, a mediodía, se hizo ante la casa de la vidente la anhelada proclamación. Fue “un sacerdote -Luis Jesús Luna de Zaragoza- [quien] leyó en voz alta lo que Conchita le había dado, escrito de su puño y letra”. En una cuartilla con varias faltas de ortografía y algún borrón, estaba contenido todo el mensaje. El P. Luna guardó siempre aquel pedazo de papel “*como preciosa reliquia* -escribió él-”. La proclamación a la puerta de la casa, se realizó con mucha sencillez. A continuación, después de la lectura del P. Luna, el texto se anunció también en francés, inglés e italiano. La abundancia de extranjeros hizo que, junto a la sencillez de la lectura, el evento quedase revestido también de una cierta solemnidad. Este es el texto que la niña redactó y que se leyó aquel día ante la multitud:

“Como no se ha cumplido, y no se ha dado mucho a conocer mi mensaje del 18 de octubre, os diré que este es el último. Antes, la copa se estaba llenando; ahora está rebosando. Los sacerdotes van muchos por el camino de la perdición y con ellos llevan a muchas más almas. La Eucaristía cada vez se le da menos importancia. Debéis evitar la ira del Buen Dios sobre vosotros con vuestros esfuerzos. Yo, vuestra Madre, por intercesión del Ángel San Miguel, os quiero decir que os enmendéis. Ya estáis en los últimos avisos. Os quiero mucho y no quiero vuestra condenación. Pedidnos sinceramente y nosotros os lo daremos. Debéis sacrificaros más. Pensad en la Pasión de Jesús”.

La multitud que había llenado de cantos y oraciones las largas horas de espera, acogió con devoción el mensaje. Si había sido diferente la espera, también fue diversa la acogida del mensaje: “los muchos que habían acudido desde lejos a Garabandal, marcharon del pueblo, por lo general, bastante consolados y animados”. Lo refleja el citado artículo de *Le Monde et la Vie*: “Hacia las cuatro de la tarde del día 19, bien fatigados, pero asimismo colmados, dejábamos el pueblo, camino de Santander”. Entre los vecinos de la aldea y los pueblos próximos, la reacción no fue tan unánime. Algunos pensaron que todo había cambiado: “todos creen de nuevo -afirmó José Díez el día 19-”.

Dificultades en torno al mensaje de 1965

Pilar, la madre de Mari Cruz, estaba, en cambio, muy disgustada. Lo relata Paquina de la Roza Velarde, la mujer del Dr. Ortiz. El día 17, víspera del acontecimiento,

Paquina encontró a Pilar desasosegada: “Ahora somos despreciados por todos... por ahí andan unas hojas en que dicen que nosotros éramos los que menos íbamos a la iglesia... que digan eso de mí, no me importa; pero que lo digan de Mari Cruz... y de su padre”. La conversación continúa el día 20, cuando Paquina fue a despedirse de Pilar: “Hoy le he dado una paliza a Mari Cruz. La [sic] he reñido muchísimo. Porque es tonta. Porque en vez de dar explicaciones cuando le dicen algo, se calla... Y, cambiando de conversación: ¡vaya tontería que hizo Conchita anteayer. Eso lo hago yo cuando quiera... Nada, todo es mentira. Lo que debería hacer yo es ir donde el señor obispo a contarle todo”.

Efectivamente, el día 24, cuando Materne Laffineur visitó el obispado para entrevistarse con la Comisión, supo que el P. Francisco Odriozola, su máximo responsable, había recibido ya a Pilar, que traía a Mari Cruz: “Este las llevó al señor obispo... y en su presencia, como demostración palpable de que todo en Garabandal había sido falso, Mari Cruz se puso a hacer un «éxtasis»... El señor obispo cortó el «trance» diciendo con disgusto: «Bien, ya es suficiente»”. En la conversación del día 20 con Paquina, nos cuenta Pesquera, Pilar había acusado ya a los peregrinos de todo lo que estaba pasando:

PAQUINA: “«Nosotras no hemos intervenido en esto para nada. Venimos a rezar, y si hemos hablado con las niñas, nos hemos contentado con lo que ellas han querido decirnos»...

PILAR: «Si ustedes no subieran, ella no tendría por qué hacer esas cosas, y ya se habría acabado todo. Mi hija es sincera y dice la verdad».

PAQUINA: «Bueno, Pilar, cuando empezó, aquí nadie subía... Entonces ¿por qué inventaron esto? ¿para engañar a quién?»”.

Pilar, reconociendo haber dado «una paliza» a Mari Cruz ese mismo día (20.VI.1965), reclama que la joven dice la verdad. Para ella, la posibilidad de que su hija estuviera viendo a la Virgen era sencillamente impensable. Honestamente, en conciencia, Pilar no podía actuar de otro modo. Esto había sucedido de forma muy similar en Fátima: María Rosa, la madre de Lucía, hasta su muerte, 25 años después de las apariciones (16.VII.1942), fue siempre incapaz de creer que una cosa tan grande “suciedera en su familia”. De hecho, actuó como Pilar desde los primeros días. Así, “cuando Lucía llegaba del pastoreo de las ovejas, estando ya agotada, reñía con ella y a veces llegaba a darle algunos cachetes o incluso con el mango de la escoba, atribuyéndole la culpa de todo este sufrimiento”.^[168] Lucía confiesa que esto ocurrió “no pocas veces”:

“En verdad -escribe la vidente de Fátima- ella tenía razón en juzgarme indigna de un favor así, y por ello me creía mentirosa”.^[169]

Por otro lado, la simulación de Mari Cruz resultaba insuficiente para un observador que conociese bien los fenómenos; al carecer de levitaciones, hierognosis y tantos otros fenómenos extraordinarios. Pero desde el obispado, ni Odriozola ni ningún otro miembro de la Comisión señalaba estas diferencias. Ellos realmente no conocían los sucesos en profundidad. Prueba de ello es, por ejemplo, el testimonio del Brigada Juan Álvarez, que afirmó que en el primer año de apariciones los miembros de la comisión solo fueron vistos “por Garabandal tres días”. Confirma esta actitud el mismo Dr. Morales, médico principal de la comisión, quien afirmó en 1983 que solo visitó la aldea en una ocasión.

[170] Asimismo, al éxtasis anunciado para el 18 de junio de 1965 -día importantísimo para las apariciones-, la Comisión envió únicamente a un delegado: “un ingeniero, que se presentaba como miembro de la Comisión de Santander”. De nombre desconocido y sin acreditación teológica o científica adecuada para la cuestión, esta decisión nos sorprende. Por esta razón, la simulación de Mari Cruz en el obispado dos días después (20.VI.1965), suponía un grave obstáculo para el discernimiento objetivo del obispo, que contaba solo con cuanto el ingeniero pudiera relatar. Con todo, la simulación de Mari Cruz -impuesta por las dudas de su madre- no iba a ser el único obstáculo tras el mensaje del 18 de junio.

El día 19, los sacerdotes de la comarca de Garabandal se reunieron en Puentenansa, citados por el citado delegado de la Comisión, para tratar el mensaje publicado el día anterior. Materne Laffineur fue invitado a participar en el debate. Pero don Valentín, enterado de la intención del sacerdote francés, se opuso absolutamente a su asistencia. La discusión se centró sobre la expresión que más directamente incumbía a la asamblea: «*muchos sacerdotes van camino de la perdición*». El resultado del debate fue muy negativo. Aquellos sacerdotes, animados por el ingeniero que, en nombre de la Comisión, debía informar al Mons. Beitia, presentaron en el obispado “su más enérgica protesta” ante un mensaje que, según se habló allí, minaba duramente el prestigio sacerdotal. Laffineur, que visitó también el obispado en los días siguientes, al enterarse de aquella «*protesta*» se arrepintió tarde de haber declinado la invitación.

El entusiasmo, está claro, no era compartido por todos. “Aquel mensaje defraudó a muchos -comenta Ochayta-. Esperaban quizás un milagro, el gran milagro. Y en su lugar viene un mensaje... sobre todo referido a la Eucaristía, a la que cada vez se le da menos importancia, y a que los sacerdotes, cardenales y obispos, [que] van muchos por el camino de la perdición... No era catastrofista ni de amenazas, sino de misericordia... Sin embargo, no cayó bien en algunos sectores, sobre todo en algunos sacerdotes”.

Materne Laffineur lo comprobó pocos días después. El 24 de junio de 1965, el autor de *L'Etoile dans le Montagne* compareció por fin ante la Comisión episcopal en calidad de testigo y estudioso de los sucesos: “Todas mis respuestas eran interpretadas de antemano, dándoles un sentido que no podía ser más que desfavorable a Garabandal... Cuando hube terminado mis declaraciones (¡que tuvieron lugar en un restaurante, lo que es un último escándalo en materia canónica!) se me dijo: «*Firme*». Contesté: «*Yo no firmo eso*». Pero entonces vi lo que nadie de ustedes podría imaginar: él [Francisco Odriozola], con su estilográfica, al pie de lo que había escrito, puso mi nombre y apellido en letras capitales, y se quedó tan tranquilo... ¿Cómo se llama esto en Derecho?”. Efectivamente, el actual Código de Derecho Canónico encuadra este modo de proceder en el capítulo II -sobre la Restitución *in integrum*- del Libro VII -sobre los *Procesos*-. Este vicio procesual, llamado «*Falsedad*», se da “si la sentencia de tal manera se basa en pruebas, que posteriormente se han descubierto ser falsas, que sin tales pruebas la parte dispositiva de la sentencia resulte insostenible” (CIC 1645 § 2.1).

Otro testimonio parece confirmar que esto es lo que sucedió con aquella dudosa

«declaración firmada». El mismo Laffineur tuvo noticia de ello algunos años después: “Cuando unos amigos míos de Alemania pasaron, algún tiempo después, por Santander, se les aseguró que yo había depuesto ante la Comisión contra Garabandal, y que la deposición estaba firmada por mí”.

Ni siquiera el paso del tiempo había suavizado las tensiones. Tras cuatro largos años de fenómenos, en 1965 “la Comisión no había tenido aún tiempo de hacer comparecer ante ella, en debida forma, ni a las videntes, ni a sus familiares, ni al mismo cura de la parroquia (ni a ninguno de los testigos, por cualificados que fuesen, que se hubieran mostrado favorables a la sobrenaturalidad de los fenómenos)”. Por ende, al tomar el testimonio del sacerdote francés, el procedimiento resultaba nulo. Laffineur, que publicó esto en una conferencia leída en Lisieux el 1 de mayo de 1969. Los detalles de su declaración nunca fueron desmentidos, ni por la Comisión ni por el Obispado. La publicación de los informes, que hubieran solucionado el vacío de información respecto a los trabajos de la Comisión, no se realizó nunca. Los informes permanecieron siempre en secreto y las breves notas que se fueron publicando, nunca entraron en el fondo del caso, sino que se limitaron a citar las conclusiones de la Comisión. Como habían señalado los sacerdotes reunidos en Puentenansa el 19 de junio de 1965, la expresión más incómoda de Garabandal había llegado con el segundo mensaje: «*Muchos sacerdotes van camino de la perdición*». Aquella expresión -que Conchita había acortado el día anterior- se convertía a partir de entonces en el texto más discutido de las apariciones.

«*Sacerdotes, obispos y cardenales*»

Dejando a salvo la ortodoxia de las apariciones, es cierto que el segundo mensaje (18.VI.1965), ampliando los temas del de 1961, tiene un tono más grave. La misma cuestión sobre la autoría del segundo mensaje es ya significativa. En 1965, la Virgen no vino; el mensaje fue entregado a la vidente por el ángel. Sin embargo, el hablar directo de la Virgen es indudable: «...*Yo, vuestra Madre...*». La autora lo entrega a través de un emisario. En la aparición del 13 de noviembre explicó a Conchita el porqué de esta delegación. Lo escribe la vidente:

“«¿Sabes, Conchita, por qué no he venido Yo el 18 de junio a darte personalmente el mensaje para el mundo? Porque me daba pena deciros esas cosas. Pero teníais que saberlas, para bien vuestro y, si cumplís el mensaje, para gloria de Dios. Os quiero mucho y deseo vuestra salvación: ¡reuniros [sic] aquí en el cielo en torno del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!... Tú, Conchita, ¿nos responderás?» «Si estaría [sic] siempre viéndote, entonces sí -responde Conchita-; pero si no, no sé..., porque soy muy mala»”.

También el contenido del texto se mantiene en este tono en sus tres ideas principales: denuncia de una pésima situación moral, advertencia de las consecuencias de esta inmoralidad y su exhortación a una urgente conversión. La denuncia del mensaje resultó polémica desde el inicio. Y es que en el mensaje encontramos referencia a cuatro puntos

concretos respecto a la mala situación moral del momento, especialmente en lo referido al interior de la Iglesia, especialmente en sus ministros. El mensaje, en efecto, señalaba: una crisis en la comprensión y vivencia del orden sacerdotal por parte de los mismos sacerdotes; desviaciones doctrinales y prácticas en torno a la Eucaristía; una progresiva pérdida de todo enfoque penitencial de la vida cristiana; el rechazo de toda exigencia personal en el seguimiento de Cristo.

La expresión más discutida, y sin duda más dura del mensaje decía: “Los sacerdotes van muchos por el camino de la perdición y con ellos llevan a muchas más almas”. Es significativo el pensamiento que la madre de Conchita, Aniceta González, cuando escuchó el mensaje por primera vez. Lo contó al jesuita Ángel María Rojas, años después: “[Pensé que] eso de los sacerdotes es falso; esto es del demonio”.^[171] Sin embargo, ella misma, añadía al recordarlo: “En 1965 pensábamos que todos los sacerdotes son santos, y decir semejante cosa era tremendo. Después cómo se ha visto que es verdad”. Con todo, el mensaje no hablaba solo de sacerdotes.

El texto hablaba también de obispos y cardenales. Es cierto que el día de la publicación (19.VI.1965), Conchita solo habló de sacerdotes. Pero el mensaje completo incluía también obispos y cardenales. El barcelonés José María Rovira, presente en Garabandal aquel día, dedicó después mucho trabajo al estudio de los fenómenos, viviendo en la misma aldea. Según Rovira -quien ha hablado detenidamente con vecinos, forasteros e incluso ha podido hablar en alguna ocasión con alguna de las videntes- parece que fue el P. Materne Laffineur quien aconsejó a Conchita suavizar el mensaje. En concreto, Laffineur pidió a la niña omitir la cita de “*obispos y cardenales*”. Fue por instigación del sacerdote belga por lo que la joven recortó el texto el primer día que lo dio a conocer: “No sé -afirma Rovira- si consultó [ella al P. Laffineur], pero este Padre le dijo: «*No, no pongas obispos y cardenales, pon solo sacerdotes, porque todos son sacerdotes*»”.^[172] El texto del mensaje abrumaba a este buen sacerdote; la vidente obedeció, al menos en un primer momento. Sin embargo, no guardó silencio por mucho tiempo. Y pronto reveló el texto completo: incluyendo la tremenda mención a “*obispos y cardenales*”. Así lo contó, por ejemplo, al P. Lucio Rodrigo:

“El jueves hace quince días -recuerda el jesuita-, el señor cura de Barro me trajo a Aniceta y Conchita, a las que di la comunión en la capilla de esta enfermería. Hablamos largo juntos; y luego, yo a solas con Conchita. Ella me confirmó textualmente que en el mensaje del día 18 de junio el ángel metió explícitamente a obispos y cardenales”.^[173]

El Padre Luis Jesús Luna intuyó también la alusión del mensaje a obispos y cardenales. El sacerdote de Zaragoza, durante la visión estuvo al lado de Conchita. Y le oyó claramente preguntar con asombro: “¿Obispos?! ¿Obispos también?...”. La misma vidente tuvo también dificultades para aceptar esta afirmación. Lo confirma ya esta misma pregunta referida por Luna. Y aún después, en otra aparición, Conchita volvió a preguntarlo a la Señora: “«¿*Los sacerdotes?*». La Virgen respondió: «*No: sacerdotes, obispos y cardenales*»”. José María Rovira, interesado por este asunto, confirmó esta información a través de la investigadora francesa Christiane Roman-Bocabeille, quien

interrogó directamente a la mayor de las videntes. Así pues, el mensaje completo decía: “Muchos sacerdotes, hasta obispos y cardenales, van camino de perdición”.^[174]

En el año 2000, don Juan Antonio Del Val habló de esta delicada expresión ante las cámaras del neozelandés Michael Tubberty, para el documental *Garabandal: The eyewitnesses*. Mons. del Val, ya como obispo emérito de Santander, confirmaba públicamente la ortodoxia de las apariciones. Sin embargo, expresó sus reservas ante una sola cuestión. 35 años después la publicación del mensaje, le preocupaba tan solo una cita: la mención acerca de los «sacerdotes, obispos y cardenales»:

PREGUNTA: “¿Es el mensaje de Garabandal ortodoxo?”

MONS. DEL VAL: Yo creo que sí, que es teológicamente correcto. Sí que me extraña que «*muchos obispos y cardenales están en camino de perdición*». Esto me parece –Del Val se detiene un instante para escoger la palabra y añade...] llamativo. Pero... el mensaje no dice nada contra la doctrina de la Iglesia ni fuera de la doctrina de la Iglesia”.^[175]

Entre todo lo de Garabandal, esta afirmación es la única que llamaba la atención al prelado. Y en 1965 el texto resultaba, más que llamativo, escandaloso. En la España católica de entonces, aquel texto era tremendamente comprometido. Pero lo que resultaba inverosímil entonces, comenzó a hacerse notorio muy poco después, desde los primeros años del postconcilio. Y en 1971, el mismo San Pablo VI alzaba la voz con palabras muy próximas a las del mensaje de Garabandal: “Numerosos fieles se sienten turbados en su fe por una acumulación de ambigüedades, de incertidumbres y de dudas en cosas que son esenciales... De entre nosotros mismos -como en tiempos de San Pablo- se levantan hombres que dicen cosas perversas, para arrastrar a los discípulos en su seguimiento”.^[176] En la expresión «*de entre nosotros mismos*» resuena el mensaje de Garabandal: «*sacerdotes, obispos y cardenales*». Pero aquello era solo el comienzo; los Papas siguientes tendrían que insistir en esta denuncia. Así, San Juan Pablo II, al exponer las motivaciones que le habían movido a escribir *Veritatis Splendor*, denuncia “una verdadera crisis” (n.5) dentro de la Iglesia:

“*Dentro de la misma comunidad cristiana...* Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales, sino que, partiendo de determinadas concepciones antropológicas y éticas, se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral... [y] se rechaza la doctrina tradicional... incluso en seminarios y facultades teológicas— *sobre cuestiones de máxima importancia* para la Iglesia”.^[177]

En 2016, Benedicto XVI, en sus *Últimas conversaciones* con Peter Seewald incluyó esta cuestión entre las decisiones más difíciles de su Pontificado. El Papa emérito reconocía haber firmado como Papa -por el escándalo de los abusos- “la expulsión de unos cuatrocientos sacerdotes”. “[A este sufrimiento] -sigue Benedicto- hay que añadir las nuevas leyes que se aprobaron bajo mi responsabilidad, con objeto de imposibilitar, por ejemplo, el lavado de dinero [por medio del IOR]”^[178] dentro del mismo Estado Vaticano; bajo la responsabilidad de estrechos colaboradores del Pontífice. Estas cuestiones, cabe señalar, afectaban precisamente a sacerdotes, obispos y cardenales. Basten estos ejemplos.

Con todo, el mensaje fue recibido por muchos en 1965 como un descrédito injusto

que empujaba peligrosamente al pueblo cristiano a desconfiar de *sacerdotes, obispos y cardenales*. Esta acusación hizo que muchos se alejaran de Garabandal. Incluso la Señora constató este rechazo generalizado del mensaje: “La Virgen nos ha dicho - escribía Loli ya en 1962- que... no la atendemos porque el mundo está peor y hay que cambiar mucho y no ha cambiado nada”.^[179]

En 1965 el mensaje añade: “Como no se ha cumplido, y no se ha dado mucho a conocer mi mensaje del 18 de octubre, os diré que este es el último”. Como causa del fin de las apariciones, la Virgen pone la falta de compromiso entre los fieles en la difusión de las apariciones. Recuerda la condición evangélica exigida por Jesús para hacer los milagros: el Señor -escribe San Mateo- “no hizo allí más milagros a causa de la falta de fe” (Mt 13,58). Es cierto que “millones de personas en todo el mundo, incluyendo a China, conocen Garabandal”;^[180] así lo afirmaba el argentino Santiago Lanús en 2013. El párroco de Garabandal, José Rolando Cabeza Fuentes, “calcula la presencia de [unos] *cuatro millones* de personas de todo el mundo durante estos cincuenta años, quedándonos por detrás y no por delante en cifras. Gentes que vienen, no por ver este pequeño pueblo de Cantabria, sino por el impacto de las referidas apariciones”.^[181] Lo mismo señala Fermín Labarga, profesor de Teología en la Universidad de Navarra. Es un hecho: el fenómeno de Garabandal “se ha internacionalizado”.^[182]

La aparición, según parece, exigía una acogida mucho mayor. Este es el motivo del tono conclusivo del segundo mensaje -«*este es el último*»-. Es verdad que el descuido de lo esencial había sucedido ya en otras apariciones. San Juan Pablo II lo denunció hablando, por ejemplo, de Fátima en 1983: “¡Cómo lamentamos que la invitación [del mensaje de Fátima] a la penitencia, a la conversión y a la oración *no haya sido acogida como merecía!*”^[183] Pero solo de Garabandal puede decirse que el desprecio y descuido del mensaje llega a formar parte del mensaje de las apariciones. Pues bien: es la Señora quien introduce en Garabandal la corrección a «sacerdotes, obispos y cardenales».

En fin, el mensaje contiene otros puntos, proponiendo los medios para superar la situación negativa aludida, una crisis de fe que hiere al mismo cuerpo de la Iglesia: la importancia de la Eucaristía (de forma explícita en el primer y segundo mensaje); la llamada a la participación en la entrega y sacrificio de Cristo a través de la propia abnegación: “debéis sacrificaros más”; la meditación, especialmente del Evangelio y el Misterio Pascual: “Pensad en la Pasión de Jesús”; el arrepentimiento por el reconocimiento de la gravedad del pecado: “pedidnos sinceramente...”; la importancia de la oración de petición: «*pedidlo con oración constante*». Estos puntos del mensaje, claros en su ortodoxia cristiana, nunca fueron cuestionados. No es necesario detenernos.

La conclusión sobre el estudio de Garabandal es clara. Respecto al anuncio de la crisis, resulta difícil aceptar que tales previsiones pudieran provenir de la vidente: esto “no se le podía ocurrir a una muchachuela de España; y menos no teniendo más horizontes que los de semejante aldea, en la Cordillera Cantábrica”. Con estas palabras hace suya Eusebio García de Pesquera una valoración compartida por autores como Javier Paredes o Lanús. En todo caso, incluyendo todo el contenido de los mensajes -

también esta denuncia que acabamos de comentar-, la doctrina de Garabandal se presenta como ortodoxa, en comunión con las enseñanzas del Magisterio de los últimos Papas.

Fotografías

I: La aldea en la época de las apariciones.

II: La multitud en Garabandal. En el centro y abajo: la Calleja, con el llamado *Cuadro*, delimitado por unos troncos.

III: Arriba: médicos y sacerdotes examinan un éxtasis de Jacinta -a la izquierda- y Loli, tras quien se ve parcialmente a don Juan Antonio del Val. Abajo: las cuatro videntes: de izquierda a derecha Conchita, Mari Cruz, Loli y Jacinta.

IV: Arriba: Conchita (delante) y Mari Cruz en éxtasis. Abajo: Loli presentando objetos al beso de la Señora.

V: Arriba: Loli -en el centro, da objetos a besar a la Virgen- y Mari Cruz -a la derecha. Abajo: Jacinta en éxtasis coloca una alianza matrimonial a un peregrino.

VI: Arriba: Loli es levantada por Conchita con una facilidad y altura que asombra visiblemente a los presentes. Abajo: Loli, en una de las llamadas *caídas*, contempla extática su visión.

VII: Conchita en éxtasis

XVII

«NON CONSTAT»

Nueva Nota de Mons. Beitia

La Nota del 8 de julio de 1965

Apenas tres semanas después de la publicación del mensaje, el día 8 de julio, Mons. Beitia publica un nuevo comunicado. El nuevo texto, aunque negativo, es prudente. El asunto no se cierra. El primer párrafo de la Nota comenta la expansión por todo el mundo de las apariciones y la reiterada petición de un parecer autorizado sobre ellos. Es, afirma Ochayta, una constatación objetiva de la realidad de unos acontecimientos y de su aceptación por muchas personas en todo el mundo, a pesar de no estar reconocida su sobrenaturalidad. El núcleo de la nota afirma:

“El Obispado de Santander ha recogido amplísima documentación durante estos años de todo cuanto allí ha acontecido. No ha cerrado su «carpetas» en este asunto. Recibirá siempre agradecido todos los elementos de juicio, que se le remitan. Han sido tres las Notas oficiales que hasta el momento han aparecido tratando de orientar el juicio de los fieles. Esta Nota será la cuarta. Y su conclusión hasta el presente, la misma que las precedentes. La Comisión, que entiende en la calificación de los hechos, no ha encontrado razones para modificar el juicio ya emitido, opinando NO CONSTA de la sobrenaturalidad de los fenómenos, que ha examinado cuidadosamente”.^[184]

La nueva Nota, por tanto, no emite un juicio definitivo. Por el momento, la conclusión es la misma que el Prelado publicara en su nota de 1962: “no consta la sobrenaturalidad”. Sin embargo, se aprecia un cambio muy relevante. Se dice que “no consta la sobrenaturalidad”; no se afirma que los fenómenos “tienen una explicación de carácter natural”, como se hacía en la anterior. Pero hay algo nuevo y muy destacable en esta Nota:

Por una parte, se renuevan las disposiciones anteriores “para que artificiosamente no se fomente un ambiente de confusión”; se recuerdan las disposiciones del canon 1399 sobre publicaciones que se refieran a nuevas apariciones o revelaciones, visiones, profecías y milagros (canon después derogado por la Congregación para la Doctrina de la Fe en Decreto de 15.X.1966); se prohíbe la asistencia de sacerdotes, como expresa la Nota, “por la especial importancia que su intervención puede tener... sin expresa licencia, particular y en cada caso” y se suplica a los fieles “que se abstengan de fomentar con su presencia el ambiente creado en torno a estas apariciones y comunicaciones espirituales”. Estas eran las disposiciones restrictivas, lógicas y normales, cuando no consta con certeza la sobrenaturalidad de unas presuntas apariciones.

Por otra parte, la Nota reconoce la bondad de los mensajes: “No hemos encontrado materia de censura eclesiástica condenatoria, ni en la doctrina ni en las recomendaciones espirituales, que se han divulgado en esta ocasión, como dirigidas a los fieles cristianos, ya que contienen una exhortación a la oración y al sacrificio, a la devoción eucarística, al culto de Nuestra Señora en formas tradicionalmente laudables, y al santo temor de Dios, ofendido por nuestros pecados. Repiten simplemente la doctrina corriente de la Iglesia en esta materia. Admitimos la buena fe y el fervor religioso de las personas que acuden a San Sebastián de Garabandal y merecen el más profundo respeto, y queremos apoyarnos precisamente en este mismo fervor religioso, para que, confiando plenamente en la Iglesia Jerárquica y en su Magisterio, cumplan con la mayor exactitud nuestras recomendaciones reiteradamente publicadas”.

Examinado el texto a distancia de más de cincuenta años, se puede admirar su prudencia y, a la vez, su explícita expectativa ante hechos futuros. La carta valoraba positivamente aquellos mensajes, que habían conmovido a los peregrinos. Sin embargo, en la aldea, cuando el texto fue leído, todo pareció terminado. Todavía el 2 de julio, y de nuevo el 18, Conchita afirmó tener locuciones. Pero todo parecía acabado; máxime con la llegada en agosto de 1965 de un nuevo Obispo, don Vicente Puchol, del que “se sabía -afirma Ochayta- que era enemigo declarado del carácter sobrenatural de las apariciones”. A finales de agosto de 1965, las jóvenes estaban a punto de dejar la Diócesis para estudiar como internas en diferentes colegios. Por ello, el P. Luis Jesús Luna, sustituto del párroco durante algunas semanas del verano, trató de presentarlas al nuevo Prelado: “[Este] me dijo -anota Luna- que no juzgaba necesario y ni siquiera prudente conocerlas”.^[185] Enseguida nombró el obispo un nuevo párroco. El joven sacerdote elegido, José Olano, llegó a la aldea en agosto de 1965. Olano afrontó las apariciones con dureza: las videntes habían empezado a confesarse con él, como hicieran antes con don Valentín; y en pocas semanas, Conchita y Loli comenzaron a dudar de las apariciones e incluso de la presencia real de Cristo en la Eucaristía -lo contó Conchita a M. Nieves al año siguiente, en Burgos-. Ramón Pérez, que pasó largas temporadas en la aldea a partir de 1970, escribe:

“La madre de Mari Cruz nos habló durante una hora [sin permitirnos grabar su testimonio]... su argumentación se reducía a esto: «*Todo era un engaño, las niñas prepararon todo y los testigos del pueblo se dejaron engañar, por su ignorancia religiosa e intelectual*». Pero la total ausencia de detalles precisos para sostener estas afirmaciones, no podía hacer nacer la menor duda en nuestro espíritu -escribe este investigador-. Reconocimos en esta argumentación el esquema utilizado por los jóvenes sacerdotes que se han sucedido en el pueblo y que habían sido enviados por Santander para extirpar de la inteligencia de los habitantes de Garabandal toda idea de sobrenaturalidad”.

Desde esta época las videntes experimentaron una nueva prueba que sería la más difícil de superar: una presión ejercida desde sus mismas familias y desde los sacerdotes a los que ellas se acercaban confiadamente en busca de luz y guía espiritual. En Fátima los pequeños videntes fueron amenazados por las autoridades civiles con la muerte física y la cárcel, a lo cual ellos respondían con fe, abrazándose a Dios en la prueba. En Garabandal, reiterados avisos de excomunión y negaciones de absolución suponían una amenaza de muerte espiritual mucho más dura. Esto provocó desde estas fechas una

prueba enorme para las videntes: afirmar las apariciones significaba a partir de ahora el rechazo de la Iglesia a través de sacerdotes aparentemente amigos. Venían -como explica Pérez- sin intención de discernir, sino simple y llanamente para diluir la fe en unas apariciones que resultaban incómodas por su mensaje y que ni siquiera se habían estudiado real y objetivamente.

La última aparición de la Virgen 13 de noviembre de 1965

La tensión de las pequeñas era visible a todos y se hacía sentir en la pequeña aldea. Este no era un ambiente sano para las pequeñas. Así, desde agosto de 1965 algunas personas procuraron que las niñas, ya adolescentes de 16 y 17 años, dejaran Garabandal. Así, con la excusa de ir a estudiar, podrían vivir en un ambiente más tranquilo. Excepto los padres de Mari Cruz, las familias acogieron favorablemente este proyecto, que llevó adelante un sacerdote ya conocido en la aldea, el aragonés Luis Jesús Luna. Así, el 30 de septiembre de 1965, Loli y Jacinta fueron recibidas en el internado de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana de Borja (Zaragoza): “fue una estancia difícil y llena de sufrimientos, si bien el 24 de octubre Loli tuvo una locución de la Virgen”. Parece que por estas fechas visitó Conchita el convento de Carmelitas Descalzas de Ruiloba, cerca de Santander, con la intención de ser religiosa. Las religiosas consultaron en el Obispado si sería prudente recibir a la joven. De palabra, la respuesta que recibieron fue que, no había obstáculo en recibir a la joven por haber tenido un trato íntimo con la Virgen; no había por parte del Obispado problema para recibirla. Sin embargo, no era esta la vocación de Conchita quien pronto volvió a la aldea. Así, el 30 de octubre, de nuevo en Garabandal, durante su visita al Santísimo, tuvo una locución de la Virgen:

“El sábado, día 13 de noviembre, ven a los Pinos, y allí me verás”.

La joven comunicó la noticia en varias cartas; una de ellas al sacerdote mexicano Gustavo Morelos. Pero la Virgen “le había pedido venir sola”; y efectivamente, a pesar del anuncio y de los peregrinos presentes en el pueblo el 13 de noviembre, Conchita logró subir discreta y solitariamente a los pinos. Una carta del Dr. Celestino Ortiz al P. Ramón M. Andreu confirma la visión: “Conchita dejó a las personas que ocupaban su cocina [su madre, Eloísa Deguía y el matrimonio Weber de Alemania] y subió sola a los Pinos”. Albrecht Weber confiesa que intentó acompañarla: “Aniceta, sin embargo, me embrolló en una conversación para, evidentemente, despistarme con relación a su hija, que muy rápidamente desapareció”. La vidente, añade el alemán, sabía que aquel éxtasis sería diferente: “La Santa Virgen le había anunciado esa aparición y le había pedido venir sola y en la medida de lo posible [le pedía] traer muchos rosarios, para besarlos. Ya le había dado a entender que en ese día vendría por última vez”. Y, efectivamente, en aquel atardecer, cuando más llovía, Conchita se puso en camino. Y subió a los Pinos haciendo memoria de los años pasados:

“Iba diciéndome -escribe ella-, muy arrepentida de mis defectos, que ya no caería más en ellos, porque me daba apuro presentarme así delante de la Madre de Dios, a quien mis defectos le hacen mucho daño, y yo creo que en mí son mayores, ya que la he visto a Ella”.

Con estos sentimientos en el corazón subió Conchita la empinada cuesta de La Calleja: “Cuando llegué a Los Pinos empecé a sacar los rosarios que llevaba y estándolos sacando, oí una voz muy dulce, la de la Virgen, que se distingue entre todas, y me llamaba por mi nombre... Y en ese momento la he visto, con el Niño Jesús en brazos. Venía vestida como siempre y muy sonriente. [Entonces] le he dicho: «Ya he venido a traerte los rosarios para que los beses». «Ya lo veo» -responde la Señora, que añade- «Conchita... ¿te acuerdas de lo que te dije el día de tu Santo de que sufrirías mucho en la tierra? Pues te lo vuelvo a decir. Ten confianza en nosotros y lo ofrecerás con gusto a nuestros corazones, por el bien de tus hermanos, porque así estarás más unida a nosotros».

«Qué indigna soy de tantas gracias... -replica Conchita- y todavía vienes hoy a mí para sobrellevar la pequeña cruz que ahora tengo». La Virgen, delicadamente descarga a Conchita de este peso: «Conchita, no vengo solo por ti, sino que vengo por todos mis hijos, con el deseo de acercarlos a nuestros corazones». Las apariciones no son sólo para Conchita, sino una llamada de la Madre a «todos sus hijos». Por eso añade: «Dame, para que pueda besar todo lo que traes». Y después de besar todos los objetos, le dice: «Mi Hijo, por medio de este beso que yo he dado aquí, hará prodigios. Repártelos a los demás». Conchita asiente: «Claro, yo así lo haré».

Después la Señora le pregunta por las peticiones de oración que las buenas gentes habían encomendado a la joven. La vidente repite todas las intenciones. Y al final, la Virgen da rienda suelta a su corazón: «Dime Conchita, dime cosas de mis hijos; a todos los tengo bajo mi manto». A Conchita se le escapa ese lenguaje de amor; y responde con sencillez: «Es muy pequeño, no cabemos todos». A lo que la Señora responde con una sonrisa. Y se dirige directamente a su joven interlocutora: «¿Sabes, Conchita, por qué no he venido yo el 18 de junio a darte el mensaje para el mundo? Porque me daba pena decíroslo yo, pero os lo tengo que decir para bien vuestro y gloria de Dios si lo cumplís. Os quiero mucho y deseo vuestra salvación para reuniros en torno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Verdad, Conchita, que tú me responderás?» La vidente, que se siente desbordada por la ternura de la Madre, responde sinceramente: «Si estuviese siempre viéndote, sí, pero si no, no lo sé, porque soy muy mala». «Tu pon de tu parte todo - responde la aparición- y nosotros te ayudaremos, como también a mis hijas, Loli, Jacinta y Maricruz». Y añade un consejo, el último de Garabandal: «Conchita, ¿por qué no vas a menudo a visitar a mi hijo al Santísimo? ¿Por qué te dejas llevar por la pereza, no yendo a visitarle cuando os está esperando de día y de noche?». La Eucaristía resuena siempre con fuerza en Garabandal.

El éxtasis no se alarga mucho más; son en total unos doce minutos. Enseguida comienza la despedida que, esta vez, es para siempre: «Conchita, [ésta] será la última vez que me veas aquí, pero estaré siempre contigo y con todos mis hijos». La joven, que

entiende que con esas palabras las apariciones tocan a su fin, responde con una petición que resume todos estos años: «¡Ay qué feliz soy cuando os veo! ¿Por qué no me llevas contigo ahora?» La Virgen, educándola hasta el final, responde invitándola a la generosidad: «Acuérdate de lo que te dije el día de tu Santo... Al presentarte delante de Dios tienes que mostrarle tus manos llenas de obras hechas por ti en favor de tus hermanos y para gloria de Dios y ahora las tienes vacías».

“Y nada más -concluye Conchita-. Se ha pasado ese feliz rato que he pasado con mi Mamá del Cielo y mi mejor Amiga, y con el Niño Jesús. Los he dejado de ver pero no de sentirlos. De nuevo han sembrado en mi ánimo una paz y una alegría y unos grandes deseos de vencer mis defectos para conseguir amar, con todas mis fuerzas, a los Corazones de Jesús y de María, que tanto nos quieren”.

Lo que había comenzado cuatro años antes con estampido de truenos, un día radiante de junio, se acaba ahora sin ruidos, bajo la lluvia de un gris atardecer de noviembre. “Seguramente -comenta Pesquera- la muchacha no se apresuró a bajar de los Pinos después de acabada la visión. El estado de su espíritu no se lo permite. Tiene que quedarse un rato allí, a solas con sus emociones... Amorosamente ordena y envuelve todos aquellos rosarios, distinguidos por el beso de la Madre; da luego unos pasos, lentos, emocionados, hacia el borde de la leve hondonada donde hunden sus raíces los nueve árboles solitarios... y sobre aquel borde se detiene. Allí está, ante sus ojos, aunque un poco desdibujada por la bruma de la lluvia, la estampa inolvidable: las cumbres, las laderas, los angostos valles y, más cerca, a sus pies, el pueblo, su pueblo de San Sebastián de Garabandal. A partir de aquella despedida bajo la lluvia, empieza *«todo aquello»* a ser historia. Sin embargo, algo queda allí para siempre, algo inefablemente fresco e inmarcitable, que encontrarán cuantos lleguen con fe y de lo que sacarán fuerzas para mantenerse en la más alta esperanza y el mejor amor”. Desde luego, en las palabras de este último *éxtasis* se esconde algo de esa *delicadeza* propia de las cosas de Dios:

“Ya no me verás más aquí, pero estaré siempre contigo y con todos mis hijos”.

Es la última y mejor palabra de todas las de Garabandal; y compendio de todo su *«mensaje»*.

Un dictamen médico favorable

Dr. Apostolides: frescura inexplicable

En 1961, el negativo diagnóstico del médico de la aldea, el Dr. Gullón, resultó inverosímil a observadores tales como el brigada Álvarez. Álvarez, en sus apuntes señala un hecho que le hacía desconfiar de la opinión del médico del pueblo: la inexplicable frescura de las videntes. El teólogo Ramón M. Andreu también señalaba esta sorprendente frescura como algo extraordinario. Pero fue un médico francés en julio de 1965 quien investigó más a fondo este fenómeno: el Dr. Apostolides, Médico-Jefe del Servicio de Pediatría del Centro Hospitalario de Troyes (Aube, Francia).

Apostolides visitó la aldea en julio de 1965. Antes de subir, el Jefe de la Sección de Pediatría del Hospital de Troyes, entrevistó al también pediatra de Santander, Dr. Celestino Ortiz, conocido por sus largas horas de estudio de los fenómenos. El médico francés recabó información de su colega. Después de esto, se dirigió a la aldea de las apariciones. Observó a las pequeñas con detenimiento. En su comentario recalca especialmente la normalidad de su condición. Siendo pediatra, el Dr. Apostolides habló con autoridad en un área relevante de cara a documentar la salud de las niñas. Y Apostolides señaló sorprendido su inexplicable falta de cansancio. La tranquila acogida que ellas dispensaban al creciente número de visitantes, a veces tan indiscretos, fue para él algo admirable. El médico francés, padre de ocho hijos, no logró entender cómo el asedio del gentío sobre las niñas no dejaba en ellas un poso de engreimiento enfermizo “sino más bien de sencillez”. Y escribe:

“Estaban muy lejos de toda afectación y es para mí todavía causa de admiración que, después de haber estado tan rodeadas, tan solicitadas, estas niñas, sobre todo Conchita, la más expuesta, no se hicieran precisamente en absoluto las interesantes, las farsantes, por poco que hayan tomado conciencia de que eran el punto de mira de todos, y que algunos venían desde miles de kilómetros para verlas. Verdaderamente, el candor del recibimiento de una Conchita, después de lo que ha sufrido desde varios años, es ya casi milagroso”.^[186]

Al margen de todas las tensiones que rodeaban a las apariciones, para el pediatra francés, la frescura, normalidad y sencillez de las videntes resultaba desconcertante: «casi milagrosa». Y, como hemos visto, no fue el único en subrayarlo.

XVII

1966. El año de las contradicciones

Para las apariciones, 1966 fue un año lleno de novedades, buenas noticias, esperanzas y, sin duda, enormes contradicciones. Destaca en primer lugar los sucesos que acompañaron a una curación extraordinaria ocurrida en el Hospital de Valdecilla (Santander). Sin haber sido nunca estudiada clínicamente, esta curación aparentemente genuina y espontánea fue atribuida desde el primer momento a la Virgen de Garabandal por una familia destacada de Santander. La tensión en torno al caso deja traslucir el clima en torno a las apariciones.

El caso de Menchu Mendiola. El intento de silenciar una curación

Una joven de 18 años, María del Carmen o *Menchu* Mendiola. Le fue diagnosticada una eritemia muy avanzada. A pesar de las continuas transfusiones, la enfermedad empeoró rápidamente hasta que Menchu cayó en coma. Ella misma lo relata en una grabación: “Estuve como unos diecisiete días en un coma... Me dieron la extremaunción porque no había ya remedio. Entonces también me llegó el crucifijo besado por la Virgen en Garabandal... Entonces, mi padre, que siempre rezaba muchos rosarios, hizo que todo el mundo allí, el grupo de amigos jóvenes, empezasen a rezar... Y me dicen que yo empecé a abrir los ojos y que ya vieron que yo me movía. Entonces llamaron al médico [Dr. Tresmanes], me hicieron análisis y vieron que las plaquetas habían subido. Como yo estaba muy nerviosa, le dijeron a mi padre que era mejor que me mandaran a casa para que me recuperara un poco porque yo me tenía que operar para quitarme el bazo. Me vine para casa y a los ocho días fui a Valdecilla para hacerme un control para ver cuántas plaquetas y hematías tenía para poder operarme. Me hicieron un análisis y tenía trescientas y pico mil plaquetas. Entonces me dijo el médico que, como no hacía falta, no me operaba”.^[187]

La curación, atribuida por la familia de la joven a la intercesión de la Virgen de Garabandal, nunca trascendió a los medios. Se decía que la familia callaba porque se le había prohibido hablar de Garabandal en relación con la curación. Escéptico ante esta prohibición, el investigador norteamericano Edward Kelly, acudió directamente a la familia Mendiola para informarse. En 1973, Kelly comentó el caso a Mons. del Val, en una entrevista concedida para hablar de las apariciones:

KELLY: Menchu Mendiola, tras un diagnóstico incurable [de eritemia], se recuperó... después de haber sido tocada por un crucifijo besado por la Virgen en Garabandal. ¿Ha oído Ud. hablar de esto?».

MONS. DEL VAL: «Sí». -[Del Val] mencionó que le gustaría escuchar el testimonio de las personas implicadas en ello-.

K.: «He oído que el Obispado de Santander intentó silenciar las noticias acerca de esta curación».

D.V.: «No. Ni yo ni ninguna otra persona en el Obispado intentó nunca silenciar aquella curación».

Después de mi entrevista con Mons. del Val -continúa Kelly-, acudí directamente al empresario en cuestión, el Sr. A. Mendiola, padre de Menchu. Él me dijo que dos sacerdotes habían venido a hablar con él [después de la curación de su hija]”.

Una carta personal de Kelly en 2016 transcribe su conversación con Mendiola:

KELLY: “¿Es verdad que alguien vino desde el Obispado para decirle a Ud. que no hablara de Garabandal en relación con la curación inesperada de su hija?».

MENDIOLEA: «Sí».

K.: «¿Era el P. Odriozola?».

M.: «Sí»”.

Mons. del Val, miembro de la Comisión antes de ser Obispo, declaró a Kelly en 1973 que quisiera escuchar los testimonios del caso. Siete años después de la curación, el Prelado aún no poseía un informe detallado. Este testimonio muestra que la visita de los dos sacerdotes de la Comisión en 1966 no había pretendido estudiar médicamente la supuesta curación. De hecho, a Mons. del Val prácticamente solo le llegó la noticia y tampoco se publicó nada. El P. Odriozola y su acompañante (que no sabemos quién es) habían acudido a la familia con la determinación de silenciar la noticia. La familia Mendiola obedeció religiosamente y de la curación no se supo más. De momento, este silencio se antepuso al estudio médico del caso. El milagro se había desestimado *a priori*, y ni tan siquiera se estudió el suceso. Como veremos, solo en 1975 habría novedades al respecto. Entre tanto, el caso quedaba archivado.

Investigación de la Congregación para la Doctrina de la Fe 12 a 19 de enero de 1966

“Contra viento y marea acompañé a Conchita y a su madre en el viaje que hicimos juntos a Roma, llamados por el Cardenal Ottaviani, en enero de 1966”.

Así comienza el relato de Luis Jesús Luna, sacerdote de la Archidiócesis de Zaragoza, quien se encargó personalmente de llevar a Conchita a Roma. El mismo Luna describe los pormenores del viaje: “A finales de agosto [de 1965] me había ofrecido al nuevo Obispo de Santander, D. Vicente Puchol, para ponerle en contacto directo con las niñas”. Por encargo del Obispo anterior, el P. Luna estaba sustituyendo al Párroco de Garabandal y tenía prisa por poner los medios para que Mons. Puchol, el nuevo Obispo

de Santander, pudiera conocer a las niñas y formar un juicio objetivo sobre las apariciones. Tenía prisa porque las videntes estaban a punto de dejar la Diócesis, para estudiar fuera, y Mons. Puchol, que llevaba apenas dos semanas como Obispo, aún no había tenido ocasión de conocerlas. Sin embargo, los duros informes de la comisión hicieron al Prelado rechazar la propuesta:

“Me dijo -escribe Luna- que no juzgaba necesario y ni siquiera prudente conocerlas. Aseguró estar muy enterado [por la Comisión] y me confió su plan: encargaba el pueblo a un sacerdote joven, José Olano, y las niñas debían permanecer allí -él las adoctrinaría-. Le manifesté que me parecía excelente idea enviar un sacerdote elegido; pero que en cuanto a las niñas, ni él ni yo teníamos autoridad para disponer dónde debían estar, ya que Aniceta -madre de Conchita- había autorizado a su hija en ingreso en Pamplona y los padres de Loli y Jacinta también consentían en que marcharan a Borja. Recuerdo que me preguntó: «¿[Lo han autorizado ya] *por escrito?*», y le contesté: «*Sí, Señor Obispo, sí, por escrito. Tengo firmados los permisos*»”.

El mismo Luna, como sustituto del párroco, había ayudado por esas fechas a formalizar las matrículas de las niñas para ese curso de 1965-66. Las familias querían que las pequeñas salieran de la aldea y se formasen mejor.

“[Sin embargo] Mari Cruz no salió del pueblo aquel año porque sus padres, ya mayores y enfermos, no podían quedarse solos. He llevado siempre por norma respetar a la Jerarquía y exigirle respeto. Conscientemente he sido noble ante quien representa a Dios; pero no débil. Aquel mismo día de finales de agosto, le dije a D. Vicente [Mons. Puchol]: «No quiero obrar a espaldas tuyas, por eso me he ofrecido a presentarle a las niñas. Voy a confiarle un secreto. Un señor de alta categoría gestiona en Roma que sean recibidas por el Papa».

El señor Obispo -sigue diciendo Luna- sonrió ampliamente, con aquel optimismo que le caracterizaba. Estábamos sentados, solos, a uno y otro lado del escritorio, en una sala del primer piso del Seminario de Santander. Saqué de la cartera dos telegramas; los desplegué y se los ofrecí abiertos. «*Es usted aragonés*», afirmó. «*De Zaragoza, señor Obispo*», puntalicé enseguida. Hubo filtración de la noticia y los trámites se entorpecieron. Tan sólo a mediados de diciembre recibí una llamada telefónica desde Santander anunciándome la llegada de alguien desde Roma con una carta del Cardenal Ottaviani, que rezaba: «*Con permiso del señor Obispo, o sin él, tráigame a las niñas*».

Hubiese volado; pero se acercaban las Navidades y no teníamos pasaje. Rogué a mi ilustre interlocutora que diera a leer la carta en secreto y personalmente al señor Obispo y le aseguré que prepararía el viaje para la segunda semana de enero. Pero hace falta cantidad de paciencia y energía -lo sé por experiencia- para no darse por vencido ante las defensas de la puerta de un prelado, pues recibió la copia de la carta el Vicario General [Javier Azagra]. Cuando, ya de regreso de Roma, estuve con el señor Obispo, me aseguró que no se la habían entregado. Le creí sincero”.

Efectivamente, el viaje se realizó entre los días 12 y 19 de enero de 1966. Conchita viajó a Roma acompañada por su madre Aniceta y la Princesa Cecilia De Borbón-Parma, devota de las apariciones que hizo posible el viaje a aquella humilde familia campesina. Las acompañaba el P. Luna y, en Roma, el Prof. Enrico Medi. La expedición trataba así de responder a la cita del Card. Alfredo Ottaviani, Pro-Prefecto del Santo Oficio o Congregación para la Doctrina de la Fe.

Conchita esperaba seguramente encontrar en Roma la comprensión de la Iglesia. Por su parte, el Cardenal esperaba encontrar luz en un caso sobre el que fieles de todo el mundo requerían su orientación y que a nivel diocesano no parecía hallar respuesta. La entrevista en la Congregación fue larga. Durante más de dos horas, junto a otros miembros del Dicasterio, el mismo Ottaviani interrogó a la vidente. *Informe Diocesano* en mano, el Pro-prefecto escuchaba atentamente a la muchacha, deteniéndose

particularmente sobre los puntos más oscuros que encuentra en el documento. Conchita contó absolutamente todo: los éxtasis, sus errores, sus miedos, sus pecados, lo que veía en la gente... e incluso algo que en ningún otro momento ha revelado a nadie, ni a sus compañeras ni aun a sus familiares más allegados: la fecha del *Milagro*. El Cardenal manifestó al P. Luna su impresión. Luna transcribe la conversación:

“Dos horas y media estuvo Conchita prestando declaración ante tres monseñores de la Curia Romana. El Cardenal [Ottaviani] salió varias veces a manifestarnos la buena impresión que cuanto Conchita decía le causaba. Recuerdo que me dijo: y más tarde me repitió:

«Tráigame a las otras niñas; tráigamelas».

Si Jacinta y Loli no acudieron a Roma fue porque se negaron sus respectivos padres; y en su derecho estaban, aunque también fue porque alguien influyó en ellos; y no estaba en su derecho. Parecía contento el Cardenal. Entre la veintena de apariciones de la Santísima Virgen en estudio por entonces allí en el Santo Oficio, las de Garabandal le parecían [muy interesantes] *«molto interessanti»* -dijo exactamente-”.

Muy satisfecho debió de quedar Ottaviani, pues, asintió a la atrevida petición de la joven de ser llevada ante el Papa.

“Al día siguiente -sigue relatando Luna- nos dijo [Ottaviani] que, puesto al corriente el Padre Santo, había manifestado deseo de recibirnos. *«Vayan, nos dijo, al Palacio Apostólico y pidan día y hora en la secretaría de audiencias»*. Así lo hicimos; pero habían llegado consignas y nos oímos espetar: *«El Papa no les recibe; ni les recibirá»*. *«Pero, Monseñor -argüí-, si acaba de decirnos Su Eminencia que el Padre Santo le ha manifestado, de viva voz, que quiere recibirnos»*. *«Que el Cardenal Ottaviani se meta en su Dicasterio; aquí mando yo»*. Así zanjó la cuestión. Para quedarse aturrido.

El Cardenal oyó mi relato impasible. Se le notaba avezado a semejantes zarpazos. La víspera, comentando el mensaje del 18 de junio, cuando recordé aquello de: *«Obispos, Cardenales van por el camino de la perdición...»*, asentía él con un significativo movimiento de cabeza que daba la razón *al ángel*. No se desanimó; ni yo tampoco.

Antes de proseguir, debo aclarar que Conchita y yo prometimos guardar secreto y bajo él actuamos. No puedo revelar ni las personas que intervinieron ni el medio de que nos valimos; pero sí aseguro, ante Dios, que Pablo VI, al corriente de todo, y a pesar de los pesares, bendijo a Conchita con estas trascendentales palabras:

«Yo te bendigo y te bendice conmigo toda la Iglesia».

El Papa está con nosotros”.

Luis Jesús Luna, fiel a su promesa, no puede contarnos cómo fue posible aquella histórica entrevista. Sin embargo, el Profesor Enrico Medi consiguió fijar *in extremis* la ansiada entrevista con el Santo Padre:

“Miércoles, 19 de enero de 1966:

El Papa en la silla gestatoria -escribe Juan García Inza- sale de la sala donde ha tenido la Audiencia General. Divisa al Profesor Medi, su médico personal [esa es la señal]. El Papa le llama: *«Profesor, profesor»*. A continuación dice a los portadores de la Silla: *«Fermi tutti»* [deteneos]. Una indicación de que dejen en el suelo la Silla Gestatoria y se alejen. El Papa queda a solas con el pequeño grupo del Dr. Medi en el que estaban Conchita, su madre y el Padre Luna y se produce así la *audiencia*, fuera de programa.

Aunque breve y confidencialmente, Conchita confió a M. Nieves en Burgos alguno de sus recuerdos sobre esta histórica entrevista:

“Estuve con él [Pablo VI] en una audiencia privada, entramos por una puerta secreta. Se mostró muy amable conmigo. Tiene unos ojos penetrantes, y le encontré muy triste. Se nos mandó guardar silencio. No se lo he

dicho ni al Padre Andreu ni a Chon [Asunción de Luis], no se lo digo a nadie. El que las apariciones sean verdad o no, es lo de menos, lo importante es que seamos mejores”. “Al pasar bendiciendo [el Santo Padre], se interpuso entre el Papa y yo el Card. Rocca, que no me quiere [Rocca había intentado antes impedir el encuentro]. El Santo Padre al pasar junto a mí le apartó y dirigiéndose a mí me dijo: «*Conchita, yo te bendigo y conmigo toda la Iglesia*». Permanecí con la cabeza inclinada. La gente que estaba junto a mí, al oírlo me miraba mucho”.^[188]

Es fácil imaginar cómo, “con una alegría indecible, el pequeño grupo se dirigió después de esto al coche para marchar directamente al aeropuerto para el viaje de vuelta a España”.^[189] En algún tiempo “se discutió sobre la realidad de esta entrevista o se la quiso reducir a un simple saludo de paso en una Audiencia. Hoy nadie la niega. Son numerosos los testimonios, dentro de la reserva impuesta en Roma a sus participantes”. Con todo, sería erróneo pretender ver en ello una aprobación de Garabandal. El Papa confiaba en sus colaboradores y no se debe abusar de la realidad de ese gesto. Sin embargo, sus palabras sí expresaban un hecho cierto: la voluntad del Santo Padre de alentar a la joven a perseverar en la ardua empresa de la búsqueda de la aprobación en la Iglesia. Deben perseverar en los propósitos de aquel viaje. Bien podía decir, pues, el Padre Luna: «*el Papa está con nosotros*». Garabandal, desde el principio, aparece en Roma como una cuestión «*molto interesante*»; para el Cardenal Ottaviani. Y para el Santo Padre.

Encuentro con el Padre Pío

Aprovechando la estancia en Italia, Conchita tenía todavía un deseo. Y a la espera de una entrevista con el Papa Pablo VI, los peregrinos programaron una rápida visita a San Giovanni Rotondo, al convento en que vivía el P. Pío de Pietrelcina. La joven anhelaba este encuentro. Recordaba vivamente el mensaje que el capuchino les había transmitido por carta en 1962. Efectivamente, con fecha de 3 de marzo de 1962, había llegado a Garabandal una misteriosa carta. Escrita en italiano y sin firmar, venía dirigida a las cuatro videntes. Mencionaba, además, una comunicación sobrenatural acerca de las apariciones. Conchita fue la encargada de abrir la carta. La tradujo un seminarista de Bilbao, Félix López:

“Queridas niñas: a las nueve horas de esta mañana, la Santa Virgen me ha dicho que os diga: «¡Oh benditas muchachas de San Sebastián de Garabandal! Yo os prometo que estaré con vosotras hasta el fin de los tiempos y vosotras estaréis conmigo en el fin del mundo. Y después, unidas a mí en la gloria del Paraíso». Os mando copia del santo rosario de Fátima, que la Virgen me ha ordenado os mande. Este rosario ha sido dictado por la Santa Virgen y debe ser propagado para salvación de los pecadores y preservación de la humanidad de los peores castigos con que el buen Dios está amenazando. Sólo os doy un consejo: rezad y haced rezar, porque el mundo está sobre el comienzo de la perdición. No creen en vosotras, ni en vuestros coloquios con la Blanca Señora... Creerán cuando sea demasiado tarde”.

En 1975, en una entrevista para la revista *Needles*, Conchita recordaba su primera impresión ante la carta:

“Quedé extrañada de lo que decía y, como venía sin firma, la guardé en mi bolsillo hasta el momento de la aparición. Cuando apareció nuestra Santa Madre, yo le enseñé la carta... y le pregunté de quién era. Nuestra Santa Madre contestó que venía de parte del P. Pío. Yo no sabía entonces quién era el P. Pío, y no se me

ocurrió preguntar más. Después de la aparición, estuvimos comentando lo de la carta; y entonces un seminarista que estaba allí [Félix López] me explicó quién era el P. Pío y dónde vivía. Yo le escribí, diciéndole que cuando hiciera alguna visita a mi país, me gustaría mucho verle... Me contestó con una breve carta, en que decía: «¿Crees tú que yo puedo salir y entrar por las chimeneas?». A mis doce años, yo no tenía ni idea de lo que podía ser un monasterio.

«¿Conserva usted esas dos cartas?» -pregunta el periodista-. «Sí».

La carta, hasta hoy en poder de la vidente, fue publicada por primera vez en 2018. Una fotografía publicada por Juan Hervás, nos permite hoy estudiar los detalles de la carta mecanografiada y el sobre original sellado en el *Convento de Santa María delle Grazie* de San Giovanni Rotondo en 1962. Aunque la carta no estaba firmada, numerosos indicios apuntan con seriedad a la autoría del P. Pío. El texto posee los mismos rasgos tipográficos de otras cartas del Santo que sí están firmadas. Pero lo que sitúa la carta con más garantías es el sello del Convento de San Giovanni Rotondo. Así, - como afirma Juan Hervás- hoy “podemos atestiguar que es auténtica con nueva información”. Sin duda, el nuevo material encontrado requiere un estudio especializado. Pero ya podemos decir que, “después de 56 años sin noticias sobre la carta real del Padre Pío a Conchita... el hallazgo demuestra su existencia”.^[190] Además, todo parece indicar que la carta fue escrita “posiblemente por la misma máquina” de otras cartas del santo - como apunta Hervás-.

¿Por qué enviaría el P. Pío una carta sin firma ni remitente? Para Hervás, “era lógico que P. Pío no firmase la carta. Primero, porque las apariciones estaban en curso y la Iglesia no se había manifestado todavía. Y segundo, en marzo de 1962 el Padre Pío todavía tenía numerosas restricciones ordenadas por la Santa Sede y por sus superiores, y no le convenía a su reputación escribir una carta como esta. Estas restricciones [solo le] fueron levantadas por el Papa Pablo VI en 1963, un año más tarde”.

Ahora, en 1966, gracias a la ayuda del P. Luna y el Profesor Medi, Conchita tendría ocasión de preguntar al capuchino de los estigmas si había sido realmente él quien había escrito la alentadora misiva de 1962:

“Llegamos [a San Giovanni Rotondo] como a las nueve de la noche -escribe la vidente- y nos dijeron que no podríamos ver al Padre Pío hasta la mañana siguiente en su Misa de cinco. Antes de Misa, el Padre Luna y el Profesor [Medi] fueron a la sacristía. El Profesor me contó más tarde lo que ocurrió allí. Dijo que el Padre Luna había dicho al Padre Pío que la Princesa de España estaba allí para verle [Cecilia De Borbón-Parma]. El Padre Pío dijo entonces al Padre Luna: «No me siento bien y no podré verla hasta más tarde hoy». El Profesor Medi dijo entonces: «Hay otra persona que quiere verlo también. Conchita quiere hablar con usted.» Padre Pío dijo entonces: «¿Conchita de Garabandal? Vengan a las ocho de la mañana».

Al llegar, fuimos conducidos a un pequeño cuarto, una celda, que tenía una cama, una silla y una pequeña mesita... Recuerdo que [yo] tenía el crucifijo besado por Nuestra Señora, y que dije al Padre Pío: «Esta es la Cruz besada por la Santísima Virgen. ¿Quisiera besarla?» Padre Pío tomó entonces el Cristo y lo colocó en la palma de su mano izquierda, sobre el estigma. Tomó entonces mi mano, que colocó sobre el crucifijo... bendijo mi mano y la cruz... mientras me hablaba”.

Entre la emoción y los nervios, la joven no logró fijar en su memoria las palabras del santo. Pero los hechos hablan ya por sí solos. La benevolencia del capuchino, además, se manifestaría en más ocasiones. Y es que son varios los testimonios de personas que han

sido dirigidos hacia Garabandal por el estigmatizado de Gargano. Destaca Joachim Boufflet, Doctor y Profesor de Filosofía en la Universidad de la Sorbona de París y Consultor de la Congregación para las Causas de los Santos en Roma. Boufflet, la tarde del 23 de agosto de 1968, tras confesarse con el Padre Pío en el claustro del Convento de San Giovanni Rotondo, habló algunos instantes con él. Al terminar la confesión, el Padre le dijo: “*Reza a la Madonna. Conságrate a la Virgen del Carmelo que se apareció en Garabandal*”.^[191] Boufflet quedó confuso; por lo que el Padre insistió: “*Conságrate a la Virgen del Carmelo que se apareció en Garabandal*”. Al fin, el francés le preguntó: «¿*Las apariciones de Garabandal...? ¿Entonces es cierto?*». A lo que el capuchino respondió con efusividad:

«*Certo, è vero!*» -¡Claro, es verdad!”.

Así de efusivamente mostraba el Padre Pío su aprecio por las apariciones de Garabandal. Por eso animaba a sus dirigidos a visitar la aldea.

El estudio de Xavier Escalada ante San Pablo VI

Sin poder precisar la fecha exacta, también en 1966, un jesuita trató la cuestión de Garabandal con el Papa Pablo VI. El P. Xavier Escalada, periodista, investigador e historiador, destaca por sus estudios en el campo de las apariciones marianas. Esto lo confirmó en 2013 la Conferencia Episcopal Mexicana, al dar, por los méritos del jesuita, el nombre de *Códice Escalada* (1548) al documento más antiguo sobre las apariciones de Guadalupe.^[192] Antes de eso, en 1966, el P. Escalada fue recibido por Su Santidad Pablo VI. El investigador, acompañado por su Superior General, el P. Pedro Arrupe, sostuvo con el Papa una breve pero significativa conversación que plasma la actitud del Pontífice hacia los sucesos. En su presentación, Escalada expuso al Papa los resultados de su reciente estudio sobre Garabandal. El Papa, que estaba al tanto del caso a través del resultado de la entrevista de Ottaviani a Conchita, en enero de ese mismo año, pronto interrumpió al jesuita para decir:

“Es necesario dar a conocer esos mensajes”.^[193]

El Papa animaba así a proseguir aquella labor. Escalada, confiado ante las palabras de aliento, replicó con franqueza:

“«Sí, Santidad, pero hay mucha gente que se opone, aun de los nuestros». Entonces el Papa levantó la voz: «No importa; diga a esas gentes que es el Papa el que lo dice, que es urgente dar a conocer al mundo estos mensajes»”.

Con decisión animaba Pablo VI la difusión de Garabandal. Y aún pronunció unas palabras que, con elocuencia italiana, perfilaban un resumen de las apariciones tan sorprendente como certero:

“Es la historia más hermosa de la Humanidad desde el Nacimiento de Cristo. Es como la segunda vida de la Santísima Virgen en la Tierra, y no hay palabras para agradecerlo”.

Con estas palabras subrayaba el Papa la extraordinaria frecuencia de los más de dos

mil éxtasis con que habían sido distinguidas las apariciones: «*es como una segunda vida de la Virgen en la Tierra*». Respecto a la historicidad de frase tan comprometida, hay constancia desde fecha muy temprana (1967 y 1968) y en publicaciones tan distantes como España y Perú. Son dos testimonios muy tempranos que reproducen ya de forma idéntica la cita: el primer testimonio pertenece a otro conocido jesuita, Ramón María Andréu, que atento siempre a los trabajos sobre Garabandal se refiere a esta entrevista de Escalada con Pablo VI en una carta firmada el 13 de abril de 1967 en Valladolid. El 7 de noviembre de 1968, la misma cita era publicada por primera vez, en Tacna (Perú), por la *Legión Blanca Peruana*, con el *imprimatur* del Obispo de la Diócesis, Mons. Alfonso Zaplana Belliza. A partir de entonces, esta frase reaparece en multitud de medios y publicaciones, manteniendo idéntica forma.

A pesar de estos indicios de credibilidad, Santiago Lanús, ante una expresión tan fuerte del Santo Padre, no se atreve en 2013^[194] a asegurar que estas últimas fuesen palabras textuales del Papa y las separa del resto de la conversación entre Pablo VI y Xavier Escalada. Esta perplejidad movió a Lanús a comprobar un dato más:

“Por [medio de] una pariente del P. Morelos, [conocido divulgador de Garabandal en México], que conoció al P. Escalada, supimos que efectivamente las palabras que se atribuyen al Papa Pablo VI fueron textuales [es decir, conformes con las transmitidas por el jesuita]... Y encajan totalmente con las apariciones de Garabandal. Las describen y resumen a la perfección”.^[195]

Las expresivas palabras del Papa, «*Garabandal es como una segunda vida de la Virgen*», señalan un rasgo distintivo de Garabandal: la gran frecuencia y duración de las apariciones (1961-1965). René Laurentin, experto en la materia, expresa este mismo asombro al comprobar “la abundancia de hechos extraordinarios que tuvieron lugar en Garabandal de 1961 a 1965”.^[196] Esto, en 1966 -cuando lo señaló el Papa- era algo nuevo: Fátima había tenido sólo seis apariciones, en Guadalupe fueron cuatro, en Lourdes dieciocho. En la actualidad, sin embargo, han sido aprobadas apariciones más largas, como Akita (1973-1981), Betania (1976-1984) o Kibeho (1981-1983).

Esta “*extraordinaria multiplicación de los signos*”^[197] supone para Lucas F. Mateo-Seco una categoría teológica innegable que une a las apariciones marianas contemporáneas. Garabandal, entre ellas, se distingue por el hecho de precederlas a todas. Así, entre las «*modernas apariciones marianas*», -si viene a autenticarse- nuestro caso se presenta como el primero. Esto es lo que San Pablo VI, al referirse a los sucesos de Garabandal, expresaba con aquella significativa confianza de 1966: «*Es como la segunda vida de la Virgen y no hay palabras para agradecerlo*».

XVIII

Las negaciones

La oscura sombra de las dudas

El viaje de Conchita a Roma concluyó con la bendición del Papa y su vuelo de vuelta, el 19 de enero de 1966. Pocos días después, el día en que cumplía 17 años (7.II.1966), se encontraba viajando a Pamplona. Tenía la intención de ser religiosa y ese mismo día ingresó como postulante en el Colegio-Noviciado de las Carmelitas de la Caridad de Pamplona, el Colegio Vedruna. Seis días después, el 13 de febrero, una nueva locución del Señor sorprendió a la joven durante la acción de gracias de la comunión. Es una de las locuciones más largas que han llegado hasta nosotros:

«Conchita, tú has venido aquí al Colegio para prepararte a ser mi esposa y dices que a seguirme. ¿No me dices, Conchita, que quieres cumplir mi voluntad? Pues tú ahora quieres cumplir la tuya y ¿quieres seguir así toda tu vida? Te he elegido a ti en el mundo para que te estés en él, enfrentándote con las muchas contrariedades que por mí hallarás. Todo esto lo quiero Yo para tu santificación, y lo ofrezcas por la salvación del mundo. Debes hablar al mundo de María.

Acuérdate de que en junio me has preguntado si serás monja. Te he dicho: en cualquier parte hallarás la Cruz, el sufrimiento; te lo vuelvo a decir ahora: Conchita, ¿has sentido mi llamada para ser mi esposa? No, porque no te he llamado...

Quiero decirte, Conchita, que antes del milagro sufrirás mucho, pues habrá pocos quienes te crean; tu misma familia creerá que les has engañado. Todo esto lo quiero, ya te lo he dicho, para tu santificación, y para que el mundo cumpla el Mensaje. Quiero prevenirte que el resto de tu vida será un continuo sufrimiento; no te acobardes en el sufrimiento; estoy Yo y María a quien tanto quieres».

Yo le he preguntado, si en Roma también me dejarán de creer. Y me ha dicho: *«No te preocupes si te creerán o no te creerán. Yo lo haré todo. Pero también te daré el sufrimiento. Quien sufre por Mí, yo estaré con él»*.

Efectivamente, la joven tuvo mucho que sufrir en Pamplona. De la Riva relata la desconfianza y dureza con que la niña fue tratada allí. Un ejemplo: el confesor del Colegio la amenazó con no absolverla, si no negaba las apariciones. Además de esto, en el pueblo el nuevo párroco, don José Olano, trataba también de quitarles de la cabeza las apariciones. En medio de esta tensión, al llegar las vacaciones de verano de 1966, Conchita y Loli, de vuelta al pueblo y bajo la influencia del sacerdote, comenzaron a experimentar fuertes dudas sobre las apariciones.^[198] Así, el 15 de agosto tomaron la decisión de hablar con don José para que les permitiese acudir al obispo. Lo escribe Conchita:

«[El 15 de agosto de 1966] fui a decir a un sacerdote [José Olano] que no había visto a la Virgen, que le quería decir al obispo que todo fue una ilusión, un sueño o una mentira. [15 días] después, en Pamplona, dije

al obispo [Mons. Puchol] que no había visto nunca a la Virgen, y que había engañado a todo el mundo, todo el tiempo”.^[199]

El 28 de agosto Conchita regresó al Colegio Vedruna, en Pamplona, para comenzar el curso. Dos días después, el 30 de agosto, recibió una visita histórica para Garabandal. El Obispo de Santander, Mons. Vicente Puchol, enterado de las dudas de la joven, se desplazó a la capital de Navarra para interrogar personalmente a la vidente. Sin previo aviso, el Prelado se presentaba acompañado de su Vicario General, Javier Azagra, el Provisor del Obispado, Agapito Amieva y el párroco del pueblo, José Olano. Aquel encuentro, totalmente imprevisto para la niña, se prolongó durante todo el día; solo se interrumpió una vez, por una pausa imprescindible para la comida: en total, siete horas de interrogatorio. Conchita, en su declaración ante el obispo, negó las apariciones. Así, el 30 de agosto de 1966, con la firma de sus negaciones ante la autoridad de la Iglesia, Conchita firmó de algún modo el final de Garabandal. El obispo mismo cuenta en una carta posterior que en las semanas siguientes empleó el mismo procedimiento, con idéntico resultado, interrogando a las otras tres muchachas (2,7,27.IX y 11.X.1966). Y aunque esas retractaciones nunca se hicieron públicas, una nueva Nota Episcopal (17.III.1967) -como señala Félix Ochayta- afirmaba explícitamente que la única base de aquella condena definitiva sobre Garabandal, fueron precisamente estas declaraciones de las niñas: el documento “se apoya en exclusiva en las declaraciones de las cuatro muchachas”. Ni tan siquiera se hacía mención del estudio de la comisión de 1961/62.

Félix Ochayta es un teólogo de la Sociedad Mariológica Española que en 2004 elaboró un Informe sobre Garabandal. Su trabajo tuvo carácter reservado y fue leído únicamente en el Obispado de Santander. La investigación de este mariólogo posee el inestimable valor de ser hasta hoy el único estudio directo sobre los archivos diocesanos, nunca abiertos a nadie más ni antes ni después. Ochayta, en 2004, tuvo acceso entre otras cosas a las actas de las negaciones. Su comentario posee por tanto un doble valor, por su autoridad como teólogo y la exclusividad de su trabajo, absolutamente inédito hasta la publicación de esta tesis:

“El historiador -escribe Ochayta- no puede ignorar las circunstancias de aquellos interrogatorios de cuatro muchachas, tres de 17 años y una de 16, es decir, en plena adolescencia, atribuladas, presionadas, especialmente Conchita. He tenido la oportunidad de leer en fotocopias las respuestas. La más larga de todas es la de Conchita, 6-7 folios. Reconoce que fue cosa de ellas, pero a veces habla con naturalidad de las visiones, mensajes, diciendo que *se me figuraría*, etc. Las otras son más breves; la de Jacinta es aún más titubeante, pues dice que, si no fueron verdad para las otras, tampoco lo habrán sido para ella. De hecho, fue la primera que por escrito retractó en gran parte su declaración de 1966 por carta a don Francisco Odriozola, que no había participado en estos interrogatorios. Conchita [Mari Cruz] y Loli, años más tarde retractaron igualmente y de múltiples formas sus negaciones o dudas de 1966”.

En medio de grandes presiones, para Ochayta estas declaraciones carecen de solidez. Conchita lo ha reclamado sucintamente en una declaración posterior, en 1982. La vidente quiso firmar esta declaración ante notario como testimonio público y firme de su retractación de todas las negaciones. Al relatar las negaciones muestra con claridad su débil retractación de 1966:

“Por aquella época [el 30 de agosto de 1966] declaré que *no había visto a la Santísima Virgen* pero que los

mensajes y las llamadas no podía explicarlas y no sabía de dónde procedían”. “En cuanto al Milagro de la comunión visible.... que se asegura fue inventado por mí, por haberlo así afirmado en declaración, solo puedo decir que no recuerdo detalles de la misma durante las negaciones. Lo único que recuerdo es que mi deseo era terminar con los interrogatorios y eludir tantas preguntas sobre algo que realmente no podía explicar. Y tampoco vi ni oí ningún ensayo de las otras niñas referente a milagros sobre la comunión, ni tuve parte en ello. Nunca se me ocurrió hacer semejantes ensayos”. “Sí es cierto que llegué a negar cuando presté unas declaraciones; pero lo hice manifestando que no podía explicarme el origen de tales mensajes y llamadas, pues en el fondo sentía dudas que no quise expresar, ya que deseaba poner fin a la situación en que me encontraba”.^[200]

La narración de Conchita muestra la tensión interior que asolaba su alma en el momento de las negaciones. Y con todo, aquella declaración no pasó de ser un negar incoherente. Se negaban las apariciones y se afirmaban los mensajes, las llamadas, incluso quizá el milagro de la comunión... El argentino Santiago Lanús subraya este negar las apariciones sin negar los mensajes y las llamadas: esto era “*negar y no negar*”.^[201] Para valorar estas débiles negaciones es importante también tener en cuenta las presiones que de manera quizá involuntaria por parte de algunos, se prolongó durante meses interminables sobre unas muchachas adolescentes apenas instruidas.

Aniceta, la madre de Conchita, quedó escandalizada cuando tuvo noticia del interrogatorio del 30 de agosto. Ella había ordenado expresamente rechazar toda visita o entrevista a la niña durante aquel tenso periodo, especialmente en referencia a las apariciones. Ahora, el Colegio había autorizado un interrogatorio de siete horas ante un tribunal aparecido sin previo aviso y presidido personalmente por el obispo acompañado de 3 sacerdotes de la curia para interrogar a una menor. Y todo esto sin comunicarlo siquiera a la familia. Tan comprometida se vio la madre de la vidente que pocos días después recogió a Conchita en Pamplona. Así dejaba la joven el postulante de las Teresianas. Sin embargo, Aniceta tampoco quería que su hija se quedase en el pueblo, al alcance de las miradas y comentarios de vecinos y forasteros. Encontrar un colegio era difícil en aquellas fechas: el curso ya había empezado. Por esta razón, Aniceta pidió ayuda. Y la encontró en una mujer burgalesa devota de las apariciones, Asunción de Luis. Por medio de ella, aun en el mes de octubre de 1966, a marchas forzadas se trató de conseguir una plaza en el Colegio de las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza de Burgos. La Directora del Colegio, M. Nieves García, recuerda muy bien el caso:

“Aniceta... venía acompañada de Asunción de Luis Sagredo y del profesor de Economía de la Universidad de Zaragoza y autor del primer libro sobre Garabandal, Francisco Sánchez Ventura, dos personas que habían sido testigos de los sucesos de Garabandal desde muy al principio de las apariciones. Yo en aquellas fechas no sabía nada de Garabandal, ni siquiera había seguido las noticias que durante aquellos años habían aparecido en los periódicos. La encargada les comentó que [a esas alturas ya] no teníamos plaza. [Pero ellas] le pidieron las señas de nuestro capellán, don Manuel Guerra, y se fueron a preguntar a otro colegio de la ciudad del que también tenían muy buenas referencias. Cuando fueron al otro colegio se encontraron con que la superiora no estaba y se dirigieron entonces a casa de don Manuel Guerra. Este sacerdote se interesó por el caso personalmente y se ofreció a acompañar a la madre de Conchita para hablar conmigo. Y sucedió providencialmente que entre la primera visita y esta segunda había renunciado a su plaza de interna una de las admitidas.

En estas circunstancias ya no había ningún motivo para que no se la admitiese. Y fue entonces cuando me comunicaron que Conchita era una de las cuatro niñas videntes de Garabandal. Me pusieron al corriente de lo que yo debía saber para ayudarla en su formación humana y espiritual. Y decidimos que lo mejor era que

Conchita permaneciese en el colegio ocultando su identidad, de manera que tanto sus compañeras como sus profesoras y las monjas del colegio no supieran quién era. Solo lo sabría la madre general de nuestra Congregación y yo. Se acordó que don Manuel Guerra sería su confesor y yo su formadora. Además me encargaron una relación de las muy pocas personas que la podrían visitar, para proteger a la niña de curiosos e inoportunos. Y como ella fue bautizada con el nombre de María Concepción, acordamos que en adelante en el colegio la llamaríamos María, nombre que ha utilizado a lo largo de su vida y utiliza en diversas ocasiones para no darse a conocer como Conchita la vidente de Garabandal. Conchita estuvo en nuestro colegio todo el curso 1966-67 y el primer trimestre del curso siguiente. Y solo unos pocos días antes de irse, por disposición de nuestra madre general se dijo a las monjas y a sus compañeras del colegio quién era Conchita. Hasta entonces nadie supo nada, lo que dice mucho de la entereza de su carácter, pues supo callar y pasar inadvertida, cuando cualquier comentario la hubiera convertido en el centro de atención de todas, lo que hubiera halagado su vanidad de adolescente. Y en este punto además de fortaleza, demostró tener una madurez nada común para su edad”.^[202]

Desde este momento, la Directora del Colegio, Madre Nieves García, se convertía en formadora, guía y única confidente espiritual de la joven. Solo con ella debería desahogarse la joven. Entre ellas surgió un trato fácil desde el primer momento. Por eso, desde ese día, la joven dirigida tomó el hábito de visitar cada tarde a la religiosa. Esta estrecha relación ayudó a la joven a ir ordenando en su alma tanto los sucesos de las apariciones como las tensiones, las dudas y las negaciones. Junto a esta leve paz, a este periodo corresponde la tormenta más dura por la que la vidente tendría que pasar: el rechazo oficial de las apariciones.

La esperada Nota de Mons. Puchol. 17 de marzo de 1967

Tras las negaciones de las videntes entre agosto y octubre de 1966, Mons. Puchol tomó la decisión de publicar un dictamen con carácter definitivo y concluyente. Una corriente incesante de consultas y peregrinos de todo el mundo requerían de él de una intervención. Las recientes negaciones animaron al prelado a agilizar los trámites de un caso que ya se veía resuelto. Con la intención de concluir definitivamente el caso, llevó a Roma las actas de las recientes negaciones, así como un borrador del comunicado preparado. Por su parte, era clara la voluntad de publicar lo antes posible las negaciones. Así, solo dos semanas después de completar sus entrevistas con las videntes (11.X.1966), enviaba ya toda la documentación elaborada a la Congregación para la Doctrina de la Fe. Su carta lleva fecha de 27 de octubre de 1966. La respuesta de Roma tardó casi cinco meses en llegar. Al fin, el 7 de marzo de 1967, el Card. Ottaviani, que tan abierto se había mostrado ante Conchita, envió su respuesta. En ella, el Cardenal no entraba en el fondo del asunto; tan solo se limitaba a descartar la posibilidad de firmar un comunicado desde su Dicasterio: “[Ya que] esta cuestión ha sido examinada y decidida por V. E., no hay razón para que esta Sagrada Congregación intervenga en ella”.^[203] El asunto quedaba, pues, plenamente en manos de la autoridad local.

Ante esta respuesta, Mons. Puchol firmaría su nota enseguida. Y solo diez días después de salir de Roma la Carta de Ottaviani, se publicaba en Santander la nueva Nota Oficial. Los repetidos viajes de Mons. Puchol fuera de su Diócesis para entrevistar personalmente a las videntes, la rapidez en los trámites con Roma -para lo cual era

necesario esperar a que el provisor, Agapito Amieva, tradujese actas y documentos al latín- y la pronta publicación de la Nota, manifiesta el claro interés y relevancia de la cuestión en la Diócesis de las apariciones en ese tiempo. Así, el 17 de marzo de 1967, Mons. Puchol daba a conocer oficialmente las negaciones de las videntes. Este es el texto íntegro de su Nota:

“En los días 30 de agosto, 2, 7 y 27 de setiembre y 11 de octubre de 1966, Nos mismo, acompañado del Sr. Vicario General, del Provisor del Obispado y del Párroco de San Sebastián de Garabandal, y a petición de las interesadas, hecha al referido Párroco, hemos procedido a tomar declaración a Conchita González González, Mari Loli Mazón González, Jacinta González González y Mari Cruz González Madrazo, sobre los hechos acaecidos en San Sebastián de Garabandal, a partir del día 18 de junio de 1961.

De las declaraciones de las interesadas resulta:

- 1) Que no ha existido ninguna aparición, ni de la Santísima Virgen, ni del Arcángel San Miguel, ni de ningún otro personaje celestial.
- 2) Que no ha habido ningún mensaje.
- 3) Que todos los hechos acaecidos en dicha localidad tienen explicación natural.

Al dar la presente Nota no podemos menos de felicitar al Clero y fieles de la Diócesis de Santander, que en todo momento y con filial obediencia han seguido las indicaciones de la Jerarquía. Lamentamos que este ejemplo no haya sido seguido por otras personas que han sembrado con su imprudente conducta la confusión y la desconfianza hacia la Jerarquía, impidiendo con una tremenda presión social que lo que había comenzado como un inocente juego de niñas pudieran desvanecerlo sus mismas autoras.

Una vez más es bueno recordar que los verdaderos mensajes del cielo nos vienen a través de las palabras del Evangelio, de los Papas y Concilios y del Magisterio Ordinario de la Iglesia.

Santander, 17 de marzo de 1967.

+ Vicente, Obispo de Santander”^[204]

La Nota se basaba sobre la retractación de las videntes. El texto lo menciona expresamente: “*De las declaraciones de las interesadas [las negaciones] resulta que...*”. El documento -escribe Ochayta- “se apoya en exclusiva en las declaraciones de las cuatro muchachas”. Con las negaciones en la mano, Mons. Puchol no creyó necesario ni siquiera citar el estudio de la comisión de 1961/62. Ciertamente, el trabajo de aquella comisión -como vimos- era insuficiente, pues no llegaba al fondo de la cuestión. Pero, entonces, ahora “¿por qué no se llamó a tantos testigos de los hechos?” No se hizo ningún estudio interdisciplinar. El Derecho reclama un trabajo previo teológico, histórico y médico. Todo esto fue obviado. Para la Nota, todo quedaba aclarado por “*las declaraciones de las interesadas*”. Muchos manifestaron su asombro ante el fundamento de aquel discernimiento que parecía realizado a toda prisa y carecía del estudio y la documentación que cabía esperar; la brevedad de los plazos seguidos y la falta de cualquier otro tipo de informaciones resultan aún hoy sorprendentes. De hecho, como anota Ochayta: “No existió un proceso propiamente dicho. Nunca se llamó a tantísimos testigos de los hechos, muchos de ellos personas de prestigio, como sacerdotes, médicos, expertos... y otros muchos, que eran gente sencilla, incapaces de engañar o negar lo que habían visto... Sorprende la precipitación y la insuficiencia de los métodos empleados para llegar a la verdad de aquellos hechos”. Por si fuera poco, para Ochayta las actas de

aquellas negaciones eran incapaces de sostener un juicio serio sobre la cuestión:

“Aquellas negaciones ni fueron absolutas, ni se dieron en circunstancias propicias, sino en momentos de dudas, temores y algunas presiones de personas con autoridad”. “Aquellas declaraciones, hechas en circunstancias tan especiales, sobre todo las de Conchita, a lo largo de siete horas, ¿podían invalidar los hechos, que muchos testigos cualificados consideraron sin explicación humana natural? La Nota afirma que esos hechos «tienen una explicación natural», pero no se explica cuál es esta, ni siquiera de una manera general. De algunos podría afirmarse, sin duda, pero no de otros muchos. La afirmación de que se trató en los comienzos de «un inocente juego de niñas», no se sostiene ante las afirmaciones de innumerables testigos que las examinaron.

La Nota -en fin- comete una inexactitud, al menos, cuando afirma que los verdaderos mensajes del cielo nos vienen a través de las palabras del Evangelio. Esto es verdad, por supuesto. Pero la Nota da la impresión de negar la posibilidad de otros mensajes del cielo. ¿No son posibles otros mensajes, que la Iglesia llama revelaciones privadas? ¿Qué habría que decir de los mensajes de Paray-le-Monial, de la Rue de Bac, de Lourdes, de Fátima... y tantos otros, hechos a almas selectas, santos canonizados y otras personas no canonizadas?”.

El estudio de la vida de otros videntes, como los que menciona aquí Ochayta hubiera servido para poner en perspectiva las negaciones. En realidad, estos periodos de dudas y negaciones son comunes en este tipo de experiencias místicas. Así:

Santa Teresa de Jesús escribe: “[Mis visiones] como cosa que se ha soñado... me hacía andar en mil dudas y sospecha, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase a los buenos. Parecíame yo tan mala...”^[205]

El Beato Bernardo de Hoyos, vidente de *la gran promesa* del Corazón de Jesús en 1733, decía con frecuencia a su superior y director espiritual: “[Yo soy] el mayor mentiroso, que ha engañado a toda la gente, que nunca ha visto al Sacratísimo Corazón y que todo lo que ha dicho lo ha inventado él mismo”.^[206]

Santa Bernadette Soubirous, en Lourdes, perdió la evidencia de sus visiones. Tal era su desconcierto que “evitaba toda conversación en torno a las apariciones durante sus últimos años, los de su enfermedad, cuando, al ser objeto de las definitivas indagaciones, se le suscitaron serias dudas, ya que no era capaz de recuperar el recuerdo ni el profundo impacto de sus *etat seconds*, estados de cuasi-trance”.^[207]

Santa Catherine Labouré -la vidente de la Medalla Milagrosa- afirmó: “yo creí engañarme”.^[208]

Santa Gemma Galgani temió haberse engañado.^[209]

Santa Teresa de Lisieux, al tratar de responder a las preguntas de sus hermanas sobre una visión de la Virgen crucial para su vida, confesó que después de tratar de explicarse, perdió totalmente su certeza anterior: “me imaginé que había engañado. ¡Ah! solamente en el cielo podré decir lo que he sufrido”.^[210]

Lucía, la mayor de los videntes de Fátima, atravesó un periodo de profundas dudas en torno a 1928. Ella misma lo describe a su director espiritual, P. Aparicio, en carta el 19 de enero de 1928: “[... Dudaba si] yo me había engañado. Y si esto pasase así, estaba dispuesta a ir por el mundo diciendo a toda la gente que me había engañado y sufriendo, en reparación del disgusto que en tal caso habría dado a Nuestro Señor, los malos tratos a que me quisiesen someter... ¡Oh mi Dios! ¿Sería ahora un engaño?”^[211]

Sobre este último caso de Sor Lucía, un íntimo confidente de las videntes de Garabandal, el P. Materne Laffineur, consultó en 1967 al portugués P. Casimir Barthas, autor destacado en el estudio de las apariciones de Fátima. Laffineur expuso a Barthas el proceso y las negaciones de Garabandal, en busca de alguna indicación. La respuesta del estudioso portugués fue muy clara:

“No se extrañe usted sobre las oscuridades momentáneas de las niñas de Garabandal, sobre los fallos de su

memoria. Este fue el caso misterioso de Lucía; de 1925 a 1930 también ella dudó de sus apariciones. Y recuperó la plena luz precisamente en el momento en que [las apariciones] fueron reconocidas por la Iglesia”.
[\[212\]](#)

Atravesar momentos de dudas y negaciones, como se ve, es común en la historia de la Mística. Y en Garabandal, la reafirmación de las videntes en sus visiones hizo que, tras este difícil periodo, el reiterado dictamen negativo de Mons. Puchol y de Mons. Cirarda después, no fuera repetido posteriormente a pesar de las abrumadoras declaraciones de las videntes. En el proceso eclesiástico, este tipo de retractaciones deben ser puestas en perspectiva.

Mons. Puchol había juzgado las negaciones como “retractación espontánea”[\[213\]](#) y definitiva en el caso. Así lo expresó en una carta a René Laurentin dos días antes de morir en un trágico accidente, el 6 de mayo de 1967. Su muerte repentina le impidió comprobar el restablecimiento de las videntes en su testimonio. Solo después se pudo comprobar que aquellas negaciones no fueron en absoluto firmes en el tiempo. Pero en un primer momento, Mons. Puchol pensó que sí lo fueron. Por eso fundamentó sus conclusiones total y explícitamente sobre las negaciones, sin aducir otros argumentos.[\[214\]](#) Y, aunque se han de suponer otras informaciones, nada se decía al respecto: “La Nota - escribe Ochayta- afirma que esos hechos «*tienen una explicación natural*», pero no explica cuál es esta, ni siquiera de una manera general. De algunos podría afirmarse, sin duda, pero no de otros muchos”. Para Ochayta, en aquel discernimiento no se estaba teniendo en cuenta la tremenda presión que durante este tiempo pesó sobre aquellas cuatro jóvenes: “Nadie puede dudar de la buena fe y de la buena intención de los interrogadores [en 1966]. Sin embargo, tampoco se pueden olvidar los métodos empleados y las presiones, a que fueron sometidas aquellas muchachas en la flor de su edad”. Así:

-A Conchita, en el Colegio de Pamplona, el predicador de los Ejercicios a las alumnas, don Emiliano Murillo, le dijo: “Si no prometes decir en el pueblo y a los que allí suben que los has engañado, te rehúso la absolución”.[\[215\]](#) Si no negaba las apariciones, Conchita se exponía a no ser perdonada ante Dios. Y no satisfecho con eso, el P. Emiliano “escribió una carta a la joven durante las vacaciones de verano recordándole que él había condicionado la absolución de los pecados a la negación de las apariciones”.[\[216\]](#) Insistiendo aun cuando la niña estaba lejos, el P. Murillo aumentaba una presión de por sí ya grande.

-Un interrogatorio de siete horas ante un tribunal eclesiástico sin consentimiento paterno y aun sin un mero aviso previo a la familia o a la menor, presidido personalmente por el obispo, de viaje expresamente por esta cuestión, no pudo dejar de impresionar a una joven de por sí ya atribulada y confusa.

Las otras chicas no corrieron una suerte diferente:

-Jacinta confiesa que en este periodo llegaron a amenazarlas con la excomunión: “Si no negábamos, nos dijeron que nos *descomulgaban* [sic]”.[\[217\]](#) La joven, que desconocía el sentido de aquella expresión, preguntó qué significaba «*descomulgar*». A lo que le respondieron que la excomunión lleva aparejada la imposibilidad de comulgar, de recibir la absolución de los pecados y que, en la hora de la muerte, no podrían ni tan siquiera ser enterradas en un cementerio, sino fuera de él, “como los perros”.

-Pilar, la madre de Mari Cruz, reconoció -como vimos- que durante aquel periodo reñía con frecuencia a su hija y llegó a darle “una paliza” -son sus palabras- para que desistiera de aquellas “mentiras”. Pilar no podía aceptar que algo tan grande sucediera en su familia.

Este es el clima en que tuvieron lugar las negaciones. Hoy, a mayor distancia de los hechos, podemos comprender mejor aquellas declaraciones, sobre todo al conocer los hechos subsiguientes. Efectivamente, cuando aquella presión remitió, las cuatro videntes sin excepción volvieron a afirmarse poco a poco en la verdad de las apariciones. Jacinta “fue la primera que por escrito retractó en gran parte su declaración de 1966 por carta a don Francisco Odriozola, que -como escribe Ochayta- no había participado en estos interrogatorios. Conchita [Mari Cruz] y Loli, años más tarde retractaron igualmente”. De hecho, lo hicieron en repetidas ocasiones. Conchita, en la citada declaración ante notario de 1982, expuso su certeza y las razones de la misma en una firme declaración. Lo escribió como testimonio personal para una nueva comisión episcopal de la que tuvo noticia que estaba comenzando a estudiar las apariciones; sin embargo, aquella comisión -como veremos- no se consolidó hasta años después. Este testimonio, del que ya hemos citado algunas líneas, supone la retractación pública más fuerte de la vidente sobre las negaciones y otras acusaciones contra ella que socavaban su credibilidad por medio de numerosas calumnias. Este texto muestra la certeza, interés y lucha de la mayor de las videntes por las apariciones de la Virgen:

“En lo referente al mensaje del 18 de octubre de 1961, e imputación de haber sido ideado por nosotras... [yo declararé siempre que] no podía explicarlas y no sabía de dónde procedían”. “Sobre las enseñanzas de lenguas, especialmente el griego que se dice nos dieron algunos peregrinos y que después, según se sigue diciendo, nosotras repetíamos en los éxtasis, puedo asegurar que el Ave María en griego, solo nos lo enseñó el P. Luis María Andreu después de muerto, en uno de los éxtasis en el que vimos a la Santísima Virgen, quien nos anunció que este padre, Luis María Andreu, nos iba a hablar a continuación, y en efecto, oímos la voz de este religioso que nos enseñó a rezar el Ave María en griego”.

“Acerca de lo que se comenta sobre nuestras carreras o marchas por calles, pedregales y cuevas en condiciones increíbles, *no puedo comentar nada sobre esto, ya que durante dichas corridas no nos dábamos cuenta de nada*”.

“Cuando las personas asistentes nos entregaban objetos, sobre todo religiosos, para que los besara la Virgen, algunas veces se nos caían estos y en tales casos siempre los encontrábamos por indicación de la misma Virgen María. Nunca porque hábilmente los dejáramos en sitios conocidos para después recogerlos y entregarlos a sus dueños como se nos ha atribuido.

El reconocimiento de sacerdotes y religiosos sin hábito, se debía exclusivamente a que la Virgen nos lo indicaba, diciéndonos: *Dar a besar el crucifijo a este sacerdote (o religioso)*. En todos estos casos nosotras no veíamos a las personas a quienes dábamos a besar el crucifijo. Nunca lo hacíamos por indicación de nadie.

Sobre la levitación, que se dice provocada por nosotras y en base a unas palabras que se achacan al Padre Royo Marín en tal sentido, puedo afirmar que en ningún caso intentamos hacer ninguna levitación. No me acuerdo en absoluto de haber oído al referido padre ninguna de esas manifestaciones. Nunca intenté hacer magia pues nunca he creído en ella.

En la actualidad puedo afirmar rotundamente que con mis manifestaciones sobre las *llamadas, mensajes, éxtasis* y demás hechos extraordinarios que me sucedieron, nunca traté de engañar y tales manifestaciones fueron hechas con verdad y con naturalidad”.

“Y para que conste y en pro de la verdad [lo firmo]

+María Concepción González González de Keena”.^[218]

Desgraciadamente, aunque esta recuperación comenzó a verificarse pronto, Mons. Puchol no tuvo tiempo de conocerla. Su muerte repentina en un accidente de tráfico el 8

de mayo de 1967 -menos de dos meses después de la publicación de la Nota (17.III.1967)-, le impidió comprobar el restablecimiento de las videntes al remitir la presión sobre ellas. Con toda honestidad había juzgado el prelado las negaciones como “retractación espontánea”^[219] y definitiva. Así lo expresó en una carta a René Laurentin dos días antes de su muerte. Por ello, no sintió la urgencia de buscar otros argumentos para justificar el rechazo de los fenómenos: las retractaciones, en aquel primer momento, le parecieron un argumento absolutamente definitivo.

Por eso la actitud del obispo fue muy firme, como el texto de la Nota. Ahora, las negaciones y el rechazo del Obispo habían llegado a los medios de comunicación. La Nota llegaría en los días siguientes a los principales medios de nacionales y, muy pronto, se dejó sentir incluso fuera de España. Con todo, donde tuvo mayor impacto fue seguramente en la pequeña aldea de las apariciones.

Reacciones a la Nota del viernes de dolores

El 17 de marzo de 1967 era viernes de dolores. Por la proximidad de la Semana Santa y las vacaciones escolares, Conchita se encontraba en la aldea. Su presencia allí aumentó si cabe el impacto de la lectura pública del texto. El dictamen era duro, pues, aunque no entraba en detalles, el texto afirmaba que todo había sido tan solo “*un juego de niñas*”. Esto provocó una gran tensión en la aldea; la cual recaía naturalmente sobre las videntes y sus familiares. Conchita lo describió brevemente después en Burgos a su guía espiritual: “Reacciones negativas e insultantes de algunos extranjeros. Disgustos en la casa”. Días difíciles para las cuatro jóvenes y escenas muy tensas dentro y fuera del ambiente familiar. Algunos defendían a las niñas; otros las atacaron e incluso quisieron exorcizarlas. Los devotos de las apariciones sencillamente no daban crédito a sus oídos. Este era el caso de tantos testigos de los sucesos extraordinarios. Personas como Serafín González, a quienes todo aquel rechazo dejaba sin solución los fenómenos que habían contemplado tantas veces:

“Está bien, Conchita, está bien. Tú no has visto nada, pero ahora mismo nos vamos a subir a los Pinos tú y yo, y vuelves a bajar de espaldas a toda velocidad desde allí al pueblo. Como lo has hecho tantas veces cuando decías que estabas en éxtasis. Ale, delante de mí, que te vea yo”.

También los medios de comunicación se hicieron eco de la Nota episcopal con balances diversos. El semanario *Por qué* de Barcelona, dedicó el 29 de marzo su portada y varias páginas a la entrevista de uno de los médicos que más conferencias había dedicado a la cuestión, el neuropsiquiatra Ricardo Puncernau. El periodista Juan Poch Soler le preguntó en el largo artículo por su valoración técnica de los argumentos empleados por la Nota -las negaciones-:

JUAN POCH: «¿...Qué opina usted de las explicaciones que dan las niñas actualmente?»

RICARDO PUNCERNAU: «No veo clara la explicación que dan las niñas en la actualidad...»

J. P.: «¿Qué opinaban los otros médicos?»

R. P.: «...He presentado estos hechos con profusión de documentos gráficos, también en el Hospital Clínico

de la Facultad de Medicina, en el Colegio de Médicos, en la Hermandad Médico-Farmacéutica de San Cosme y San Damián, en la Sociedad Internacional de hipnosis y Medicina Psicosomática, etc. En los coloquios que seguían con los otros compañeros médicos, asistentes, se propugnaban distintas opiniones y distintas explicaciones científicas. Pero lo que nadie aceptó nunca fue que pudiera tratarse de *un inocente juego de niñas*».

J. P.: «¿Le han sorprendido estas negaciones?»

R. P.: «Ahora las niñas han dado una explicación y han negado, pero como le digo, quedan muchos puntos por aclarar... En primer lugar, era evidente que las niñas no tenían los éxtasis cuando ellas querían, sino cuando les venía. Esto ha sido reiteradamente controlado. Aquí tengo una fotocopia de una carta de María Cruz, por ejemplo, cuyas líneas demuestran hasta qué punto la niña deseaba tener la visión y no la tenía: *«Querido Padre Andreu... a mi [sic] la jente [sic] no me quiere porque yo beo [sic] menos a la Virgen, pero eso nada importa, yo quiero mucho a la Virgen y yo quiero lo que ella quiera. Lla [sic] hace 18 días que no la veo, pero yo la quiero como cuando la veía. Y sin más por hoy me despido de utd [sic] y pido perdon [sic] por todas mis faltas. Mari Cruz»*.

... Otro fenómeno importante es la simultaneidad [de] las expresiones emocionales de la cara de las cuatro niñas en éxtasis... Este cambio idéntico y simultáneo no tiene explicación. Por más que hubieran ensayado. Podríamos añadir muchas otras cosas. Pero aquí no se trata de hacer un examen exhaustivo, que ya está hecho, sino de dar como médico mi opinión. Mi punto de vista es que la explicación que dan las niñas de un juego, es decir, de una simulación y de un fraude, podría explicar alguna parte de los hechos, pero desde luego no de todos...»

J. P.: «¿Qué peso tienen pues, en definitiva, las negaciones de las niñas?»

R. P.: «Tienen una gran fuerza, evidentemente, pero no una fuerza total y absoluta... El que ellas nieguen ahora no quita el gran peso de la realidad de los hechos de Garabandal. Como dice la gente del pueblo, *lo que hubo, hubo, y eso no lo quita nadie...*»

J. P.: «¿Qué le parece la última nota del obispado de Santander?»

R. P.: «...Es, en este punto determinado, perfectamente lógica... [aunque] quizá me aventuraría a decir que la encuentro si acaso incompleta...»

J. P.: «¿Algo más, doctor? ¿Qué consejo daría a los seguidores de Garabandal?»

R. P.: «Pedir a todos que tengan serenidad y calma, una obediencia sumisa a las disposiciones ejecutivas que pudiera dictar la Iglesia en su parte jerárquica y una profundísima confianza en la Virgen María, Madre de Cristo y Madre nuestra».

El neuropsiquiatra de Barcelona examinó personalmente y a fondo a las cuatro videntes durante el tiempo de las apariciones dejando un detallado y sólido estudio sobre los sucesos, deteniéndose particularmente -como era propio de su especialidad- en la salud mental de las videntes. En un principio, había subido a la aldea lleno de desconfianza hacia los fenómenos: “[Pensaba] encontrar un grupo de histéricas en el sentido clásico peyorativo que damos a la palabra... [Sin embargo] cuando pude examinar los hechos de cerca me di cuenta de que aquello era algo completamente fuera de serie y digno de estudio”.^[220] Se aplicó entonces al estudio de la salud de las videntes con diversas pruebas de tipo neurológico y psíquico. Observó, además, el comportamiento de las niñas en su vida cotidiana y durante los fenómenos. Al concluir su trabajo, afirmaba:

“Todo sencillo y normal. Nunca observé que se quisieran hacer las santitas... nada de beaterías ñoñas... [Es más,] todo el mundo deseaba la compañía de las chiquillas, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, curas y seglares”.

Los fenómenos y constantes requerimientos de la multitud no habían perturbado a las pequeñas, deformando su personalidad. El deseo constante por parte de los peregrinos de su compañía es ya prueba de ello, según el neuro-psiquiatra barcelonés. Pero es que numerosos expertos coinciden en estas conclusiones tras estudiar a las muchachas: las cuatro niñas aparecen, sin espacio para la duda o la sospecha, como «*niñas sencillas y normales*». Así lo afirma el Dr. Jerónimo Domínguez, después de tratar personalmente a las videntes;^[221] también el teólogo Ramón María Andreu, desde diferente punto de vista:

“La edad psicológica que representaban durante el primer mes de las llamadas apariciones, sería como de unos 8 o 9 años, por referencia a niñas de ciudad y colegio -afirma Andreu-. Su conducta, hasta el momento de empezar los acontecimientos, era buena, según el juicio del señor cura [Valentín Marichalar], de la maestra [Serafina Gómez] y de sus propios padres. También su normalidad era correcta hasta que empezaron los trances, y lo sigue siendo fuera de ellos”.

Según todos estos estudios, realizados in situ sobre las videntes, su psicología era «sana y normal». En su investigación, el Dr. Puncernau se detiene particularmente en la mayor de las videntes: Conchita González. Entiende el neuro-psiquiatra, junto a la mayoría de los visitantes, que esta niña tiene un papel peculiar y ha de ser examinada más estrechamente.^[222] Su descripción es muy valiosa, pues se dedica a esta labor con particular empeño, acumulando abundantes horas de observación y numerosas pruebas. En su informe, Puncernau detalla el gran número de exámenes que le hizo a Conchita a lo largo de más de dos horas de consulta:

“El test de Rorschach, fue algo sorprendente a una velocidad increíble dio más de 70 respuestas, completamente lógicas y muchas de movimiento. Tenía una imaginación vivísima con tendencia a la fabulación. El test de Wechier-Bellevue, dio un grado de inteligencia superior”.^[223]

Su conclusión es clara: Conchita es una niña «completamente normal»:

“Encantadora, bonita y pícaro en el buen sentido de la palabra. Con un inteligente y fino sentido del humor. Buena sin mojigaterías, ni ñoñerías. Completamente normal. Bromista y simpática... de una corrección exquisita, con todo lo que pudiera significar el más leve asomo de impureza... Nunca observé en ella ni el más leve asomo de picardía malsana... hacíamos -por ejemplo- campeonatos para ver quién era más alto. Los dos hacíamos trampa, poniéndonos disimuladamente de puntillas... Esta era la mejor forma de conocer a la chiquilla, más que haciéndole exámenes y test, aunque también los hice. Lo mismo podría decir de Jacinta, Mari-Loli y Mari Cruz”.

El trabajo de Puncernau expone todavía una dificultad: Conchita, en el test de Rorschach, “sorprendió” al médico por la “velocidad increíble” de sus respuestas; la niña, afirma el neuropsiquiatra, “tenía una imaginación vivísima con tendencia a la fabulación”. ¿No podría esa vivísima imaginación haber sido el origen de todo en lo de Garabandal? Puncernau mismo afronta esta cuestión, ofreciendo los argumentos de su postura:

“Aquellos estados de trance extático, con pérdida de la sensibilidad y de la sensorialidad;

La abolición del reflejo foto motor y de oclusión palpebral;

La plasticidad muscular cérica durante los trances;

La resistencia a la fatiga;

El mimetismo exacto en los cambios de expresión emocional de la cara, en las cuatro a la vez (sin ninguna

clase de contacto) y en el mismo instante;

Etc., etc.; [Todo ello] no puede considerarse en absoluto un juego de niñas. [En fin:] La historicidad médica de los hechos de Garabandal, de la que hay abundantes testimonios gráficos, es incontrovertible”.

Este último adjetivo empleado por Puncernau ha sido cuidadosamente escogido. Incontrovertible significa -según el *Diccionario de la Real Academia Española*- aquello “que no admite duda ni disputa”, y tiene el sentido de adjetivos tales como indiscutible, incuestionable, concluyente o demostrado. Para el neuropsiquiatra catalán, los éxtasis de Garabandal son auténticos.

El rechazo en *los medios*

El 9 de abril *La Gaceta Ilustrada* publicó la noticia en portada en forma muy diversa. *La Gaceta* era el semanario del tercer diario en ventas nacionales en aquel tiempo, *La Vanguardia*. El mismo titular citaba la Nota de Mons. Puchol: “Las falsas videntes de Garabandal. *Un juego de niños* que ha durado seis años”. Años atrás, muy a los comienzos de las apariciones, *La Gaceta* había tratado ya ampliamente las apariciones, en un largo reportaje gráfico de diez páginas firmado por Martín Lobera el 4 de noviembre de 1961. En el nuevo artículo de 9 de abril de 1967, el periodista cántabro Julio Poo San Román desacreditaba ahora abierta y plenamente la honestidad de las videntes. El artículo de tres páginas recorría los principales fenómenos y mensajes de las apariciones explicando uno por uno todos los fenómenos de forma natural. Sorprende, sin embargo, que no se citaba para ello ninguna prueba ni estudio. Más aún, se ponían en boca de las videntes numerosas frases jamás pronunciadas por ellas. Por ejemplo:

[Sobre la hierognosis:] “«¿Cómo descubriais a los sacerdotes si iban vestidos de paisano?» «Muy sencillo: por el color distinto, más claro, donde habitualmente llevan el alzacuello»”.

[Sobre las negaciones:] “Sí, lo firmé [las negaciones] -publicaba *La Gaceta*-, pero yo no sabía que lo iban a decir en los periódicos, que se iba a enterar la gente... Yo creía que iba a quedar oculto en el obispado”.^[224]

En Burgos, la M. Nieves mostró aquel artículo a su joven dirigida. Conchita, aun en medio de sus dudas, reconoció que el artículo estaba lleno de “mentiras”, puestas sin ningún reparo incluso en su propia boca. Por eso, aunque aquellas páginas explicaban su experiencia del modo razonable que en aquel momento ella buscaba, se asombró ante aquella falta de honestidad. Con mucho dolor comentó privadamente sus impresiones a su formadora: “...no fue un juego, ni lo hicimos nosotras para engañar, ni nos habló ese día el párroco del ángel de la guarda, casi nunca nos daba catequesis. Yo no preparé ninguna masa para la forma, ni nos reunimos para redactar el mensaje. Tampoco sabíamos las cosas, porque prestásemos atención a lo que la gente decía...” Pero lo que hizo sufrir más a Conchita fue que se publicase que ella no había querido que el Obispo hiciera públicas sus negaciones. La realidad era totalmente diversa:

“Yo misma pedí [al Obispo] que se publicara [la retractación], que así me quedaba más tranquila”.

La retractación nunca se publicó. Es más, hasta hoy es material reservado en el

Obispado. Era un hecho: el artículo estaba lleno de razones y argumentos que, explicando todos los sucesos, no ofrecían ningún fundamento, ninguna prueba, ningún estudio. La joven no pidió explicaciones ni trató de defenderse; procuró únicamente, junto a M. Nieves, sobreponerse de aquellas calumnias presentadas, de hecho, como sería investigación histórica. Puncernau, en la entrevista con Poch Soler, había hecho referencia al fenómeno que había dado pie al artículo de *La Gaceta*:

J. P.: «¿Qué es lo que más le ha impresionado en la actualidad, de Garabandal?»

R. P.: «... La gran extensión que ha tenido por todo el mundo, en todos los países europeos, América del Norte, del Centro y del Sur, Vietnam, India, la China nacionalista, con más de cuarenta centros difusores... pero sobre todo me impresiona el apasionamiento y la agresividad que ha despertado y despierta. Todo ello es un fenómeno psicológico muy interesante de estudiar»^[225].

Las reacciones ante la Nota fueron tremendamente contrarias. Conchita, tras las vacaciones de Pascua en la aldea, de vuelta en el Colegio, el 10 de abril confió a M. Nieves el gran sufrimiento que la atenazaba interiormente. La joven había llegado al punto más hondo de sus dudas sobre las apariciones:

CONCHITA: ««Si es verdad [lo de la Virgen, sufro], por haberme portado mal, negando y no siendo generosa. Y si no es verdad... pues, por todo. Si lo que nos pasó, siendo unas niñas pequeñas y buenas, no es sobrenatural y Dios ha permitido que pase, con las consecuencias que puedan seguirse, no puedo entonces creer que Dios es bueno. Mi madre y mis hermanos jamás podrán creer»

MADRE NIEVES: Le expongo tres hipótesis:

1. «Si todo fue engaño vuestro. Dios es bueno, porque a pesar de eso, os perdona.
2. Si fue un fenómeno natural, Dios sigue siendo bueno, porque sería como una enfermedad que Dios no quiere, pero tiene que permitir, y Él os defenderá.
3. Si es sobrenatural, Dios es buenísimo».

C.: «En los dos primeros casos yo no lo entiendo, porque nosotras no empezamos con ninguna mentira y puedo asegurar que no nos pusimos de acuerdo».

M. N.: «¿Y en lo que siguió a ese momento?»

C.: «Fue igual que al principio. No es verdad que ensayásemos. ¿Cómo pueden pensar eso?»

M. N.: «Entonces, ¿ves claro que no lo hicisteis vosotras?»

C.: «No sé cómo pasó, no veo claro, solamente que no lo preparamos».

Conchita es incapaz de desconfiar plenamente de los sucesos. Todo apunta en la dirección que marcaba Ochayta al comentar las negaciones ante Mons. Puchol: «aquellas negaciones ni fueron absolutas, ni se dieron en circunstancias propicias, sino en momentos de dudas, temores y algunas presiones de personas con autoridad». En los días siguientes, un nuevo acontecimiento dio un nuevo giro a los acontecimientos: el 8 de mayo, Mons. Vicente Puchol moría repentinamente en un desgraciado accidente de tráfico. M. Nieves, que lo comunicó a Conchita enseguida, transcribe la reacción de la vidente:

M. N.: «Me ha causado mucha impresión [la noticia]. Cuando se lo he contado a Conchita, ha quedado más impresionada aún. Después del primer momento, se ha echado a llorar.

C.: Siento mucho lo que ha pasado. ¿Ha sido camino de Santander? ¡Pobrecillo! Era muy bueno y muy joven. Todo lo haría con buena intención, ¿verdad? [Llora] ¿Tendré yo la culpa de que haya sufrido?

M. N.: La tranquilizo.

C.: Siento mucho la reacción de mi madre y de mi hermano. Mi madre puede que reaccione mejor, pero mi hermano... Esto nos avisa que tenemos que estar preparados. ¡Cuántas cosas nos pueden pasar en la vida!

M. N.: Digo unas frases de ánimo.

C.: «Ahora el Obispo lo sabrá todo».

M. N.: Le ha afectado bastante. Mucho más tranquila después de este desahogo. La muerte del Obispo le ha hecho recordar toda la contradicción habida en la conducta de ellas y los demás en las apariciones. Teme que por esto haya sufrido el Obispo”.

Su capellán en el Colegio de Burgos era don Manuel Guerra Gómez (1931-). Autor de numerosos libros y doctor en Filología y Teología, este sacerdote llegaría con el tiempo a ser profesor en la Universidad de Navarra y Presidente de la Facultad de Teología del Norte de España. Sus memorias, publicadas en 2018 incluyen un testimonio inédito sobre esta época de las apariciones. El capellán que estuvo más cerca de Conchita, da a conocer públicamente sus impresiones por primera vez:

“Hablé con Conchita [sobre las apariciones] dos o tres veces en uno de los recibidores del Colegio de las Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, ubicado junto al Museo Arqueológico y casi frente a la Estación de autobuses, no en el actual [C/ Miranda 11]. Luego puedo decir algo sobre las apariciones acaecidas en San Sebastián de Garabandal”.

“Conchita residió en el Colegio... durante todo el curso 1966-1967, en el mes de agosto de las vacaciones estivales, y el primer trimestre del curso siguiente (hasta el 22 de diciembre), tiempo en el cual yo era su capellán... En él [Colegio] era conocida no como Conchita, ni como María Concepción, sino simplemente como María. La misma Conchita firmaba *María González* cuando era preciso. permaneció en el anonimato hasta que, sin pretenderlo ella, en febrero, lo descubrió una exalumna enfermera que atendió al hermano de Conchita, muerto en Burgos. Ni las religiosas, exceptuada M. Nieves, ni las alumnas conocían su identidad de vidente”.

“Cuando le pregunté: «¿Tú cual prefieres: visión o locución?» Ella respondió con rapidez: «*Locución*». Reconozco que yo habría dado la respuesta contraria. no obstante, al consultar los tratados y los diccionarios de espiritualidad o de mística y de sus fenómenos, comprobé que Conchita tenía razón, aunque no se lo había dicho a nadie ni lo había leído en libro alguno”.

Ante el conocimiento de la vidente, desarrollado a lo largo de varias entrevistas sucesivas, don Manuel trata de responder a la pregunta sobre el origen de las apariciones. Y escribe valorando las opciones posibles:

“1) ¿Origen natural? Ciertamente los poderes del subconsciente y de las fuerzas ocultas o desconocidas de la mente son enormes e insospechadas... En cualquier supuesto hay que procurar comenzar su explicación por esta vía”.

2) “¿Origen preternatural? El Demonio y los demonios que existen y están dotados de poderes peculiares.”

3) “¿Origen sobrenatural? Dios, ya por sí mismo, ya mediante los unidos con él (la Virgen María, los santos, etc.)”.

De manera fortuita y providencial, como confesor del Colegio, el teólogo burgalés se había convertido en observador privilegiado de las apariciones. Por eso, su estudio sobre estas tres cuestiones posee un valor histórico y una autoridad absolutamente singular; máxime al tener lugar en un momento tan complejo como el de las dudas y negaciones de 1966-67. En 2018, don Manuel Guerra comparte en este testimonio inédito un estudio

profundo sobre la cuestión, compartiendo la opinión de diversos informes médicos y teológicos; pero sobre todo propio examen personal sobre la mayor de las videntes:

- 1) “Rechaza la simulación consciente e inconsciente, la psicosis, la inducción hipnótica practicada por otra persona”. Rechaza el origen natural de los fenómenos.
- 2) Respecto al origen preternatural, Guerra es igualmente contundente y, apoyándose en las numerosas gracias de conversión y favores espirituales concedidos, concluye: “Aseguro que queda descartado el origen demoniaco de lo de Garabandal”.
- 3) Una sola opción queda según el teólogo burgalés: el origen sobrenatural. Todavía, concluye su valoración señalando que “la declaración oficial del origen sobrenatural compete a la Santa Sede, que todavía no se ha pronunciado de modo definitivo”.^[226]

Que un teólogo con los cargos de Guerra fuera confesor de Conchita en la época de las negaciones y postule aún 50 años después la sobrenaturalidad de las apariciones es un dato con importantes implicaciones: desde luego supone la salud mental y credibilidad moral de las videntes, pero, quizá y sobre todo, este testimonio postula la inconsistencia de las negaciones, que ya de por sí sabíamos que eran débiles e inciertas. Para algunos autores -Guerra también parece insinuarlo-, las negaciones tienen, de hecho, un contenido espiritual que de algún modo completa al mensaje de Garabandal. La Virgen había anunciado las contradicciones de las niñas y, de hecho, también anunció un periodo de confusión dentro de la misma Iglesia. La Señora vinculó ambos acontecimientos, señalando que la confusión de Garabandal -a pesar de las gracias recibidas- precedería a “un periodo de confusionismo dentro de la Iglesia”.^[227] Autores como Guerra en 2019 reclaman también la vinculación entre la oscuridad de las videntes y un periodo de incertidumbre que afectaría a toda la Iglesia. Las niñas deberían buscar la paz en el remedio ofrecido por la Virgen en sus mensajes: eucaristía, sacrificio, amor a Dios y a Nuestra Madre. Pero la Virgen «*no venía solo por ellas*»: este remedio -verdadero corazón de las apariciones- sería la luz que Garabandal arrojaría para las dificultades por las que debería pasar después la Iglesia. Desde este punto de vista, Garabandal está íntimamente unido a Fátima. Viene a completar el *tercer secreto de Lucía* y, como afirma, entre muchos autores, Mons. João Pereira Venâncio, obispo de Leiria-Fátima:

“El mensaje dado por la Santísima Virgen en Garabandal es el mismo que Ella dio en Fátima, pero actualizado para nuestro tiempo”.^[228]

Opino desde un punto de vista estrictamente médico

Conchita, al término de su estancia en Burgos, en diciembre de 1967, seguía recuperándose de sus dudas. Se puede ver en las notas de la última de sus conversaciones que M. Nieves transcribe en su *Agenda*, el 17 de diciembre de 1967: “Creo que [estoy] mejor que el año pasado [cuando vine]... Cada vez veo con más claridad que aquello que nos pasó fue verdad, pero que nosotras lo estamos estropeando. Nuestras negaciones es [sic] por nuestro comportamiento. Algunas veces, muy rápidamente veo esto con mucha luz”. Poco después de esta confidencia, el 22 de diciembre de 1967, Conchita

abandonaba el Colegio. Lentamente, desde su llegada en octubre de 1966, las dudas habían ido remitiendo.

Mientras tanto, la noticia había seguido discutiéndose en los medios. Es de gran interés en este punto el trabajo para la historia que realizó el periodista Juan Poch en Barcelona. En el semanario *Por qué*, durante largo tiempo, Poch publicó entrevistas a importantes observadores: médicos como Ricardo Puncernau, Honorio San Juan Nadal o conversos como la escritora y Premio Planeta Mercedes Salisachs y el industrial que recogió la grabación de la comunión visible del verano de 1962, Alejandro Damians. El 10 de mayo de 1967, se publicaba la del Dr. Honorio San Juan Nadal, en que el neuro-psiquiatra hacía pública su perplejidad ante el caso exponiendo sus argumentos:

NADAL: “Los hechos de Garabandal son hechos históricos, no sutil fantasía evanescente... expresiones verbales y repetida fenomenología física, fisiológica y de percepción extrasensorial, generosamente manifestada por sus protagonistas en su más de un millar de trances; se han registrado fenómenos de clarividencia, precognición, hierognosis, cardiognosis y telepatía, siempre concordantes con la realidad que, si bien aisladamente considerados pueden algunos de ellos obtenerse por vía experimental, dadas muy precisas condiciones, aunque con un elevado porcentaje de errores, el conjunto de los mismos, en las circunstancias en que tuvieron lugar, invalida cualquier explicación que se proponga de acuerdo con las leyes conocidas que rigen la naturaleza. Y buscando una interpretación desde el ángulo de la psicopatología, tampoco se halla, para el conjunto fenoménico allí manifestado, el adecuado ajuste a cuadros patológicos registrados por la experiencia clínica... Al enjuiciar los hechos de Garabandal debe ser considerado su conjunto. Otra actitud, simplemente, no sería científica.

POCH: Su respuesta, doctor, solo contiene conceptos negativos...

N.: ... Los hechos se mueven fuera de los límites de lo naturalmente explicable. He ahí la positividad de la respuesta. Y ahora discúlpeme un breve comentario. Ante un caso difícil, los médicos pedimos consulta; eso es de dominio público. De la contrastación de opiniones sale la luz. Pues bien, este ha sido mi proceder en el caso que nos ocupa; he mostrado la documentación que poseo a numerosos colegas particularmente y la he dado a conocer en el seno de diversas sociedades y congresos científicos: Sociedad Internacional de Sofrología y Medicina Psicosomática, Sexta y Séptimas Conversaciones Internacionales de Poblet, y Segundo Congreso Internacional de Psicodrama y Psicoterapéutica. Evaluadas las consultas en una atmósfera estrictamente profesional he comprobado:

A) Un porcentaje mayoritario de criterios coincidentes en no hallar explicación al conjunto de los hechos según las leyes conocidas de la naturaleza, punto de vista que fue compartido lo mismo por creyentes que por incrédulos en materias religiosas.

B) Un pequeño porcentaje de criterios dispares entre sí, en cuanto a la causalidad de los epifenómenos cuando los consultados invocaban leyes naturales para explicarla, lo cual repugna científicamente, toda vez que un idéntico conjunto de fenómenos no admite diversas causalidades.

Quise facilitarle estos datos porque, considerando de muy escaso valor mi parecer, por ser mío, tenga Ud., en el conjunto de las autorizadas opiniones de mis compañeros una más convincente respuesta a su pregunta acerca del dictamen de la Ciencia sobre el conjunto de los sucesos de Garabandal” ^[229].

Todavía en mayo de 1967, publicaba Juan Poch una nueva entrevista de gran valor; la del Dr. Celestino Ortiz de Santander sobre la nota de Mons. Puchol. Este pediatra es quizá el médico que más días pasó en la aldea de las apariciones estudiando directamente los fenómenos: 52 días. Y afirma:

“[Si me pregunta sobre] la nota del señor obispo de Santander, de fecha 17 de marzo de 1967... [su] postura teológica no es mi humilde persona quien pueda ni deba juzgar. No así en lo que atañe a la parte médica del problema y a las aclaraciones que la revista *El Santo* y *La Gaceta Ilustrada* intentan dar a los lectores.

Opino, desde un punto de vista estrictamente médico, que están totalmente confundidos. No es suficiente «un juego de niñas» para poder llegar a un estado de éxtasis, se precisan unas condiciones previas de relajación, en sus distintas formas y de concentración, que nadie vio en Garabandal; máxime siendo cuatro niñas de distintas constituciones, tanto psíquica como físicas y perfectamente normales, según apreciación de todos los médicos... Dicen «causa natural», convendría especificaran cuál. Pues una gran mayoría de los médicos que han presenciado dichos fenómenos, incluyendo los comisionados, descartaban la simulación y el fraude. No creemos, que estos señores hayan cambiado de opinión, por las negaciones de las pequeñas adolescentes, tan contradictorias con los hechos por ellos presenciados y que en su día sometieron a las pruebas oportunas”.

“Negar, pues, los éxtasis de Garabandal [a partir de las pruebas médicas antes expuestas] resulta a todas luces temerario... En cuanto a las maneras de los graves documentos dictados por la autoridad competente, no creemos que sea de ninguna gravedad el discutir los diferentes pareceres desde un punto de vista científico... cuando se nos demuestre y estando siempre dispuestos a discutir amigablemente los hechos y a rectificar públicamente si a ello hubiere lugar. Celestino Ortiz”.^[230]

Sin embargo, a estas voces se sumarán a partir de esta época titulares de prensa de signo completamente contrario. Un ejemplo, aparecido en el *Diario Montañés* de Santander el 29 de mayo de 1970, haciéndose eco de una noticia aparecida en el diario *Ya* de Madrid. El mismo titular es significativo: “*Semejanza entre el Palmar de Troya y San Sebastián de Garabandal*”. Desde esta época, las apariciones de Garabandal aparecen en amplios sectores de la opinión pública, como un caso fraudulento y cismático: “Es una cuestión zanjada -explicaba el citado artículo-, y solamente de espaldas a la Jerarquía puede mantenerse conscientemente una actitud de apoyo y de defensa del *garabandalismo*”. Se achaca a las videntes o a sus “explotadores” el tener “intereses no puramente religiosos” y los sucesos se ridiculizan desde ahora como meros “hechos aparatosos”. No se daba ninguna prueba; no se citaba ningún estudio, ningún experto: “Los obispos son los maestros competentes para discernir la fe auténtica de la falsa”. En la misma tónica se pronunciaron también otros medios: “Esperamos que este tipo de reportajes [en defensa de las apariciones] no se prodiguen. ¡Ya está bien con Garabandal!”.^[231]

La autoridad de la Iglesia se había pronunciado. Esto, para los medios de comunicación de la España de entonces era definitivo. Sin embargo, para algunos observadores, la solución requería explicar los fenómenos extraordinarios. Así, durante meses las publicaciones en uno y otro sentido fueron numerosas. El jesuita Lucio Rodrigo, desde la Universidad de Comillas, abrumado ante el valor que se estaba dando a las negaciones de las videntes, en declaraciones publicadas en 1967, afirmaba:

“Nuestra creencia en la sobrenaturalidad de los fenómenos de Garabandal no se han fundado sobre lo que las niñas han dicho... sino sobre los hechos concretos y reales contrastados por mí [personalmente] y por otros muchos testigos. Nadie tiene razón de destruirlas o aun de atenuarlas simplemente por lo que en la actualidad o aún en el futuro puedan las niñas decir [las negaciones]. Ellas estarían en una ilusión, pero no nosotros”.^[232]

El Dr. Celestino Ortiz repite este argumento en su entrevista para *Alerta*:

“¿Cuándo mentían las niñas, entonces con sus hechos, o ahora sin ellos? Han sido miles de testigos presenciales los que han dado testimonio en su día. ¿Olvidan esto?”.

Edward Kelly, estudioso norteamericano que visitó Garabandal por primera vez en 1969, realizó una significativa entrevista a Mons. del Val el 4 de enero de 1973. La

batería de preguntas del investigador norteamericano aborda entre otros temas la actuación del periodista cántabro Julio Poo San Román, escritor de los duros artículos de 21 de marzo y 9 de abril de 1967 en el *Diario Montañés* y *La Gaceta Ilustrada*. Kelly relató a Mons. del Val que aquellos artículos no eran en absoluto rigurosos. Entre ellos había evidentes contradicciones: en el *Diario Montañés*, Poo afirmaba que, “«en cuanto a los mensajes, los redactaba Conchita a solas en la escuela». En *La Gaceta*, el mismo autor dice que entre las cuatro habían escrito varios mensajes y luego escogieron el mejor. Hay contradicciones también en su explicación del «milagro» de la forma”. En cualquier caso, la esencia de ambos artículos era afirmar que “las declaraciones de las niñas (inseguras acerca de las visiones de la Virgen) explicaban todos los sucesos de Garabandal. “Yo -sigue Kelly- dije a Mons. del Val que aquello era ridículo; que las videntes podían retractarse, pero que ellas no podían deshacer con sus retractaciones ni las caídas extáticas, ni las levitaciones ni ninguno de los otros fenómenos inexplicables testificados por miles de personas. [Y pregunté al Obispo:] «¿Quién va a corregir este sinsentido?»” Mons. del Val, contempló durante un momento los artículos desplegados sobre su escritorio. Al fin respondió: “*Aquel que los escribió debería corregirlos*”. Kelly agradeció el interés del Prelado. Entonces le confesó que él mismo se había presentado al periodista, Julio Poo San Román, pidiendo explicaciones y esa rectificación que reclamaba ahora Mons. del Val. La respuesta del reportero no es ningún secreto: la refirió Kelly a Del Val y, de nuevo, por carta, a su sucesor en el cargo en 2016, Mons. Sánchez Monge: “En 1973, cuando le pedí [al periodista] explicarme estas contradicciones, me dijo: «*Yo no escribí los artículos. Los escribió el Obispo, Mons. Puchol Montis, y me dijo que los firmara*»... que si le interesaba su empleo y el medio de sostener a su familia, que firmara”.^[233] El testimonio de Poo tiene como refrendo los mismos artículos firmados por el periodista en los años anteriores. En 1961, un artículo suyo en el mismo *Diario Montañés*, demuestra la admiración de Poo ante los sucesos y las respuestas de las niñas ante el interrogatorio a que las sometió el periodista por separado:

“Yo -escribía el corresponsal entonces- las he visto... las he gritado y no me oían. He forzado su carita para desviarlas del centro de su visión y no he podido. Y cuando [nuestro fotógrafo] Arauna a propio intento, las ha enfocado su flash directamente a los ojos, ni una sola de ellas ha pestañeado lo más mínimo...”

[Además,] pudimos llevarlas hasta un lugar apartado para que nos contaran qué era lo que habían visto... Una a una, separadamente todas coinciden: en la descripción de cómo vieron al Ángel y lo que les dijo. Ya hemos dicho que las niñas tienen un candor y una inocencia como es probable no hayamos visto en su edad otra igual...».^[234]

El Obispo del Val no discutió la autoría de Mons. Puchol y, según parece, de su Vicario General, Javier Azagra en los referidos artículos de 1967. De hecho, la decisión de Mons. del Val al final de su entrevista con Kelly fue la de sugerir al investigador norteamericano: “Que yo -refiere Kelly- escribiera al Vaticano explicando el problema de la oscuridad o malentendido actual:

1º. En la Nota de Mons. Puchol [de 1967].

2º. En la carta de Mons. Cirarda de 1970 [que explícitamente afirma basarse en: “el

sólido fundamento del juicio de mi predecesor”].

3º. En la prensa. Yo debería también mencionar los resultantes malentendidos que esas publicaciones [de *La Gaceta* y el *Diario Montañés*] habían causado.

Mons. del Val me sugirió a quien debía enviar la carta y de su puño y letra me dio una nota con la dirección [de la Oficina vaticana] a la que debía dirigirme. Yo le pregunté: «¿No sería mejor si la corrección o actualización sobre la investigación de Garabandal... saliera de esta Oficina... [del Obispado]?». «No, eso causaría muchos problemas. Si se hiciera -respondió del Val-, causaría daño al movimiento de Garabandal aquí y en el extranjero. No, yo no sugeriría hacer eso». No me explicó -concluye Kelly- por qué o cómo eso causaría daño”.^[235] El investigador norteamericano escribió la carta que le encarga Mons. del Val. Y, aunque no obtiene respuesta de Roma, la actuación del nuevo Obispo demuestra que, en 1973, la situación era diferente.

Entre 1967 y 1970, después de las negaciones, la situación había sido mucho más tensa. Si bien es cierto que algunos medios requerían del Obispo explicación de su condena, como *ABC* o el semanario *Por Qué*; aún más medios dieron todo por terminado. Así, dos días después de la publicación de la nota de Puchol (17.III.1967), un artículo del diario cántabro *ALERTA* («*Nunca hubo apariciones milagrosas en Garabandal*»-19.III.1967) “comienza recordando que ese periódico, en conformidad con las recomendaciones diocesanas, había mantenido silencio [siempre] sobre los supuestos milagros de Garabandal: «*Alerta* ha evitado -como nuestros lectores pueden comprobar- dar publicidad al caso de San Sebastián de Garabandal, hoy formalmente declarado falso y sin fundamento [por la reciente Nota de Mons. Puchol]». ^[236] En general, la prensa española fue sumisa y silenció cualquier noticia positiva, como la inexplicable curación de Menchu Mendiola en el Hospital de Santander (1966). Pero cuando las «videntes» dijeron al Obispo que ellas no estaban seguras de haber visto a la Virgen, todos los medios dieron a la cuestión una amplia cobertura”. Kelly denuncia en ello «una sumisión interesada». Estos medios solo divulgaron noticias negativas sobre un fenómeno de fe que había movilizó a masas durante los años anteriores. De hecho, “la Nota de Mons. Puchol [de 1967] fue publicada en los periódicos de toda España”. Con todo, ni siquiera en esos años decreció el número de peregrinos. Estos venían cada vez de lugares más lejanos. Una noticia del *Diario Montañés* lo constató en 1971:

“Cosío [localidad vecina a Garabandal] se beneficia de un turismo creciente; durante todo el año llegan al pueblo franceses, ingleses, americanos y alemanes”.^[237]

La redacción de la noticia parece obviar que la pequeña localidad ganadera de Cosío, incluso algo más pequeña que Garabandal, no podía ser la causa de una afluencia internacional de peregrinos. No hacía falta decirlo. Más bien se evita. Ya se decía suficiente. Tanto para la prensa como a nivel eclesial, con la Nota de 17 de marzo de 1967, el proceso de las apariciones había quedado atrás.

XIX

1968. La muerte del P. Pío

«*La Santa Virgen me ha hablado de vosotras*»

En medio de toda esta marea mediática, una nueva noticia golpeó a las apariciones. Sobre el P Pío gravitaba un señalado anuncio: “*El Papa -había dicho Conchita- lo verá [el milagro] desde donde esté, lo mismo el Padre Pío*”. Ahora, el 23 de septiembre de 1968 moría ejemplarmente en Italia el santo capuchino. Una vez más Conchita se sintió abatida: si lo había dicho la Virgen, ¿cómo podía haber muerto el P. Pío antes de suceder el milagro? Era un duro revés cuando ya ella se estaba reponiendo de sus dudas. Pocas semanas después, en medio de esta confusión -el 16 de octubre de 1968- la vidente recibió un telegrama en la aldea. Venía de Lourdes. Un capuchino de San Giovanni Rotondo, el P. Bernardino Cennamo la citaba para entregarle una carta que el P. Pío había dejado para ella. En la aldea, el P. Alfred Combe y Bernard L'Huillier animaron ardientemente a la joven a acudir sin demora a la cita y aun se ofrecieron para llevarla enseguida junto con su madre. La joven aceptó el ofrecimiento y se puso en camino más que por el interés en la carta, por el anhelo de encontrar alivio sobre la cuestión del milagro. El coche partió esa misma noche.

Al día siguiente, ya en Lourdes, el P. Cennamo volvió a explicar a la joven que el santo, antes de morir, había querido dictar una nota para ella. La transcribió el P. Pellegrino, fraile al cuidado del P. Pío al final de su enfermedad. El P. Pío había expresado, además, el deseo de que el velo que cubriese su rostro tras su muerte le fuese entregado también a Conchita. El P. Cennamo reconocía no haber creído antes en Garabandal. Sin embargo, este gesto -una de las últimas voluntades del santo- le había hecho cambiar de opinión. Aunque no conocemos el texto de la nota, sí es sabido que aquel día “el velo y la carta fueron entregados a Conchita”.^[238] Sin embargo, en el corazón de la joven seguía viva sobre todo la cuestión acerca del milagro. Lo expuso sin miramientos al capuchino:

“«¿Por qué la Virgen me dijo que el P. Pío iba a ver el Milagro y él ha muerto?» El padre le respondió: «Él vio el Milagro antes de morir. Me lo dijo él mismo»”.^[239]

La joven quedó desconcertada al escuchar estas palabras. Súbitamente, su corazón se sintió liberado de un gran peso que la empujaba de nuevo hacia las dudas. Ahora se veía de nuevo confirmada en las apariciones. Con todo, la noticia era aún difícil de calibrar. Esta visión del santo capuchino le convertía de algún modo en parte del estrecho círculo de los videntes de las apariciones. Es innegable que el P. Pío había estado vinculado a Garabandal casi desde el principio, pues antes de escribir la carta de 1962 a las niñas, la

Virgen le habló a él mismo de las apariciones:

“Queridas niñas: a las nueve horas de esta mañana, la Santa Virgen me ha dicho que os diga: «...os prometo que estaré con vosotras hasta el fin de los tiempos...»”.

P. Pío había promovido las apariciones en varias ocasiones entre peregrinos de San Giovanni Rotondo. Ahora, con *la visión del Milagro* iba más lejos y se convertía de algún modo en vidente de Garabandal: testigo privilegiado de las apariciones. La providencia había involucrado al santo uniendo sus estigmas al mensaje de la Virgen en 1965: “*meditad la pasión*”.

Joe Lomangino. Un defensor controvertido

Desde el rechazo de la Nota de 1967 hasta 1983 la tensión en torno a Garabandal fue muy grande. Solo en 1983 se alzaría de nuevo públicamente una voz a favor de las apariciones: la del médico principal de la comisión episcopal, el Dr. Luis Morales. Hasta entonces -y aún después-, durante los largos años que fueron de la Nota de Mons. Puchol a la conferencia del Dr. Morales, los estudios más sólidos y objetivos sobre Garabandal se publicaron siempre de forma anónima o bajo nombres falsos. El sacerdote belga Materne Laffineur, el dominico francés François Turner, el canónigo de Tarragona Julio Porro Cardeñoso o el P. Eusebio García de Pesquera O.F.M, ocultaron todos su identidad: Dr. Bonance, Robert François, Juan de Dios y Dr. Gobelas fueron los respectivos pseudónimos de estos autores. Con respeto y amor hacia la Iglesia trataban de seguir orientando a tantos fieles de todo el mundo que se acercaban a las apariciones y que, entre tanto silencio solo encontraban en la aldea grupos ajenos a la Iglesia que trataban de apropiarse de los fenómenos. El trabajo oculto de estos autores muestra con claridad el tenso clima de aquellos años. Máxime cuando sus obras tan solo trataban de estudiar y dar a conocer los hechos ocurridos en la aldea de forma objetiva y documentada.

Prueba también esta tensión los sucesos por los que paso en 1968 el jesuita Lucio Rodrigo. El profesor de la Universidad de Comillas que había entrevistado a Conchita en varias ocasiones, venía defendiendo públicamente las apariciones. De repente, en 1968, escribió sus últimas líneas sobre la cuestión en dos cartas privadas:

“Se me ha impuesto silencio, sin oírme, y no me toca más que callar, y por ello no puedo decir todo lo que tendría que decirle en el asunto”.^[240] “Se me ha intimado el silencio con la gente sobre todo lo de Garabandal... ha sido mi superior, pero estoy seguro de que ha actuado siguiendo insinuaciones de Santander... Para mi entender esto entra dentro de lo que el Señor dijo a Conchita en su locución de Pamplona: «*Yo lo haré todo*»... y por tanto tiene que quedar eliminado, con su migajita de autoridad en muchas personas de España y fuera de España, el P. Rodrigo”.^[241]

El P. Rodrigo venía señalando cada vez más claramente la incapacidad de los argumentos empleados en el rechazo de Garabandal. Ya lo vimos:

“Nuestra creencia... no se han fundado sobre lo que las niñas han dicho [sino en hechos y estudios objetivos] ... Nadie tiene razón de destruirlas o aun de atenuarlas simplemente por lo que en la actualidad o aún en el futuro puedan las niñas decir”.^[242]

Según el jesuita, las negaciones no tenían entidad suficiente en sí mismas para sostener un juicio de las apariciones. Con su silencio a partir de 1968 se evitaba el menoscabo de la postura oficial, que -como hemos visto- concedía a las negaciones un valor concluyente. Hasta su muerte en 1973, en virtud de su voto de obediencia, el P. Rodrigo quedaba al margen de todo lo de Garabandal. Entretanto, las videntes eran privadas cada vez más de toda atención y guía; prácticamente desatendidas ante la necesidad de explicarse, si quiera a sí mismas, cuanto les había ocurrido en los años anteriores. La ayuda de la Teología les era retirada. Sorprende el hecho: no se facilitó un estudio sincero y objetivo que hubiera servido sin duda en orden a aclarar las cosas.

A partir de ahora, la reflexión, estudio y publicaciones sobre las apariciones quedaba en manos de laicos. Así, los peregrinos y conversos de las apariciones, que seguían sintiendo sed de profundizar en todo lo de Garabandal, se vieron al frente de toda esta tarea. La escritora Mercedes Salisachs, el Dr. Ricardo Puncernau, María Josefa Villa de Gallego, el periodista Juan Poch Soler, el abogado Francisco Sánchez-Ventura, Ramón Pérez en Francia, Edward Kelly, el Dr. Jerónimo Domínguez y Barry Hanratty -entre otros- en Estados Unidos o Albrecht Weber en Alemania, se convertían a partir de ahora en los autores de referencia. Su labor, con total respeto hacia la Iglesia, consistió en testimoniar las curaciones, conversiones y gracias extraordinarias que seguían sucediendo en torno a Garabandal.

En el ámbito de habla inglesa, en 1968 comenzó a destacarse una institución fundada en Estados Unidos: *Works of Our Lady of Mount Carmel*. El mismo año de la muerte de P. Pío esta organización destacó ya en la difusión el mensaje de las apariciones. De hecho, su fundador, Joe Lomangino, se había convertido en una confesión con el santo de los estigmas y se había acercado a Garabandal animado precisamente por una conversación con él. Joe, norteamericano de origen italiano, daría a conocer Garabandal partiendo siempre de su propia experiencia personal. Daba así a conocer las apariciones a través de lo que él había encontrado en Garabandal. Su testimonio era extraordinario. Ciego desde 1947 por un desgraciado accidente laboral, Joe visitó San Giovanni Rotondo en varias ocasiones hasta 1963. Ese año logró ser incluido en el turno de confesiones con el capuchino de los estigmas. Aquel encuentro cambió su vida:

“Yo no estaba viviendo una vida recta, [por lo que al arrodillarme] sentí vergüenza y no sabía por dónde empezar... Entonces [tras unos momentos confuso, el P. Pío], en perfecto inglés, me dijo: «*Joe, do you remember the sins you've committed*» [¿recuerdas los pecados que has cometido?]. Y en perfecto inglés comenzó a decir las personas con las que yo había estado, los lugares que había visitado y los pecados que había cometido.... Cuando terminó -que me pareció como mil años después-, me dijo en italiano: «*Sei pentito?*» -¿te arrepientes?-. Yo respondí [en inglés]: «*Sì, Padre*». Entonces me dio la absolución... Yo tenía 33 años... y un propósito firme de no volver a pecar nunca más”.^[243]

Ese mismo día, tras otro encuentro con P. Pío, el olfato, que Joe había perdido junto con la vista en 1947 quedó súbitamente restablecido. Unos días después tuvo lugar un último encuentro. El compañero de viaje de Joe quería visitar Garabandal antes de regresar a Estados Unidos. Joe, recién convertido, tenía miedo de ser confundido por el demonio y quiso consultarlo con el sacerdote que había cambiado su vida. De nuevo

pudo cumplir el deseo de hacer aquella consulta:

“[Mientras pasaba por el claustro] le dije: «Padre, ¿es verdad que la Virgen se está apareciendo a cuatro niñas en Garabandal?» Él me respondió: «Sí». «¿Padre, deberíamos nosotros ir allí?» A lo que respondió: «Sí, ¿por qué no?» Por esa confirmación del Padre Pío... y porque él me permitió ir, ya no tuve miedo y fui”.

Estas sencillas palabras movieron a Joe quien, todavía en 1963, visitó ya la aldea de las apariciones. En Garabandal, sintió con fuerza la presencia de la Virgen, por eso regresó pocos meses después, en marzo de 1964. Allí, el día de San José Conchita tuvo una locución. La Virgen le habló precisamente del peregrino ciego norteamericano. La niña escribió en una nota las palabras de la Señora: “*La Virgen me dijo... que tú recibirás nuevos ojos*”. La firmó y se la entregó a Joe. Desde entonces él determinó emplear todas sus energías para dar a conocer Garabandal. Lo haría contando sencillamente las enormes gracias que él había recibido en Italia y España. En 1968 fundó *Works of Our Lady of Mount Carmel*, y dedicó toda su vida a divulgar de los mensajes de la Virgen en Garabandal a través de diversas publicaciones y conferencias. En 2014, sin embargo, el testimonio de Joe se convirtió de repente en un signo de contradicción. A los 84 años, Joe moría sin haber recobrado la visión. Él mismo, al final de su vida, reconoció que no podía hacer depender las apariciones de su curación o no. Y se decantó por no mirar ya la locución de Conchita sobre sus “*ojos nuevos*” como una verificación necesaria para las apariciones.

El Card. Ratzinger aplica a Fátima unos criterios que iluminan también este caso:

“[Las verdaderas visiones] pueden ser descifradas solo *a posteriori*. A este respecto, no todo elemento visivo debe tener un concreto sentido histórico.

Lo que cuenta es la visión como conjunto, y a partir del conjunto de imágenes deben ser comprendidos los aspectos particulares. Lo que es central en una imagen se desvela en último término a partir del centro de la «profecía» cristiana en absoluto: el centro está allí donde la visión se convierte en llamada y guía hacia la voluntad de Dios”.^[244]

Sin duda, en Garabandal algunos desconfiaban desde el principio de la importancia del testimonio de Joe para probar Garabandal. Las apariciones y fenómenos extraordinarios no dependían de pruebas ulteriores. Joe, sin embargo, había esperado el milagro y había hablado de ello durante años. Estos veían que Lomangino estaba ocupando un lugar demasiado central. Con todo, el mismo Joe, antes de morir, afirmó que desde que se encontró con Dios en su confesión con P. Pío y se consagró en cuerpo y alma a la promoción de Garabandal, verdaderamente había recibido ya, de hecho, *unos ojos nuevos*: la fe. Y daba gracias porque en esa fe había perseverado toda su vida. Su fe descansaba ahora realmente en Dios y no en la espera de una curación extraordinaria. Todo esto le llenó de una gran paz antes de su muerte.

Respecto a Conchita, hay que decir que también ella había esperado el milagro de Joe. Lo afirmó en una entrevista en 1975:

“Acerca de Joey, todo cuanto recuerdo ahora es que la Santísima Virgen me dijo que en el momento del Milagro, Joey tendría nuevos ojos y que a partir de entonces vería permanentemente”.^[245]

Todo cuanto recuerdo. Conchita, en sus entrevistas, todavía respondía en 1975

refiriendo de memoria cuanto podía y se le preguntaba. Con el tiempo, el mal uso que los periodistas dieron a sus palabras le hizo rehuir cada vez más estas peticiones. Los entrevistadores, movidos a menudo más por curiosidad que por el esfuerzo de ayudar a las videntes a transmitir el mensaje de las apariciones, impedían muchas veces llegar a centrar sus testimonios sobre la inefable experiencia de la Virgen y sus mensajes en la aldea. Las palabras de las videntes se tomaban una y otra vez como nuevas profecías, más que como un recuerdo sencillo que trataba de transmitir la cercanía de la Virgen y las gracias recibidas. Por eso, con el tiempo las cuatro niñas -no solo Conchita- fueron dejando de conceder entrevistas. Se daban cuenta de que la centralidad de los mensajes se desdibujaba demasiado. Así, escribió Conchita al mismo Joe por estos mismos años:

“Tengo miedo de que lo que dije en un mensaje a viva voz a unos americanos en 1971, con la única intención de ver a las gentes pensar más en el mensaje de la Santísima Virgen..., oscurezca algo el mensaje auténtico de la Santísima Virgen. Hay que comprender siempre que esas palabras son las mías y no las de la Santísima Virgen. Es por lo que no valen nada.

Me he dado cuenta de que por momentos la gente les concedía una importancia que no tienen. Os digo esto para expresaros mi deseo de que esas palabras no sean publicadas. Recibo continuamente declaraciones para firmarlas; preferiría rasgarlas”.^[246]

Lucía de Fátima, carmelita descalza durante más de medio siglo, tras dos décadas como religiosa dorotea, seguía este mismo principio: huir de la curiosidad y evitar toda interpretación personal de las apariciones. El Card. Ratzinger comentó con admiración esta actitud de la vidente de Fátima en el año 2000, en el texto de la publicación oficial del tercer secreto de Fátima:

“La interpretación que el Cardenal Sodano ha dado en su texto del 13 de mayo, había sido presentada anteriormente a Sor Lucia en persona. A este respecto, Sor Lucia ha observado en primer lugar que a ella misma se le dio la visión, no su interpretación. *La interpretación*, decía, *no es competencia del vidente, sino de la Iglesia*”.^[247]

En Garabandal, a pesar de carecer de que las videntes no eran guiadas; a pesar de que parecía negarse la ayuda a las videntes para entender las apariciones, estas consiguieron siempre orientarse de forma extraordinaria para comprender su papel y los fenómenos como un don que las superaba. Muchas veces respondían con su “no sé” característico desapropiándose de los fenómenos; transmitiendo solo su experiencia. Sin embargo, en algún caso muy aislado, como este de Joe, sin ninguna sombra de mala intención, sin ánimo de apropiarse de las apariciones, sí parece que hubo algo de interpretación propia; sin duda se trataba de un caso más complejo; una respuesta de la Señora más difícil de calibrar. El problema de fondo era el mismo una y otra vez. Desde el inicio de las apariciones, las niñas no recibieron la necesaria atención de la Iglesia y la Teología para acoger correctamente las gracias recibidas. Así, ni las videntes ni difusores de buena voluntad como Joe contaron durante años con el necesario auxilio de los pastores. El silencio impuesto al P. Lucio Rodrigo en 1968 es buen ejemplo de ello. Un teólogo cualificado y objetivo como él era vetado para tratar una cuestión que estaba atrayendo a tantos fieles. Así, sin esta guía, era muy difícil que las niñas solas o conversos como Joe logran orientarse siempre y no confundiesen sus interpretaciones personales con

algunas palabras más difíciles de interpretar. Joe padeció la confusión de aquellos años, y otros muchos con él. Sin embargo, su muerte el 18 de junio de 2014, aniversario del comienzo de las apariciones y el segundo mensaje, parece apuntar a que la Virgen no se olvidó de aquel hijo que tanto había trabajado por Ella. Las videntes fueron cada vez retirándose más. Desde estos años, resulta cada vez más difícil encontrar intervenciones suyas en los medios. Su testimonio ya estaba dado. La Iglesia tenía ahora la palabra.

XX

Nuevos aires en el Obispado de Santander

Mons. Cirarda. Nuevo Obispo de Santander

Todavía en 1968, Conchita realizó un segundo viaje a Roma. No conocemos detalles sobre ello; sabemos, sin embargo, que hizo allí unos ejercicios espirituales que al parecer le sirvieron mucho para ordenar los sentimientos de aquellos años difíciles y retomar su misión de testimoniar las gracias recibidas. De vuelta en Garabandal, tomó como confesor al P. Manuel García Nieto. Efectivamente, en Comillas, no lejos de la aldea de las apariciones, vivía el P. Lucio Rodrigo, quien había sido testigo ocular de algunos éxtasis y se había convertido en un convencido pleno de la autenticidad de Garabandal. Recibía con cercanía a las videntes en Comillas. En la misma Universidad residía, como director espiritual de los alumnos de Teología, el también jesuita P. Manuel García Nieto, venerable desde 2019. Por consejo del P. Rodrigo, en aquel momento tan delicado, el P. Nieto aceptó encargarse de la dirección espiritual de Conchita. Ella le recordó siempre con veneración.^[248]

Entretanto, a la muerte de Mons. Puchol, la Diócesis quedó durante algunos meses a cargo de un Vicario Capitular, don Enrique de Cabo. En julio de 1968 llegó por fin el nuevo Obispo, don José María Cirarda Lachiondo. El nuevo Prelado había sido alumno de Comillas. Por ello algunos, entre ellos el P. Rodrigo, esperaban que Mons. Cirarda reabriese el proceso de Garabandal. El 29 de septiembre de 1968, en *ABC* se publicaba un artículo que aceleró los acontecimientos en sentido bien distinto:

“Existe una gran expectativa en torno a la actuación del nuevo obispo de Santander recientemente nombrado. Los garabandalistas confían mucho en él, dado su celo apostólico, su inteligente prudencia y su fervor mariano. Esperan que decida nombrar una comisión de teólogos especializados en este fenómeno, hoy universal... [el cual] debe ser objeto de especial estudio y consideración. De este análisis objetivo y prudente dependerá el esclarecimiento del posible origen sobrenatural de unos hechos que no tienen explicación humana”.^[249]

Sánchez-Ventura iba aún más lejos, llegando a interpretar el trágico accidente mortal de Mons. Puchol como una disposición divina, pues aquella vacante abría “providencialmente una vía que se había cerrado contra los planes divinos”. El 9 de octubre de 1968, Mons. Cirarda publicaba, a través de la Secretaría del Obispado, una Nota Oficial sobre las apariciones. El comunicado confirmaba todas las disposiciones anteriores. El 14 de noviembre, el P. Lucio Rodrigo escribió desde Comillas una carta a

M. Nieves García escribiendo:

“...Ya habrá visto cómo el artículo de Sánchez-Ventura en el *ABC* fue el fulminante que hizo saltar la bomba de la última nota del obispado de Santander, y a mi juicio impidió posiciones más tolerantes que no sin fundamento pude esperar. Para mí ha tenido consecuencias dolorosas. Se me ha intimado el silencio con la gente sobre todo lo de Garabandal”.

La obediencia de este jesuita, como vimos, no le impidió vivir convencido de la verdad de Garabandal hasta su muerte en 1973. Sin embargo, el artículo de *ABC*, que auguraba cambios en la actitud de la Jerarquía, según Rodrigo fue el detonante de un rechazo aún mayor. Mons. Cirarda, en su respuesta de la Nota de octubre de 1968 se apoyó de nuevo en las negaciones de las niñas ante la máxima autoridad diocesana y desestimó cualquier revisión del caso. Con las negaciones en la mano, el Prelado no vio necesario ningún otro trabajo sobre el caso. Por eso la Nota no entró en el caso; con un estricto carácter disciplinar se limitó a expresar que hacía propia la postura de su predecesor, Mons. Puchol.

Sin embargo, contra lo que cabía esperar, durante el año siguiente no decayó el interés. Más bien siguió en aumento entre los fieles. Peregrinaciones, libros, artículos y conferencias por todo el mundo lo manifestaban con claridad. Parece que de forma inocente, obispos de todo el mundo siguieron también enviando cartas al Obispado de Santander manifestando su interés por las apariciones. Todo esto movió a Mons. Cirarda a publicar un nuevo y amplio documento el 25 de abril de 1970. Su título ya expresa de algún modo el vivo interés del momento: “*Comunicación del Obispo de Santander (España) a sus hermanos en el episcopado, sobre las supuestas apariciones de la Santísima Virgen en San Sebastián de Garabandal*”. El texto, desde el comienzo, reconocía el alcance internacional de los sucesos:

“Son muchos los Excmos. Sres. Obispos que consultan al Obispado de Santander sobre las pretendidas apariciones de la Santísima Virgen María en el pueblo de San Sebastián de Garabandal, de esta Diócesis. Alguno ha llegado a escribirme anunciando su llegada a Santander, al frente de una peregrinación de su Diócesis para visitar Garabandal. En reciente visita a Roma, he sabido también que llegan allí igualmente consultas sobre el mismo tema...”

Por otra parte, los adictos a las citadas pretendidas apariciones vienen publicando libros y artículos, en que siguen defendiendo: a) la veracidad de dichas apariciones; b) la falta de autoridad del Obispo de Santander para juzgar sobre su verdad o falsedad, porque es cosa que toca a la Santa Sede... En consecuencia, previa consulta a la Santa Sede, ha parecido oportuno dar esta comunicación a todos los Hermanos en el Episcopado, aclarando el verdadero estado de la cuestión, para que no se dejen sorprender por noticias falsas” ^[250]

A continuación, el documento resume todas las notas anteriores. Es un texto amplio, importante y de amplio alcance. Refiere también que la Santa Sede estuvo: “siempre perfectamente informada... sobre este *problema*”. Expone después, que tanto él como su predecesor, Mons. Puchol, rogaron a la Sagrada Congregación “que estudiara si procedía reservarse el juicio sobre el problema de las supuestas apariciones”. Mons. Cirarda, personalmente, tramitó el caso dos veces en Roma: “en enero de 1969 y en febrero de este año de 1970; tratando del asunto en la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, en la Secretaría de Estado de Su Santidad, y con el propio Santo Padre [San Pablo VI]; y en 1969 se cruzaron cartas entre el Card. Šeper y un servidor [Mons. Cirarda] con

fechas de 31 de enero y 10 de marzo”. Šeper, manifiesta abiertamente haber estudiado con detenimiento el asunto: “*más de una vez*” y “*atentamente*” son sus palabras. Y con todo, el Cardenal declinaba por escrito la petición. Esto nos consta que lo repitió al obispo al menos en dos ocasiones pues se conservan dos cartas suyas al obispo de Santander entre 1969 y 1970:

“Este Dicasterio -escribía Šeper en carta del 10 de marzo de 1969- estudió el asunto más de una vez y, con ocasión de dicha reciente carta [de la autoridad diocesana], ha considerado de nuevo atentamente la cuestión. Pero, no habiendo hallado elementos nuevos, no parece haber motivo para que la Sagrada Congregación *Pro Doctrina Fidei* se inmiscuya directamente en el asunto”.^[251]

Roma, reconociendo haber estudiado *atentamente* los nuevos documentos, manifestaba su interés sobre una cuestión de la que llegaban tantas peticiones. La nueva carta de Mons. Cirarda lo decía expresamente: “*Son muchos los Excmos. Sres. Obispos que consultan al Obispado de Santander sobre las pretendidas apariciones*”. Sin embargo, el Vaticano, como ya hiciera el Card. Ottaviani en 1967, evitó asumir el caso. El Card. Šeper, como hemos visto, utilizó el verbo *inmiscuirse*: no deseaba “*reservarse la causa retirando al Obispo de Santander la autoridad que le compete en esta materia*”. A partir de ahí, Mons. Cirarda tenía plena libertad para actuar en el caso. Y así lo hizo en la nota de 25 de abril de 1970. El obispo promulgó entonces la Nota quizá más dura de todas las de Garabandal:

“Está terminantemente prohibida toda manifestación de piedad que se fundamente en las supuestas apariciones de San Sebastián de Garabandal, prohibición que conculcan quienes allí llegan en peregrinaciones, como los que, contradiciendo orden expresa del Obispado, erigieron una capilla en honor de San Miguel en dicho lugar. De otro lado, está prohibido a todos los sacerdotes, diocesanos o extradiocesanos, el subir al citado pueblo sin permiso especial, condicionando a ello el uso de las licencias ministeriales en toda la Diócesis. Ello, no obstante, hay sacerdotes peregrinos que llegan de varios lugares del mundo, que celebran allí la Eucaristía en el campo o en casas particulares contraviniendo las disposiciones episcopales”.

Como señala Mons. Cirarda, en 1967, un grupo de devotos había levantado una capilla a San Miguel Arcángel en Garabandal, en el terreno llamado de la *Campuca*, un rellano de la empinada subida a Los Pinos. La polémica obra, realizada por el *Centro de Garabandal de Barcelona*, ni si quiera llegó a ser inaugurada. Construida entre los días 23 y 27 de septiembre de 1967, en apenas 5 días fue levantada una sencilla estructura sin paredes, a modo de reducido baldaquino, para contener un pequeño altar dedicado a San Miguel. Al llegar a la aldea el día de la inauguración -29 de septiembre, fiesta de S. Miguel- los peregrinos, que habían pasado toda la noche de viaje, recibieron de labios del párroco una dura noticia. Lo cuenta una publicación del mismo *Centro*:

“El Obispado de Santander había enviado al cura de Garabandal un oficio donde se decía en términos textuales:

«Prohibimos en ese edificio toda clase de culto y que si no obstante pese a nuestra prohibición se celebrare en él algún acto piadoso, como sería el rezo del Santo Rosario, lo consideraremos como desobediencia formal a lo dispuesto por Nos y que los que así obren se atenderán a las consecuencias jurídicas que de su desobediencia se les puedan seguir».

[Ese mismo día] el oficio fue leído y difundido a través de un micrófono por el Párroco del pueblo, desde las escalinatas de la nueva capilla. Y todos los peregrinos, que habían pasado la noche en viaje... [desde Barcelona, a pesar] del duro camino, obedecieron puntualmente, sin manifestar su disgusto y, colocando la

imagen de San Miguel en su pedestal, continuaron su ascensión hasta los Pinos”.^[252]

En los Pinos, donde no se les había prohibido, rezaron rosarios y otras oraciones ininterrumpidamente durante toda la tarde y la noche. Nadie desobedeció. Así, el día de su inauguración, la pequeña capilla no se usó más que para la lectura de la terminante Nota del Obispado. Con todo, en lo sucesivo, el pequeño baldaquino instalado sería utilizada para los detractores de las apariciones como prueba de falsedad y rebeldía: *por sus frutos los conoceréis* -decían-. La Nota de Mons. Cirarda aludía al caso con dureza: “...está terminantemente prohibida toda manifestación de piedad... [en] Garabandal, prohibición que conculcan quienes... contradiciendo orden expresa del Obispado, erigieron una capilla en honor de San Miguel en dicho lugar”. Como hemos visto, la prohibición había consistido más bien en rezar en la capilla que de hecho ya se había erigido cuando el Obispado escribió su Nota. De hecho, los peregrinos obedecieron puntualmente y el día de su inauguración la capilla no albergó culto alguno. En cualquier caso, para Mons. Cirarda, la Capilla de San Miguel aparecía como un signo de rebeldía. El obispo no podía mostrarse más contrario a todo lo de Garabandal. En 2004, a mayor distancia de los acontecimientos, Félix Ochayta ponía en perspectiva la segunda Nota de Mons. Cirarda de abril de 1970. Se trata quizá de la Nota más dura pues llegaba a prohibir “*toda manifestación de piedad*”:

“Mons. Cirarda no pudo ir más lejos -señala Ochayta-. Pocas veces se han dado prohibiciones tan duras y terminantes, a pesar de reconocer expresamente «*que en el supuesto mensaje, que se dice comunicado por la Santísima Virgen, no hay nada contra el dogma y la moral*»”.

Para Conchita, en estos momentos fue inestimable el apoyo del P. Manuel García Nieto. Como confesor de la vidente, el P. Nieto debía ser discreto, pero atendió y ayudó a la joven, permaneciendo en estos años firme en la convicción de la verdad de las apariciones.^[253] Lo mismo cabe decir del P. Lucio Rodrigo, como puede comprobarse en su correspondencia conservada en el Archivo de la Fundación HM. El 1 de mayo de 1969, Materne Laffineur también se pronunciaba a favor de las apariciones en una Conferencia pronunciada en Lisieux (Francia). El autor de *L'Etoile dans le Montagne* defendió así públicamente las apariciones, reclamando un estudio que subsanase aquellos errores. En septiembre de 1969, aun obedeciendo a las disposiciones disciplinarias del Obispo, el joven jesuita José Luis Rey Repiso, realizó un estudio consultando a vecinos, testigos y otras personas. Analizaba los sucesos, concluyendo que no había explicación natural para el conjunto de los fenómenos. Respetuosamente, disintió del Obispo.^[254] Asimismo, personalidades como el Dr. Ortiz de Santander, respetando las normas dadas, apoyaban todavía a las apariciones. En este grupo de seguidores discretos destaca sin duda la M. Teresa de Calcuta.

M. Teresa de Calcuta

«*Desde el principio sentí que los sucesos eran auténticos*»

En 1970 tuvo por primera vez noticia de las apariciones la M. Teresa de Calcuta. Desde ese momento, la fundadora de las Misioneras de la Caridad siguió con atención el

desarrollo de los acontecimientos en torno a Garabandal. Y en sus diversos viajes a Estados Unidos conoció a las tres videntes que residían allí. Hoy, por las fotografías de distintas épocas se puede comprobar que la Beata guardó un trato especialmente íntimo y prolongado con Conchita. Y M. Teresa, conociendo íntimamente los sucesos y a sus protagonistas, no dudó en apoyar las apariciones en su proceso eclesiástico. Su implicación con Garabandal es incuestionable. Repetidas veces aconsejó la Santa a Conchita sobre su modo de proceder. Así, en 1980, Conchita encontró en la religiosa un apoyo y dedicación especial: William Nicholson, productor de *Everyman*, el programa religioso semanal de la BBC de Londres, pidió a Conchita una entrevista para dar a conocer con claridad todo lo de Garabandal. Nicholson estaba sinceramente impresionado por los mensajes de las apariciones, desde que tuvo noticia de ellos a través del testimonio de Joe Lomangino. La vidente, comenta Lanús, se mostró abierta a esta posibilidad. Sin embargo, afirmó que “no haría nada sin el permiso del obispo de Santander, Juan Antonio del Val”. A tal efecto telefoneó a España pidiendo el permiso del prelado. La respuesta que recibió fue ambigua. El obispo le dijo: “Sé humilde, sé obediente y no hables demasiado sobre los obispos anteriores”. Personalmente, Conchita quedó conforme. Pero el director de la revista *Garabandal Journal*, Barry Hanratty, comenta los hechos que siguieron a este permiso:

“Mi papel en todo esto fue ser chofer de Bill Nicholson... Mientras nos preparábamos [Conchita y yo para ir a recogerle al aeropuerto]... Gladis Meza -amiga de Conchita-, sugirió que parásemos en el Convento de las Misioneras de la Caridad, en el sur del Bronx, y pidiésemos a las hermanas rezar por la grabación”.

Barry y Conchita hicieron esa parada; y para su sorpresa, se encontraba allí la M. Teresa, quien les recibió personalmente. La Santa, al enterarse del proyecto, preguntó por la actitud del obispo de Santander sobre todo aquello. Conchita le repitió la frase de Mons. del Val, pero la religiosa, ante esta explicación no se dio por satisfecha y dijo a Conchita: «*Debes preguntar de nuevo al obispo*». La Misionera quería ver las cosas bien claras, blancas o negras. Y aunque era el día de la grabación, Conchita siguió fielmente su consejo. A pesar de que el equipo estaba preparado y esperando para grabar, Conchita no quiso seguir adelante sin el consentimiento de la Madre. Así, pidió que M. Teresa le dijese exactamente qué palabras debía esperar del obispo. La Santa le dijo: «*Le preguntarás si puedes hacer esto por el honor y la gloria de Dios y no por ninguna otra razón*». A esta pregunta solo cabía responder de forma inequívoca: o sí, o no.

Conchita, preocupada por haber estado a punto de desagradar la fina conciencia de la religiosa a la que tanto admiraba, pidió a la M. Teresa que escribiera las palabras exactas que debía dirigir al obispo. La Madre redactó una nota e invitó al grupo a rezar unos momentos a la capilla. Al salir del convento la grabación pendía de una llamada telefónica. Cuando el grupo llegó a casa de Conchita, aunque ya era algo tarde y el tiempo apremiaba, la vidente pospuso todo a la llamada que debía hacer. De momento no consiguió hablar con el obispo así que todos tuvieron que esperar. Al fin, la vidente consiguió contactar con España. Barry Hanratty relata la conversación que tuvo lugar entonces:

«La M. Teresa -explicó Conchita- me pidió que le preguntara a Ud. si podría realizar este documental. Me dijo que le preguntase si puedo hacer esto por el honor y la gloria de Dios y no por ninguna otra razón». El obispo respondió: «Desde luego, puedes hacer la película por esa razón»».

A petición del obispo, Conchita envió el mensaje escrito por la santa el cual se conserva en el Obispado de Santander. Sin embargo, no iba a ser la última comunicación entre Mons. del Val y la santa fundadora. El 10 de noviembre de 1987, M. Teresa envió una carta al prelado. Se ponía en comunicación con él para pedirle los nombres de todos los sacerdotes de la diócesis, prometiendo una oración y ofrecimiento individualizado por parte de sus religiosas. El 1 de enero de 1988, lleno de alegría, Mons. del Val comunicaba este ofrecimiento en el Boletín Diocesano: *“En el gesto de la M. Teresa de Calcuta se adivina un amor de predilección de Dios con nosotros, sacerdotes de la Diócesis de Santander...”*. Todavía en 1988 la religiosa dejó el testimonio más claro de su fe en las apariciones:

“Era en 1970, hace 18 años, cuando oí hablar por primera vez de las apariciones de San Sebastián de Garabandal en España. Algunas veces me parece que hace mucho tiempo y otras que fue ayer. Desde el principio sentí que los sucesos eran auténticos”.^[255]

José Ramón García de la Riva, se pregunta en 2011 acerca del porqué de la elección de Santander entre las numerosas diócesis con que trabajan las Misioneras de la Caridad: “Ni más ni menos -escribe él-, que por el eco de Garabandal en el corazón de esta santa fundadora”. Esto, que parece probable, lo discuten algunos; más difícil de rebatir resulta la constante cercanía e interés de M. Teresa por Garabandal hasta el fin de su vida: «desde el principio sentí que los sucesos eran auténticos».

Alejandro Gasca y Celestino Ortiz: «No encontramos explicación científica»

Mons. Cirarda señala que publicaciones malintencionadas eran la causa de que Garabandal no cayese en el olvido:

“Por otra parte, los adictos a las citadas pretendidas apariciones vienen publicando libros y artículos, en que siguen defendiendo: a) la veracidad de dichas apariciones; b) la falta de autoridad del Obispo de Santander para juzgar sobre su verdad o falsedad, porque es cosa que toca a la Santa Sede...”.^[256]

Seguramente esas publicaciones existieron. Sin embargo no se tuvieron suficientemente en cuenta argumentos científicos serios y respetuosos publicados por esos mismos años. Es el caso de un documento médico muy temprano firmado en 1970 conjuntamente por dos expertos que habían estudiado *in situ* los sucesos: el Dr. Alejandro Gasca Ruiz y el Dr. Celestino Ortiz González. Gasca, al tiempo de las apariciones era inspector médico provincial de Cantabria y médico de una empresa privada en La Penilla (Santander). El Dr. Gasca presenció abundantes fenómenos en Garabandal. El Dr. Ortiz, pediatra también de Santander, pasó casi dos meses -52 días- estudiando los sucesos en la aldea. Las conclusiones de estos estudiosos, sin pretensiones

eclesiásticas, postulaba médicamente la sobrenaturalidad de los sucesos:

“Dos hechos nos han llamado la atención como profesionales de la Medicina:

- I. La normalidad más absoluta somato-psíquica de las pequeñas, tanto entonces como ahora...
- II. El haberse acompañado los éxtasis de las cuatro niñas de un conjunto de fenómenos parapsicológicos, tales como:
 - Telepatías.
 - Premoniciones.
 - Clarividencias.
 - Marchas hacia atrás.
 - Hierognosis.
 - Deslizamiento durante las marchas.
 - Levitación (esto en una de las pequeñas)”.

“[En resumen:] no encontramos explicación científica alguna convincente que pueda explicar tales fenómenos”.^[257]

Los Dres. Gasca y Ortiz no tienen ninguna duda: las videntes de Garabandal son -a su juicio- «*niñas completamente normales*». Coincidían en ello con numerosos estudiosos. Sin embargo, nunca fueron escuchados.

Por su parte, el Dr. Celestino Ortiz González, durante aquellos “52 días” de estudios en la aldea, profundizó aún más en los sucesos. El pediatra santanderino, vivamente impresionado por los fenómenos, dedicó más de tres semanas al comienzo y más tiempo después a escudriñar los fenómenos. Este médico no acababa de estar seguro sobre sus conclusiones, de ahí que alargase a casi dos meses de trabajo sus pruebas y observaciones. Recordemos que los miembros de la comisión, por ejemplo, en todo 1961 subieron a la aldea solo en tres ocasiones; y su médico principal, el Dr. Morales, reconoció en 1983 que solo observó los éxtasis en una ocasión (2.VII.1961). Álvarez, recordemos, lo subraya en su memoria:

“Hago constar que, durante el año 1961, los médicos nombrados por la Comisión del Obispado, sólo les he visto por Garabandal tres días. Uno fue cuando [el Dr. Morales] las iba a hipnotizar... La otra fue el 18 de octubre de 1961, cuando se dio el primer mensaje [y no hubo éxtasis]... Y la tercera, creo que estuvieron por la noche en Garabandal, cuando todo el vecindario dormía, y trataron de llevarse a las videntes para Santander, sin permiso de los padres y del pueblo”.

Los 52 días de observación del Dr. Ortiz hacen, pues, de su estudio uno de los más documentados, sólidos y relevantes sobre Garabandal; primero por su gran dedicación, pero también por la exhaustiva argumentación del documento resultante. A ello hay que sumar la autoridad del especialista en la cuestión que firma el trabajo: Ortiz es un pediatra, experto en salud infantil. Sus conclusiones fueron:

- 1º. “Desde el punto de vista pediátrico y psiquiátrico, las cuatro niñas, han sido siempre y siguen siendo normales.
- 2º. Los éxtasis, en los cuales hemos visto a estas niñas, no pueden entrar en el cuadro de ninguna de las categorías de patología fisiológica o psíquica conocidas actualmente.

3º. Dado el largo tiempo durante el cual se han producido estos fenómenos, si hubiesen tenido un carácter patológico de cualquier tipo que sea, habríamos podido discernir fácilmente los signos.

4º. En la psicología infantil, tanto normal como patológica, no encuentro ninguna explicación que pueda presentar como hechos naturales fenómenos que, según todos los conocimientos de que disponemos, escapan a las realidades naturales”.

“[Por tanto,] guardar el silencio sería cobardía científica. No hallamos ninguna explicación convincente de tales fenómenos”.^[258]

Dres. Honorio San Juan Nadal y Serge Fournier «Niñas sencillas y normales»

Los argumentos y conclusiones del Dr. Ortiz están de acuerdo con los de numerosos médicos. Entre ellos, el Dr. Honorio San Juan Nadal, neuro-psiquiatra y microbiólogo proveniente de Barcelona.

El Dr. San Juan Nadal, escribe Ramón Pérez, fue uno de los primeros estudiosos de los fenómenos, que conoció muy a los comienzos. Este neuro-psiquiatra barcelonés compartió su estudio con diversas sociedades y congresos científicos, tales como la *Sociedad Internacional de Sofrología y de Medicina Psicosomática*; el *VI y VII Encuentros de Poblet* o el *II Congreso Internacional de Psicodrama y Psicoterapia* en Barcelona. Entre sus conclusiones, respaldadas por un trabajo realizado a la luz de la comunidad científica, afirmaba:

“La mayor parte de los juicios coinciden en no encontrar explicación al conjunto de hechos, según las leyes conocidas de la naturaleza, punto de vista compartido tanto por creyentes como por incrédulos”.

Comparte este punto de vista el Dr. Serge Fournier, médico de familia llegado a Garabandal desde Uzerche (Francia). Fournier, tras estudiar los sucesos afirmó que, a su parecer: “No hay explicación natural de los hechos de Garabandal”. Para ambos doctores, los fenómenos carecían de explicación natural o, cuando menos, eran merecedores de un serio estudio por parte de la ciencia.

XXI

Años de silencio

1971-1978

Años de silencio

Pasados los años de las negaciones, en 1971, el *Diario Montañés* afirmaba: “las cosas en Garabandal han vuelto lentamente a su cauce”.^[259] La tensión mediática y la presión social decaía. Lo único que no había decaído eran las peregrinaciones: “durante todo el año -señala ese mismo artículo- llegan al pueblo franceses, ingleses, americanos y alemanes”. El diario *Alerta*, también en Santander, constataba con el mismo asombro la perseverante afluencia de peregrinos, por ejemplo, con ocasión de las peregrinaciones dirigidas por el siervo de Dios Patrick Peyton, fundador del movimiento *Rosario en Familia*. Peyton era en aquel tiempo una figura mediática de primer orden; y, hasta hoy, es el predicador más seguido de la historia, con 28 millones de oyentes directos, cifra solo superada a nivel mundial por San Juan Pablo II. Y Peyton acudió a Garabandal por estos años en varias ocasiones, al frente siempre de nutridas peregrinaciones. *Alerta*, recogiendo la noticia, revelaba en 1972 la perplejidad general de los medios ante la pervivencia de las apariciones después de los duros años pasados.^[260]

La actitud distante de Mons. Cirarda hacia los sucesos era manifiesta por sus dos Notas de 1968 y 1970. Esta actitud la mantuvo hasta el final. Sin embargo, este final llegó pronto. En 1971, solo tres años después de su llegada a Santander, fue trasladado de nuevo -a Córdoba-.^[261] La elección de su sucesor fue toda una sorpresa. El nuevo obispo, Mons. Juan Antonio del Val, había sido miembro de la Comisión erigida en 1961 para estudiar los sucesos. El prelado conocía los fenómenos y todo su proceso de primera mano y, como ya dijimos, era un hombre llamado a tomar decisiones importantes sobre Garabandal. Este nombramiento avivó una vez más las esperanzas de cambio de garabandalistas de todo el mundo. Sin embargo, la cuestión de Garabandal ya había sido clausurada por las sucesivas Notas Oficiales de Mons. Puchol y Cirarda entre 1967 y 1970. Así, en contra de las expectativas de los devotos, al tomar posesión de Santander, Mons. del Val permaneció en absoluto silencio sobre los fenómenos. Las esperanzas puestas en él quedaban defraudadas. Esperaban años duros para las videntes que, poco a poco, abandonaron el pueblo en busca de una vida más sosegada.

En 1970, Mari Cruz, sin negar ya las apariciones abiertamente, todavía evitaba hablar del tema. Ese año se casó con Ignacio Caballero y se trasladó a Avilés (Asturias) donde tuvo cuatro hijos. Jacinta y Mari Loli, que también habían vuelto a afirmar las

apariciones, fueron recibidas en varias ocasiones por Mons. Del Val. Sin duda, el nuevo Obispo adoptaba una postura más abierta que sus predecesores; sin embargo, la opinión pública acerca de las apariciones estaba lejos de ser favorable. Conchita por estos años trabajó en Bilbao y Barcelona, hasta que marchó a Nueva York (Estados Unidos) donde trabajó como Ayudante de Enfermería en la Clínica de un médico español, el Dr. Jerónimo Domínguez. Allí se casó en 1973 y se estableció en Long Island, donde tuvo cuatro hijos. Es significativo que ninguna de las videntes permaneció en la aldea. Una confidencia de Conchita con M. Nieves permite vislumbrar el ambiente de esta época que llevó a las videntes a tomar esta decisión:

“Recordar mi pueblo -confesaba Conchita a los 17 años- me hace sufrir; me siento en él como amarrada. Obro como por mandato de los demás que constantemente me aconsejan: «Reza el rosario, ve a misa...» A veces pienso lo contenta que estaría en una ermita, lejos de todos, y allí obrar solo por Dios, y ver qué era capaz de hacer sin que me mandasen”.

En el pueblo, como afirma *Alerta* en 1974, las videntes “fueron siempre aplaudidas y perseguidas”.^[262] Esta es la razón que movió a las pequeñas a salir. Conchita, primero en Barcelona, junto a Mercedes Salisachs, después en Estados Unidos, acogida primero por el matrimonio Domínguez como una más entre sus hijos, que además emplearon como enfermera a la joven durante un tiempo. Al casarse Conchita, el Dr. Domínguez acompañó a la vidente huérfana hasta el altar, que se casaba con el norteamericano Patrick Keena, el 26 de mayo de 1973. En una entrevista, en 1988, Conchita evoca estos años:

“Cuando me vine aquí [a Nueva York] fui por primera vez feliz. Haciendo de enfermera con los pobres del Dr. Domínguez fui feliz; ¡Oh, sí! Porque ya nadie me conocía. Y aquí, en América, cómo le diría, me siento bien, aunque a veces también me siento sola. La única amiga que tenía que hablaba español, que es artista de cine y pintora, acaba de irse a vivir a Florida”.^[263]

Mari Loli se casó en 1974 con Francis Lafleur, norteamericano de origen canadiense con quien tuvo 3 hijos. Mari Loli se retractó de las negaciones pronto; en cuanto cesó la presión sobre ellas. Sin embargo, como señala Juan Hervás: “sus dudas se mantuvieron hasta prácticamente un mes antes de su muerte en el año 2009”.^[264] Como dice María Saraco, la mujer americana que la llevó a los Estados Unidos y con la que vivió hasta su boda, Mari Loli sufrió muchísimo durante toda su vida, no sólo a consecuencia de la terrible enfermedad que padeció durante años -Lupus eritematoso-, sino por las dudas de haber visto o no a la Virgen. La misma Virgen se lo había anunciado en una locución. A una pregunta de María Saraco sobre las dudas ella le contestó:

«Sé que tuve una locución en el Colegio de Zaragoza y en ella [la Virgen] me dijo que iba a sufrir mucho y que una de las cosas que más me haría sufrir era que iba a olvidar todo sobre haber visto a la Bendita Madre. No sé qué tiempo pasó después hasta que esto ocurrió».

Solo poco antes de su muerte recuperó Mari Loli la certeza plena sobre las apariciones. María Rosati, hija de la vidente, lo confirma en una carta a María Saraco, hablando de las semanas anteriores a la muerte de su madre, cuando esta se encontraba ya muy enferma y debilitada:

“Recuerdo que este día en particular no fue diferente. No conversábamos sobre nada muy importante mientras

yo estaba sentada en una otomana frente a ella, y que mi hermana, Melanie, estaba de pie en el marco de la puerta, cuando la cabeza de mi madre se levantó y dejó escapar un suspiro, un leve jadeo, y sus ojos se abrieron de par en par como si hubiera sido golpeada por un conocimiento. Y luego, con una mirada de incredulidad, como si nunca hubiera considerado los eventos anteriores, me dijo: «¿Puedes creer que la Madre bendita me dejase sostener al Niño Jesús y su corona?» Unos momentos después, pareció relajarse un poco, y comenzó a parecer casi tímida, como la había visto hacer en el pasado cuando le preguntaban sobre las apariciones. No la presioné más, ya que parecía tímida ante lo que acababa de ocurrir. Pasarían unos meses cuando mi madre se refiriera una vez más a las apariciones. [Para entonces] la enfermedad de mi madre había progresado hasta tal punto que estaba acostada en la cama porque tenía un dolor increíble. Fue unas tres semanas antes de que falleciera. Esta vez, puso su mano encima de la mía, y mirándome a los ojos me preguntó: «¿Por qué crees que LA MADRE BENDITA me dejara sostener el Niño Jesús y Su Corona?»”^[265]

Con esta insistencia en su pregunta en los días que precedieron a su muerte manifestó Mari Loli la recuperación de su certeza al tiempo que el asombro y la confusión ante el inmenso don de las gracias vividas en Garabandal. Como afirma su hija, con esa pregunta la vidente mostraba que en su alma “la nube de la duda se levantó”. “Ella, antes de morir, recordó y creyó con certeza en lo que le había ocurrido”. Respecto a Jacinta, volviendo a los años setenta, hay que decir que fue la que más tiempo permaneció en Garabandal, aunque su residencia no siempre estuvo en la aldea. Pasó algunos años trabajando como empleada de hogar y, por fin, en 1975 realizó un viaje a Roma llamada a dar testimonio de las apariciones ante la Congregación para la Doctrina de la Fe. Así lo relató en una entrevista concedida al jesuita Jorge Loring. Su testimonio fue bien recibido. Sin embargo no se emprendieron otras acciones respecto al estudio de las apariciones.^[266] En 1976, Jacinta se casó con Jeffrey Moynihan, un joven católico norteamericano de servicio militar en Cádiz. Adoptaron una hija y, si bien en un primer momento comenzaron a vivir en España, las dificultades de la vida militar de Jeffrey hizo que el matrimonio se trasladase a Estados Unidos, donde viven actualmente -en Los Ángeles, California-. Con esto, aunque de forma quizá fortuita, Jacinta se convertía en la tercera vidente que marchaba vivir en Norteamérica.

Salir de la aldea fue efectivamente algo común a las cuatro niñas. La coincidencia de tres de ellas en Estados Unidos es más bien fortuita. En todo caso, responde de algún modo a la acogida que Garabandal tuvo justamente en países anglosajones: “particularmente en los Estados Unidos y en Australia”.^[267] Esta expansión fue tan temprana que, por ejemplo, la primera publicación del *Diario de Conchita*, en 1967, fue realizada precisamente en EEUU, concretamente en Nueva York. Esta aceptación parecía negarse en España. En América, las niñas encontraron la tranquilidad que necesitaban para sus familias. Esto, que en España era mucho más difícil de conseguir, como hemos visto en las palabras de Conchita, les permitió vivir una vida sencilla, lejos de periodistas, peregrinos, personas adineradas y libres de la ostentación con que no pocas veces se trataba de agasajarlas. Así, como sencillas madres de familia han podido vivir hasta la actualidad. Y hoy, las tres videntes vivas perseveran en esa vocación laical, atendiendo con sencillez a sus familias.

Don Valentín Marichalar, párroco de la aldea hasta 1965, guardó silencio sobre los sucesos durante años. En 1971, ante la tentativa de entrevista del investigador Ramón Pérez, don Valentín se excusó “por espíritu de obediencia a su obispado y después de

haber dudado mucho -escribe Pérez-, ha preferido no hacer ninguna declaración grabada”. Sin embargo, el antiguo párroco de la aldea no logró permanecer mucho tiempo en silencio. Y, aunque no hemos podido precisar la fecha, antes de 1976, compareció en Roma ante la Congregación para la Doctrina de la Fe. El mismo sacerdote lo confirma en su entrevista para la revista *Needles*. Era natural que Roma reclamase su testimonio, pues él había bautizado a las niñas, les enseñó el catecismo, las preparó para su primera comunión y, en fin, asistió a gran número de éxtasis. Y, sin embargo, como él mismo confesó a Pérez en 1971, la Comisión de Santander nunca se había interesado por su testimonio: “para ella pintaba yo menos que un cero a la izquierda” ^[268].

Al paso de los años, tras su visita a Roma, don Valentín suavizó su postura. Y el 15 de junio de 1976, concedía una entrevista a la revista *Needles*. En ella, el párroco simplemente relata los hechos por él presenciados. Es un testimonio importante. De hecho, en los comienzos de los fenómenos, apenas salían las niñas del éxtasis, muy a menudo las hacía venir a la iglesia y las interrogaba una por una, sin darles tiempo a ponerse de acuerdo. Él las escuchó en confesión y, a su corta edad, sin conocer las preguntas de que serían objeto, aun suponiendo que hubiesen preparado sus respuestas antes del éxtasis, asombraba al sacerdote que jamás se contradijeron. Para don Valentín, como anota Pérez, el conjunto de los hechos era cierto y carente de toda explicación de orden natural: “No había nadie, absolutamente nadie, y mucho menos yo, que haya sido capaz de manipular a las niñas durante las susodichas apariciones...”. En su entrevista para la revista americana *Needles*, añadía: “Jamás fui preguntado por el Obispo...” ^[269]. Fue acusado de no informar a la curia diocesana rápidamente cuando comenzaron los sucesos. La realidad era que él había acudido al Obispado desde el primer momento:

“Cinco o [al máximo] seis días después del primer éxtasis... [se dirigió] a pedir que le enviasen médicos y sacerdotes competentes, porque se sentía sobrepasado por los acontecimientos que se desarrollaban en su parroquia.... [Así lo refirió a Ramón Pérez en 1971.] El Obispo le respondió:

«Todo esto no es serio, ya verá, eso se apagará rápidamente, no le preste atención... esté alerta por si acaso, pero sobre todo no se preocupe...».

Y volvió de Santander -decía él- «con las manos vacías»”.

En diciembre de 1975, la familia Mendiola, que 9 años antes había vivido un caso de curación sorprendente tras rezar a la Virgen de Garabandal, volvió a verse envuelta en un caso similar. La enferma era otra vez la misma, Menchu Mendiola Sierra. Tenía ahora 27 años y estaba embarazada de 8 meses de su tercer hijo, cuando le descubrieron una mielosis eritrémica. El diagnóstico era fatal. La joven embarazada ingresó en el Hospital de Valdecilla (Santander): transfusiones de sangre, una operación para extirpar el bazo... nada daba resultado y la situación era cada vez más delicada. El esposo de Menchu, el Dr. Ángel Álvarez, era médico en el Hospital de Valdecilla. Y por sus contactos hizo trabajar entonces en el caso a “todo el equipo de Hematología, incluido el Jefe de Servicio [Dr. Zubizarreta], Jefe de Sección y otros médicos adjuntos; intervinieron los Patólogos [Dr. Val Bernal y Dra. Val]; intervino el equipo del Dr. García Conde, Jefe del

Departamento de Medicina Interna y Hematólogo; los cirujanos... y más gente, laboratorio, etc.”.^[270] Sin embargo, después de un mes de tratamiento intenso, finalmente la enferma fue desahuciada.

El Jefe de Hematología dijo al esposo que, si Menchu se recuperaba, bien podría llamar a aquello “milagro”. Ya no parecía existir esperanza médica. Por eso, el día 7 de diciembre, el Dr. Álvarez, como último recurso, subió a Garabandal. Aunque él no conocía a Menchu en 1966, había escuchado que allí, a los 18 años, Menchu había recibido una gracia en una situación similar. Mientras estaba en los Pinos, el Dr. Álvarez sintió que su oración había sido escuchada: “Termino, bajo y en el coche le digo a mi cuñado: «Menchu está curada». Javier, mi cuñado, mira para mí como diciendo: este ya desvaría. La situación [ciertamente] era bastante mala”. A la mañana siguiente, 8 de diciembre, Álvarez estuvo muy atento al análisis de sangre diario que hacían a su mujer. El resultado fue desconcertante: esa misma noche, sin recibir ningún tratamiento extraordinario, Menchu había pasado de menos de 1.000 plaquetas a 30.000. Con los resultados en la mano, el Dr. Álvarez acudió al Jefe de Hematología del Hospital, el Dr. Zubizarreta: “¿Qué me dices ahora, Zubizarreta?». «Pues que nos hemos confundido, pero si es que es de libro, no sé qué decirte chico. Basta que sea tu mujer...». Pero [Álvarez no podía creer a su colega:] allí estaba el bazo que se le quitó [previamente], todas las pruebas y análisis confirmaban que había una eritremia... todos eran compañeros que se molestaron enormemente por ella. El cuadro ese existía -concluye el Dr. Álvarez- y todos hicieron todo lo que pudieron para curarla”. Como ocurriera en la primera curación inesperada de Menchu, en 1966, tampoco ahora el caso fue estudiado. Sin embargo, esta vez diversos investigadores recogieron los testimonios e informes de los principales médicos, la enferma, su esposo... Y en los años siguientes, autores y estudiosos como Plácido Ruiloba y Edward Kelly dieron a conocer la historia.

En el Archivo de la Fundación HM se conserva una copia de tres de los informes de los médicos que siguieron el caso, entre ellos el intento de buscar explicación médica a la curación por parte del Dr. Zubizarreta. Sería conveniente realizar un estudio especializado de ese material.

Signos de apertura

1977 – Primer intento de formar una nueva comisión episcopal

1983 – Conferencia pública del Dr. Morales

Mons. Juan Antonio del Val, Obispo de Santander desde 1971, había permanecido en silencio durante sus primeros años. Como miembro de la Comisión que desde 1961 estudió los sucesos, conocía bien el caso. Había visto dos éxtasis y se mostró escéptico ante los sucesos. Sin embargo, en 1977, durante su Visita *ad limina* y de nuevo por carta al Vaticano en el mes de octubre, Mons. del Val planteó la constitución de una nueva Comisión en colaboración con el Vaticano. Ramón Pérez refiere que el 21 de diciembre de 1977, del Val dio la noticia públicamente en su visita a la parroquia de Garabandal. El

breve aviso del prelado al final de la homilía no pasó desapercibido. Del Val afirmó que “respetando la opinión de sus predecesores, estaba dispuesto a recibir todo elemento nuevo que aporte alguna luz sobre el asunto”.^[271] Estas declaraciones fueron seguidas por una enorme tensión. Algunos no daban crédito a tal noticia; otros echaron las campanas al vuelo y comenzaron a difundir que el obispo había afirmado que “la Santa Sede nombraba una Comisión oficial para estudiar seriamente lo sucedido...”. Una gran tensión se desató de nuevo en torno a Garabandal. Mons. del Val se sintió desbordado y decidió tomar distancia del asunto. El prelado, ante reacciones tan opuestas en torno a su decisión de estudiar los sucesos, pidió apoyo de Roma respaldar su posición. La breve respuesta que recibió no le sirvió de mucho. Le llegó meses después, en febrero de 1978:

“La competencia sobre Garabandal -le escribe la CDF- permanece en la Diócesis”.

El Dicasterio evitaba pronunciarse dejando la cuestión totalmente bajo la responsabilidad y juicio del prelado. Esta respuesta movió a Mons. del Val a abandonar el estudio de los fenómenos. Publicó en cambio un comunicado señalando su dolor ante *las reacciones exaltadas* por sus declaraciones en 1977. Tales reacciones, afirmó, “desaconsejan como no oportuna la creación de una Comisión especial para esta cuestión en la Santa Sede”. Con esta nota, el 2 de abril de 1978, la formación de una nueva Comisión había sido abortada.^[272]

Cuatro años después, sin embargo, un suceso extraordinario volvió a poner ante los ojos de Mons. del Val un caso que parecía ya zanjado. Testimonia el suceso Pierre-Jean Bocabeille, hijo de Christiane Roman-Bocabeille, una de las mayores conocedoras y estudiosas de Garabandal en Francia ya durante los años de los sucesos. El hecho tuvo lugar en 1982, cuando Mons. del Val cayó gravemente enfermo. Diagnosticado un cáncer de próstata fue ingresado en el Hospital de Valdecilla para la operación que realizó el Dr. Andrés Garcían, creyente en Garabandal. Tras la operación, “mientras estaba convaleciente en el Hospital, recibió la visita de Mari Loli, que venía acompañada por el P. de Bailliencourt y mi madre. [Todos saludaron al Prelado; entonces] Loli se quedó sola en la habitación con el obispo”.^[273] Lo que sucedió a continuación lo contó Loli al P. Bailliencourt después, con quien tenía una gran confianza. Al quedarse solos, Mons. del Val preguntó a la joven con:

“«Loli, entonces, ¿tú viste a la Virgen? Si la viste, debes tener algo de ella ¿no es cierto?» Loli respondió afirmativamente [y sorprendiendo al obispo] le dio en ese momento su [propia] Cruz. El obispo cambió de actitud; se llenó de alegría... Al final de esta entrevista, le dijo a Loli [una frase difícil de comprender]: «No puedo hacer otra cosa que ir adelante». Acompañando a Loli el obispo salió a la puerta de su habitación visiblemente contento con la visita, dio su bendición [a la joven con sus acompañantes].

Este hecho, que pasó en secreto durante años, pudo tener o no que ver en la curación física del cáncer de Mons. del Val. Sin embargo, parece que esta visita marcó un antes y un después en la actuación del obispo. No hay duda: si hasta ahora del Val se había conformado con el *status quo* del caso, desde este momento trabajó por llevar adelante la revisión del estudio de las apariciones que se había detenido hacía tanto tiempo. “La curación de Mons. del Val -sigue diciendo Bocabeille- fue decisiva para la continuación de Garabandal. De hecho, personalmente pienso que era la señal que Conchita había

anunciado, que un obispo tendría una señal y levantaría la prohibición a los sacerdotes de subir a Garabandal -lo cual efectivamente sucedió-. Después de esto, Mons. del Val levantó todas las prohibiciones.”^[274] Hay que decir que la actitud de del Val, aunque abierta, siguió siendo muy prudente y reservada. Sin embargo, es cierto que en los años siguientes realizaría tres gestos absolutamente inequívocos de apertura. En primer lugar, relajó efectivamente las restrictivas medidas disciplinarias de sus predecesores. Desde este momento los sacerdotes podían volver a visitar libremente la aldea. En segundo lugar, en 1983 manifestó su apoyo a una conferencia leída por otro de los miembros de la Comisión, el Dr. Luis Morales Noriega, en el Ateneo de Santander. En fin, en 1989, lograría poner en marcha una segunda comisión para el estudio de las apariciones.

La conferencia en Santander del Dr. Morales. 31 de mayo de 1983

El acontecimiento más notorio ante la opinión pública en tiempos del obispo del Val ocurrió sin duda en 1983. El día 1 de junio, el *Diario Montañés* publicó en portada la noticia. El titular era inequívoco:

“El Doctor Morales defendió las apariciones de Garabandal”.^[275]

Recordemos que en la prensa de los años precedentes Garabandal se había convertido en una cuestión oscura e incómoda. Ahora, de repente aparecía en la portada del principal periódico de la región. Solo la autoridad reconocida del Dr. Morales podía justificar la cobertura de la noticia: de repente, las apariciones eran claramente defendidas por una de las mayores autoridades de Santander en el ámbito médico. El Dr. Morales, conocido como firme detractor de las apariciones, había cambiado de opinión 20 años después de sus primeros estudios. ¿Qué había sucedido? Dos casos clínicos extraordinarios estaban detrás de este insólito cambio: una curación de cáncer y una sanación espiritual de las que el Dr. Morales había sido testigo directo en el Hospital de Valdecilla (Santander). El primero de ellos era Antonio F. Bonín Cavero, aquejado de un cáncer maligno. Desahuciado por los médicos, se confió a un crucifijo besado por la Virgen de Garabandal. En el momento más crítico de su enfermedad, y en contra del trágico desarrollo esperado, el enfermo se vio súbitamente recuperado. Los médicos no ocultaron su perplejidad y dijeron a la familia: “*Lo que está sucediendo a Antonio es un milagro*”.^[276] El Dr. Morales había seguido de cerca el caso de Bonín. Pero además, por las mismas fechas, su propia esposa se encontraba ingresada también en la Unidad de Oncología de Valdecilla. Un cáncer maligno y terminal había afectado tanto a la enferma que había llegado a desestabilizarla gravemente incluso en su ánimo. Desesperado ante las continuas crisis de su esposa, Morales pidió a Bonín el crucifijo para darlo a besar a la enferma. Mientras Bonín permaneció ingresado esta escena se repetía cada tarde y Morales personalmente trasladaba el crucifijo de una habitación a otra. Su esposa no se curó, pero “después de muchos dolores -anota Lanús-, durante el último mes de vida recuperó la paz interior... recibió los Santos Sacramentos y murió con una gran paz” que conmovió a Morales.

Tras seguir de cerca estos dos sucesos, el Dr. Luis Morales se sintió obligado a retomar el estudio de Garabandal. Acabó por rendirse y cambió radicalmente de opinión. Por eso pensó en redactar una conferencia. Él mismo se daba cuenta de que su postura contraria inicial había sido la base de la desconfianza de los obispos sobre las apariciones. Mientras la preparaba, consultó a su antiguo colega de la Comisión episcopal, ahora obispo de la Diócesis, Mons. Del Val. En su conferencia lo dijo expresamente:

“Si hoy estoy aquí y he hablado de la Virgen de Garabandal ha sido porque ella ha hecho cambiar los aspectos, y lo hago con el permiso de la jerarquía eclesiástica”.^[277]

Con el visto bueno del Prelado, escogió cuidadosamente un auditorio para su lectura: el *Ateneo de Santander*. Y cuando saltó la noticia de su conferencia un revuelo enorme recorrió toda la ciudad. Así, cuando llegó la fecha escogida, el 31 de mayo de 1983, el Ateneo estaba abarrotado: “*El Ateneo batió el récord de asistencia, con un lleno impresionante*”.^[278] Las fotografías del evento lo demuestran; había personas sentadas incluso en las mismas gradas de la tarima.

El asombro ante este testimonio fundamental sobrepasó los límites de Santander. Y el neuro-psiquiatra se vio obligado a ampliar su conferencia en un verdadero ciclo que le llevó incluso fuera de España. Y es que su opinión era muy relevante. Él había llegado a Garabandal muy pronto, el 2 de julio de 1961, día de la primera aparición de la Virgen. Era parte de la primera comisión episcopal, que contaba solo con dos médicos: él y el Dr. José Luis Piñal Ruiz Huidobro, experto en Medicina Psicosomática, Geriátrica, Endocrinología y Medicina Interna. La Comisión se sirvió en alguna ocasión de otras opiniones médicas, como la del Dr. Peláez de Valladolid o Celestino Ortiz. Pero entre ellos, el Dr. Morales destacaba tanto por su fama como por su cargo a nivel regional, su especialidad y experiencia. Como Jefe de Salud Mental de la Región, era una autoridad conocida en la región. Además, las normas de Roma piden a los expertos en medicina principalmente discernir posibles “enfermedades psíquicas o tendencias psicopáticas”, así como “psicosis o histeria colectiva, u otras cosas de este género [en los videntes]”.^[279] Así, Morales, considerado desde el principio como el médico principal de la Comisión, emitió una opinión de gran peso dentro de la comisión. Por desgracia, sus informes jamás se hicieron públicos. Los peregrinos, ansiosos de una guía segura a la que atenerse, escucharon al Dr. Morales solo en 1983. Quedaron atónitos. En su conferencia, el doctor expuso su parecer anterior y el error del mismo. Pero aquel juicio inicial, tan negativo, había tenido ya graves consecuencias. Él mismo lo reconocía ahora ante el público:

“...Este juicio primitivo que comuniqué al Señor Obispo... [fue] el origen de la desconfianza de la jerarquía en el milagro de las apariciones... [Sin embargo, el estudio posterior] tras algún tiempo de sedimentar ideas me permitió científicamente comprender... la realidad [de las apariciones]”.^[280]

Este testimonio reclamaba la responsabilidad de la condena sobre las apariciones. Morales afirmaba además haberse equivocado. Y llegaba a afirmar que podía ahora probar científicamente la verdad de los éxtasis de Garabandal: “...*me permitió*

científicamente comprender... la realidad [de las apariciones]”. Por desgracia, Morales no dejó un informe sobre su postura; al menos, no ha llegado hasta nosotros.

1987. La comisión episcopal: segundo intento fallido

Parece que diez años después de su intento de estudiar los fenómenos, Mons. del Val planteó de nuevo la investigación de Garabandal. De hecho, en 1987 fue mucho más lejos. Llegó a formar un grupo de estudio constituido en cuatro áreas de trabajo: Sociología, Psicología, Teología dogmática y Espiritualidad. Así, en julio de 1988, el párroco de la aldea, Francisco Juan Gómez, anunció en nombre del señor obispo la llegada del primer equipo, integrado por sociólogos. Don Francisco pidió a sus feligreses colaborar de buen grado en todo lo que se les pudiese requerir. Sin embargo, los meses pasaron sin que los vecinos recibiesen la anunciada visita. El proyecto, aún no se sabe cómo, se interrumpió sin dejar ningún rastro -igual que el anterior-.

XXII

La Comisión del Val

1988-1989. Tercera tentativa de Mons. del Val

Al fracasar la investigación del verano de 1988, Mons. del Val demostró su empeño una vez más al retomar el proyecto pocos meses después, a finales de 1988. Hasta 2018, la investigación de que vamos a hablar a partir de ahora ha permanecido en absoluto secreto. Un conjunto de entrevistas providenciales, con tres investigadores que formaron parte de aquel equipo nos permiten publicar aquí por primera vez algo de lo que sucedió en el estudio más reciente realizado por la autoridad eclesiástica en torno a Garabandal. De momento no haremos públicos los nombres de estos estudiosos. En esta ocasión bastará con dar a conocer su trabajo. Nos referiremos a ellos tan solo por las iniciales de sus nombres -F.L., J.V. y C.P.-.

Mons. del Val comenzó por pedir un estudio sociológico sobre los sucesos. El obispo confió el trabajo a un religioso de su confianza, J.M.V. A su vez, este padre encargó el trabajo a un estudiante de doctorado burgalés. La elección resulta sorprendente desde el primer momento: el joven investigador -con el que hemos hablado en 2018-, F.L., señaló a su interlocutor su condición de ateo convencido abierta y llanamente desde el primer momento. No sabemos si don Juan Antonio del Val conoció en algún momento esta circunstancia. En cualquier caso, esta convicción personal impedía absolutamente que F.L. tomase en consideración la posibilidad de la verdad de los fenómenos. Él mismo apuntó esta circunstancia al religioso que estaba en contacto con el obispo:

“Cuando me lo encarga [le dije]: *«Sabe Ud., que yo en cosas de fe y esto no soy el más indicado»*. Y me dijo: *«No, me lo haces tío»*. Y le dije también: *«Pero es que va a estar igual un poco sesgada por esto. Yo intentaré ser todo lo objetivo que soy en otras cosas, pero me imagino que la postura que uno tiene ante la vida y ante otras cosas también influye»*. Pero a mí me apetecía hacer el trabajo”.^[281]

A J.V., antropólogo del equipo a partir del año siguiente, le sorprendió mucho la elección de este Director:

“Yo me encontré con que [F.L.] el que dirigía el grupo, era un señor que era psicólogo evolutivo, profesor universitario. Un psicólogo evolutivo es un especialista en cómo evolucionan los niños pequeñitos. (...) No era un antropólogo, no era un sociólogo, no era siquiera un psicólogo social”. “Y la segunda sorpresa fue que, ya en el propio San Sebastián de Garabandal, me dijo que era ateo”.^[282]

No sabemos si esta información llegó a oídos del prelado; lo que es seguro es que el aviso no tuvo repercusiones en el nombramiento. Sin atender a esta consideración decisiva, el joven estudiante de doctorado recibió el encargo. En los meses siguientes debería visitar la aldea de las apariciones en nombre de la Diócesis de Santander. F.L. no

recuerda la fecha exacta, pero está seguro de que aquel trabajo de campo tuvo lugar durante el primer trimestre de 1989. El joven investigador, sin información sobre los sucesos, elaboró un formulario con miras a individualizar las causas de los sucesos. Se trataba de un muestreo de opinión que debía pasarse en la aldea durante una sola jornada de trabajo. Él mismo, ya retirado, recordaba en 2018 cómo aquel trabajo “pintoresco” - dice él- fue uno de los más interesantes de toda su carrera. Pues bien, en el primer trimestre de 1989, al llegar a la aldea, F.L. se vio sorprendido por algo que no esperaba encontrar: una gran cantidad de peregrinos. Al desconocer las apariciones, el investigador no tenía preferencias. Decidió confundirse entre los peregrinos y comenzó a pasar su cuestionario aleatoriamente entre la multitud. Muy pronto se desanimó: tras rellenar “tres o cuatro”^[283] formularios -afirma él-, vio con claridad que aquel trabajo era irrealizable. Por eso detuvo el muestreo tan pronto: las respuestas le parecían propias de meros “exaltados”. Y de ahí, entendió que no podría sacar conclusiones viables sociológicamente.

Decidió cambiar de método: se limitó a hacer preguntas, sacar fotos y escuchar los comentarios de los peregrinos. No recuerda bien si fue al día siguiente o a los dos días, cuando telefoneó a su jefe. Sí recuerda bien el tenor de la conversación: transmitió su asombro ante el extraño ambiente de la aldea y, de mutuo acuerdo con el Presidente de la Oficina, acordó abandonar aquel proyecto sociológico como un objetivo inverosímil. A través de una simple conversación telefónica el proyecto del obispo de Santander había sido abortado por tercera vez. Muy poco después, sin embargo, Mons. del Val volvería a llamar a esta Oficina de Madrid. Lo veremos enseguida.

Hay que decir que es muy significativa la obstinación del obispo que fuera miembro de la única comisión de Garabandal que había existido hasta entonces. La comisión de 1961 en que trabajó Mons. del Val se había manifestado en contra de los sucesos. Sin embargo, con el tiempo, dos de los miembros de esa comisión, su médico principal -el Dr. Morales- y uno de sus teólogos, ahora obispo diocesano, pedían reabrir el caso. Ambos manifestaron su interés por unos fenómenos rechazados eclesiásticamente precisamente a partir del Informe realizado por ellos. Mons. Juan Antonio del Val llevaba intentando reabrir el caso desde hacía doce años. Sin embargo, solo en 1989, dos años antes de su jubilación, consiguió echar a andar el proyecto.

1989-1991. La Comisión *del Val*

Si desde 1977 Mons. del Val había tenido que pelear por sortear los obstáculos diocesanos, en 1989 comenzó una nueva batalla: la del método científico. Él había depositado su esperanza en el trabajo sociológico. Sin embargo esta quedó truncada muy pronto. Con todo, algunos meses después el obispo se puso de nuevo en contacto con la Oficina ofreciéndose a poner todos los medios necesarios para conseguir como fuera un informe.

“No te sé decir, si fue un mes, 2 meses, 3 meses o más -recuerda F.L.-. Igual 3 meses, al cabo de un cierto tiempo me llama otra vez este hombre [el Padre J.M.V.] y dice: «F., que tenemos que hacer esto, que es muy amigo mío, así que vente un día para acá y miramos a ver como lo hacemos. Me haces el estudio de campo ¿no?» [F. L. respondió exponiendo desde ese primer momento su falta de fe]: «Ya me conoces... [no soy creyente]». Y dice [el Padre J.M.V.]: «Sí: por eso»”.

Ya vimos que F.L. no ocultó su increencia en ningún momento, ni a su jefe, ni en 2018, a la pregunta directa sobre el asunto:

PREGUNTA: “Tú en aquel tiempo ¿tenías fe? ¿Lo mirabas aquello como cristiano?”

F.L.: No, esto ya tampoco hace falta decirlo, pero bueno, no te engaña... Que tengas ese dato también está bien, de hecho también J.M.V. lo sabía, es lo primero que le dije”.

No es fácil vislumbrar la razón de esta elección. Lo que sí está claro es que el director de la comisión, el padre J.M.V., supo desde el principio la persona con que contaba para preparar el informe. Respecto al Obispo del Val, no hemos podido averiguar si estaba al tanto de que en el estudio de las apariciones, el secretario de la comisión, el jefe del equipo en los trabajos de campo, sería una persona no creyente. F.L. señala además que su trabajo era un encargo directo del Obispado. Y recuerda también la estructura que se dio al equipo:

“Subvencionado por el Obispado de Santander, Director J.M.V., y yo llevé la Secretaría General y [dirigir] el trabajo de campo del estudio -explica F.L.-... [Porque] subí al frente del equipo del trabajo de campo... con dos de Antropología de Madrid, que los conocí en ese estudio, este hombre que llevaba lo de Economía y no sé si alguno más”.^[284]

El trabajo de campo se amplió a una semana y se escogieron unas fechas de máxima afluencia de peregrinos, en que además una de las videntes se encontraba en la aldea, cosa que resultaba muy interesante. La investigación se realizaría durante una semana en torno a la fiesta de la Asunción, el 15 de agosto de 1989.

“No es que fuera en ocho días -recuerda el antropólogo J.V.-. Habíamos ido con unos cuestionarios, a pasarlos. Era pasar los cuestionarios y marcharse. En realidad, lo que pasa es que yo fui alargando la estancia. Los que venían de Santander venían y bajaban en el día. Un par de veces, no sé si tres, mucho más no... Y este otro señor, F.L., también se quedó allí”.^[285]

Los teólogos no participaron en el trabajo de campo. Veremos después en qué consistió su trabajo, en el testimonio de uno de ellos, el Vicario Judicial de la Diócesis en 2019, P. Crescencio Palomo, O.P. En fin, el nuevo plan de trabajo incluía un equipo multidisciplinar que parece debía contar con cuatro ámbitos de trabajo: sociológico, antropológico, económico y teológico. Se esperaban así superar los obstáculos señalados por F.L. en su visita en solitario a la aldea. Ahora, por su *experiencia*, él mismo subía al frente del equipo para dirigir los trabajos de campo. El trabajo parecía adquirir nuevas dimensiones. ¿De dónde provenía este impulso? Si es cierto lo que afirma el dominico Crescencio Palomo, parece que el nuevo interés por estudiar Garabandal en profundidad provenía del Vaticano:

“Del Val -explica el Vicario Judicial- no fue el promotor de esa comisión. Fue el que por mandato buscó... porque le indicaron en Roma. La Comisión es de Roma. Roma se lo tuvo que pedir, porque si Roma no se lo pide, él no lo hace. Alguien se lo pidió a Roma; pudo ser el obispo”.^[286]

Varias cosas llaman la atención en este testimonio. En primer lugar la afirmación «*Roma se lo tuvo que pedir*», en boca del Vicario Judicial de la Diócesis de Santander, subraya con autoridad el interés del Vaticano por Garabandal. Esto indica un interés de Roma por el mensaje de las apariciones -recordemos que el Card. Ottaviani se había expresado en este sentido en 1966-, o bien el interés de amplios sectores de la Iglesia. Esto, quien lo había expresado con más claridad fue el obispo don José María Cirarda, en su Nota de 25 de abril de 1970:

“Son muchos los Excmos. Sres. Obispos que consultan al Obispado de Santander sobre las pretendidas apariciones de la Santísima Virgen María en el pueblo de San Sebastián de Garabandal, de esta Diócesis. Alguno ha llegado a escribirme anunciando su llegada a Santander, al frente de una peregrinación de su Diócesis para visitar Garabandal. En reciente visita a Roma, he sabido también que llegan allí igualmente consultas sobre el mismo tema”.^[287]

Ambos casos apuntan la debilidad de los estudios anteriores. Efectivamente, ¿por qué Roma no se conformaría con los estudios y notas oficiales anteriores cuando se interesa por Garabandal sino que pide un nuevo estudio en 1989? Ciertamente la conferencia del Dr. Morales en 1983 había dado respuesta ya a esta pregunta de forma autorizada.

Llama la atención otra frase del texto apenas citado del P. Palomo: la expresión «*si Roma no se lo pide él [Mons. del Val] no lo hace*». No puede entenderse como una cierta indiferencia del obispo hacia Garabandal. Como hemos visto, hay pruebas de que llevaba 12 años intentando formar esta comisión. Este «*del Val no lo hace*» cobra sentido, en cambio, al constatar que el obispo realmente no lograba sortear la oposición a que este estudio se realizase. Las cifras hablan por sí solas: 4 intentos en 12 años. En este sentido, el apoyo de Roma fue un gran respaldo para el obispo.

En fin, el testimonio del P. Palomo deja una cuestión en el aire: “Alguien se lo pidió a Roma; pudo ser el obispo o pudo no ser el obispo”.^[288] Es el mismo Mons. del Val quien respondió a la pregunta. Años después lo contó a M. Nieves García, la guía espiritual de Conchita en el Colegio de Burgos. A ella le reveló que fue él quien pidió apoyo a Roma. El 7 de julio de 1989, cuando el Prefecto de la CDF, el Card. Joseph Ratzinger, visitó España con motivo de una conferencia teológica en El Escorial, en Madrid, Mons. del Val estaba allí. Ese día consultó el caso con el Cardenal. La religiosa recuerda la conversación. El obispo le dijo: “*Yo tenía mucha preocupación porque no habíamos estudiado bien lo de Garabandal*”. Por eso expuso al cardenal brevemente los motivos que urgían este nuevo estudio. Y concluyó: “*Creo que las cosas no las hemos hecho bien*”. Le habló de los próximos trabajos de campo que iban a realizarse en agosto y las grandes dificultades que había retrasado por años este estudio. El cardenal apoyó la tenacidad del obispo y aún fue más lejos. Ante las dificultades surgidas en la Diócesis, el Prefecto ofreció la ayuda de su Dicasterio: “*Cuando terminen, Ud. me manda en «propias manos» el resultado de esa comisión*”.^[289] M. Nieves escuchó este testimonio directamente a Mons. del Val. De hecho, sorprende ver que el estudio siguió fielmente el recorrido descrito en el testimonio de la religiosa. Aunque cuando ella lo contó, el 4 de enero de 2014, todavía no conocíamos nada sobre este proceso, una carta inédita publicada dentro de esta Tesis, ha comprobado que así había sucedido: el mismo Card.

Ratzinger, en su carta al obispo de Santander de 28 de noviembre de 1992, confirma que todo el material recabado “por la Comisión presidida por S. E. Mons. del Val Gallo” fue enviado a Roma “con carta del 12 de noviembre de 1991”^[290] antes de realizar en la Diócesis cualquier trabajo o publicación sobre las apariciones. Todo, en secreto, fue remitido a Roma en cuanto estuvo terminado.

Parece que tras su conversación con Ratzinger, Mons. del Val transmitió a sus diocesanos el interés del Vaticano: “*La Comisión es de Roma*”.^[291] En realidad, según parece, esto había sido más bien un respaldo para la actuación ya iniciada con tanto trabajo por el obispo. Y es que, para la fecha en que tuvo lugar la consulta con Ratzinger, la comisión ya estaba establecida. F.L. se encontraba preparando el viaje del equipo. De hecho, subiría a la aldea poco más de un mes después de aquella entrevista, en torno al 15 de agosto de 1989.

El trabajo de campo

Una única semana fue el tiempo establecido para los trabajos de campo. Como veremos, el antropólogo del equipo pidió ampliar los trabajos. Sin embargo, parece que este periodo nunca se amplió. El despliegue de expertos y las distintas secciones que debía abarcar todos los ámbitos de los sucesos parecía suficiente. Sin embargo, el resultado, no fue el esperado. El secretario general del equipo, F.L., reconoce con sinceridad lo que sucedió en aquella semana de trabajo:

“No lo hicimos al final” (...) “Allí vimos que aquello no se podía hacer mediante entrevista y decidimos dejarlo. Entonces, de los cuestionarios no sé si [se] hicieron 3 o 4, pero es que no funcionaban. La gente no respondía. O sea, ves que eso no va a funcionar, y que se iban a sacar 10 y van a estar muy sesgados por los que querían contestar y los que no. Entonces para hacer una cosa que sabes que es tontería y que creas tensiones con la población observada, es tontería. Entonces la cosa fue mediante entrevistas de este plan: magnetófono y entrevistas que dejé allí en el Informe”.^[292]

Sobre el terreno, como refiere el secretario de la comisión, se replanteó el muestreo como una colección de entrevistas de las personas que se fueron encontrando. Los fenómenos comenzaron entonces a emerger, pues, como afirma J.V., antropólogo del equipo, a su llegada los estudiosos desconocían los sucesos:

“Los cuestionarios -explica el antropólogo- fueron pasados a cualquiera que anduviese por la aldea y se prestase a responder, lo que indica el grado de objetividad, ninguna en mi opinión, y el sesgo de los resultados. Daba igual si era algún peregrino, natural de la aldea o turista que estuviese curioseando”. “[En fin:] no se hizo nada. En primer lugar, un trabajo sociológico o antropológico-social es para elaborar unos cuestionarios siguiendo unas reglas, métodos de estudio y de investigación de la sociología, si es que es de sociología, o de la antropología social, más bien [porque allí se hubieran debido seguir pautas de] antropología. Entre sociología y antropología hay una diferencia esencial: la sociología es cuantitativa, es decir, interviene luego la estadística; la antropología es cualitativa, se va a la cuestión principal, al elemento que luego no se va a cuantificar, sino que se busca extraer el conocimiento, la causa (...) Además, en ambos casos, se buscan informantes. Es decir, yo tendría que haber hecho, o se tendría que haber hecho (...) Yo, como antropólogo, que era el único antropólogo que había, porque iba una chica también, pero luego no apareció (...) [Pero] no se hizo nada [desde el punto de vista] socio-psicológico. Un señor [F.L.] que es psicólogo evolutivo. Si hubiera sido psicólogo social, sí que tiene mucha relación porque se solapa su tarea con la sociología o con la antropología también”.^[293]

Al antropólogo le sorprendió mucho la persona puesta al frente del equipo:

“[Primero porque] el que dirigía el grupo era un señor que era psicólogo evolutivo... Y la segunda sorpresa fue, ya en el propio San Sebastián de Garabandal, que me dijo que era ateo. Y yo dije: «Oye, esto a mí no me gusta nada. Nos traen aquí a un sitio a hacer trabajo de campo. Un sitio de donde no tenemos ningún tipo de información». Cualquier trabajo de investigación que se haga requiere un acotamiento del objeto a estudiar, o del sitio: estudiar esto, esto, esto. Y tiene estas características. Es decir, uno no se pone a estudiar... Voy a hacer esto porque sí”.^[294]

Sin un criterio previo de selección de los encuestados ni conocimiento de los sucesos; sin entrevistar a los autores de estudios médicos, autoridades de orden público ni tantos testigos directos de los sucesos y ni tan siquiera a ninguna de las videntes, a pesar de que Jacinta se encontraba en el pueblo en esos mismos días, para el antropólogo aquel trabajo carecía de solidez científica. Por eso dice:

J.V.: “Lo que se ha venido a llamar «segunda comisión», yo digo que no ha existido... porque de las personas que fuimos allí, el que dirigía oficialmente, el designado para dirigir el grupo, que esa decisión se hacía desde Madrid, [designado por J.M.V.] que era un dominico, en realidad este señor [F.L.] era ateo, como he dicho. Aparte qué formación tiene, un señor que es ateo qué formación tiene en teología.

Pregunta: ¿Cómo puede estudiar la verdad de unas apariciones?

J.V.: Porque ahí no se iba a estudiar eso. Ahí lo que se destacó muchísimo en aquellos cuestionarios era la especulación urbanística que se estaba haciendo en San Sebastián de Garabandal...

P.: ¿Y el trabajo de la comisión giraba en torno a eso?

J.V.: Giraba en torno a eso”.^[295]

El secretario y responsable del estudio sociológico comenta con claridad que las entrevistas realizadas, incluso después del cambio de planteamiento, fueron tan solo unas pocas: “unas veinte”^[296] afirma él mismo. Sorprende la total improvisación y limitaciones tan evidentes del estudio. Cuando menos resulta difícil comprender por qué no se acudió a interrogar una a una a las videntes. Esto era algo fundamental. Y ni siquiera se acudió a Jacinta, que estaba allí. Y, por si fuera poco, el antropólogo de la comisión, J.V., que sí acudió a entrevistarla, -el único miembro del equipo que lo hizo-, no fue escuchado:

J.V.: “Estuve con Jacinta”. “Me llamó mucho la atención... Expresaba «algo», «algo» profundo, fuera de lo común”.

P.: ¿Sabe si los otros miembros entrevistaron a Jacinta?

J.V.: No [No lo hicieron].

P.: ¿Lo hizo usted solo?

J.V.: Nada más.

P.: ¿Y [a las otras videntes] no se las buscó? Porque se podría haber llamado ¿No cree que era una cuestión suficientemente importante?

J.V.: Nada. Y una de las cosas que dije [en la asamblea final de la comisión] es que yo no aceptaba esos resultados [sin base documental, metodológicamente] no eran correctos. Dije que no se podía aceptar”.^[297]

Nadie más en la comisión, al margen de J.V., entrevistó a ninguna de las videntes. Y, a pesar de su trabajo, llegado el momento, no sería tenido en cuenta en la elaboración del

informe final para el Obispado.

Conflicto interno en el equipo

“Bueno -explica F.L.-, [los muestreos] al final no se hicieron. No se hicieron porque, ahora te cuento lo que pasó, los antropólogos estos, uno de ellos... [J.V.] un día se salió y vino como convertido de todo esto, que había oído a azufre allí en la subida a los pinos; una noche bajó asustado y temblando de todo. Y yo recuerdo que cuando le conté esto a mi jefe [el dominico J.M.V.], me dijo «Oye, pues mándale para Madrid». Y le digo: «No, espera. Por lo menos vamos a terminar esto»”.^[298]

No era azufre lo que había oído el antropólogo de la comisión, sino rosas:

“Allí tuve varias ocasiones peculiares, vamos a decirlo así. Porque, ya el primer día que yo subí a los Pinos, allí no había nadie, y, sin embargo, sentí un olor a rosas muy fuerte. Como iba con mentalidad no de católico que peregrina a un sitio, sino de investigador, lo primero que hice fue empezar a mirar todas las peticiones que había incrustadas en la corteza de los Pinos para ver, no ya que ponía, sino incluso para ver a qué olían. Busqué algún rosario de estos de pétalos de rosa que suelen estar muy perfumados, pero no había ninguno. ¡No había nada! Olía a rosas y punto, olía en el aire, un olor muy fuerte””.^[299]

Esto no le llevaba a una postura crédula sino, como hemos visto, a tomar en serio y trabajar con mayor empeño. Por eso entrevistó a Jacinta aunque ninguno de sus compañeros lo hicieran.^[300] El error de F.L. de confundir olor a rosas con azufre es significativo: traduce la experiencia del antropólogo en términos de una experiencia *satánica*. De hecho, al secretario de la comisión, todo aquello acabó afectándole. Al oír hablar tanto de Dios, del castigo por los pecados, etc.:

“Acabé [enfermo] -recuerda el jefe de los trabajos de campo-: llegué aquí [a casa] y estuve en la cama varios días con una diarrea... estoy convencidísimo de que era una somatización del estrés que me supuso toda esta cosa, porque quedarte a hablando de esto de visiones del infierno, incluso uno del equipo que huele a azufre, que huele a Satanás... pues aquello fue como muy pintoresco y acabé, pues, bastante alterado””.^[301]

El antropólogo recuerda esta experiencia del secretario del equipo:

“F. L. fue a visitar a una señora francesa [Christiane Roman-Bocabeille?], a una casita que tenía esta mujer allí. Y, la entrada directamente, muy propio de esas casas de esos pueblos de montaña, es que no hay un recibidor, sino que se entra directamente en la sala [porque es muy pequeña] (...) Y, según él -una persona que es atea, según dijo-: «Vi perfectamente pasar la sombra de una persona, era una sombra humana». Y me dijo: «Me levanté, fui a buscarla, y allí no había nadie». Yo le gasté alguna broma en ese sentido, porque claro, sabiendo que era ateo tenía que... [se ríe] un poco ironizar sobre el tema. Aquello de que: como eres ateo y no crees en nada, cómo vas a ver una sombra de una persona si tú no crees en nada. Pero ahí se quedó el asunto””.^[302]

F. L. lo interpreta de forma diferente:

“Hubo un momento que yo *escucho una puerta*, vuelvo para atrás, miro así y [“la señora francesa”] dice: «No, no es nada». (...) [Pero] allí seguro que había alguien. Vamos, era algo clavado. Y ella eludió el tema totalmente. Como que había cosas que ocultaba. Luego, con más gente he visto más cosas de estas. Ahí había como ciertos grupos que tenían algún interés en el tema””.^[303]

El mismo ruido de una «puerta» que en 1989 postró a F.L. “en la cama varios días” como una experiencia satánica, en 2018 cambia totalmente de sentido y se convierte en prueba inequívoca de la manipulación y presencia de grupos e intereses ocultos en la aldea. El lector ha de sacar sus propias conclusiones. En cualquier caso, era de esperar

que F.L. necesitase una explicación natural. Él nunca ocultó su increencia a sus superiores por lo que nada se le puede reprochar. Lo que resulta incomprensible es que la actuación del joven profesor pudiera llegar a convertirse en una pieza clave del estudio de las apariciones Santander e incluso se enviase a Roma.

Y es que, con F.L. al frente del equipo, la investigación se despreocupó de los fenómenos casi totalmente. Desde el principio, la labor de campo se dirigió principalmente a destapar una presunta “especulación urbanística”. Esta inclinación de los estudiosos no escapó a las miradas de quienes convivieron con ellos aquellos días en la aldea. Los vecinos de Garabandal tuvieron desde el primer momento la impresión de que aquellas personas no habían subido a estudiar las apariciones. Miguel Ángel González, hermano de Jacinta, explica:

“Ni a mí me preguntaron nada, ni a mi familia tampoco. Hacían como una encuesta, que decían: *«Vas y preguntáis esto a fulano y a citano le preguntáis esto otro.»*... No preguntaron nada ni a Conchita [y las otras videntes], ni a la gente, ni a los testigos; a nadie [que creyese en las apariciones]. A ninguno de los testigos directos. Buscaban gente que no creyese mucho, para no profundizar. Eran personas que estaban haciéndolo, pero no creían en lo que estaban haciendo. No les interesa la verdad. Fue todo un cuento. En el pueblo no nos enteramos hasta que después salió su declaración y decían cuándo habían estado aquí”.^[304]

Antonio Palacios, Profesor de la Universidad de Barcelona, también denuncia esta circunstancia: “No les interesaban los testigos creyentes, sino los incrédulos. Se quería a toda costa desacreditar lo sucedido, y para ello había que eliminar todo testigo que pudiera ser favorable, por cualificado que fuera”.^[305] Al margen de esta grave acusación, es cierto que en la aldea había dado mucho que hablar la investigación de un equipo que no había citado a tantos testigos oculares y ni siquiera a las videntes. Parece que los miembros del equipo no dejaron indiferentes a muchos en la aldea. F.L. señala esta tensión entre los vecinos:

“En el pueblo no vieron muy bien aquello de que el jefe nuestro [el padre J.M.V.] no fuera por allí”. “[Y] me decían muchos que cómo subíamos allí gente joven, que teníamos una pinta de no sé cuál [irreligiosa], y no subía gente más así y tal [religiosa]. Y al final pues yo no sé si se lo conté a J.M.V. o no sé cuál. Y me dijo: *«No. Diles que yo, antes o cuando acabe esto un día voy e incluso allí digo la Misa»*. Y lo hizo. Es la primera vez que yo le he visto diciendo Misa. En Garabandal... Subió y tal ya cuando había pasado todo lo del estudio y demás... por el compromiso que este hombre había cogido. Que detrás de todo eso estaba él que era cura y demás: *«Y entonces voy y digo Misa para que me vean y demás así»*. Y allí estuvimos. Esa, si la quieres interpretar como tercera subida, sí. Pero las oficiales serían esas [en solitario primero y en agosto de 1989 con el equipo de estudiosos]”.^[306]

Según cuenta F.L., parece que en Garabandal se comentaba abiertamente que el trabajo y preocupación de la comisión dejaba a un lado la pía posibilidad de unas apariciones de la Virgen y había girado en torno a meros planteamientos económicos y de presunta política eclesial. Por eso el padre J.M.V. dijo aquella misa. Este gesto revela una indignación generalizada en la aldea con motivo de la actuación de los investigadores.

Conclusiones de los estudiosos. La reunión de Madrid

De vuelta en Madrid, las distintas secciones de trabajo realizaron una puesta en común en una asamblea conjunta. Durante la reunión se respiró un clima de acuerdo entre los estudiosos. Según comentan F.L. y J.V., todos los pareceres se mostraban satisfechos con los datos recabados. Todos coincidían en señalar ciertas ideologías eclesiásticas y la especulación urbanística como base de los fenómenos. Una excepción, el antropólogo J.V., expresó entonces su desacuerdo. Según él no se podían sacar aquellas conclusiones definitivas a partir de datos que a su juicio eran muy deficientes. Para él, los trabajos realizados no constituían una base documental suficiente capaz de sostener conclusiones sólidas científicamente. La asamblea parece que no se vio afectada por su aportación ya que pretendía realizar ya a partir de los datos obtenidos un informe definitivo:

“Después de escuchar de viva voz las conclusiones individuales de cada persona, porque yo no me leí todos los informes que presentaban cada uno de ellos, pero expresaban lo que habían hecho. Personas que allí prácticamente no habían aparecido para nada -recuerda J.V.-... Además, sabiendo con lo que [cada uno] exponía de viva voz más o menos el contenido de su informe, yo dije: «¿Pero esto que es? Aquí lo único que se busca es desprestigiar a través del tema de la especulación, desprestigiar Garabandal». Y, por supuesto, no solamente desprestigiar, sino además realmente negarlo... Yo estaba asombrado realmente”.^[307]

Para el antropólogo aquel estudio no permitía sacar conclusiones definitivas. El testimonio del secretario de la comisión confirma la preocupación del antropólogo: la encuesta, según F.L., se pasó a muy pocas personas:

“[Se hicieron] 3 o 4, pero es que no funcionaban... Entonces la cosa fue mediante entrevistas de este plan: magnetófono y entrevistas que dejé allí en el informe”.^[308]

El nuevo planteamiento, recuerda F.L., proporcionó “unas veinte”^[309] entrevistas. En total, “unos cien” documentos, señala J.V.^[310] Pero para el antropólogo esto era insuficiente. Ni las encuestas primero ni las entrevistas después eran significativas, ni por el número ni por el método empleado.^[311] Como sucediera en la primera investigación de F.L., los deficientes resultados de aquellas encuestas habían obligado a cancelar el muestreo. La solución, dada sobre la marcha -para J.V.- carecía de reflexión suficiente: sin individuar el objeto de estudio, sin conocimiento ni discernimiento de las personas entrevistadas. En las escasas encuestas y entrevistas realizadas, según parece se escogieron personas al azar, sin criterio científico sólido. Aun así, en la reunión de Madrid, los estudiosos hallaron consenso para evaluar los sucesos. Las apariciones habían sido orquestadas como una maniobra política y económica de determinados grupos e intereses eclesiásticos. F.L. recuerda los focos que se señalaron:

- 1) “Los Grupos del Padre Pío;
- 2) Los seguidores del Papa Clemente del Palmar de Troya;
- 3) Una parte de la gente que había allí [que] quería aprovechar esto para volver a una Iglesia anti vaticana [tradicionalistas]”.
- 4) De manera tangencial, F.L. apunta también a intereses ocultos de la Jerarquía católica española o quizá incluso vaticana: “¿Que ellos [a través del *Sodalitium Pianum* o de otra forma] fueron los que lo provocaron? Pues igual también. Porque puede ser, pero eso ya no me atrevo a decirlo [con la misma certeza que los tres grupos anteriores]”. “[Y es que] también le venía muy bien a ciertas ideas de la Jerarquía”.

[Esto es lo que yo observé] desde mi esquema de categorías -concluye F.L.- que no tiene por qué ser el correcto y desde luego no creo que sea el tuyo”. “Es mi opinión personal”. ^[312]

Esta no era solo la opinión de F.L. Los miembros de la comisión que pudimos entrevistar en 2018 -F.L., J.V.- así como el dominico Crescencio Palomo -teólogo de la comisión-, coinciden en señalar que la tesis principal del Informe final que elaboró la comisión de 1991 sostenía la falsedad de los fenómenos debido a “la especulación urbanística”. ^[313] F.L., por su irreligiosidad, estaba llamado desde el principio a no poder llegar a otro tipo de conclusión. De hecho, esta misma explicación es la que él da de las apariciones de Fátima. Según el secretario de la comisión episcopal, también Fátima es fruto de una manipulación orquestada por grupos tradicionalistas “para volver a una Iglesia anti vaticana”. Al margen de esto, el estudio teológico del P. Crescencio añadía otro argumento en contra: los fenómenos extraordinarios inexplicables de Garabandal -aquellos que no se podían explicar desde la mera especulación parcelaria- según el dominico provenían del demonio. ^[314] Este argumento es difícil de admitir dadas las numerosas conversiones y vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada atribuidas a Garabandal hasta hoy. Esta es la opinión, por ejemplo, del P. Manuel Guerra tras largos años de estudio de las apariciones, ^[315] o del Card. Carlos Osoro, quien en una carta posterior a este estudio, el 7 de mayo de 2007, 16 años después del trabajo de la comisión también subrayó los frutos: “Respecto a las apariciones [de Garabandal], he conocido conversiones auténticas. Ante estos sucesos ¡Cómo no sentir la necesidad de abrir siempre nuestro corazón a nuestra Madre!” ^[316] Para el futuro cardenal, era claro que no podían provenir del demonio tantos frutos sobrenaturales.

Dimisión del antropólogo de la comisión

En la reunión de Madrid, el equipo interdisciplinar estaba planteando emitir un juicio definitivo sobre las apariciones. El antropólogo, único miembro que había entrevistado a Jacinta, expuso una vez más su desacuerdo y la incapacidad de aquel equipo para emitir unas conclusiones definitivas. Se negó a tomar parte en aquello. Presentó sus argumentos y se mantuvo firme: él no firmaría aquellas conclusiones sin un ulterior estudio que resolviera los problemas que él estaba planteando. Tenía motivos suficientes para no ceder en su posición:

J.V.: “Dije que yo no aceptaba esos resultados. No eran correctos. Dije que no se podía aceptar. No se puede hacer un trabajo de ir a ver si hay especulación con la mística. Para eso hay otros organismos, otros sitios: vaya usted al Registro de la Propiedad y pregunte usted a ver cuántas ventas se han hecho aquí, cuantos proyectos hay de construcción. En fin, una serie de cosas que ahí no se daban. De manera que, en caso de que se presentara un informe, yo dije que yo presentaría uno paralelo, porque aquel informe iba al Obispado de Santander. Y yo me marché de la reunión, me marché y, bueno, concretamente, el padre dominico, con el que yo me llevaba muy bien, ahí terminamos la amistad realmente, porque me dijo: *«Es que estos temas no estás cualificado para investigarlos»*. Y ante esta pregunta, le dije así: *«¿Desde cuándo la Antropología no se ocupa de los sistemas de creencias?»* Lo enfoqué, no desde el punto de vista católico, porque yo consideraba que quienes habían estado, tampoco habían actuado precisamente muy bien (...) Ahí se rompió la amistad realmente (...) en la última reunión en la Universidad [delante de los miembros de todas las secciones de la comisión].”

PREGUNTA: “¿Dejó el encargo porque veía que lo que se iba a hacer estaba completamente resuelto desde el

principio en contra de las apariciones?

J.V.: Sí. Porque el encargo era ver qué es lo que... [ganaban los que] habían convertido aquello en un negocio: [probar que] aquello era un negocio para algunos. Y yo no estaba de acuerdo. Yo sé que esas cosas ocurren, no soy tan ingenuo como para no darme cuenta (...) Hay gente que hace negocio «a costa de». Pero eso no quiere decir que quienes estén implicados en el tema estén haciendo el negocio. Que yo sepa, ninguna de las videntes es millonaria”.^[317] “En resumen, se detecta cierta tendenciosidad, y especialmente si se incide que la aldea ahora parece menos atrasada y miserable. Al parecer eso es enriquecerse para algunos (...) Que conste que en El Escorial (Madrid) pasa lo mismo, y a nadie se le escapa que Lourdes ciudad vive enteramente de lo mismo”.^[318]

Aquellas conclusiones desacreditarían las apariciones. J.V. no firmó. Esta actuación le hizo perder para siempre su amistad con el padre J.M.V., así como aquel empleo como investigador. En cualquier caso, sobre la base del material recogido, que para J.V. era absolutamente insuficiente, aquel documento ha formado parte del juicio episcopal que ha regido sobre Garabandal desde 1991 hasta 2019, durante más de 25 años. Después de todo, el Informe, sin si quiera atender a la voz de todos sus miembros, valoraba unas apariciones de la Virgen a partir de un estudio cuyo secretario general era un no creyente.

La última reunión en Santander

El padre dominico Crescencio Palomo, Vicario Judicial de la Diócesis de las apariciones en 2019, miembro de la sección teológica de la comisión, nos habla de la última reunión del equipo. Sorprendentemente, su sección no tomó parte en ningún trabajo de campo. Su labor se redujo a la lectura de “libros y cintas magnetofónicas transcritas”. No entrevistó a ningún testigo, ningún médico o autoridad de ningún tipo, y ni tan siquiera a las mismas videntes, todas vivas en aquel momento. Desconocemos por qué la sección teológica no tuvo el mismo trabajo de campo que las otras. El P. Palomo relata su labor y la última reunión de la comisión:

“En esa comisión interdisciplinar iban dos por cada materia, sin conocernos; porque una de las cosas que trataron fue que no hubiese ninguna influencia, que fuese totalmente neutral. Yo por lo menos no conocía a la otra persona, solo la he visto un día: el día de la reunión. Roma nos mandó hacer un dictamen bajo secreto. Fue a finales de los 80 y principios de los 90. Todos éramos de distintos sitios, sin conocernos física ni epistolariamente.

Nos reunió del Val en las Operarias Diocesanas [de Santander], para que pusiésemos nuestro dictamen por escrito. Lo llevábamos todos por escrito. Del Val lo único que hizo fue escuchar y mandar que se levantase acta. Esa tarde cada uno llevábamos por escrito nuestro dictamen secreto y lo entregamos confidencialmente, después de leerlo y discutirlo. La discusión fue poca, pero se discutió. Falló uno, de sociología [F.L.], que no lo tenía hecho y se excusó. Los demás, todos. La decisión nuestra fue unánime. Todos, sin conocernos, coincidimos, en distintas materias, en que no había nada sobrenatural”.^[319]

Los testimonios de F.L. y J.V. ofrecen datos importantes que completan este testimonio:

-Los estudiosos de los distintos departamentos sí se conocían: realizaron juntos en el trabajo de campo. Parece que, en cambio, la pareja de teólogos desconocía al resto pues no realizó ningún trabajo de campo. Lo explicará enseguida el P. Palomo.

-Respecto a las ausencias, parece que hubo varias: al menos la segunda antropóloga, según afirma J.V. –“no [la] llegué a ver; una antropóloga que no apareció por allí. Nos llamaron diciendo que se había excusado porque no podía”^[320]. Esta no se presentó nunca, ni en el trabajo de campo ni después. La ausencia del sociólogo que se cita se refiere a F.L., que ciertamente no fue a la reunión de Santander. El secretario de la comisión, recordemos, no era sociólogo sino psicólogo evolutivo aunque en la comisión fue responsable del estudio sociológico. Si no fue a Santander es porque ya había entregado sus conclusiones en Madrid a otro dominico, su jefe; no porque no las tuviera, como podría desprenderse del testimonio del P. Palomo.

-El mencionado dictamen “*secreto*” “*entregado confidencialmente*” al obispo fue precedido al menos de una asamblea conjunta de la comisión en la Universidad de Madrid, donde los miembros de los distintos departamentos compartieron ya sus conclusiones, se pusieron de acuerdo y el antropólogo, que no estuvo de acuerdo, ya no fue convocado para la reunión de Santander. Había dimitido en Madrid. En la reunión final, por tanto, según parece no hubo ningún antropólogo; al menos ninguno que hubiera tomado parte en los trabajos de campo. El P. Palomo, miembro de la sección teológica, parece que no tuvo noticia de esta reunión referida con detalle por el secretario general y el antropólogo de la comisión.

-En fin, la decisión “unánime” a que alude el teólogo excluye la dimisión de J.V., que abandonó el trabajo precisamente por este desacuerdo. Una vez más, el P. Palomo muestra desconocer este hecho acaecido en la reunión de Madrid.

Estas puntualizaciones hacen pensar que la reunión en que estuvo presente el P. Palomo, la misma a que acudió el obispo Mons. del Val, había sido cuidadosamente preparada. Es la impresión que dan tantas puntualizaciones como J.V. y F.L. tienen que dar al testimonio del dominico. Y todavía sorprende algo más: el encargo del equipo teológico parece de menor entidad que el de las otras secciones. Sin trabajo de campo, sin investigación, sin entrevistar a videntes ni a testigos, la labor de los teólogos se redujo a lecturas de archivo. El 9 de abril de 2018 -27 años después de su labor- el P. Palomo revelaba por primera vez el contenido del encargo hecho a los teólogos de la comisión:

“A nosotros [-los teólogos- ¿el obispo?] nos dio los libros de una parte y de la otra; porque ahí grabaron muchas cintas magnetofónicas, tenían todas transcritas; a mí me tocó leerlas todas, y a los demás también; a favor y en contra. Lo nuestro era una pericia, una consulta bajo secreto pontificio”^[321]

Ni siquiera el equipo teológico entrevistó a las videntes. Los peritos teológicos tan solo leyeron “libros de una parte y de otra” y transcripciones de “cintas magnetofónicas”. Su labor de entrada parece sin duda de menor relieve que la de los otros equipos. ¿Por qué? ¿Quién decidió esto? 28 años después aún no lo sabemos. J.V. no duda en afirmar que esto respondía a que el centro de aquella investigación nunca habían sido los fenómenos: esto fue evidente para él cuando leyó por primera vez en la aldea “aquellos cuestionarios, cuyos contenidos no guardaban relación alguna con los acontecimientos”^[322] Para el antropólogo, sin atreverse a dar un nombre, está claro que alguien se había impuesto:

“A quien correspondiese de la Jerarquía ocuparse en aquellos años de este asunto, no se ocupó para nada, y alguno solo puso palos en las ruedas impidiendo que se pudiera hacer lo que se estaba esperando”. “[Por eso a mí] nadie me pidió el informe, nadie me pidió nada porque podían haber dicho: «Pues elabora tú el tuyo y lo adjuntamos». Lo que sea... En fin, ya se verá... Nada, nada”^[323]

La opinión de J.V. es que él fue apartado porque de los estudiosos se esperaba una condena:

“¿Cómo se justifica -se pregunta el antropólogo- que por asistir a dos o tres reuniones previas, el viaje en sí a San Sebastián de Garabandal, la estancia de una semana en una fonda de una aldea y la asistencia a una o dos reuniones, se me pagasen 150.000 pesetas, 900 euros, que hoy... posiblemente equivalgan a unos 1.500 o 1.600 euros?”^[324]

Si J.V. no se equivoca, si un no creyente fue el secretario general de la comisión como reconoce el mismo F.L., si los teólogos tuvieron un papel de menor relevancia como se desprende del testimonio del P. Palomo: ¿Quién podía tener el poder y la intención de silenciar el estudio eclesiástico de Garabandal? Solo un eclesiástico podía hacer tal cosa desde dentro. En tal caso ¿por qué se opondría un eclesiástico a unas apariciones de entrada, hasta “impedir lo que se estaba esperando”, un estudio serio y objetivo? ¿Por qué? Solo el mensaje de las apariciones puede ser responsable de esto. El 2 de febrero de 2018, un periodista redactó un artículo nada más salir del estreno de la primera película producida sobre las apariciones. Este comentario de Juan Manuel Cotelo señala precisamente el mensaje de Garabandal como la respuesta a la pregunta que tenemos delante:

“Si resulta que la Virgen María advirtió acerca de los males que en la Iglesia y en el mundo iban a suceder por culpa del abandono de la piedad, del desprecio a la Eucaristía, y a través de sacerdotes y obispos que estaban arrastrando a tantas personas por el camino del mal... y eso fue tomado como una anécdota... pues resulta que pasó el tiempo... y se confirmó tristemente el diagnóstico, pero no a través de revelaciones sobrenaturales, sino a través de la prensa... Todos conocemos las consecuencias nefastas que experimentamos en nuestra vida cuando nos apartamos de la piedad, de los Sacramentos... «*Garabandal. Solo Dios Lo Sabe*» va de conversión y, por eso -sobre todo, por eso- es una película [un mensaje] importante y necesaria. La recomiendo y pido que, quien desee verla, lo haga cuanto antes. En el cine, en pantalla grande, en silencio, sin distracciones. Merece la pena”.^[325]

El mensaje de Garabandal, defensa clara de la Eucaristía y la vida de la gracia en las almas, resultaba absolutamente incompatible con intereses opuestos surgidos desde los mismos años de las apariciones (1961-1965) y durante el *postconcilio*. Garabandal era una guía y una respuesta providencial ante la “verdadera crisis”^[326] que San Juan Pablo II denunciaría en 1993: “Dentro de la misma comunidad cristiana... Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales... se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral... [y] se rechaza la doctrina tradicional... incluso en seminarios y facultades teológicas *sobre cuestiones de máxima importancia* para la Iglesia”.^[327] Estos intereses no podían aceptar Garabandal; y ni tan siquiera un estudio serio y objetivo sobre el asunto.

En fin, tras la reunión de Santander con Mons. del Val, todo quedó listo para su envío a Roma. Tal y como había hablado el obispo con el Card. Ratzinger, el obispado no redactó ningún documento, ningunas conclusiones; no se emitió ningún comunicado:

“A Roma se le envió el material que habíamos tenido nosotros -explica Palomo- para que buscasen otros peritos... Y Roma después de un tiempo, le contestó a del Val diciendo que estaba de acuerdo”.^[328]

Veremos enseguida esa carta del Card. Ratzinger. Tiene un valor inestimable. En cualquier caso, aunque el envío del material lleva fecha de 12 de noviembre, el acta final

de la comisión fue firmada por Mons. del Val el 26 de abril de 1991. Esto señala un parón en los trabajos, que según parece habían concluido a finales de 1989. Este *impasse* puede responder a que Mons. del Val se veía ya al final de su mandato pues le quedaban menos de dos años para su jubilación. De hecho, su renuncia la presentó el 22 de abril de 1991, dos meses antes de cumplir 75 años el 13 de junio. Esta renuncia, aceptada por Roma el 23 de agosto, tuvo lugar poco después de que el obispo ultimase los documentos de la comisión, que firmó el 26 de abril de 1991. Parece que quiso dejar el asunto en manos de su sucesor. Sería ya el obispo entrante quien recibiría la respuesta de Roma y debería disponer sobre el asunto.

XXIII

La respuesta de Roma

Carta inédita del Card. Ratzinger. 28 de noviembre de 1992

Todo el estudio de la comisión y sus reuniones posteriores tuvieron lugar en el más estricto secreto. Mons. del Val así lo había querido. Su intención era probablemente evitar que presiones externas influyesen sobre los estudiosos. Sin embargo, las desventajas de este planteamiento perduran hasta hoy. Al no ser públicos los informes ni los argumentos de la investigación, el trabajo realizado no sirvió para orientar a los fieles y tampoco ni se conocieron con la debida rapidez las irregularidades cometidas. Tan solo nos ofrece algún dato una carta proveniente de Roma, que además era inédita hasta la defensa de esta Tesis en 2017: de la comisión de 1989, solo sabemos que concluyó sus trabajos el 26 de abril de 1991. Y su dictamen fue NON CONSTAT.^[329] Así lo afirmó el Card. Joseph Ratzinger en una carta firmada el en 1992 y dirigida al obispo de Santander, porque de Santander la primera entrevista publicada que ofrece detalles sobre el asunto es la del Vicario Judicial, en 2018. Este sigilo, según el Vaticano no es recomendable por inducir a dos problemas:

“Mientras que las comisiones se constituyen muy frecuentemente en grupos cerrados y secretos, la Congregación [para la Doctrina de la Fe] recomienda que sean más abiertos a la información, sea para beneficiarse de trabajos ya realizados, sea para esclarecer a los fieles en búsqueda de discernimiento”.^[330]

Mons. José Vilaplana, fue nombrado obispo de Santander el 23 de agosto de 1991. Poco después, el 12 de noviembre, envió ya a Roma los documentos de la comisión. En su carta del año siguiente, el Card. Ratzinger habla de que a Roma llegó efectivamente “una amplia documentación”.^[331] Se trataba de los informes, actas y materiales empleados por las distintas secciones en su trabajo. Los conocemos tan solo de manera indirecta, por los testimonios que de ello nos han dado el secretario general, el antropólogo y el perito teólogo que en 2018 dieron testimonio de su actuación.

La citada carta que el Card. Ratzinger tampoco era conocida hasta ahora. Solo el mariólogo Félix Ochayta ha tenido acceso a este documento imprescindible. Y esta Tesis la publicó por primera vez, pues hasta ahora era inédito:

“Excelencia:

Con carta del 12 de noviembre de 1991, Ud. [Mons. Vilaplana] transmitía a este Dicasterio una amplia documentación referida al resultado de los estudios sobre las presuntas apariciones de Garabandal, llevados a cabo por una Comisión expresamente nombrada por su predecesor, Mons. Juan Antonio del Val Gallo.

En la susodicha carta -y, sucesivamente, con ocasión de una reciente visita suya a esta Congregación- V. Excelencia expresaba el deseo de contar con el apoyo de la Santa Sede a la hora de un eventual

pronunciamiento sobre los hechos arriba mencionados.

La Congregación para la Doctrina de la Fe, después de haber examinado atentamente la citada documentación, no considera oportuno intervenir directamente, sustrayendo de la jurisdicción ordinaria de V. Excelencia un asunto que le compete por derecho. Por lo tanto, este Dicasterio le sugiere que, si lo estima necesario, publique Ud. una declaración en la cual reafirme que no consta la sobrenaturalidad de las referidas apariciones, haciendo propias así las unánimes posiciones de los precedentes Ordinarios de esa Diócesis y, en particular, el parecer expresado el 26 de abril de 1991 por la Comisión presidida por S. E. Mons. del Val Gallo.

Aprovecho la circunstancia para expresarle mis sentimientos de estima y confirmarme suyo devotísimo en Cristo.

Joseph Card. Ratzinger.

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe”.^[332]

El mariólogo Félix Ochayta, en su Informe reservado sobre Garabandal para el obispado de Santander, extraía cuatro puntos fundamentales de la carta:

1. “El hecho mismo de la consulta del Obispo de Santander está indicando que no se trata de un asunto cerrado.
2. La Santa Sede ha «examinado atentamente» la documentación enviada, lo cual indica que se trata de un asunto importante, que no está aún zanjado.
3. La Santa Sede no considera oportuno intervenir directamente, sustrayendo de la jurisdicción del obispo de Santander «un asunto que le compete por derecho». Esto supone que el asunto no está aún resuelto y que la Santa Sede podría reservárselo, pero prefiere no hacerlo.
4. La Santa Sede sugiere al obispo que, si lo estima necesario, haga una declaración «en la cual reafirme que no consta la sobrenaturalidad de las referidas apariciones». No se rechazan los fenómenos, no se dice que tengan una explicación natural, tampoco que sean de origen diabólico. Es decir, la Santa Sede deja las cosas como están, lo cual implica que está abierta a un reconocimiento futuro de la sobrenaturalidad, si se dieran otros elementos de juicio, que no se han dado”.^[333]

Parece que Mons. Vilaplana esperaba de Roma una condena definitiva de las apariciones. Así lo señalan los documentos y acontecimientos posteriores. Sin embargo, con la carta de Ratzinger -según Ochayta o Galmés- el caso quedaba abierto incluso a un futuro reconocimiento.^[334]

Mons. Vilaplana, aunque no publicó la carta de Roma, en los meses siguientes redactó una nueva nota que se entregó a modo a modo de circular privada o como una simple carta, se entregaría desde entonces a los sacerdotes y fieles que solicitasen información sobre Garabandal en el Obispado. El texto, que no lleva fecha, se empezó a utilizar desde 1993. Este es el texto completo firmado por Mons. Vilaplana:

“Algunas personas se han dirigido últimamente a este Obispado de Santander preguntando como Ud. por las supuestas apariciones de Garabandal, sobre todo, por la respuesta de la jerarquía de la Iglesia ante estos hechos. Debo comunicarle que:

1. Todos los Obispos de la Diócesis, desde 1961 al 1970, afirmaron que no constaba la sobrenaturalidad de dichas apariciones, que por aquellos años sucedían.
2. En el mes de diciembre de 1977 [el día 21, en su visita a la parroquia de Garabandal, al final de la homilía], Mons. del Val, Obispo de Santander, manifestaba en comunión con sus predecesores y afirmaba que en los seis años que llevaba de Obispo de Santander, ningún fenómeno nuevo se había dado.
3. No obstante, el mismo Mons. del Val, pasados los primeros años en que había confusión o apasionamiento,

promovió un estudio interdisciplinar para que examinara con mayor profundidad dichos fenómenos. La conclusión del estudio incide con el dictamen anterior dado por los Obispos, es decir, no consta la sobrenaturalidad de dichas apariciones.

4. Este estudio se concluyó en las fechas en que tomé posesión de la Diócesis en 1991. Aprovechando el paso por Roma, con motivo de la Visita *ad Limina*, en ese mismo año, presenté a la Congregación para la Doctrina de la Fe dicho estudio y pedí orientación para mi actuación pastoral en lo referido al caso.

5. En fecha de 28 de noviembre de 1992, la Congregación me envió su respuesta en la que consta que, después de haber examinado atentamente la citada documentación, no consideraba oportuno intervenir directamente, sustrayendo de la jurisdicción ordinaria del Obispo de Santander este asunto que le compete por derecho. Anteriores declaraciones de la Santa Sede coinciden en esta afirmación [Card. Ottaviani en 1967; Card. Šeper en 1969 y 1970]. En la misma carta se me sugiere que, si lo estimo oportuno, publique una declaración en la cual reafirme que no consta la sobrenaturalidad de las referidas apariciones, haciendo propias las unánimes posiciones de mis predecesores.

6. Dado que las declaraciones de mis predecesores, que estudiaron el caso, han sido claras y unánimes, no he creído oportuno hacer una nueva declaración pública por evitar dar notoriedad a unos hechos demasiado lejanos en el tiempo. Sin embargo, sí he creído oportuno redactar este informe como respuesta directa a las personas que piden orientación sobre la cuestión, que doy por terminada, aceptando las decisiones de mis predecesores, que hago mías y las orientaciones de la Santa Sede.

7. Referente a las celebraciones de la Eucaristía en Garabandal, siguiendo las disposiciones de mis predecesores, solo admito que se celebren en la iglesia parroquial sin referencia a las supuestas apariciones y con la autorización del párroco actual, que goza de mi confianza.

Con el deseo de que esta información pueda ayudarle, reciba mi saludo en Cristo.

José Vilaplana, Obispo de Santander” ^[335]

Es un texto prudente que evita dar notoriedad a las apariciones. De hecho, ni siquiera entra en el fondo de la cuestión: se atiene expresamente a las disposiciones de sus predecesores. El texto afirma sencillamente que el obispo no cree oportuno hacer una declaración pública (n. 6); por eso esta carta ni tan siquiera fue publicada oficialmente: se enviaba privadamente a quienes pedían información. Como aconseja el Card. Ratzinger, el dictamen de la carta es NON CONSTAT. El texto lo repite hasta tres veces (n. 1, 3 y 5). Teológicamente, como afirma Ochayta, con el nuevo documento “el asunto queda abierto, como siempre que la Jerarquía habla de ese modo”. En la práctica, sin embargo, Vilaplana hacía explícita su displicencia hacia Garabandal y su actitud en lo sucesivo. Para él, como afirma textualmente, Garabandal era un caso cerrado: “*la cuestión, que doy por terminada*” (n.6). ¿Cómo recibieron los devotos de las apariciones esta carta? Parece que, a pesar de todo, los peregrinos siguieron subiendo a la aldea. 8 años después, el 1 de noviembre de 2001, el periódico *Crónica de Cantabria* lo constataba haciendo patente su total desapego a la fe:

“[A pesar de] la indiferencia de las autoridades eclesiásticas y civiles que nunca han querido rentabilizar [?] lo ocurrido, no ha podido impedir que cuarenta años después, miles de peregrinos acudan cada año al pueblo. Una corriente que no cesa y que el paso de los años no ha conseguido menguar. Prácticamente todos los días llega un autobús de devotos. Los vecinos se han acostumbrado a intercambiar saludos con japoneses, americanos, indonesios y australianos que visitan un pueblo que no dispone de las infraestructuras necesarias para satisfacer sus demandas...” ^[336]

Cuarenta años después del inicio de los sucesos, los peregrinos seguían subiendo en gran número a Garabandal en busca de un encuentro personal con la Señora.

Signos de apertura. Una nueva nota hace desaparecer la expresión “*la cuestión, que doy por terminada*”. 24 de junio de 2015

Desde 1993, Mons. Vilaplana no volvió a tratar el caso hasta su marcha a Huelva 13 años después, en 2006. Fue fiel a su proyecto de *dar por terminada* la cuestión. Y hasta el final de su mandato, no hubo más novedades. Sin embargo, tras su traslado, Santander recibió de Roma un Administrador Apostólico que permanecería en el cargo hasta 2007: Mons. Carlos Osoro. El futuro Cardenal de Madrid era natural de la Diócesis de Santander. Había sido Rector del Seminario, Deán de la Catedral y Vicario General, por lo que conocía de primera mano la intrincada historia de la Diócesis, incluido el caso de las apariciones. Muchos, además, afirmaban que el Administrador creía en Garabandal. Con su nombramiento, los partidarios de los fenómenos verían, por fin, algún movimiento sobre un caso abierto que, sin embargo, en la práctica parecía cerrado. Así sucedió: el 7 de mayo de 2007, el Administrador Apostólico firmó una carta sobre las apariciones. Aprovecha para escribirla el interés mostrado por Edward Kelly, peregrino norteamericano preocupado por el descuido de Garabandal. Osoro le responde:

“Estimado D. Eduardo:

Acuso recibo de su amable carta, presentándome su visión del fenómeno de Garabandal. Quiero que sepa que estoy abierto a toda información, a toda consideración sobre Garabandal, y en este sentido quiero continuar, durante el tiempo que el Santo Padre estime oportuno como Administrador Apostólico, lo que hicieron mis hermanos en el episcopado, en lo referente al tema en cuestión; lo que he hecho ahora es autorizar a los Sacerdotes para que suban a Garabandal y celebren allí la Eucaristía en la parroquia a la hora que lo deseen, y puedan administrar el sacramento de la reconciliación a cuantas personas lo deseen allí.

Estoy seguro de que el próximo Obispo promoverá los estudios, para que se examinen con mayor profundidad los sucesos de Garabandal y enviarlos a la Congregación para la Doctrina de la Fe, en Roma.

Respecto a las apariciones, he conocido conversiones auténticas. Ante estos sucesos ¡Cómo no sentir la necesidad de abrir siempre nuestro corazón a nuestra Madre María para decirle que necesitamos de su protección, de su ayuda, de su ánimo, de su ilusión, de su fe, de su esperanza y de su amor! Les animo a seguir manteniendo esa devoción hacia nuestra Madre.

Si tiene interés de hablar conmigo, no dude en pedir una audiencia en el Obispado de Santander a través de la Vicaría General. Allí tomarán sus datos y le fijarán hora y fecha para la visita.

Esperando poder seguir contando con su oración y colaboración, reciba mi más cordial saludo y bendición.

+ Carlos, Arzobispo de Oviedo y Administrador Apostólico de Santander”.^[337]

La carta revelaba la apertura activa de Mons. Osoro, que manifiesta haber levantado las restricciones disciplinares que pesaban sobre los sacerdotes desde 1961 y 1962. Más todavía, el obispo se mostraba “abierto a toda información, a toda consideración sobre Garabandal”. El prelado, siguiendo el modelo de carta privada que empleara Vilaplana en los últimos años, añadía un argumento positivo: los frutos –“He conocido conversiones auténticas...”. Sin embargo, el Administrador Apostólico no emprende ulteriores medidas; deja, como es costumbre, la cuestión en manos de su sucesor, “seguro de que el próximo Obispo promoverá los estudios, para que se examinen con mayor profundidad los sucesos de Garabandal”. En esto último, sin embargo, se iba a

equivocar. Los siguientes obispos, no iban a mostrar interés por los «nuevos estudios» que Osoro auspició.

En julio de 2007, apenas dos meses después de que Osoro firmase su carta, toma posesión de la Diócesis Mons. Vicente Jiménez Zamora. Desde el principio, el nuevo prelado guardó silencio y evitó toda referencia a las apariciones. En los casos en que se le consultaba, volvió a remitir al informe elaborado por Mons. Vilaplana en 1993 y que ya era costumbre enviar desde su oficina.^[338] En 2012, después de 5 años de mandato, el obispo visitó la aldea de las apariciones. Llegaba para celebrar la restauración del templo parroquial, realizada gracias a donativos provenientes en su mayoría del extranjero, de los peregrinos y devotos de las apariciones. Muchos esperaban que esta visita permitiese un acercamiento. Sin embargo, durante toda la jornada, Mons. Jiménez evitó toda referencia a los sucesos. Como anota Lanús, el silencio del obispo manifestó con claridad su absoluta indiferencia hacia el caso.

El párroco de la localidad, don José Rolando Cabeza Fuentes (1944 -), sí trabajaba efectivamente a favor de las apariciones. Don Rolando publicó en 2012 una Página Web para la pequeña Parroquia rural de Garabandal. El cometido de la web era, en gran parte, dar a conocer las apariciones. En ella, el párroco en persona reclamaba una actitud de apertura: “Ante el fenómeno Garabandal, no se pueden adoptar posturas radicales de rechazo o jocosidad... sobre todo cuando la postura de estos fieles no atenta contra la doctrina de la Iglesia”.^[339] Nada más bajo el mandato de Mons. Jiménez Zamora.

En 2015 un nuevo obispo tomó posesión de Santander: Mons. Manuel Sánchez Monge. En noviembre de 2015 -seis meses después de su llegada (30.V.2015)-, el nuevo Obispo tuvo conocimiento de la web de don Rolando en Garabandal. Disconforme con que la web oficial de la parroquia divulgase los mensajes unas apariciones no aprobadas, Mons. Sánchez ordenó enseguida que la parroquia “quite y borre todo lo que en esa página [web] tiene que ver con la Virgen de Garabandal”.^[340] Era un gesto de mera coherencia. La cuestión, aún sin dilucidar en el Obispado, requería de la parroquia una actitud de espera. El responsable de la web, José Sánchez, obedeció inmediatamente a esas disposiciones, haciendo pública su docilidad al Prelado.

Respecto al proceso de las apariciones, Mons. Sánchez no entraba en valoraciones. Desde su llegada, el Obispado continuó distribuyendo el informe de Vilaplana. Sin embargo, al hacer suya la carta de 1993, Mons. Sánchez omitía en 2015 una frase significativa. Mons. Vilaplana, con aquel informe daba “*por terminada la cuestión*”.^[341] Sin embargo, en 2015, la versión del nuevo Obispo omitía esta expresión. El motivo era claro: al afirmar el texto que su juicio es ambiguo, NON CONSTAT, el proceso eclesiástico quedaba evidentemente abierto. La omisión de la frase lo confirmaba: ante la Iglesia, Garabandal era un caso abierto. Esta apertura, sin embargo, no significaba interés por parte del nuevo Prelado. Al hacer suya esta carta y no, por ejemplo, las

palabras de Osoro o del Val, Mons. Sánchez se mostraba distante hacia los sucesos.

En fin, cabe destacar que la firma de esta tempranísima carta de Mons. Sánchez (24.VI.2015), apenas tres semanas después de su toma de posesión (30.V.2015), denota que, en 2015, Garabandal despertaba un vivo interés. A la llegada del nuevo obispo, todos, partidarios y detractores, demandaban una palabra sobre los fenómenos.

Valoración histórica de los fenómenos

Cincuenta años después del final de las apariciones, el caso de Garabandal seguía provocando la curiosidad de los fieles que demandaban una palabra de su Obispo. Junto a esto, hoy, conociendo que las deficiencias de los informes con que ha contado la Jerarquía, hay que decir que resulta necesario un nuevo estudio. Recordemos que para juzgar las apariciones, tres han sido los estudios episcopales realizados hasta ahora:

1. La comisión instituida por Mons. Fernández en 1961 fue contestada por dos de sus integrantes:

- Su médico principal, el Dr. Luis Morales, en el ciclo de conferencias públicas que comenzó en mayo de 1983, defendió la verdad de las apariciones y asumió personalmente el error del rechazo de Garabandal.
- Don Juan Antonio del Val, teólogo de la comisión, como obispo de Santander nombró una segunda comisión en 1989 sin nuevos acontecimientos que justificaran tal repetición del estudio. Solo las carencias de la investigación anterior justificaban esta nueva comisión que, como vimos, el prelado tardó 12 años en constituir.

2. Las declaraciones de las videntes entre agosto y octubre de 1966 ante Mons. Puchol, la máxima autoridad diocesana. Estas declaraciones quedaron no solo atenuadas, sino -como ha señalado el estudio de Félix Ochayta- fueron anuladas por la presión y la posterior retractación de las mismas interesadas cuando remitió sobre ellas una presión que en un principio no fue patente a ojos de la autoridad.

3. La comisión instituida por Mons. del Val entre 1989 y 1991. Su informe fue elaborado a partir de unos trabajos de campo sobre un planteamiento ateo, dirigido a individuar grupos de poder y su especulación urbanística. No se entrevistó más que a una veintena de personas desconocidas, al azar –pues no se conocían los sucesos-; no se entrevistó a las videntes ni a tantos testigos cualificados de los sucesos -médicos, teólogos y de otros ámbitos-.

A la luz de estos hechos, que solo hoy comenzamos a conocer, resulta evidente que incluso el prudente juicio realizado por Ratzinger en 1992 y repetido en 2015 por el obispo diocesano, necesita ser renovado sobre la base de un verdadero y amplio estudio objetivo, inexistente hasta hoy. Los constantes frutos de Garabandal en tantos fieles, requieren un nuevo estudio que permita valorar clara y objetivamente las apariciones. Nuestras conclusiones, aquí, carecen del carácter multidisciplinar que permita valorar

acabadamente los hechos. Especialmente se echa en falta un estudio médico de los testimonios y pruebas documentales de los milagros y curaciones atribuidas a las apariciones; asimismo, carecemos de un estudio pastoral completo que permita valorar los frutos espirituales. Entre tanto, a la luz del estudio histórico de las fuentes documentales disponibles, hay ciertos hechos que nadie puede cuestionar:

Primero. Que los sucesos testificados por 254 testigos -en los archivos consultados-, son rechazados por 3 personas, admitidos con dudas o reservas por 1 y sostenidos por 249 entre vecinos, forasteros y expertos en diversas ciencias médicas y teológicas. Objetivamente hay que decir que el 98% de los testimonios disponibles, se sitúa de forma concorde a favor de los hechos.

Segundo. La ortodoxia del mensaje es atestiguada por el testimonio unánime de 6 Obispos, 4 de ellos, al frente de la Diócesis de las apariciones (en 1965, 1970, 2000 y 2007) -lo veremos con más detalle enseguida-.

Tercero. De los 9 dictámenes médicos disponibles, uno, el del Dr. José Luis Gullón, médico de familia de la aldea en 1961, otorga explicación natural a los sucesos, señalando que esta es histeria colectiva y epilepsia; una opinión es desconocida (la del geriatra y endocrino Dr. José Luis Piñal); los 7 dictámenes restantes (3 pediatras, 3 neuropsiquiatras y 1 médicos de familia) se mostraron incapaces de explicar los sucesos desde las ciencias médicas. Todos coinciden en sostener la normal salud física y mental de las videntes y que los fenómenos no tienen explicación natural.

Cuarto. La actividad pastoral de la aldea de las apariciones no se ha detenido con el paso de los años. Más bien, el fenómeno se ha internacionalizado. Peregrinos y publicaciones de todo el mundo se interesan en la actualidad por Garabandal con sana doctrina y frutos espirituales laudables.

En fin, a pesar del valor de los hechos que sostienen estas conclusiones, conviene recordar que no es posible prevenir el juicio de la Iglesia con los argumentos de una investigación de los hechos. Esta nos invita a acercarnos con renovado ánimo a las apariciones. Sin embargo, valorar la sobrenaturalidad de los fenómenos es algo que compete únicamente a la autoridad de la Jerarquía eclesiástica. A ese juicio se someten estas páginas, cuyo fin es tan solo reunir los testimonios objetivos existentes acerca de unos hechos constatados y difundidos por muchos, desconocidos y maltratados por otros.

Valoración teológica

Tres obispos entre 1965 y 1966 ofrecieron el resumen más autorizado del mensaje de Garabandal:

Devoción eucarística.

Culto de Nuestra Señora en formas tradicionalmente laudables.

Necesidad de la oración y del sacrificio.

El santo temor de Dios, ofendido por nuestros pecados.

La obediencia, amor y adhesión filiales al Vicario de Cristo y a la Santa Iglesia.^[342]

Además de este autorizado resumen de los contenidos de Garabandal, todos los obispos que han comentado estos mensajes han coincidido en subrayar que en Garabandal nada se opone a la fe de la Iglesia. Dos solemnes mensajes, dados en fechas anunciadas que congregaron a miles de personas, concentran todo lo que la Señora quiso decir. Sin embargo, esos breves mensajes no eran todo: anuncios proféticos y más de dos mil apariciones subrayaron con insistencia cuestiones como, por ejemplo, la importancia de la Eucaristía en las comuniones místicas o el *milagruco*; o el anuncio del aviso, el gran milagro y un castigo de dimensiones extraordinarias. Sobre este triple anuncio de Garabandal se ha escrito mucho. Sin embargo, si la profecía es auténtica, debe responder como la Biblia a un principio fundamental: su comprensión plena solo tendrá lugar *a posteriori*.^[343] Detenerse, por tanto, en escudriñar este triple anuncio de Garabandal, es, hoy por hoy, difícil. Cabe decir, sin embargo, que sucesivos obispos se han pronunciado valorando las apariciones en su conjunto, con sus profecías y mensajes. De hecho, de la quincena de pronunciamientos eclesiásticos firmados en Roma y Santander hasta hoy, cuatro ofrecen una valoración expresa de estos contenidos.

El primero pertenece a Mons. Beitia. Dos meses antes del final de los sucesos, en septiembre de 1965, este Obispo calificó el mensaje de Garabandal de *exhortación laudable*: “No hemos encontrado materia de censura eclesiástica condenatoria, ni en la doctrina ni en las recomendaciones espirituales que se han divulgado... ya que contienen una exhortación a la oración y al sacrificio, a la devoción eucarística, al culto de Nuestra Señora en formas tradicionalmente laudables y al santo temor de Dios, ofendido por nuestros pecados. Repiten simplemente la doctrina corriente de la Iglesia en esta materia”. El 25 de abril de 1970, Mons. José María Cirarda, en la séptima Nota Oficial sobre las apariciones, repetía que en las apariciones de Garabandal “no hay nada contra el dogma y la moral”. En el año 2000, Mons. Juan Antonio Del Val concedía una entrevista a *M.F.J. Productions* para *Garabandal: The eyewitnesses*. Ante las cámaras del productor neozelandés Michael Tubberty, el Obispo emérito de Santander afirmó que, a su juicio, “el mensaje de Garabandal era *importante y teológicamente correcto*”.^[344] En fin, en 2007, Mons. Carlos Osoro Sierra, como Administrador Apostólico de Santander, retiró las restricciones disciplinares que Mons. del Val ya había suavizado antes de él. Osoro expresaba además su apertura hacia la devoción y el mensaje de Garabandal: “Estoy abierto a toda información, a toda consideración sobre Garabandal... Estoy seguro de que el próximo Obispo promoverá los estudios... Les animo a seguir manteniendo esa devoción hacia nuestra Madre”.

A las declaraciones provenientes de Santander se sumaron en diversas ocasiones las de otros Obispos. Así, el Arzobispo de Xalapa (México), Mons. Manuel Pío López (1939-1968), en 1966 escribía: “Teniendo en cuenta las indicaciones de la Santa Sede y del Excmo. Ordinario de Santander (España), así como lo prescrito por el Código de Derecho Canónico, aprobamos y bendecimos la publicación del Mensaje de la Santísima Virgen en San Sebastián Garabandal en nuestra Archidiócesis”. “La prudencia de la

Santa Iglesia en relación a este importante asunto, se ha manifestado en el estudio atento y pastoral vigilancia, y de ninguna manera, en prohibición y rechazo del mismo”.^[345] Esta era la postura de Roma y Santander que el Arzobispo mexicano conoció en su consulta. Y coincide con cuanto ya habíamos visto afirmar a los obispos de Santander. El Prelado mexicano, asimismo, resume en su carta el contenido de los mensajes de Garabandal: “A la luz de la Divina Revelación, [el mensaje de Garabandal] nos urge la necesidad de la oración y del sacrificio, del culto a la Sagrada Eucaristía y a la Santísima Virgen María, y la obediencia, amor y adhesión filiales al Vicario de Cristo y a la Santa Iglesia. Por consiguiente, no encontramos en este Mensaje, atribuido a la Santísima Virgen, nada contrario a la fe y a las costumbres, y sí oportunas y útiles y saludables amonestaciones para obtener la salvación eterna”.

El juicio de Mons. López no posee valor canónico, el cual está reservado a la diócesis de las apariciones y, en última instancia, a Roma. Con todo, según el Arzobispo mexicano, la firme *obediencia de las videntes* a la Jerarquía en todo momento “es una clave segura para todos, de que Dios está aquí”. A este testimonio se suman a las declaraciones de Mons. Joao Pereira Venancio (Obispo de Leiria-Fátima, Portugal), que visitó en repetidas ocasiones a Conchita en Nueva York, Mons. Roman Danlak (Toronto, Canadá), Mons. Francisco Garmendia (Obispo Auxiliar de Nueva York) que entrevistó personalmente a Conchita y fue su director espiritual en aquella ciudad o Mons. Luis Guízar Barragán (Obispo de Saltillo, México). Guízar afirmó que “la doctrina que expone o que se desprende de los acontecimientos que presenta, es enteramente concorde con las enseñanzas de la Iglesia”.^[346]

Todas las opiniones son unánimes. La autoridad eclesiástica, en las distintas ocasiones en que se ha pronunciado acerca del contenido de las apariciones ha reconocido siempre su ortodoxia. Diversos teólogos e historiadores han comentado con profundidad el mensaje de las apariciones. Todos coinciden con la opinión de la autoridad de la Iglesia recogida aquí.

Además de la rectitud del mensaje de Garabandal, cabe otra pregunta: ¿este mensaje atañe a la Iglesia universal? ¿nos interpela a nosotros hoy o se trata de un mensaje circunscrito a un momento y lugar reducido? Esta pregunta es importante, pues evidentemente no todas las apariciones poseen un mensaje destinado al mundo entero. René Laurentin subraya los peligros que entraña desconocer esto. Y es que esa amplia proyección está reservada a un número reducido de manifestaciones. En la mayoría de los casos los fenómenos se ciñen a lugares y circunstancias exclusivamente locales. Así, por ejemplo, a Santa Oria de Villavelayo (1052-1070?), “la Virgen se [le] apareció para comunicarle la hora de su muerte”.^[347] Según Laurentin, otras apariciones aprobadas sí poseen una proyección universal. Esto es explícito, por ejemplo, en el *tercer secreto* de Fátima: “... si no [consagráis el mundo al Inmaculado Corazón -dijo la Señora-, Rusia] diseminará sus errores *por el mundo*”.^[348] El mensaje de Garabandal reclama idéntica amplitud. Jesús lo expuso a Conchita en una locución el 20 de julio de 1963:

“«¿Para qué viene el Milagro? -preguntó la joven - ¿Para convertir a mucha gente?»»

Y Él me contestó: «*Para convertir al mundo entero*»”.

“*Convertir al mundo entero*”. Esta *vocación universal* de Garabandal, según Javier Paredes y otros autores, pone a Garabandal en continuidad con las principales apariciones marianas contemporáneas, especialmente las de Fátima.^[349] Así es: las apariciones recientes están “más relacionadas con esta etapa de la historia de la salvación que con el itinerario espiritual del vidente”.^[350] No son para unos pocos, sino para guiar *al mundo entero*. Habría mucho que decir sobre ello. En todo caso, a falta de los estudios que permitan una clarificación que entre hasta “*el fondo*” de la cuestión sobre Garabandal -como auspiciaba Mons. Osoro Sierra en 2007-, a cincuenta años de los sucesos: Garabandal espera respuesta.

XXIV

Garabandal hoy

Las gracias de Garabandal no cesaron el 13 de noviembre de 1965, con el fin de las apariciones. Hemos visto gracias enormes que tuvieron lugar después. Menchu Mendiola, Antonio F. Bonín Cavero, el mismo Obispo Del Val son casos impactantes. En las apariciones llama la atención una predilección de la Virgen muy singular por el matrimonio y las familias; basta recordar que el objeto sin duda más besado por la Señora fueron las alianzas matrimoniales ofrecidas por millares de peregrinos. Esta predilección se extiende hasta hoy. Lo demuestra el relato de esta joven madre de familia, firmado en 2019:

“Llegamos a Garabandal el 25 de julio, día de Santiago, de 2015. Mi marido y yo con nuestros tres hijos pequeños. Con mochilas cargadas de problemas, heridas, un matrimonio maltrecho y muchísimo cansancio emocional generado por una convivencia muy difícil durante años. Durante el último trayecto del viaje, uno de nuestros hijos le pidió a su padre la alianza para jugar con ella (él, harto de batallar con el niño durante el viaje, se la dio para que se callara advirtiéndole de que tuviera mucho cuidado) pero nada más bajarse del coche ya en Garabandal, nuestro hijo fue directo a los contenedores que están justo a la entrada del pueblo y tiró allí la alianza, en un contenedor que no se podía abrir y que estaba lleno de basura. Una aguja en un pajar, cargada de simbolismo. Así empezó nuestro día. Rezamos a la Virgen y no sé cómo metiendo la mano a ciegas entre la basura con cero esperanzas de encontrarla, la sacamos. El diablo ataca hoy en día muy duramente a los matrimonios, pero la Virgen es más fuerte” ^[351]

En aquellos días, este matrimonio estaba planteándose la separación. Durante los pocos días en la aldea algo sucedió a esta joven familia. De repente, la entrega y el sacrificio... tenían sentido. La Virgen se lo estaba pidiendo. Para esta esposa no cabe duda: “Aquel viaje marcó un antes y un después en nuestra familia”. No desapareció la lucha. Pero en aquella visita su familia había vuelto a nacer.

Muchos testimonios como este reclaman para Garabandal un papel como especial lugar de gracia para los peregrinos que siguen llegando hoy a la aldea. Muchas las vocaciones sacerdotales y religiosas siguen atribuyéndose aquí a la Virgen; curaciones físicas, espirituales... Solo un ejemplo: 2012, Montse Moreno.

Montse Moreno. Una curación totalmente inesperada

En 1996, Montserrat Moreno, una mujer de 30 años, casada y madre de tres hijas pequeñas, visitó a su médico. Le preocupaban unos dolores de espalda que lejos de remitir con el reposo, no paraban de aumentar. Después de algunas pruebas, el diagnóstico fue terrible. Tenía una enfermedad autoinmune, degenerativa e incurable: espondilo artropatía seronegativa anquilosante. El calvario de Montse no había hecho

más que comenzar. Las molestias serían cada vez mayores y durante los brotes constantes de la enfermedad, el dolor sería tan intenso que, en adelante, durante largas temporadas no podría realizar ninguna actividad. La enfermedad no dejó de avanzar durante quince años, empujando a la enferma cada vez a un mayor grado de postración. El 15 de agosto de 2012, Montse estaba en Garabandal. De improviso y sin relación a ningún tratamiento, Montse quedó totalmente curada. Su traumatóloga, cuando vio el cambio, reconoció que aquella curación era “material y científicamente inexplicable”. Otra doctora que la examinó el 16 de julio de 2013, firmó un documento médicamente incoherente: “Espondilitis anquilosante sin actividad (en remisión)”. La espondilitis no remite nunca. Esa firma suponía algo extraordinario: era la constatación de un milagro (lo hemos reproducido al final de estas páginas). Montse lo contó con sencillez en una entrevista realizada en Garabandal en el verano de 2017. Junto a Montse, su marido, Francisco Santiago, completa el relato y, como veremos, incluye algunos detalles que ella no pudo observar.

* * *

FRANCISCO SANTIAGO: “Montse llevaba enferma desde la adolescencia. No sabía lo que tenía pero, unos años antes de conocer Garabandal, ya se le diagnosticó. Montse tenía una espondilitis anquilosante. Es una enfermedad degenerativa de la columna vertebral. Lo que produce es que las vértebras se sueldan. Eso se hace un bloque que genera muchos problemas, tanto en la columna como en los órganos, porque el esternón se va hacia dentro, empieza a producirte una inclinación de la columna vertebral hacia delante. Y, cuando te dan las crisis, el dolor es para ingresarte. De hecho, antes del octavo viaje, que es cuando ocurrió el milagro, ese mismo año había estado ingresada un mes en el hospital, en traumatología. Los médicos nos dijeron: “Mirad, esto no tiene arreglo, no tiene cura. Lo único que podemos hacer es que, cuando te da la crisis, te vienes y te ponemos una bomba analgésica y, cuando se te pase el dolor, te vuelves a tu casa”. A mí el cirujano me lo dijo claro. Me dijo: “Ten en cuenta que tu mujer nunca va a venir al hospital a curarse, ella va a venir a que le controlemos el dolor. Y tenéis que mentalizaros de la enfermedad que tiene, porque lo más probable es que termine en una silla de ruedas y con muchos problemas”. Bueno, ya está. Pues eso lo teníamos asumido, sobre todo ella. Ella lo tenía súper asumido. Ella, cuando le daban esas crisis de dolor, lo llevaba lo mejor que podía. Los que estábamos en su entorno -mis hijas y yo- la ayudábamos lo mejor que podíamos.

Pero aquel año, en agosto de 2012, vinimos para acá. Ella venía mala. Y, económicamente, aquel viaje no teníamos que haberlo hecho. Pero, una amiga nuestra, nos dijo: “¡No, no! Yo os doy el dinero y os vais”. Y nos vinimos para acá. Son un montón de horas. Por lo menos once horas desde Granada hasta aquí, parando lo justo y atizándole al coche. Llegamos y, recuerdo que ha sido el único viaje, de todas las veces que yo he venido, el único viaje que me he tenido que tumbar. Yo estaba deseando llegar

a Garabandal y empezar a callejear por las calles, subir a los Pinos... Eso es lo que yo quería, porque siempre que veníamos era para dos o tres días, para poco tiempo. Pero, aquella vez, me tuve que acostar un rato porque venía agotadísimo. Pero Montse, en vez de quedarse conmigo en la posada, se fue a la iglesia. Ahí se encontró con gente de Jaén y de Córdoba. Empezó a hablar con ellos y, de pronto, una de ellas dice: “¡Uy!, que está ahí Jacinta”. Y salen todos hacia ella. Y Montse dice: “¡Uy, qué fatiga!, ¿no? Esta mujer tiene que estar harta de tanta gente”. Montse iba pasando delante de casa de Jacinta, pero quiso esquivarla para que no se sintiera incómoda. Pero Jacinta se le quedó mirando y le enseñó el crucifijo para que lo besara. Y lo besó. Y ella dice que sintió como un malestar...

MONTSERRAT MORENO: Se me rebotó el estómago, fue malestar. A ver, eran muchas horas de viaje, iba muy enferma, muy mal. Y, al agacharme a besar el crucifijo, se me rebotó el estómago. No fue nada más. Y yo lo achaqué, ¡que también puede ser!, lo achaqué al viaje, y a que estaba mal, a la medicación... Vete tú a saber... Después, cuando ocurre lo que ocurre, vas atando cabos. Pero es que, en verdad, pueden ser mil cosas. Pero sí, se me rebotó el estómago en ese momento. Se me rebotó el estómago.

Le di las gracias a Jacinta y me marché. Llegué a la habitación, en la posada de Amalia, estábamos en la segunda planta, y yo decía: “Si es que no voy a poder subir las escaleras. ¡Si es que estoy fatal! Me ha tocado la segunda planta, pero yo estoy por quedarme en el hall, abajo”. A duras penas, subí al segundo piso. Y le digo a Paco: “Fíjate lo que me ha pasado. He visto gente de Andalucía. Estaba Jacinta con el crucifijo en la puerta de su casa. Me lo ha mostrado. Yo iba a esquivar a la pobre mujer, porque digo: “Se va a sentir, la pobre...” Pero es que me he fijado que me estaba mirando, y digo: “Va a pensar qué mal educada”. Entonces, yo hice por pasar para decir buenas tardes, me mostró el crucifijo, lo besé, y punto. Eso es lo que pasó, y se lo conté. Y ahí quedó la cosa.

Lo más significativo fue que tuve una noche de perros. ¡De verdad! Estuvo lloviendo y tronando toda la noche, pero lo peor eran los muelles del colchón, que los sentía como pinchazos, porque me dolían hasta las pestañas... Y, claro, pasé una noche de perros. A la mañana siguiente, yo llevaba siempre conmigo, un bolsón grande de pastillas, con toda la medicación que yo estaba tomando, de todo lo que tenía. Bajé la medicación a la posada, al desayuno. Estábamos nuestras hijas Ángela y Marta, Paco y yo. Y, aparte de nosotros, solamente había en el desayuno un chico y una chica, en una mesa, y nosotros. Y esto que, de repente, oigo una voz que me dice: “No vas a tomar una medicación más”.

PREGUNTA: ¿Voz de hombre o de mujer?

M.M.: No lo sé. Era súper agradable, pero no la sé definir. No sé definir si era de hombre o de mujer. Yo lo oí perfectamente. De hecho, me quedo mirando a mi hija Ángela, la miro así, muy fijamente, y claro, como ella es muy brava, me mira y me dice: “¿Qué?” Y yo le digo: “¡Naa! [sic]” Y dice: “¡Ah!”, como diciendo “¿me estás mirando, así de esa

manera, no?”. Y me quedo... Me quedé un poco, no sé. No fue la voz de la conciencia porque, lo he dicho un montón de veces, la voz de la conciencia de una persona que fuma mucho, que bebe mucho, pues tú puedes decirte a ti mismo: “¡Jopé! No debo de fumar tanto porque es malo para mi salud”. O “no debo de beber tanto”. Y yo pienso que eso es la voz de la conciencia pero, en conciencia, yo no podía pensar que no me podía tomar la medicación, puesto que, si no tomo la medicación, ¡me muero!, ¡me pongo fatal! Entonces, en conciencia yo no podía decirme algo así. Además, ni me lo había mentalmente planteado. Pero oigo eso. Y al oír eso, me quedo como en off. Terminó el desayuno, no le digo nada a nadie y, cuando voy a terminar el desayuno, me dice Paco: “Las pastillas”. Y le digo: “No voy a tomar ninguna pastilla”. Él se enfada conmigo y me dice: “¿Cómo que no vas a tomar ninguna pastilla? ¿Ninguna?”. Y digo: “No, no las voy a tomar”. Y nada, él se enfada, coge la bolsa de las pastillas y se la sube arriba, a la habitación. Y ni me hablaba, como diciendo: “¡Verás, verás!”.

P.: Francisco, ¿se enfadó usted con ella?

F.S.: ¡Sí! Sí, porque las crisis eran bestiales. No cabía en ninguna cabeza lo que estaba haciendo. Ya estaba mala, porque Montse siempre estaba mala. Ya tenía muchas limitaciones, porque a Montse había que levantarla por la mañana, había que vestirla, había que llevarla al baño porque ella estaba anquilosada. Ella, de madrugada, se tenía que girar en la cama, y te tenía que llamar para que tú se lo hicieras, porque ella no podía. Eran una cantidad de dolores, de molestias, que no me cabía en la cabeza que no se fuera a medicar, cuando ella sabía que se tenía que medicar de por vida.

M.M.: Y nada, dijimos: “¿Qué hacemos?”. Esto era 15 de agosto. Pues vámonos a Misa. Era a las diez. En Misa estaba incómoda. Me dolía todo. Normalmente, cuando sudo, yo sudo mucho el cuello, el bigote, cuando tengo mucho calor. Pero me empezó a sudar la columna, la espalda. Y lo curioso es que tenía calor, pero no hacía calor. Aunque era el 15 de agosto no hacía calor. Hacía un día buenísimo, era un día azul, despejado el cielo, precioso, pero aquí, en Cantabria, no hacía calor. Salimos de Misa, y dice Paco: “¿Qué hacemos?” Y le digo: “¿Por qué no subimos, rezando el rosario, a los Pinos? Y luego, ya arriba, pues otro rosario, o lo que sea, darnos una vueltecita y vamos bajando, pero vamos poquito a poco”. Y me dice Paco: “¿En serio vamos a subir a los Pinos? ¿Tú cómo estás?” Digo: “Pero tenemos todo el día”. Poquito a poco... Tenemos todo el día. Y dice Ángela, nuestra hija: “Yo no subo a los Pinos. Yo me quedo aquí en la plaza”. Y dice Marta: “Pues yo también me quedo. Yo no subo otra vez. Allí ya subimos”. Nada, que se quedaron aquí. Subimos poco a poco a los Pinos, y cada vez me sentía peor, cada vez peor. Cuando llegamos arriba, me siento que me iba a morir. Creí que me moría. Tuve como dos sensaciones muy gordas: una —no vi nada, ni nada—, pero una era el día tan maravilloso que hacía. Era un deleite de vida. No sé, ese oxígeno, ese olor que desprendían los Pinos. Unos caballos a lo lejos, recuerdo. Había gente a lo lejos. Yo les oía muy lejos. ¡Era un paisaje maravilloso!

Y, por otro lado, estaba mi sensación personal, que era: “Me estoy muriendo”. No había

nada que me doliera en concreto, pero me dolía todo. Era una sensación de malestar general y la sensación de “me caigo, me caigo”, pero no me caía. Estaba como mareada, pero no estaba mareada. Y yo pensé: “Se acaba todo aquí. Ha llegado mi hora”. No tuve ni pena ni gloria, porque ni pensé en él, ni en las niñas, ni me dio miedo, ni me dio alegría, no me dio nada. Paco me mira, veo que me está mirando, y él me dice: “Te estás poniendo mal, te está dando una crisis ¿verdad?”. Y yo le decía que no, que no era una crisis, pero no sabía cómo decirle, porque yo le quería contestar, pero no le podía contestar. Es cuando me doy cuenta de la voz no me salía de dentro del cuerpo. Y yo le quería contestar, decirle que no, que no era crisis. Y me dice: “¿Te llevo a Torrelavega? ¿Te llevo a un hospital que esté por aquí cerca?” Y yo lo miraba como diciendo: “Me voy, me estoy muriendo, me voy a caer”... Pero no me terminaba de caer. Entonces me señala que vamos por la carretera de atrás, me dice: “Vamos, por la carretera de atrás”. Y yo le decía con la cabeza que no, que bajáramos por la Calleja. Y él me dice: “Pero, ¿no es mejor por atrás?” Y yo, que soy una cabezona, insisto en que no. Y él me dice: “Pues, ¡agárrate y vámonos! Vamos poco a poco, pero vámonos”. Me hizo que le agarrara del brazo. Le agarro del brazo. Yo seguía con la sensación de que me iba a caer. Iba bajando por la Calleja, muy poco a poco y, cuando llegamos a la altura de esa ermita del Arcángel San Miguel...

P.: Sí, pero a la explanada que está delante, a esa zona la llaman la “Campuca”.

M.M.: Pues, justo ahí, me paro en seco. Me paro en seco y, de repente, no recuerdo casi... pero Paco me decía: “¿Qué te pasa? ¡Vamos!”. Y ya, no recuerdo nada más, solo que empiezo a salir corriendo, corriendo por la montaña abajo, pero corriendo, como se dice, *en cero coma dos segundos*, hasta llegar aquí, a la posada.

P.: ¿No te pasó nada más? ¿No tuviste ninguna experiencia? Simplemente, te paras un momento y acto seguido...

M.M.: Me paré, no recuerdo nada más. Lo que recuerdo solamente es echar el primer paso, como cuando vas a empezar a correr, como una niña de nueve años, una niña pequeña o, yo qué sé, un niño pequeño. Sí recuerdo, como empezar a correr, a salir corriendo. Y, bueno, imaginaros como se quedó Paco...

P.: Mientras tanto, ¿qué pensaba usted, Francisco?

F.S.: Si le digo la verdad, yo lo primero que pensé fue: “No. ¿No va a ser un milagro?”.

P.: ¿Eso ya en la “Campuca”?

F.S.: ¡Ahí, ahí! Donde pasó, porque yo sabía lo que tenía. Y cuando la vi salir corriendo...

P.: Hasta ese momento usted decía: “Una crisis y hay que salir corriendo”.

F.S.: Claro, yo decía: hay que llevarla, hay que ingresarla, hay que medicarla... Y veremos a ver cuántos días va a estar ahí, ¿no? Porque la última vez estuvo veintiocho

días ingresada. Cuando empezó a correr, yo sabía que eso era imposible, imposible. Lo sabía de sobra.

M.M.: Él me quería coger y ¡no podía!

F.S.: Yo tenía ahí en mi mente dos cosas. Por un lado: “¡Esto es un milagro!”. Pero, por otra parte, decía: “¡No! ¿Cómo va a ser un milagro? Pon los pies en el suelo. ¿Cómo va a ser un milagro?”

Claro, yo la vi corriendo... Me costó trabajo alcanzarla porque yo mismo me resbalaba por el camino. Llegó a la posada y subió de un tirón para arriba. Amalia se la quedó mirando como diciendo: “¿Es Montse? ¿Es Montse?” Porque Montse subía paso a paso, pasito a pasito, escalón a escalón, subo una pierna y después subo otra. Pero esta vez, ella subió y se tumbó. Se tumbó en la cama y yo pensé: “¿Y esta que hace así? Montse nunca se tumba”. No podía. Porque si se tumbaba se anquilosaba la espalda y ya luego no se podía levantar. Montse dormía muy poco. Dormía por la noche porque no le quedaba más remedio, porque se tenía que acostar. Pero luego, por la mañana, no se podía levantar. La tenía que levantar yo poco a poco. Y tardaba horas en poder moverse.

Y entonces, en ese momento, recuerdo que nos llamó nuestra amiga Choni, que fue la que nos prestó el dinero. Y me dice: “¿Cómo está Montse?” Y le digo: “Pues Montse está mal. Pero Choni, ha pasado una cosa...” Y va ella y me dice: “¿No habrá sido un milagro?” Yo me quedé un poco fuera de juego, y respondo: “No. Sí. ¡No sé! Pero. ¿Por qué sabes tú eso? Si acaba de pasar ahora mismo”. Y añado: “No, no. No te quiero contar nada. No me quiero hacer ilusiones. Ya hablamos”. “Vale, vale”, dice ella.

Montse se durmió. ¡Durmió más de dos horas! Yo recuerdo estar sentado, mirándola, diciendo: “Yo solamente quiero ver cómo reacciona cuando se despierte”. Eso es lo que yo quería ver. Y entonces, se despertó. Y se levantó.

P.: ¿Ella sola?

F.S.: Ella sola. Pero de un golpe. Y dije: “No necesito ver más”. Al día siguiente nos íbamos y fuimos a Misa antes de salir. Y en Misa pasó una cosa que nos llamó mucho la atención, porque nosotros con Jacinta no hemos hablado nunca. La hemos visto en varias ocasiones, hemos estado al lado de ella, pero no hemos hablado. Entramos en la iglesia y ella estaba sentada detrás, allí en la sombra, donde nadie la veía. En la iglesia había poca gente, había diez personas, quince personas. Había mucho espacio. Conforme entramos, en un solo banco nos sentamos los cuatro. Esos bancos son más bien chiquitos, con cuatro sentados ya están llenos. Era un poquillo antes de que empezara la Misa. Y veo que se acerca una persona al lado de Montse y le dice que se corra. Era Jacinta que se sentó al lado de Montse. Y yo, mire para atrás, y dije: “¡Cuánto sitio!” Miré para delante, y dije: “Muchos sitios”. Y me pregunté: “¿Por qué se ha sentado allí?” No lo sabemos. Ni se lo preguntamos. Simplemente, fue un detalle, y no sé si esta mujer percibió algo, o sabe algo.

Yo siempre he pensado que Garabandal es muy importante, por las vivencias que Montse y yo hemos tenido aquí. Y que bueno, que todo se verá. No hay que precipitar las cosas, hay que dejar que las cosas vayan a su curso. Puede ser ahora o puede ser dentro de cincuenta años. No lo sabemos. Pero que yo estoy convencidísimo de que aquí va a pasar algo. Yo estoy convencido.

Después de estar aquí, nos fuimos a Tarragona, al pueblo del que procede Montse. Fue un viaje muy largo, porque son ochocientos y pico kilómetros. Estuvimos allí, en un hotel. Ella estuvo entrando en la piscina como si nada. Y hasta hoy. ¡Hasta hoy! Eso fue en 2012 y ya no ha tenido más molestias.

P.: ¿Desaparecieron todos los dolores?

M.M.: Sí, sí. Yo estoy curada totalmente. Tengo recuperadas hasta las almohadillas.

P.: ¿Qué significa eso?

M.M.: Esta enfermedad produce el desgaste de las almohadillas que unen las vértebras. Por eso rozan los discos, produciendo un dolor muy fuerte y el anquilosamiento. No te quieres poner derecha del mismo dolor, y todo esto. Pero yo ahora tengo de nuevo las almohadillas. Las tendré más gastadas por mi edad, pero las tengo. Hay gente que me dice: “Claro, es que como tú eres una persona de fe, pues la sugestión que tú tienes y tal...” ¡Claro! Pues por esa fe, me podía haber curado hace catorce, quince años, ¿no? Yo digo que un poco tarde para sugestionarme. Si hubiera sido una sugestión, me podía haber curado antes. Pero bueno, supongamos que sí, vamos a pensar que me he motivado y que mi cabeza ha hecho que me parezca que estoy mejor. Pero, a las personas que tenemos esto, nos hacen una gammagrafía ósea y, a parte de esa prueba, hay un análisis muy importante que nos hacen, que es el HLA-27. Es muy importante, porque ese análisis detecta los reactivos que tienes en la sangre de esa enfermedad. Mis resultados, ya últimamente, salían con varios asteriscos. A la gente que empieza, ya teniendo la enfermedad, tarda en tener un asterisco. Si tienes dos asteriscos es que la enfermedad está ya muy adelantada. Y yo tenía tres y hasta cuatro asteriscos. Entonces, supongamos que ha sido sugestión mía y demás, pero cuando te hacen el análisis, los reactivos tienen que salir. Tú no te puedes quitar los reactivos de la sangre. Y yo no tengo ningún reactivo. No tengo nada. ¡Absolutamente nada! Nada. Aquí ni hay sugestión ni nada.

El 15 de agosto de 2012 me pasa esto. ¡El 31 de agosto de ese mismo año, yo tenía cita en reumatología, en la unidad de traumatología! Tenía cita con el médico. Desaparece la documentación. No la encuentran. Está en ordenadores, pero no la encuentran. Desaparece todo mi archivo. Se enfada el médico y me hecha la bronca a mí. Yo tan pancha, porque me daba igual. Me pregunta el médico qué tal estoy, que si me duele. Yo le digo que a mí no me duele nada. El médico dice que es imposible que no me duela y me vuelve a mandar todas las pruebas para averiguar qué ha pasado. Como había tantos atrasos en la Seguridad Social, me dieron cita para el 16 de julio del año siguiente, el 2013. Así que pasó un año entero hasta que me hicieron las pruebas otra vez. ¡Fijaros

cómo hace Dios las cosas!

F.S.: Durante ese año no hablamos casi con nadie de lo que había pasado. Fuimos muy cautos. No queríamos crear ilusiones a la gente, solo queríamos estar seguros de lo que había ocurrido. Aunque es verdad que la gente nos preguntaba mucho, porque la veían cómo estaba.

M.M.: La gente que nos conocía preguntaba, pero es normal, porque si tú me llegas a conocer antes, y aparezco una semana después y me ves cómo estoy de bien, pues lo primero que me preguntaban era: “¿Quién te ha operado?” Porque la gente está muy desesperada, hay muchos problemas de columna, enfermedades degenerativas. Y yo decía: “¿Qué les digo? ¿Cómo hago?” Así que yo les decía: “No, si es que estoy mejor”. Pero me respondían: “No, no, no. Tú has estado en algún médico”. Tenemos un negocio de colchones, y mucha gente pasaba por la tienda y decía: “No es normal lo que le ha pasado a esta mujer. ¡No es normal!”.

Cuando ya pasó ese año, me hicieron otra vez las pruebas. Me atendió una doctora y estaba también un MIR, un médico que está haciendo la especialidad en el hospital. Él estaba con el ordenador, viendo los documentos del ordenador. Y la doctora me dice: “Montserrat, ¿cómo se encuentra?” Y respondo: “Muy bien”. Ella nunca supo nada de lo que me pasó, no le dije nada porque no sabía qué decirle realmente. Insiste ella: “¿Es que no le duele nada?” Y le digo: “No”. “¿Qué está tomando usted de todos estos medicamentos que tiene prescritos?” Y digo: “Nada”. El chico miraba el ordenador, porque resultó que habían aparecido los documentos que se habían perdido el año anterior, y podían contrastar el estado de mi espalda antes y después del 15 de agosto de 2012. Tenían la gammagrafía, la última la resonancia, los últimos reactivos... Y la doctora: “¿Pero no le duele a usted nada?” Y el médico joven me miraba como diciendo: “Esta señora no es la del ordenador. Esta señora no puede ser la del ordenador. Imposible”. Me miraba, pero no abría la boca. Solo me miraba, y miraba el ordenador, me miraba otra vez, y miraba el ordenador.

Entonces, la doctora —tengo todos los documentos— no pudo poner “milagro” en mi informe, pero puso “espondilitis anquilosante sin actividad y en remisión”. Y eso, ella me dijo a mí y repito sus palabras textuales: “Esto es material y científicamente imposible”. Materialmente se puede a lo mejor decir: “Pues hoy me encuentro un poco mejor”. Puedes encontrarte un poco mejor en algunas temporadas, pero, ¿”sin actividad y en remisión” una espondilitis? ¡No! Es obvio que no.

F.S.: Es una enfermedad incurable...

M.M.: ¡Incurable y degenerativa de por sí! Por eso digo que me tuvo que poner en el informe eso que digo... La doctora es una persona muy seria, y no me dejaba salir de la consulta porque no acababa de entender lo que me estaba pasando. Le pregunté: “Entonces, ¿qué pasa, que estoy curada? ¿Que esto no existe ya?” Y dice: “¡No!” Cogió un rotulador fosforescente y encima de donde había escrito “espondilitis anquilosante sin

actividad y en remisión”. Me dio el papel y le dije: “¡Buen día!”. Me marché y hasta hoy.

Sí, que puedo decir, como antes estábamos hablando de que hay que ser apóstoles, que hay que ser combativos. Y os digo que, cuando a mí me pasó esto, cuando me curé, yo entré en una desesperación total, en una tristeza total.

P.: ¿Por qué?

M.M.: Entré en un abismo tan grande, de pena... No sé por qué. Gente que me conoce me decía: “Has tenido una noche oscura”. Y yo respondía: “No entiendo lo que es la noche oscura. Solo sé que ese vacío que se siente cuando no te sientes cerca de Dios, no es comparable con ningún sufrimiento del mundo”. Yo tenía una pena, una tristeza... Mientras duró mi enfermedad, yo me sentía como solidarizada con el Señor. No soy nada mística, ni soy nada dramática. Pero yo experimentaba, en esos momentos en los que me encontraba tan mal a veces, que en la enfermedad también está la alegría. Yo le decía al Señor: “Yo me solidarizo contigo, Señor, en tu dolor. Ese dolor tan grande que Tú tenías”.

Yo no podía ni arrodillarme en la iglesia, y muchas veces caía —sin querer queriendo— de rodillas en la consagración. Yo caía de rodillas, a pesar del dolor. Y me sentía, en mi enfermedad, ¡me sentía contenta! Porque yo me sentía como esa niña que, cuando está enferma, su mamá le cuida. Y yo me sentía muy cuidada por el Señor. Y, cuando de repente me cura, me sentí como si me soltara de la mano. Me sentí tan triste, que yo iba a Misa por inercia. Rezaba por inercia. ¡No sentía nada! De hecho, mi hija mayor Cintia, me decía: “Mamá, ¿te pasa algo? ¿Te he hecho algo? ¿Estás enfadada con nosotros?” Y yo decía: “No, hija”. “Mamá, tú estás muy mal, estás muy rara. Desde que estás curada, estás muy mal, mamá”. Y yo: “No, hija. Es simplemente que me estoy haciendo a la idea”.

¡Pasó como un mes y medio de oscuridad, con una sensación de vacío, de alejamiento de Dios, que no me consolaba nada! Y al mes y medio, entro en la iglesia San Antón, y había una monjita que entraba en el convento. Recuerdo que estaba la iglesia abarrotada de gente. Y yo veía a la novicia, todo lleno de gente, y yo estaba de pie, insípida total. Y hubo un momento que yo pensé: “Bueno, Señor. Por lo menos, ¡otra alma para Ti!”. Y cuando salí de la iglesia, ¡volví a ser yo! Me sentí otra vez yo. Y es como si, yo oí en mi corazón al Señor que me decía, que yo tenía que decir al mundo ya no el milagro, ya no solo mi curación, sino que, a través del milagro y de la curación, es que en esos momentos de oscuridad, en esos momentos que tenemos todos de bajón, esos momentos en que te cuestionas tantas cosas, esa tristeza que a veces te puede invadir... que, mientras llega la razón, que usemos el corazón. Mientras llega la conversión nueva del corazón, que usemos la razón. Lo que me pasó a mí con lo de la novicia, que yo pensé “otra alma para Ti, Señor”. Ese es el mensaje que a mí me dice mi corazón, que tengo que transmitir y que tengo que decir. Que si hay que hablar del milagro, se habla del milagro. Pero lo más importante es decirle a todo el mundo que, cuando haya esos

momentos, que no nos preocupemos porque esos bajones son normales, esas noches oscuras son normales. Y, sobre todo, manifestarle a la gente que tiene que ser horrible estar en el infierno sin sentir a Dios.

P.: El Señor primero te dejó experimentar el sufrimiento físico, y además un sufrimiento físico muy grande. Y, cuando el sufrimiento físico había desaparecido, que parecía que ya tu vida iba a ser un camino de rosas, descubriste que mucho más doloroso que el sufrimiento físico es la falta de Dios. Porque a mucha gente se le llena diciendo: “No, si mientras tengamos salud... Eso es lo importante”. Y, sin embargo, a usted el Señor le dijo: “Lo más importante no es la salud. Lo más importante es que tengas fe y estés unida a Mí”. Y mucho más doloroso es no tener a Dios, que la falta de salud; significa que tú lo has pasado mal.

M.M.: ¡Eso es, eso es! Lo ha sabido decir usted exactamente. ¡Ese es el mensaje! ¡Ese es el mensaje! ¡Eso es lo que yo quiero decirle a la gente!

P.: Ciertamente, es una luz muy grande, porque cuando una persona recibe una gracia como la suya, el riesgo es que, pasado un tiempcito, empiece a apartarse de Dios, casi sin darse ni cuenta. Porque ahora puede hacer cosas que antes no podía, y ahora voy por aquí, y ahora voy por allá... Y hay gente a la que una sanación, hablo a nivel natural, sin intervención de un milagro, se cura de una enfermedad que le había postrado en cama y que le había acercado a Dios. Recupera la salud y pierde la fe, porque la desperdicia o porque la pone en peligro. Y a ti el Señor te quiso avisar antes de que dieras un paso en falso, para que tuvieras la experiencia firme de decir: “Es que lo más importante no es la salud”.

M.M.: Sí, esa es la cosa. Ha sido así. Esa experiencia de sentir ese vacío tan grande, esa soledad... es que no se puede explicar. ¡Prefería morirme! Así que eso es lo más importante del milagro. ¡Esta parte!” [\[352\]](#)

* * *

Solo la autoridad de la Iglesia puede valorar las gracias que, como esta, se siguen atribuyendo a la Virgen en Garabandal hasta hoy. Entre tanto, las apariciones se han convertido ya para muchos files en un signo de esperanza; un signo de la presencia cercana y maternal de la Virgen junto a la Iglesia, capaz de sostener, sanar y encaminar los corazones a Dios. La constatación de esta consoladora realidad es la mejor conclusión de esta historia viva y real que continúa aún hoy. Es un hecho. Y cada vez más personas hacen suyas las palabras de San Pablo VI a Xavier Escalada en 1966; para todos ellos, Garabandal es sencillamente *una segunda vida de la Virgen en la tierra y no hay palabras para agradecerlo*.

H.U.SAN CECILIO - SERVICIO DE REUMATOLOGIA
INFORME CLÍNICO DE REUMATOLOGÍA

Realizado el 16/07/2013 12:32:38

PACIENTE: MORENO VALLDEPEREZ, MONSERRAT HHCC:170225

Sexo: Mujer EN AFHM FIGURAN AQUÍ LOS DATOS PERSONALES DEL PACIENTE

INFORME CLÍNICO DE REVISIÓN

Fecha 16-07-2013

Paciente MONSERRAT MORENO VALLDEPEREZ

Edad 47

HHCC 170225

ANTECEDENTES:

hernias discales mediales diagnosticada en Neurocirugia. Ulcus duodenal Dx hace muchos años. Artroscopia rodilla derecha. Alergia a Augmentine.

EVOLUCIÓN CLÍNICA:

En seguimiento en consulta con los diagnósticos de Espondiloartropatia seronegativa HLA B27+. Espondiloartrosis. Gonartrosis, acude a revisión refier eestar asintomática, no ha precisado tomar AINES en el último año. No artritis, ni manifestaciones extraarticulares asociadas

RESULTADOS PRUEBAS SOLICITADAS:

Analítica: VSG: 8, PCR normal

PRUEBAS QUE SE SOLICITAN:

Analítica

JUICIO CLÍNICO:

Espondiloartropatia seronegativa HLA B27+ sin actividad (en remisión). Espondiloartrosis. Gonartrosis.

TRATAMIENTO:

- Paracetamol 1g: 1 comp cada 8 horas si dolor leve-moderado
EXXIV 90 mg : 1 comp en cena si precisara
OMEPRAZOL 20 mg: 1 capsula al día si molestias gástricas
DIAZEPAM 5 mg: 1 comp al acostarse en las epocas de mayor dolor y/o contractura muscular (si toma Diazepam durante el día no debe conducir coche).

REVISIÓN: SI 1 año

Firmado/Vº Bueno:

EN EL AFHM, FIGURAN AQUÍ EL NOMBRE COMPLETO DE LA DOCTORA QUE EMITE ESTE INFORME.

MORENO, M., "Informe médico (16.VII.2013)" en MORENO, M., *Documentación médica personal*, Granada 2013; *Id.* en AFHM, *Curaciones atribuidas a las apariciones de Garabandal*, Garabandal 2017.

La investigación de Teología Histórica de este libro no pretende prevenir el juicio sobre Garabandal que compete únicamente a la Autoridad de la Iglesia. A él se someten estas páginas, cuyo objetivo es única y exclusivamente reunir los testimonios acerca de los sucesos ocurridos en San Sebastián de Garabandal entre los años 1961 y 1965.

-
- [1] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *STh*, II-II, q. 174, a.6 ad. 3.
- [2] GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J, “Introducción Teológica” en CABRERA, C., *Sacerdotes de Cristo*, México 2009, 24.
- [3] RAHNER, K., *Visiones y profecías*, San Sebastián 1956, 36.
- [4] SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Evangelium Matthaei*, 11,13, Neapoli 1858, 102; Cf. también Conc. Vat. II, *Dei Verbum*, 8.
- [5] Cf. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J, “Introducción Teológica” en CABRERA, C., *Sacerdotes de Cristo*, México 2009, 27.
- [6] SAN JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Novo Milenio Ineunte* (6.I.2001), 27: *AAS* 93 (2001), 283.
- [7] SAN PABLO VI, *Encíclica Ecclesiam suam* (6.VI.1964), 13: *AAS* 56 (1964) 623-624.
- [8] Cf. PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNACIONAL, *Orientaciones doctrinales y competencias del Obispo Diocesano y de la Congregación para la Doctrina de la Fe en el discernimiento sobre las apariciones marianas*, Lourdes 2008, 8.
- [9] Cf. PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNACIONAL, *Orientaciones doctrinales y competencias del Obispo Diocesano y de la Congregación para la Doctrina de la Fe en el discernimiento sobre las apariciones marianas*, Lourdes 2008, 8.
- [10] BENEDICTO XVI, *Exhortación Apostólica “Verbum Domini” sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia*, Roma 2010, 14: *AAS* 102 (2010) 696.
- [11] *Id.*
- [12] *Ib.*, 14. Un desarrollo de este particular puede encontrarse en GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J., “Las apariciones de la Virgen María”, o. c. en nota 6, 435.
- [13] MONS. PUCHOL MONTIS, V., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (17.III.1967)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial de la Diócesis de Santander*, Santander 1967 (I-III) 35.
- [14] GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J., “Las apariciones de la Virgen María en la vida de la Iglesia y en la vida del Cristiano”, *Estudios Marianos* 75 (2009) 428; Cf. HAUKE, M., *Introducción a la Mariología*, Madrid 2015, 262.
- [15] MONS. PUCHOL MONTIS, V., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (17.III.1967)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial de la Diócesis de Santander*, Santander 1967 (I-III) 35; CIRARDA, J. M., “Comunicación del Obispado de Santander (España) a sus hermanos en el Episcopado, sobre las supuestas apariciones de la Santísima Virgen en San Sebastián de Garabandal” en OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 13-18.
- [16] CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I.34.

- [17] OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, I, 35. Al citar los diversos autores, remitiéndonos a sus citas anteriores, evitaremos la repetición de referencias innecesarias.
- [18] Cf. MONS. BEITIA ALDAZÁBAL, E., “Nota Oficial sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (7.X.1962)” en *Boletín Oficial del Obispado de Santander*, Santander 1962 (XI) 242.
- [19] MORALES NORIEGA, L. (Dr.), “Conferencia sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Columbus (Ohio) 1984, 2.
- [20] CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I.34.
- [21] MONS. VILAPLANA, J., “Informe sobre el proceso eclesial de las apariciones de Garabandal (1993)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I.36.
- [22] POO SAN ROMÁN, J., “En torno a lo de San Sebastián de Garabandal” en *Diario Montañés*, 27.X.1961, en AFHM, *Colección de prensa* (1961).
- [23] JULIANI, M. J., “Recuerdos de las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Madrid 2015, 2.
- [24] ÁLVAREZ SECO, J., “Memoria sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentación sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Barcelona 1969, 2; PÉREZ, R., Garabandal. *El pueblo habla*, Burgos 1991, 369; Cf. GARCÍA DE PESQUERA, E., *Se fue con prisas a la montaña. Los hechos de Garabandal (1961-1965)*, Santander 2004, 18. Citado de DE LA VEGA, Dr. J., “Reportaje Garabandal” en *El Pensamiento Alavés*, Vitoria 1962; Cf. SÁNCHEZ-VENTURA, F., *El interrogante de Garabandal*, Zaragoza 1970, 133; Cf. LAFFINEUR, M. - LE PELLETIER, M.T., *La estrella en la montaña*, Tiel 1967, 27.
- [25] Cf. LAFFINEUR, M., *La estrella en la montaña*, Tiel 1967, 11; SIERRA, M., “La explanación de la carretera de Cosío a San Sebastián de Garabandal, terminada” en *Diario Montañés*, Santander 2.VII.1971; LÓPEZ DE SAN ROMÁN, J. L., *La verdad sobre Garabandal*, Valladolid 2012, 2.
- [26] LIAÑO, B., “Para los que no hemos nacido en la montaña de Cantabria” en AFHM, *Artículos de divulgación de las apariciones de Garabandal*, San Sebastián de Garabandal 2016, 1. Al parecer, el baile de los *picayos* fue introducido en la aldea con posterioridad al tiempo de las apariciones. Cf. LIAÑO, B., *Carta al autor*, Sevilla 16.III.2019, 1.
- [27] LAFFINEUR, M., *La estrella en la montaña*, Tiel 1967, 27.
- [28] El maestro del pueblo no era don Vitoriano, como afirman algunas fuentes. “Según testimonio de Francisco García Bañuelos el maestro en tiempo de las apariciones se llamaba don Pepe”. LIAÑO, B., *Carta al autor*, Sevilla 16.III.2019.
- [29] GONZÁLEZ, C., *Diario*, New York 1967, 16; Cf. KELLY, E., *A Walk to Garabandal*, Brookings 2014, 14.
- [30] La vidente escribe deficientemente, haciendo notar la escasa formación recibida en la precaria escuela rural.
- [31] GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la vida interior*, Madrid 1995, vol. II, 1111.
- [32] LUCÍA DE FÁTIMA, *Memorias*, Fátima 1999, 74; Cf. CARMELO DE COÍMBRA, *Un camino bajo la mirada de María. Biografía de la Hermana María Lucía de Jesús del Corazón Inmaculado*, Burgos 2016, 277 y 57.
- [33] Cf. DÍEZ CANTERO, J., “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 248.
- [34] Cf. LIAÑO, B., *Carta al autor*, Sevilla 16.III.2019; Cf. ROMAN-BOCABELLE, C., *El misterio de Garabandal*, Barcelona 1987, 51.
- [35] A principios de 1961 falleció Mons. Eguino y Trecu, Obispo de Santander. Su Obispo auxiliar, Mons. Fernández, al comenzar las apariciones regía la Diócesis en calidad de Administrador Apostólico.
- [36] Cf. OFICINA DE JUSTIFICACIÓN DE LA DIFUSIÓN, *Información y control de publicaciones*. introl.es (consultado el 10.III.2015); Cf. *La prensa gráfica y el fotorreporterismo: la Gaceta Ilustrada*, 410 y 444.
- [37] POO SAN ROMÁN, J., “Supuestas apariciones” en *La Gaceta Ilustrada*, nº 265, Barcelona, 4.XI.1961, 28-29.
- [38] POO SAN ROMÁN, J., “En torno a lo de San Sebastián de Garabandal (I)” en *Diario Montañés*, 26.X.1961, en AFHM, *Colección de prensa* (1961).
- [39] GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la vida interior*, Madrid 1995, vol. II, 1107; Cf. ROYO-MARÍN, A., *Teología de la Perfección Cristiana*, Madrid 1958, 673.
- [40] POCH SOLER, J., “¿Qué pasa en la aldea santanderina de San Sebastián de Garabandal?” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 291 (20.IV.1966) 2; en AFHM, *Colección de prensa* (1966).
- [41] Esta entrevista, concedida a Telecabarga (Cantabria), fue emitida los días 2 y 9 de enero de 2002. Cf. DE LA RIVA, J. R., *Memorias de un cura en Garabandal*, Santander 2011, 100.
- [42] Cf. ROYO-MARÍN, A., *Teología de la perfección cristiana*, Madrid 1958, 846.
- [43] GARCÍA, M. N., “Agenda de Burgos” en AMNG, *Agendas sobre Garabandal*, Burgos 1966-1967.
- [44] HANRATTY, B., “The Heart of Christ at Garabandal” en *NEEDLES*, Minnesota 1977, X.
- [45] POO SAN ROMÁN, J., “Supuestas apariciones” en *La Gaceta Ilustrada*, nº 265, Barcelona, 4.XI.1961, 26.
- [46] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo*, I. II, c. XXXI, 2.
- [47] MONROY, J. A., *El mito de las apariciones*, Tánger 1963, 88.
- [48] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra*, Madrid 2013, 301.
- [49] Cf. VIDAL MARTÍNEZ, C., *Y los suyos, no la recibieron. Estudio e investigación sobre la cronología de las epifanías marianas*, Alcalá de Henares 1988, XIV.
- [50] LIAÑO, B., “Vicente y Oliva” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 4.XI.2015, 1.
- [51] PUNCERNAU, R. (Dr.), “Informe médico sobre las videntes de Garabandal” en AFHM, Barcelona 1974, 14.
- [52] Cf. LIAÑO, B., *Carta al autor*, Sevilla 16.III.2019.
- [53] PORRO CARDEÑOSO, J., (Pseudónimo: DE DIOS, J. M.), *El gran portento de Garabandal: Teología, opiniones críticas y puntualizaciones*, Zaragoza 1969, 81.

- [54] GONZÁLEZ, M., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal (11.XI.2011)” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones (material audiovisual)*, Garabandal 2011, 1.
- [55] ORTIZ, C. (Dr.), “Un médico refuta los reportajes sobre los éxtasis de Garabandal publicados en otras revistas” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 346 (10.V.1967) 10.
- [56] Cf. UNDSSET, S., *Catherine of Siena*, San Francisco 2009, 60; Cf. DE CAPUA, BEATO R., *Vida de Santa Catalina*, Barcelona 1993, cap. V, n. 87.
- [57] Cf. PORRO CARDEÑOSO, J., (Pseudónimo: DE DIOS, J. M.), *El gran portento de Garabandal: Teología, opiniones críticas y puntualizaciones*, Zaragoza 1969, 133.
- [58] CUENCA, J., “Recuerdos de las apariciones” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 28.VIII.2016, 2.
- [59] GONZÁLEZ, S., “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 352.
- [60] GONZÁLEZ, M., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Madrid 2015, 1.
- [61] LIAÑO, B., “Conversación con Manuel Jesús: vecino de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 2016, 1.
- [62] LIAÑO, B., “Testimonios sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 7.XI.2015, 1.
- [63] Cf. TORIBIO, D., “Testimonio sobre Garabandal” en SAAVEDRA, J. L., *Testimonios de los testigos de las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 19.XI.2017, 1.
- [64] GÓMEZ, B., “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 264.
- [65] LIAÑO, B., “Testimonios de los vecinos de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 7.XI.2015, 1-2.
- [66] LIAÑO, B., “Testimonios de los vecinos de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 30.X.2015, 1.
- [67] PORRO CARDEÑOSO, J., (Pseudónimo: DE DIOS, J. M.), *El gran portento de Garabandal: Teología, opiniones críticas y puntualizaciones*, Zaragoza 1969, 99.
- [68] JULIANI, M. J., “Recuerdos de las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Madrid 2015, 3; GUTIÉRREZ, M. R., “Testimonio sobre Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Cosío 7.VI.2016, 2-3.
- [69] GALMÉS BELMONTE, R., “Historia de las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Garabandal.it*, Lumezzane 2013, <http://garabandal.it/es/que-es/las-ninas> (consulta: 2.II.2013).
- [70] Turner, F., “*Conversión de Muriel Catherine*” en WORKS OF OUR LADY OF MOUNT CARMEL OF GARABANDAL, Ontario 2013, <http://www.ourlady.ca/translations/Spanish/murielSp.htm> (consulta: 1.IV.2014).
- [71] Cf. ROJAS, A. M., “Testimonio sobre mi experiencia en Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos sobre Garabandal*, Palencia 17.III.2005, 2.
- [72] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Normas sobre el modo de proceder en el discernimiento de presuntas apariciones y revelaciones*, Vaticano 1978, 1.3.
- [73] Cf. MARCOZZI, V., “Clarividencia” en BORRIELLO y otros, *Diccionario de Mística*, Madrid 2002, 415.
- [74] POCH SOLER, J., “¿Qué pasa en la aldea santanderina de San Sebastián de Garabandal?” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 292 (27.IV.1966) 5; en AFHM, *Colección de prensa* (1967).
- [75] AFHM, *Mercedes Salisachs*, Santander 1962 y ss. Mercedes Salisachs ganó en 1975 el Premio Planeta; en 1983 el Premio Ateneo de Sevilla; en 1999 la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio; en 2004 el Premio Fernando Lara. Cf. VIDAL FOLCH, I., “Fallece la escritora Mercedes Salisachs a los 97 años en Barcelona” en *El País*, Madrid 9 de mayo de 2014.
- [76] LIAÑO, B., “El escapulario de la novia” en AFHM, *Garabandal.it*, <http://www.garabandal.it/es/que-es/anecdota/856-el-escapulario-de-la-novia?tmpl=component&print=1&layout=default&page=> (consulta: 2.II.2017).
- [77] MAZÓN, M., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal” en LIAÑO, B., “Testimonios de los vecinos de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 30.VIII.2015, 1-3; Cf. MAZÓN, B. – MAZÓN, L., “Anécdotas del tiempo de las apariciones y vida cotidiana en Garabandal” en *Id.*
- [78] LIAÑO, B., “Conversación con David Toribio sobre las apariciones de la Virgen en Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal*, Garabandal 28.VII.2015, 1.
- [79] GALMÉS BELMONTE, R., “Historia de las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Garabandal.it*, Lumezzane 2013, <http://garabandal.it/es/que-es/las-ninas> (consulta: 2.II.2013); GUTIÉRREZ, M. R., “Testimonio sobre Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Cosío 7.VI.2016, 2.
- [80] AVELINA GONZÁLEZ, “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 324.
- [81] Cf. ALBRIGHT, J. M., *Our Lady at Garabandal*, Ohio 1992, 18.
- [82] Cf. AVELINA GONZÁLEZ, “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 324; Cfr. SÁNCHEZ-VENTURA, F., *El interrogante de Garabandal*, Zaragoza 1965, 114.
- [83] Cf. LORING, J., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos sobre Garabandal*, Garabandal 2012, 1.
- [84] Cf. PÉREZ, R., *Garabandal. El pueblo habla*, Burgos 1991, 25.
- [85] MONS. FERNÁNDEZ, D., “Nota Oficial sobre los sucesos de Garabandal (26.VIII.1961)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial del Obispado de Santander*, Santander 1961 (VIII) 154.
- [86] ROJAS, A. M., *Carta al autor*, 12.IX.2013.
- [87] Cf. cap. I, *La primera aparición de la Virgen*.
- [88] GALMÉS BELMONTE, R., “*Posición de la Iglesia respecto a Garabandal*” en FUNDACIÓN HM, *www.garabandal.it*, Lumezzane 2013.

- [89] ÁLVAREZ SECO, J., “Memoria sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentación sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Barcelona 1969.
- [90] *Diario de Conchita*, 46.
- [91] DE DIOS, J. M., *El gran portento de Garabandal: Teología, opiniones críticas y puntualizaciones*, Zaragoza 1969, 81.
- [92] GALMÉS BELMONTE, R., “Posición de la Iglesia respecto a Garabandal” en FUNDACIÓN HM, www.garabandal.it, Lumezzane 2013.
- [93] Cf. POO SAN ROMÁN, J., “El Doctor Morales defendió las apariciones de Garabandal” en *Diario Montañés*, 1.VI.1983, 1 en AFHM, *Colección de prensa* (1983).
- [94] MORALES NORIEGA, L. (Dr.), “Conferencia sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Columbus (Ohio) 1984, 2.
- [95] ROJAS, A. M., *Carta al autor*, 12.IX.2013.
- [96] Cf. GARCÍA DE LA RIVA, J. R., *Memorias de un cura de aldea en Garabandal*, Santander 2011, 197.
- [97] MONS. FERNÁNDEZ, D., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (XI.1961)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial de la Diócesis de Santander*, Santander 1961 (XI) 214; OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 22-23.
- [98] CDF, *Normas sobre el modo de proceder en el discernimiento de presuntas apariciones y revelaciones*, Roma 1978, II.1.
- [99] ANDREU, R. M., Nota 79 en GONZÁLEZ, C., *Diario*, New York 1967, 65.
- [100] PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNACIONAL, *Orientaciones doctrinales y competencias del Obispo Diocesano y de la Congregación para la Doctrina de la Fe en el discernimiento sobre las apariciones marianas*, Lourdes 2008, 12.
- [101] Cf. GONZÁLEZ COSÍO, M., “Testimonio de Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 2010, 4; Cf. GARCÍA DE PESQUERA, E., *Se fue con prisas*, Santander 2004, 409.
- [102] GONZÁLEZ, F., “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 311.
- [103] LIAÑO, B., “Extracto del testimonio de Josefina Cuenca” en *Garabandal.it, Yo vi la comunión entera*, Garabandal 2015, 1.
- [104] CUENCA, J., “Recuerdos de las apariciones” en AFHM, *Testimonios 2014-2017*, Garabandal 2015, 2.
- [105] DAMIANS, A., “Reportaje de circunstancias excepcionales y hechos sobrenaturales vividos en San Sebastián de Garabandal” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Barcelona 1963, 4.
- [106] GÓMEZ, B., “Testigo de Garabandal” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 266.
- [107] LIAÑO, B., “Testimonios de los vecinos de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 7.XI.2015, 1.
- [108] JULIANI, J. A., “Recuerdos de las apariciones de Garabandal” en LIAÑO, B., “Testimonios de los vecinos de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Madrid 22.VIII.2015, 1.
- [109] CUENCA, D., “Recuerdos de las apariciones” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 28.VIII.2016, 2.
- [110] GONZÁLEZ, M., “Recuerdos de las apariciones” en AFHM, *Testimonios de los testigos de Garabandal (1961-1965)*, Garabandal 28.VIII.2016, 3.
- [111] HERVÁS, J., *Razones para creer hoy en las apariciones de Garabandal*, GARABANDALNEWS 21.XI.2018.
- [112] *Id.*
- [113] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (11.x.1992), Roma 1992, 211.
- [114] *Diario de Conchita*, 99.
- [115] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 201.
- [116] VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei*, Madrid 2009, 197-198.
- [117] SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. XXXII.
- [118] PERO-SANZ, J. M., *Aguardando el Cielo: en torno a la Esperanza*, Madrid 2013, 52.
- [119] GUTIÉRREZ SOLANA, M., *El Cura de Ars*, Vitoria 1998, 15.
- [120] *Diario de Conchita*, 99.
- [121] *Id.*
- [122] PESQUERA, 2004, 541.
- [123] *Id.*
- [124] *Id.*
- [125] *Diario de Conchita*, 99.
- [126] MAZÓN, M. D., “Nota (19.VI.1962)” en AFHM, *Manuscritos de las videntes*, Garabandal 1962.
- [127] LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 205.
- [128] IGLESIAS, M., *La Palabra y las palabras. Pequeño vocabulario hebreo para uso espiritual*, Madrid 2013, 16.
- [129] RATZINGER, J., *Gott und die Welt*, München 2000, 180 (citado de BENEDICTO XVI, *Dios y el mundo*, Barcelona 2005, 173); IGLESIAS, M., *La Palabra y las palabras. Pequeño vocabulario hebreo para uso espiritual*, Madrid 2013, 16.
- [130] *Diario de Conchita*, 42.
- [131] LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 204.

- [132] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 210.
- [133] *Id.* La Sagrada Escritura también presenta un *castigo condicionado* en diversos lugares: Jonás es enviado a anunciar a Nínive su inminente destrucción; pero la ciudad hace penitencia y la profecía es cancelada: “Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos... Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo” (Jonás 3,5-10). También Jesucristo realiza una profecía condicionada, ofreciendo el fundamento bíblico más sólido a Garabandal: «*Si no hacéis penitencia -dice Jesús- todos pereceréis*» (Lc 13,3). «*Si no cambiamos -se repite en Garabandal- nos vendrá un castigo*».
- [134] APECITI, E., “Paolo VI: 1963-1978” en TOSCANI, X. (dir.), *Paolo VI. Una biografía*, Brescia 2014, 366; WILTGEN, R.M., *El Rin desemboca en el Tíber. Historia del Concilio Vaticano II*, Madrid 1999, 111.
- [135] Cf. ORTIZ DE URBINA, I., *Histoire des Conciles Oecuméniques. I. Nicee et Constantinople*, Paris 1962, 182; Cf. http://www.canalsocial.net/GER/ficha_GER.asp?id=9148&cat=historiaiglesia (consulta: 13.V.2013); Cf. CAMELOT, T., *Éfeso y Calcedonia*, Vitoria 1971, 146; Cf. <http://www.cv2.juantejero.com/protagonistas-del-concilio/padres-conciliares/> (consulta: 13.V.2013).
- [136] Cf. MONS. BEITIA ALDAZÁBAL, E., “Nota Oficial sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (7.X.1962)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial del Obispado de Santander*, Santander 1962 (XI) 242.
- [137] PESQUERA, 487 y ss.
- [138] Cf. LIAÑO, B., *Carta al autor*, Sevilla 16.III.2019.
- [139] ROYO-MARÍN, A., *Teología de la perfección cristiana*, Madrid 1958, 673.
- [140] SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, c. XXVII.
- [141] GARRIGOU-LAGRANGE, R., *Las tres edades de la vida interior*, Madrid 1995, vol. II, 1185.
- [142] *Diario de Conchita*, 72.
- [143] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo*, 1. II, c. XXXI, 2; Cf. -, *Llama de amor viva*, Canc. I, v. 1.
- [144] GUERRA, M., *La guerra de don Manuel*, Madrid 2018, 264.
- [145] CARD. RATZINGER, J., “Comentario Teológico” en CDF, *Documentos sobre «El Mensaje de Fátima»*, 26.VI.2000: Enchiridion Vaticanum 19, n. 974-1021.
- [146] GUERRA, M., *La guerra de don Manuel*, Madrid 2018, 264.
- [147] LANÚS, S., *Carta al autor*, 8.VI.2013; Cf. LÓPEZ DE SAN ROMÁN, *Carta al autor*, 14.II.2013.
- [148] BENEDICTO XVI, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Bilbao 2016, 282.
- [149] CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, 1.34.
- [150] BENEDICTO XVI, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Bilbao 2016, 283.
- [151] MONTILLA, J., “La construcción de una aparición” en MONTILLA, J., *Visual arts*, Barcelona 2013, <http://www.juliamontilla.com/work/la-construccion-de-una-aparicion/>; Cf. MONTILLA, J., *Perplexitat*, Barcelona 2013, 5; CORTEVILLE, F., “Garabandal” en *L'Impartial*, Paris XI-XII (1970), n. 31; Cit. en GARCÍA DE PESQUERA, E., *Se fue con prisas*, Santander 2004, 381; LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra*, Madrid 2013, 201.
- [152] GARCÍA, M. N., *Carta al autor*, Madrid 3.I.2014, 1.
- [153] MADRE MARÍA DE LAS NIEVES GARCÍA, *Carta al Autor*, 3.I.2014.
- [154] Cf. COURTOIS, S. (Ed.), *Le Livre noir du communisme: Crimes, terreur, répression*, Paris 2000.
- [155] «*Homo homini Deus*» FEUERBACH, L., *Erläuterungen und Ergänzungen zum Wesen des Christentums*, in SA, VII, 325.
- [156] MARX, K., “*Zur Kritik der hegelischen Rechtsphilosophie. Einleitung*”, in MARX, K. - ENGELS WERKE, F., Dietz, Berlin 1957-1969, II, 378; PAREDES, J., “*De Fátima a Garabandal*” en DIARIO YA, Madrid 19.X.2013, www.diarioya.es (consultado el 28.X.2013).
- [157] *Id.*
- [158] CARD. RATZINGER, J., *Situación actual de la Fe y la Teología: Conferencia en el encuentro de Presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la Doctrina de la Fe*, Guadalajara (México) 1996; <http://www.aciprensa.com/Docum/rat96.htm> (consultado el 23.XI.2013).
- [159] CARD. RATZINGER, J., “Comentario Teológico” en *Documentos sobre «El Mensaje de Fátima»*, 26.VI.2000.
- [160] LANÚS, S., *Muere Joey Lomangino*, Buenos Aires 2014, www.virgendegarabandal.com (consulta: 7.X.2014).
- [161] PERO-SANZ, J. M., *Aguardando el Cielo: en torno a la Esperanza*, Madrid 2013, 52; Cf. GUTIÉRREZ SOLANA, M., *El Cura de Ars*, Vitoria 1998, 15.
- [162] Cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, XXXII; Cf. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei*, Madrid 2009, 197.
- [163] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 200-201.
- [164] Las casas eran aproximadamente setenta. Cf. ÁLVAREZ SECO, J., “Memoria sobre Garabandal” en AFHM, *Testimonios recientes sobre Garabandal*, Barcelona 1969, 2; Cf. DE LA VEGA, Dr. J., “Reportaje Garabandal” en *El Pensamiento Alavés*, Vitoria 1962.
- [165] POCH SOLER, J., “¿Qué pasa en la aldea santanderina de San Sebastián de Garabandal?” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 291-292 (20-27.IV.1966) 2.
- [166] J., S., “Garabandal” en *Le Monde et La Vie*, VIII (1965).
- [167] FONTANEDA, A., *Carta al P. Andreu*, Aguilar de Campoo 1965, 1.
- [168] CARMELO DE COÍMBRA, *Un camino bajo la mirada de María. Biografía de la Hermana María Lucía de Jesús del Corazón Inmaculado*, Burgos 2016, 277 y 57. Esta obra, escrita tras la muerte de Sor Lucía por sus hermanas del Convento Carmelita de Coimbra, es una de las biografías más importantes sobre la vidente, con los recuerdos transmitidos por ella durante más de 50 años a la comunidad.

- [169] LUCÍA DE FÁTIMA, *Memorias*, Fátima 1999, 74
- [170] ÁLVAREZ SECO, J., “Memoria sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentación sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Barcelona 1969; Cf. MORALES NORIEGA, L. (Dr.), “Conferencia sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Columbus (Ohio) 1984, 2.
- [171] ROJAS, A. M., *Carta al autor*, Palencia 23.XII.2013, 1.
- [172] ROVIRA, J. M., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Testimonios sobre Garabandal*, San Sebastián de Garabandal 2014, 2.
- [173] La entrevista entre Rodrigo y Conchita tuvo lugar el 4 de noviembre de 1965. RODRIGO, L., Carta al P. Ramón M. Andreu, S.J., Comillas 13.XI.1965.
- [174] ROVIRA, J. M., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, 2; Cf. ROMAN-BOCABEILLE, C., *El misterio de Garabandal*. Ver también GARCÍA DE PESQUERA, E., *Se fue con prisas*, Santander 2004, 558, nota 9.
- [175] Cf. MONS. DEL VAL, J. A., “Testimonio audiovisual sobre Garabandal” en TUBBERTY, M., *Garabandal: The Eyewitnesses*, Auckland 1996 (audiovisual).
- [176] SAN PABLO VI, *Exhortación Apostólica Quinque iam anni* (8.XII.1970): *AAS* 63 (1971) 98. El Papa insistió sobre esta cuestión. Ver, por ejemplo: SAN PABLO VI, *Carta Encíclica Mysterium Fidei* (3.IX.1965), *Sollicitudinis pastoralis et anxietatis causae: AAS* 57 (1965) 755; SAN PABLO VI, *Audiencia General*, Vaticano 8.V.1968.
- [177] SAN JUAN PABLO II, *Encíclica Veritatis Splendor* (6.VIII.1993), 4: *AAS* 85 (1993) 1136-1137. La cursiva es del original.
- [178] IOR -*Instituto per le Opere di Religione*- es el Banco del Estado Vaticano. BENEDICTO XVI, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Bilbao 2016, 270.
- [179] MAZÓN, M. D., “Nota (19.VI.1962)” en AFHM, *Manuscritos de las videntes*, Garabandal 1962.
- [180] LANÚS, S., *Carta al autor*, Buenos Aires 2.VIII.2013, 1.
- [181] CABEZA FUENTES, J. R., “Un antes, un después y un hoy” en PARROQUIA DE GARABANDAL, *Web Oficial*, www.garabandalparroquia.com (consulta: 24.XI.2014).
- [182] LABARGA GARCÍA, F., “La tradición mariofánica española”, *Estudios Marianos* 72 (2009) 53.
- [183] MIGUEL, A., *El secreto que guía al Papa. La experiencia de Fátima en el pontificado de Juan Pablo II*, Madrid 2001, 96.
- [184] Cf. MONS. BEITIA ALDAZÁBAL, E., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (8.VII.1965)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial de la Diócesis de Santander*, Santander 1965 (VII) 180-182.
- [185] LUNA, L. J., *Garabandal*, Zaragoza 1972, 16-17.
- [186] APOSTOLIDES, A. (Dr.), “Carta a Materne Laffineur” en LAFFINEUR, M., *La estrella en la montaña*, Tielt 1967, 149.
- [187] KELLY, E., “*Twice Cured*” en *GARABANDAL JOURNAL*, Minnesota 1991, X-XII, 10-13; KELLY, E., “*Two unexpected healings of Garabandal: the case of Menchu Mendiola*” en WORKS OF OUR LADY OF MOUNT CARMEL OF GARABANDAL, Ontario 2013, <http://www.ourlady.ca/translations/Spanish/frBenacSp.htm> (consulta: 17.VI.2017). Kelly transcribe el testimonio de una entrevista con la joven realizada por Plácido Ruiiloba, testigo de numerosos sucesos de Garabandal y confidente de las videntes; KELLY, E., *A Walk To Garabandal*, Brookings-Orlando 2017, Appendix I, 251.
- [188] GARCÍA, M. N., “Agenda de Burgos” en AMNG, *Garabandal*, Burgos 1966-1967, 17 y 67.
- [189] GARCÍA INZA, J., “*Garabandal, Pablo VI y Juan Pablo II*” en RELIGIÓN EN LIBERTAD, 25.II.2013, <http://www.religionenlibertad.com/articulo.asp?idarticulo=27863> (consulta: 19.IX.2013).
- [190] HERVÁS, J., “Más acerca de la carta enviada por Padre Pío a Garabandal” en *GARABANDAL NEWS* 4.I.2019; HERVÁS, J., “The Original Letter Of Padre Pío To The Seers Of Garabandal” en *GARABANDAL NEWS*, 2.XI.2018, <https://garabandalnews.org/2018/11/02/the-letter-of-padre-pio-to-the-seers-of-garabandal/> (consultado el 25.III.2019).
- [191] ZAVALA, J. M., “*Padre Pío sobre Garabandal: «¡Certo è vero!»*” en RELIGIÓN EN LIBERTAD, 31.VIII.2013, www.religionenlibertad.com (consulta: 7.X.2014)
- [192] LAS NOTICIAS. MÉXICO, <http://www.lasnoticiasmexico.com/39262.html> (consulta: 20.IX.2013).
- [193] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 179.
- [194] Cf. LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 179.
- [195] LANÚS, *Carta al autor*, 18.IX.2013.
- [196] LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 244.
- [197] MATEO-SECO, L. F., *Fe y visiones en la literatura espiritual del Siglo de Oro español*, *Estudios Marianos* 75 (2009) 133.
- [198] FRANCOIS, R., *So sprach Maria in Garabandal: die Ereignisse von Garabandal in Theologischer Sicht*, Meersburg 1982., 151. [El problema de las dudas y negaciones o contradicciones de las videntes de Garabandal]. El autor, experto en Teología, analiza el caso y lo compara con el de Santa Teresa de Jesús, Santa Catherine Labouré o Santa Bernadette Soubirous.
- [199] LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 243.
- [200] GONZÁLEZ, C., “Puntualizaciones de Conchita González, una de las videntes de Garabandal” en BRIZZI, D.A., Notary Public. State of New York, Glendale 9.XI.1982, 3; en AFHM, *Documentación de las videntes de las apariciones de Garabandal*, .
- [201] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 137.
- [202] GARCÍA, M. N., “Mis recuerdos de Conchita en el colegio de Burgos (1966-1967)” en LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra. Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013.
- [203] OTTAVIANI, A., “Carta al Obispo de Santander Mons. Vicente Puchol Montis (7.III.1967)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 33.
- [204] MONS. PUCHOL MONTIS, V., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (17.III.1967)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín*

Oficial de la Diócesis de Santander, Santander 1967 (I-III) 35.

[205] SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. XXX, 8.

[206] TURNER, F., “El problema de las dudas y negaciones o contradicciones en las videntes de Garabandal” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, V.9.

[207] LAURENTIN, R., *La presencia de María*, Madrid 2014, 256-257; Cf. PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 169.

[208] CRAPEZ, E., *La venerable Catherine Labouré*, Gabalda 1911, 41.

[209] Cf. DE SAINT STANISLAS, G., La séraphique vierge de Lucques: Gemma Galgani, Mignard, 83.

[210] SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. III.

[211] CARMELO DE COÍMBRA, *Un camino bajo la mirada de María. Biografía de la Hermana Lucía*, Burgos 2016, 194.

[212] TURNER, F., “El problema de las dudas y negaciones o contradicciones en las videntes de Garabandal” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, V.10.

[213] LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 243.

[214] MONS. PUCHOL MONTIS, V., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (17.III.1967)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial de la Diócesis de Santander*, Santander 1962, I/III, 35

[215] DE LA RIVA, J. R., *Memorias de un cura en Garabandal*, Santander 2011, 64; KELLY, E., *A Walk To Garabandal*, Brookings-Orlando 2017, 255.

[216] KELLY, E., *A Walk To Garabandal*, Brookings-Orlando 2017, 284, Cf. PORRO CARDEÑOSO, J., (Pseudónimo: DE DIOS, J. M.), *Garabandal hoy ¿mito o misterio divino?*, Zaragoza 1975, 94.

[217] ALONSO, R., “Testimonio sobre las apariciones de Garabandal (23.IX.2014)” en AFHM, *Informes y documentos sobre las apariciones de Garabandal (1961-1965)*, Santander 2014.

[218] GONZÁLEZ, C., “Puntualizaciones de Conchita González, una de las videntes de Garabandal” en BRIZZI, D.A., Notary Public. State of New York, Glendale 9.XI.1982, 3; en AFHM, *Documentación de las videntes de las apariciones de Garabandal*, .

[219] LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 243.

[220] POCH SOLER, J., “Entrevista con el Dr. Puncernau” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 293 (4.V.1966) 2; en AFHM, *Colección de prensa* (1966).

[221] DOMÍNGUEZ, J., *Entrevista a Conchita y Mons. F. Garmendia (Obispo Auxiliar de Nueva York)*, Nueva York 1981, 23.

[222] PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 187.

[223] PUNCERNAU, R. (Dr.), “Informe médico sobre las videntes de Garabandal” en AFHM, *Informes sobre Garabandal (1961-1965)*, Barcelona 1974, 14.

[224] POO SAN ROMÁN, J., “Las falsas videntes de Garabandal” en *La Gaceta Ilustrada*, nº 548, Barcelona 9.IV.1967, 25; en AFHM, *Colección de prensa* (1967); LOBERA, M., “Las supuestas apariciones en San Sebastián de Garabandal” en *La Gaceta Ilustrada*, nº 265, Barcelona 4.XI.1961, 18-29.

[225] POCH SOLER, J., “El obispado de Santander afirma: «No ha existido ninguna aparición en Garabandal»” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 340 (29.III.1967) 9; en AFHM, *Colección de prensa* (1967).

[226] GUERRA, M., *La guerra de don Manuel*, Madrid 2018, 255-256.

[227] *Ib.*, 259.

[228] LANÚS, S., *El Mensaje de Garabandal*, Buenos Aires 2014, www.virgendegarabandal.com (consultado el 7.X.2014).

[229] POCH SOLER, J., “Entrevista con el Neuropsiquiatra Dr. San Juan...” en *Por Qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona, nº 346 (10.V.1967) 8-9; en AFHM, *Colección de prensa* (1967).

[230] ORTIZ, C. (Dr.), “Un médico refuta los reportajes sobre los éxtasis de Garabandal publicados en otras revistas” en *Por qué. Semanario nacional de sucesos y actualidad*, Barcelona (10.V.1967) n. 346, 16.

[231] CASTAÑEDA, M.A., “¿Otra vez Garabandal?” en *Aquí se cuenta todo*, 1.VI.1970 en AFHM, *Colección de prensa* (1970). También: Cf. SIERRA, M., “La explanación de la carretera de Cosío a San Sebastián de Garabandal, terminada” en *Diario Montañés*, Santander 2.VII.1971; PERAL, F., “Aún colea el lugar de los milagros” en *Alerta*, Santander 12.III. 1970, 2.

[232] ANDREU, R. M., “Puntos principales de la historia de Garabandal” en GONZÁLEZ, C., *Diario*, New York 1967, 118.

[233] KELLY, E., “Carta a Mons. Sánchez Monge, Obispo de Santander” en KELLY, E., *Carta a José Luis Saavedra*, Olsen Lane 2017, 2; Cf. *Ib.*, Anexo: Entrevista con Mons. Juan Antonio del Val (1973), 253.

[234] POO SAN ROMÁN, J., “En torno a lo de San Sebastián de Garabandal (I)” en *Diario Montañés*, 26.X.1961, en AFHM, *Colección de prensa* (1961). En años posteriores Julio Poo volvió a escribir a favor de Garabandal: en *El Diario Montañés*, el 31 de mayo de 1983 (p.2): “El Dr. Morales defendió las apariciones de Garabandal”. Y una serie de artículos positivos en los años noventa.

[235] KELLY, E., *A Walk To Garabandal*, Brookings-Orlando 2017, Appendix I, 253.

[236] S. F., “Nunca hubo apariciones milagrosas en Garabandal” en *ALERTA*, Santander 19.III.1967, 5.

[237] SIERRA, M., “La explanación de la carretera de Cosío a San Sebastián de Garabandal, terminada” en *Diario Montañés*, Santander 2.VII.1971.

[238] LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra*, o. c. en nota 184, 182; PESQUERA, *Se fue con prisas*, 457.

[239] *Id.*

[240] RODRIGO, L., *Carta privada*, Comillas 16.XII.1968.

[241] RODRIGO, L., *Carta a M. Nieves García*, Comillas 14.XI.1968.

[242] Citado por ANDREU, R. M., “Puntos principales de la historia de Garabandal” en *Diario de Conchita*, 118

[243] LOMANGINO, J., *The Testimony of Joey Lomangino*” en WORKS OF OUR LADY OF MOUNT CARMEL OF GARABANDAL, Garabandal.us 2013,

<https://www.garabandal.us/the-testimony-of-joeey-lomangino/> (consultado el 25.III.2019).

- [244] CARD. RATZINGER, J., “Comentario Teológico” en CDF, *Documentos sobre «El Mensaje de Fátima»*, 26.VI.2000: Enchiridion Vaticanum 19, n. 974-1021.
- [245] DOMÍNGUEZ, J., *Entrevista a Conchita González, vidente de Garabandal*, Nueva York 1975.
- [246] CONCHITA GONZÁLEZ, “Carta a Joey Lomangino (8.IX.1971)” en PÉREZ, R., *El pueblo habla*, o. c. en nota 174, 63, nota 71.
- [247] CARD. RATZINGER, J., “Comentario Teológico” en CDF, *Documentos sobre «El Mensaje de Fátima»*, 26.VI.2000: Enchiridion Vaticanum 19, n. 974-1021.
- [248] Cf. SERRE, J., *Garabandal. Apparitions prophétiques de Marie*, Paris 1996, 219-220; OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I, 29.
- [249] SÁNCHEZ-VENTURA, F., “El misterio de Garabandal” en *ABC*, Madrid, 29.IX.1968, 24.
- [250] CIRARDA, J. M., “Comunicación del Obispado de Santander (España) a sus hermanos en el Episcopado, sobre las supuestas apariciones de la Santísima Virgen en San Sebastián de Garabandal” en OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 13-18.
- [251] CARD. SEPER, F., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Cirarda, Obispo de Santander, sobre Garabandal (10.III.1969)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 35-36.
- [252] SÁNCHEZ-VENTURA, F.-MIRANDA, *Reseña del acto celebrado en Garabandal el día de 29 de septiembre de 1967, con motivo de inaugurarse la Capilla dedicada a San Miguel*, Zaragoza 1967, 1-2.
- [253] Cf. HERNÁNDEZ, B., *El Padre Nieto. Una vida para Cristo*, Madrid 1988, 226-228.
- [254] Cf. REY REPISO, J. L., “Correspondencia con Mons. Cirarda sobre Garabandal” en AFHM, *Correspondencia del P. Rey Repiso (1968-1970)*, Palencia 1970; Cf. SERRE, J., *Garabandal. Apparitions prophétique de Marie*, 219-220; Cf. OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I.30.
- [255] DE LA RIVA, J. R., *Memorias de un cura en Garabandal*, Madrid 2011, 438.
- [256] CIRARDA, J. M., “Comunicación del Obispado de Santander (España) a sus hermanos en el Episcopado, sobre las supuestas apariciones de la Santísima Virgen en San Sebastián de Garabandal” en OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 13-18.
- [257] SÁNCHEZ-VENTURA, F., *El interrogante de Garabandal*, Zaragoza 1970, 132.
- [258] PÉREZ, R., *El pueblo habla*, Burgos 1991, 185; WORKS OF OUR LADY OF MOUNT CARMEL OF GARABANDAL, *La última aparición en Garabandal*, New York 2012, <http://www.garabandal.us/spanish/garabandal3.html> (consulta: 25.I.2014).
- [259] SIERRA, M., “La explicación de la carretera de Cosío a San Sebastián de Garabandal, terminada” en *Diario Montañés*, 2.VII.1971, en AFHM, Colección de prensa (1971).
- [260] Cf. VICENTE, R., “64 norteamericanos visitarán próximamente San Sebastián de Garabandal” en *Alerta*, Santander 5.VIII.1972, en AFHM, Colección de prensa (1972); Cf. BEDOYA, J. G., “El milagro de San Sebastián de Garabandal” en *Alerta*, Santander 20.X.1974, en AFHM, Colección de prensa (1974).
- [261] Mons. Cirarda fue después arzobispo de Pamplona hasta su jubilación en 1993. Un periódico en 1979 describe su labor: “MONSEROR CIRARDA.- Al aguerrido arzobispo de Pamplona, tan amigo de meterse en política, tan entusiasta de las homilias-mitin, tan decidido defensor de los ideales etarras, le han montado un número de fuerza en su sede episcopal. Sus irritados feligreses le obligaron a abandonar el templo donde había comenzado a decir misa protegido por la fuerza pública”. *El Imparcial* (1977 Madrid), 4.VII.1979, 17 en BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA, *Hemeroteca Digital*, Madrid 2019, <http://hemerotecadigital.bne.es>. Sus Memorias publicadas después de su muerte y *El País* en 2011 abundan sobre la actividad del Prelado: Cf. BEDOYA, J. G., “El subversivo que se encará a Franco era un... arzobispo. José M. Cirarda...” en *El País*, Madrid 10.VII.2011. Cf. CIRARDA, J. M., *Recuerdos y memorias. De mi ayer a nuestro hoy*, Madrid 2000.
- [262] BEDOYA, J. G., “El milagro de San Sebastián de Garabandal” en *Alerta*, Santander 20.X.1974, en AFHM, Colección de prensa (1974).
- [263] CARRIÓN LÓPEZ, G., *El lado oscuro de María. El gran fraude de las apariciones marianas*, Alicante 1992,110.
- [264] HERVÁS, J., *Razones para creer hoy en las apariciones de Garabandal*, GARABANDALNEWS 21.XI.2018.
- [265] SARACO, M., *Carta de María Rosati, sobre la muerte de su madre Mari Loli, vidente de Garabandal*, Plaistow, http://www.garabandal.org/News/Maria_Rosati_Letter.shtml.
- [266] Cf. GONZÁLEZ, J., “Entrevista sobre las apariciones de Garabandal” en LORING, J., *Las apariciones de Garabandal*, Madrid 1989, 3.
- [267] VIDAL MARTÍNEZ, C., “...Y los suyos, no la recibieron”. *Estudio e investigación sobre la cronología de las epifanias marianas*, Alcalá de Henares 1988, 57.
- [268] PÉREZ, R., *Garabandal. El pueblo habla*, Burgos 1991, 194.
- [269] Cf. MARICHALAR, V., “Interview about the events of Garabandal” en *NEEDLES*, Minnesota 1976, VI.
- [270] KELLY, E., “Twice Cured” en *GARABANDAL JOURNAL*, Minnesota 1991, X-XII, 10-13.
- [271] PÉREZ, R., *Garabandal. El pueblo habla*, Burgos 1991, 171, n.4.
- [272] Ya el 13 de febrero Mons. del Val se expresó displicente al dirigir una breve carta al sacerdote norteamericano Robert J. Fox: “Mi querido Sr. Párroco: El actual Obispo de Santander, está en comunión con los obispos que le precedieron desde el año 1961, quienes negaron el carácter sobrenatural de los acontecimientos de San Sebastián de Garabandal. Al saludarle lo hago con sentimientos de sincera estima y quedo de Ud. afectísimo en Cristo, Juan Antonio del Val Obispo de Santander.” MONS. DEL VAL, J. A., *Carta al sacerdote Robert J. Fox*, Santander 13.II.1978, 1.
- [273] BOCABEILLE, P.-J., *Carta al autor*, Nice 31.VIII.2019; Id., “Les Évêques et Garabandal” en *La Voie du Ciel à Garabandal*, Nice 2014, <http://www.lavoieduciel-garabandal.fr/archives/2014/05/06/29815929.html> (consultado el 10.X.2019).
- [274] BOCABEILLE, P.-J., *Carta al autor*, Nice 31.VIII.2019; Id., “Les Évêques et Garabandal” en *La Voie du Ciel à Garabandal*, Nice 2014, <http://www.lavoieduciel-garabandal.fr/archives/2014/05/06/29815929.html> (consultado el 10.X.2019).
- [275] Cf. POO SAN ROMÁN, J., “El Doctor Morales defendió las apariciones de Garabandal” en *Diario Montañés*, 1.VI.1983, 1 en AFHM, Colección de prensa (1983).

- [276] BONÍN CAVERO, A. F., “Testimonio de mi curación en las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 1979.
- [277] POO SAN ROMÁN, J., “El Doctor Morales defendió las apariciones de Garabandal” en *Diario Montañés*, 31.V.1983, 9 en AFHM, *Colección de prensa* (1983).
- [278] Cf. POO SAN ROMÁN, J., “El Doctor Morales defendió las apariciones de Garabandal” en *Diario Montañés*, 1.VI.1983, 1 en AFHM, *Colección de prensa* (1983).
- [279] Cf. CDF, *Normas sobre el discernimiento de apariciones*, Vaticano 1978, I.A.b.1. y I.B.e.
- [280] MORALES NORIEGA, L. (Dr.), “Conferencia sobre las apariciones de Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Columbus (Ohio) 1984, 2.
- [281] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 1.III.2018.
- [282] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [283] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018.
- [284] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018.
- [285] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, 12.II.2018.
- [286] M., S., *S. E. Garabandal*, Madrid 2018, 299.
- [287] CIRARDA, J. M., “Comunicación del Obispado de Santander (España) a sus hermanos en el Episcopado, sobre las supuestas apariciones de la Santísima Virgen en San Sebastián de Garabandal” en OBISPADO DE SANTANDER, *Declaraciones oficiales de la Jerarquía sobre Garabandal*, Santander 1970, 13-18.
- [288] M., S., *S. en Garabandal*, Madrid 2018, 299.
- [289] GARCÍA, M.N., *Entrevista sobre las apariciones de Garabandal*, Madrid 4.I.2014.
- [290] Cf. CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, 134.
- [291] M., S., *S. E. Garabandal*, Madrid 2018, 299.
- [292] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018.
- [293] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, 4.III.2018; *Ib.*, 12.II.2018.
- [294] *Id.*
- [295] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018.
- [296] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018.
- [297] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [298] *Id.*
- [299] *Id.*
- [300] Cf. J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [301] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018.
- [302] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [303] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 1.III.18.
- [304] GONZÁLEZ, M. A., “Testimonio sobre Garabandal” en AFHM, *Testigos de las apariciones de Garabandal*, Santander 2014, 13.
- [305] PÉREZ, R., *Garabandal. El pueblo habla*, 158.
- [306] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 1.III.18; *Ib.*, 19.II.18.
- [307] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [308] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.18.
- [309] *Id.*
- [310] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [311] Cf. *Ib.*, 4.III.2018; *Ib.*, 12.II.2018.
- [312] F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 1.III.18.
- [313] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018; Cf. F.L., *Testimonio sobre Garabandal*, 19.II.2018; PALOMO, C., *Testimonio sobre Garabandal*, 20.II.2018.
- [314] Cf. PALOMO, C., *Testimonio sobre Garabandal*, 20.II.2018.
- [315] GUERRA, M., *La guerra de don Manuel*, Madrid 2018, 255-256.
- [316] MONS. OSORO SIERRA, C., “Carta a Eduard Kelly sobre las apariciones de Garabandal (7.V.2007)” en AFHM, *Comunicados eclesíasticos*, Santander 2007, 1; *Id.*, en *GARABANDAL JOURNAL*, Minnesota 2007, V-VI, 5.
- [317] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.
- [318] *Ib.*, 2.III.2018.
- [319] M., S., *S. en Garabandal*, Madrid 2018, 299-300.
- [320] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid 12.II.2018.

- [321] *Id.*
- [322] J.V., *Testimonio sobre Garabandal*, Madrid, 13.IX.2019.
- [323] *Ib.*, 9.IX.2019; *Ib.*, 12.II.2018.
- [324] *Ib.*, 13.IX.2019.
- [325] COTELO, J.M., “Garabandal. La película” en *Infinomasuno.org*, 3.II.2018 (consultado el 22.X.2019).
- [326] SAN JUAN PABLO II, *Encíclica Veritatis Splendor* (6.VIII.1993), 5: *AAS* 85 (1993) 1137.
- [327] *Ib.*, 4: *AAS* 85 (1993) 1136-1137.
- [328] M., S., *S. en Garabandal*, Madrid 2018, 300.
- [329] CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, I.34.
- [330] GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J., “*Las apariciones de la Virgen María en la vida de la Iglesia y en la vida del Cristiano*”, *Estudios Marianos* 75 (2009) 428; Cf. CDF, *Normas sobre el modo de proceder en el discernimiento de presuntas apariciones y revelaciones*, Vaticano 1978.
- [331] CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, I.34.
- [332] CARD. RATZINGER, J., “Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a Mons. Vilaplana (28.XI.1992)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, I.34.
- [333] OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Informes y documentos*, Santander 2004, I, 35.
- [334] Cf. GALMÉS BELMONTE, R., “Posición de la Iglesia respecto a Garabandal” en AFHM, *Garabandal.it*, Lumezzane 2013, <http://garabandal.it/es/documentacion/posicion-de-la-iglesia> (consulta: 12.IX.2013).
- [335] MONS. VILAPLANA, J., “Informe sobre el proceso eclesiástico de las apariciones de Garabandal (1993)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I.36.
- [336] RUIZ, R., “El tirón del «milagro» aún atrae a miles de peregrinos de todo el mundo” en *Crónica de Cantabria*, Santander 1.XI.2001, 7.
- [337] MONS. OSORO SIERRA, C., “Carta a Eduard Kelly sobre las apariciones de Garabandal (7.V.2007)” en AFHM, *Comunicados eclesiásticos*, Santander 2007, 1; *Id.*, en *GARABANDAL JOURNAL*, Minnesota 2007, V-VI, 5.
- [338] Cf. MONS. JIMÉNEZ ZAMORA, V., “Carta a Eduard Kelly sobre las apariciones de Garabandal (7.V.2008)” en AFHM, *Comunicados eclesiásticos*, Santander 2008, 1.
- [339] CABEZA FUENTES, J. R., “Un antes, un después y un hoy” en PARROQUIA DE GARABANDAL, *Web Oficial*, www.garabandalparroquia.com (consulta: 24.XI.2014).
- [340] SÁNCHEZ, J., *Como responsable de la página web de la Parroquia de Garabandal*, Garabandal 20.IX.2015; Cit. en <http://www.centrogarabandal.org/> y en <http://misticaverdadera.blogspot.com.es/2015/09/la-ultima-de-garabandal.html> (consulta: 7.XII.2015).
- [341] MONS. VILAPLANA, J., “Informe sobre el proceso eclesiástico de las apariciones de Garabandal (1993)” en OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, Santander 2004, I.36.
- [342] Cf. MONS. BEITIA ALDAZÁBAL, E., “Nota sobre los sucesos de San Sebastián de Garabandal (8.VII.1965)” en OBISPADO DE SANTANDER, *Boletín Oficial de la Diócesis de Santander*, Santander 1965 (VII) 181; Cf. MONS. LÓPEZ, M. P., “Carta al P. Gustavo Morelos (8.VII.1966)” en GONZÁLEZ, C., *Diario*, New York 1967, 14; MONS. GUÍZAR, L., “Carta al R. P. Gustavo Morelos, Director del Centro de Información de Garabandal en México (3.IX.1966)” en LAFFINEUR, M., *La estrella en la montaña*, Tiel 1967, 8; Cf. DE LA RIVA, J. R., *Memorias de un cura en Garabandal*, Santander 2011, 399.
- [343] Cf. CARD. RATZINGER, J., “Comentario Teológico al Mensaje de Fátima”, o. c. en nota 466, 974-1021.
- [344] Cf. MONS. DEL VAL, J. A., “Testimonio audiovisual sobre Garabandal” en TUBBERTY, M., *Garabandal: The Eyewitnesses*, Auckland 1996 (audiovisual).
- [345] MONS. LÓPEZ, M. P., “Carta al P. Gustavo Morelos (8.VII.1966)” en GONZÁLEZ, C., *Diario*, New York 1967, 14.
- [346] DE LA RIVA, J. R., *Memorias de un cura en Garabandal*, Santander 2011, 396-400; Cf. OCHAYTA PIÑEIRO, F., “Estudio sobre Garabandal” en AFHM, *Estudios teológicos sobre las apariciones de Garabandal*, Santander 2004, II.9.
- [347] LABARGA GARCÍA, F., “La tradición mariofánica española”, *Estudios Marianos* 72 (2009) 26-27; Cf. CROISSET, J., *Año Cristiano o ejercicios de devotos para todos los días del año*, Barcelona 1853, III, 175-178; *Ib.*, I, 408-409; Cf. LAURENTIN, R., *Apariciones actuales de la Virgen María*, Madrid 1991, 71.
- [348] CARD. RATZINGER, J., “Comentario Teológico” en CDF, *Documentos sobre «El Mensaje de Fátima»*, 26.VI.2000: *Enchiridion Vaticanum* 19, n. 974-1021.
- [349] PAREDES, J., “Prólogo” en LANÚS, S., *Madre de Dios y Madre Nuestra: Fátima, Ámsterdam y Garabandal*, Madrid 2013, 16.
- [350] MATEO-SECO, L. F., “Fe y visiones en la literatura espiritual del Siglo de Oro español”, *Estudios Marianos* 75 (2009) 133.
- [351] ANÓNIMO, *Carta al autor*, Madrid 25.III.2019.
- [352] MORENO, M. – SANTIAGO, F., “Testimonio de curación atribuida a Garabandal (15.VIII.2015)” en AFHM, *Testimonios sobre Garabandal*, Garabandal 2017. En el AFHM se conserva una copia del historial médico completo de la enferma con todo el proceso degenerativo y posterior *remisión* de la espondilitis.

Índice

image-G A R A B A N D A L a l a l u z d e l a h i s t o r i a	9
PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO	12
I Estado de la cuestión	16
II La aldea de las apariciones	21
III Comienzo de las apariciones	24
IV Contradicciones en la aldea	29
V Multiplicación de los fenómenos	34
VI Primera aparición de la Virgen	46
VII Los éxtasis de Garabandal	56
VIII Conchita ante el Sr . Obispo	61
IX Los fenómenos se multiplican Agosto de 1961	64
X El público toma parte en los fenómenos	72
XI Objetos besados por la Señora	83
XII Reacciones ante los sucesos	90
XIII El milagro de la comunión 18 de julio de 1962	100
XIV Un anuncio desconcertante	111
XV La primera crisis	117
XVI « Ignoro si las apariciones volverán a empezar »	131
XVII « Non Constat » Nueva Nota de Mons . Beitia	144
XVII 1966 . El año de las contradicciones	150
XVIII Las negaciones	158
XIX 1968 . La muerte del P . Pío	177
XX Nuevos aires en el Obispado de Santander	183
XXI Años de silencio	191
XXII La Comisión del Val	200
XXIII La respuesta de Roma	214
XXIV Garabandal hoy	224